

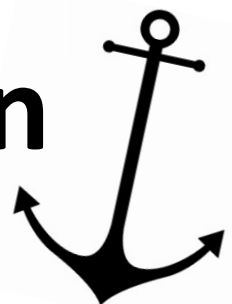
Algunas veces tienes que perderte...

Para encontrar lo que estas buscando.

**Girl
at
Sea**



maureen johnson



Agradecimientos

Moderadoras

AndreaN

Virtxu

Staff de Traducción

AndreaN

Kazenbrr

Anelisse

kuami

Anne_Belikov

masi

Cami.Pineda

MerySnz

CyeLy DiviNNa

Paovalera

Coral

Ruthiee

Clo

Selune

Emii_Gregori

Virtxu

Kanon 🎵🎵

ε Ⴡ3Yosbeε Ⴡ3

Staff de Corrección

Dianita

Marina012

Feldy

Pimienta

Loo!*

Ginabm

Kuami

Revisión

Kuami

Diseño

AndreaN

Maureen Johnson

Girl at Sea

Sinopsis	5
Mapa	6
<i>Londres, Mayo de 1897</i>	7
Capítulo 1	10
Capítulo 2	18
Capítulo 3	25
Capítulo 4	32
Capítulo 5	44
Capítulo 6	52
Capítulo 7	60
Capítulo 8	68
Capítulo 9	75
<i>Londres, Noviembre de 1897</i>	88
Capítulo 10	92
Capítulo 11	100
Capítulo 12	106
Capítulo 13	115
Capítulo 14	122
Capítulo 15	129
Capítulo 16	137
Capítulo 17	147
Capítulo 18	151
SS Bell Star, Mayo de 1897	157
Capítulo 19	160
Capítulo 20	168
Capítulo 21	174
Capítulo 22	179
Capítulo 23	184
Capítulo 24	190
Capítulo 25	196
Capítulo 26	201
Capítulo 27	211
Capítulo 28	218
Capítulo 29	222
Capítulo 30	233
Capítulo 31	241
Capítulo 32	247
Capítulo 33	255
Capítulo 34	263
Kos, Grecia, Marzo de 1905	281
Capítulo 35	284
Acerca de la autora... <i>Maureen Johnson</i>	290

Sinopsis

*Traducido por AndreaN
Corregido por kuami*

La **Chica:** Clio, de diecisiete, quiere pasar su verano besándose con el chico de la tienda de arte que le gusta, no atorada en un barco en el Mediterráneo. Al menos conseguirá un bronceado matador.

La Misión: Sobrevivir a las molestas travesuras de su padre. Oh, también encontrar algún tesoro bajo el agua que podría ser la conexión faltante de una civilización hace mucho tiempo perdida.

La Tripulación: Martin, el distraído mejor amigo de papá, su miedosa novia Julia, su voluptuosa hija Elsa... y también esta Aidan, el increíblemente atractivo, increíblemente arrogante, asistente de búsqueda de Julia.

¿Qué está pasando detrás de los intelectuales e intensamente verdes ojos de Aidan, de todos modos?

Mientras Clio navega dentro de territorio inexplorado descubre secretos que tienen el poder de cambiar la historia. Pero su descubrimiento más sorprendente es que hay algo más profundo y más misterioso que el mar, su propio corazón.





Londres, Mayo de 1897

Traducido por AndreaN

Corregido por kuami

Un relámpago parpadeó por encima del Big Ben, y una oscuridad en forma de moretón cubrió la cúpula de St. Paul. En las calles de Londres, el repentino chasquido de los truenos provocó que los caballos empezaran a chocarse con los carruajes. El Museo Británico estaba lleno de gente buscando refugio del opresivo clima en sus salones masivos, en medio de sus grandes rocas. Desafortunadamente, demasiada gente tuvo la misma idea; difícilmente había espacio para ellos. La presión en el aire crecía a medida que niños gritando corrían entre las vitrinas de exhibición y las mesas, chocando contra ellas. Una multitud se golpeaba alrededor de los invaluable mármol de Elgin de la corona del Partenón.

Marguerite Magwell, de dieciocho años, se deslizó a través de todo fácilmente, sin notar realmente el caos que estaba ocurriendo a su alrededor.

Ella incluso era inconsciente del siniestro cielo de afuera. Si le hubieras preguntado en ese momento si el museo estaba caliente, ella no habría sido capaz de responder. Su propio cuerpo tenía los huesos fríos.

La humedad que mojaba su vestido de flores azules simplemente la enfriaba más. Ella no tenía ni gorro ni guantes. Su cabello rubio estaba flojamente recogido y encrespado

salvajemente con el intenso clima. Su apariencia no era una preocupación; ella no sabía cómo se veía, ni le importaba. La única cosa que importaba era la pequeña hoja de papel que ella tenía aferrada en su mano derecha. En su mente solo había un pensamiento: ve hacia Jonathan. Jonathan Hill era el estudiante favorito de su padre, además de ella misma. Jonathan necesitaba saber. Jonathan podría ayudarla ahora, en el único momento en su vida cuando ella sinceramente no sabía qué hacer.

Otra gente la notó. Incluso en este estado, Marguerite era llamativa, salvaje y delicada en ambas partes, con un rostro cuyas finas proporciones podrían haber sido inmortalizadas en mármol. La gente le daba paso mientras caminaba más adelante de la estatua de Ramsés II, en la larga galería Egipcia. La estatua ocupaba un lugar destacado en el pasillo lleno de columnas. Marguerite arregló sus ojos hacia los fríos y sin estudiantes debajo de ella, los ojos de un rey muerto durante miles de años. Ella nunca había entendido hasta este momento porque los egipcios intentaban tanto preservarse a sí mismos después de la muerte. ¡Qué maravilloso debió haber sido para ellos creer con tanta fuerza que los muertos vivirían, que podían ser alcanzados, que necesitarían sus cuerpos!

No hay tiempo para pensar en eso.

Ella continuó, empujándose entre las sobrecargadas vitrinas de exhibición y la gente, moviéndose de cuarto en cuarto, sintiendo

Como si tuviera menos y menos aire para respirar. La puerta que estaba buscando no estaba marcada. La mayoría de la gente no habría sido capaz de darse cuenta que no era sólo un panel de madera entre dos vitrinas de cráneos de monos.

Los curadores trabajaban detrás de estas puertas secretas, desapercibidas para la población, incluso en oficinas más concurridas que el piso del museo en sí mismo. Habiendo prácticamente crecido en el museo, ella sabía exactamente que estaba buscando. Marguerite se movió hacia a un lado, dos niños pequeños estaban inclinados en el panel que ella requería y empujó la puerta con su puño. Un momento después, una cara familiar apareció, sonriendo, ligeramente aturdido. El cabello rubio rojizo de Jonathan necesitaba del toque de un barbero, y sus largos dedos estaban cubiertos de tinta.

—¡Marguerite! —dijo él, moviendo el cuello nerviosamente—. ¿Qué te trae hoy al museo? Lo siento, he estado escribiendo toda la mañana; no quiero cubrirte con esto... Oh, acabo de cubrirme el cuello con eso, ¿verdad? Olvídalo...

Marguerite no podía permitirse a sí misma decir porque había ido en ese momento. Su garganta estaba seca, y se sentía como si una mano la hubiese agarrado y la estuviera asfixiando.

—Hace mucho calor hoy —farfulló él, notando su angustia—. ¿Te importaría dar un paseo alrededor del patio real conmigo? Están vendiendo helados de limón en la plaza.

—¿Qué, de limón? —preguntó ella abruptamente.

—¿Helados? —repitió él.

—¡Oh, helados!

Las ventanas se oscurecieron, y el gran estallido de un trueno sonó a través del museo, provocando que muchas damas lloraran. Un momento después, hubo un repiqueteo en el techo mientras la lluvia llegaba.

—Escucha eso —dijo Jonathan, levantando la vista hacia el techo—. Hay un gran diluvio allá afuera. Supongo que eso ha estropeado la posibilidad de comer helados de limón. Déjame encontrar al conserje para empezar a prender las luces, para que de esta manera, ellos...

—Tengo noticias de mi padre —le interrumpió ella.

—¡Maravilloso! —él tocó su mano ligeramente—. ¿Cómo le está yendo el trabajo en Pompeya? ¿Cuándo llega a casa? ¿Te manché con tinta? O, lo hice, ¿no es así? Aquí, déjame...

—Él no viene —le interrumpió de nuevo.

—¿A qué te refieres? —preguntó él, agarrando de una vez su pañuelo y limpiando el punto de tinta de su mano sin éxito.

—Su navío —atinó a decir.

—¿Su navío? —repitió él—. ¿Qué le ocurre a su navío? Marguerite ¿Estás bien? ¿Necesitas sentarte? Te has puesto muy pálida.

Ella levantó su puño firmemente cerrado, con el papel apretujándose en su mano. Jonathan cuidadosamente lo abrió. Ella le observó mientras absorbía las palabras. Él llegó hasta el marco de la puerta y lo sostuvo, luego la miro.

—Marguerite, yo...

Hubo otro enorme estallido sobre sus cabezas. Los cielos estaban gritando. Era como si las aguas estuvieran yendo por ella también. El mundo entero se ahogaría.

—Él se ha ido —dijo ella.



El secreto del que nadie se atreve hablar

Traducido por *Э ЖЗ Yosbe Э ЖЗ*
Corregido por kuami

Ollie estaba en el Galaxy Art en el pasillo cinco de suministro de pinturas almacenamiento de aceite cuando Clio Ford salió de la oficina del gerente. Desde el lugar donde estaba, junto a la arcilla moldeable, podía verlo durante un momento, captándolo todo.

Ollie Myers. Absurdamente alto con 1,98 metros. Tenía el pelo desgreñado hoy. Llevaba una camisa azul marino oscuro con botones y una corbata ancha, de estilo años setenta.

Él miraba hacia abajo sobre las ranuras que entraban en los pequeños tubos cuidadosamente, asegurándose de que los colores correctos entraban en el sitio adecuado. Se preocupada por eso, y eso la mataba. Realmente lo hacía. Ella podía verlo poniendo pinturas todo el día. Triste, pero extremadamente cierto.

Momento para el espectáculo.

Ella estaba de pie derecha, por lo que se dejó caer y se arregló la cara en una máscara de melancolía. Se acercó lentamente.

—Hola —dijo ella.

Ollie se giró. Buenos reflejos. (Él solía patinar en monopatín. Muy mal, dijo él. Muy, muy mal. Humilde también. ¿Se puede pedir más en un hombre? No, era imposible. Todas las necesidades humanas se han cumplido en él.)

Razón por la cual esto nunca funcionaría. Ella tenía que estar soñando.

—¿Bien? —dijo él.

—Bien... —comenzó Clio—. Sólo soy una estudiante de primer año en el instituto, y aparentemente, la mayoría de los empleados en Galaxy están la universidad. Y no tengo nada de experiencia en ventas. Ninguna experiencia de trabajo en realidad.

—Oh —dijo Ollie—. Puso mala cara.

—Pero... —soltó Clio—. Tengo esto.

Ella levantó su brazo, mostrando el largo tatuaje que serpenteaba alrededor de su antebrazo derecho: una cremallera de color azul eléctrico y rosa, con tres estrellas amarilla y negra que volaban hacia afuera de la abertura.

—¡Obtuviste el trabajo! —dijo él.

—¡Lo sabes! —dijo Clio, sintiéndose radiante.

Clio se había preparado para la entrevista con su típica precisión. Jeans blancos, suavemente manchados de pintura lavanda de cuando pintaron su habitación. Una camiseta rosa de manga corta, de un editor de manga.

Un cinturón grueso que se había hecho uniendo caja de cerillas laminadas cubriendo una correa de cuero plana de una tienda de segunda mano. El pelo largo, de color castaño claro peinado para arriba, sujeto en su lugar con dos palitos verdes. Y el golpe maestro, su tatuaje valientemente exhibido. Sin mangas largas, sin calentadores de brazo, sin pegarse el brazo detrás de su espalda. Sin excusas. No. La loca bandera estaba volando en el mástil bien en alto.

Su teléfono móvil zumbó en su bolso. Había sonado cuatro veces durante la entrevista. Ella lo ignoró.

—Todavía estoy sorprendida —dijo ella—. No creí que les gustara ver tatuajes en las entrevistas de trabajo. A menos que estés solicitando para trabajar en un laboratorio de metanfetamina. O un salón de tatuajes. Supongo que tendría sentido...

—O en una tienda de arte —dijo él—. Te dije el que tatuaje lo haría.

A Daphne le encanta Masahiro Sato. Estabas dentro en el segundo que ella oyó que el dibujó eso.

—Sí que se emocionó —dijo Clio, recordando el brillo en los ojos de la gerente de la tienda cuando dijo el nombre del hombre que le había dibujado su tatuaje. Era uno de los artistas de manga más famosos en Tokyo. Él tenía un culto masivo siguiéndole.

—Este quizás sea un momento histórico —dijo ella—. Es la primera vez que uno de los locos impulsos de mi padre realmente me fue bien.

—¿Tu padre quiso que te hicieras un tatuaje? —pregunto él.

—No exactamente —dijo Clio—. Es una larga historia. Una larga y aburrida historia.

—Lo dudo —respondió el—. Supongo que tengo que hacer una etiqueta con tu nombre. Incluso puedo hacerlo ahora. ¿Quieres una etiqueta con tu nombre?

Ollie era de Texas, y tenía una voz que se escurría lento y en un susurro en el oído de Clio. El podía decir las palabras "etiqueta con tu nombre" y hacerlo sonar como algo que quieres profundamente y amarías para siempre. Ella se encontró asintiendo pesadamente. Él la llevó a una esquina detrás de la tienda, donde había un pequeño armario y un ordenador. El abrió el armario y sacó una pequeña maquina.

—Bien —dijo—. Es C—l—e—o, ¿no?

—C—l—i—o.

—¿Es un nombre familiar o algo así? —le preguntó.

—No exactamente —dijo Clio—. Me pusieron el nombre por una Musa.

—¿Una Musa? ¿Cómo las Musas Griegas?

—Sí —dijo Clio—. Padres extraños. ¿Qué te puedo decir?

—Eres una musa —dijo—. Siempre he querido tener una musa. ¿Puedes ayudarme a pintar?

—Soy la musa de la historia —dice—. ¿Te sirve de algo?

—Una musa siempre es una ayuda —le dice tecleando en la etiqueta del fabricante.

Muuuusa. ¿Cómo es que ella nunca había notado el poder mágico del acento del Sur antes? En los ocho meses que hacía que había conocido a Ollie, ella se había dado cuenta que el acento era atractivo, pero no lo había escuchado mucho. Sus intercambios tenían lugar en el mostrador, cuando él le estaba diciendo cuánto costaban las cosas. Aún así, podía hacer que las cosas que costaban "ocho dólares y sesenta y cuatro centavos" valieran la pena cada penique.

No fue hasta el último mes, cuando él comenzó a hablarle mientras reponía los estantes, cuando pudo escuchar el acento en toda su gloria. Él era un pintor y estudiante de primer año en Penn. Compartía su obsesivo amor por las hermosas y ricas tintas. Por lo general llevaba una chaqueta a rayas de época, montaba una vieja bicicleta color morado, y olía como un estudio de arte, un ligero producto químico, un olor extremadamente familiar y hogareño. Él extrañaba a su hermana en Austin, no tenía dinero disponible, y no estaba por encima de asistir a exposiciones de arte que le gustaban más que por sólo los bocadillos.

Clio, por otro lado, era una estudiante de secundaria con un pasado y sin embargo muy poco que decir sobre el presente. Ella tendía a hacer su propia ropa. (De otra ropa, por lo que en realidad no cuenta. No era que estuviera usando tejidos o suéter que ella misma se hubiese tejido.)

Ella vivía en una grandísima y desordenada casa Victoriana muy cerca del campus de Penn. Y una vez, sus padres habían estado casados, y ella y su padre habían inventado un jueguito llamado ¡Zambúllete!, que se había convertido en un gran asunto. Alguna vez, ella había sido casi rica, no exactamente famosa, y totalmente feliz. Su vida había sido inusual. Había viajado mucho. Un artista japonés de comics le había tatuado su brazo. Cosas como esas.

Pero una vida inusual no es, por definición, genial. Y ahora, a los diecisiete años, sentía que las carencias se habían hecho dolorosamente claras. Y había una que estaba molestando a Clio más que cualquier otra.

Ella jamás había sido besada.

Era sorprendente. Era vergonzoso. Era demasiado inexplicable, pero Clio sabía en general a donde la culpa se podría echar. Pero esa era una larga historia, también. Una que estaba a punto de terminar, esperaba.

El teléfono sonó de nuevo. Y ella lo empujó más abajo en su bolso.

Ollie con cuidado arrancó la tira clara pegajosa con el nombre de Clio impreso sobre ella y la pegó en su mejilla mientras revolvía en una caja para conseguir una etiqueta en blanco. Una vez que encontró una, puso la etiqueta adhesiva con cuidado en un extremo. La etiqueta era diminuta entre sus enormes manos.

—Aquí tienes —le dijo—. ¿Te la pongo?

—claro —dijo ella —luchando por no dejar que su voz se quebrara.

Él se inclinó hacia ella, lo que le tomó un genuino esfuerzo, considerando que era unos cuantos centímetros más alto que ella. Ahora él estaba de cara a ella. Cuidadosamente pellizcó su camisa, escogiendo un lugar cuidadosamente, justo debajo de su hombro izquierdo, precisamente encima de su corazón. Ella miró su cara mientras él delicadamente traspasaba la tela; él se mordió la esquina de su labio inferior mientras trabajaba. Cerró el pasador con un chasquido, pero no se movió. Sólo la miró directamente a los ojos.

¿Qué es esto? ¿El beso? ¿Él que ella había estado esperando toda su patética vida? ¿Aquí? ¿Ahora? ¿En el pasillo de una tienda de arte? ¿Era eso posible? Ciertamente lucía como si él estuviera en la posición correcta. Niveles correctos. Expresión correcta.

Intenta parecer que sabes lo que haces, se dijo a sí misma rápidamente. Esta es una buena regla general en la vida. En caso de duda, finge que ya sabes lo que estás haciendo. Sólo sigue la corriente. Haz algo. Finge hasta que lo tengas.

Un hombre se acercó al rincón y se detuvo detrás de Clio, esperando pacientemente. Ollie le miró por encima de la cabeza de Clio y retrocedió.

—Tengo que ayudar a la siguiente persona —le dijo, con un rastro de remordimiento en su rostro—. ¿Cuándo vuelves de nuevo?

—Comienzo el entrenamiento mañana —dijo ella.

—Te entrenaré yo mismo —dijo él—. Si te parece bien. Pero ya sabes cómo manejarlas por aquí bastante bien. Probablemente mejor que nadie más aquí. Él sonrió con esa sonrisa lenta sureña.

Su teléfono zumbaba otra vez.

—Alguien de verdad quiere hablar contigo —dijo él.

—Sí —dijo ella.

—Ya entiendo —dijo él, cerrando con una sonrisa antes de desviar su atención al hombre, quien estaba ya murmurando algo acerca de buscar un adhesivo confiable para los azulejos pequeños.

El teléfono continuó zumbando, vibrando y repiqueteando mientras Clio caminaba a casa. Ella miraba a la pantalla.

Llamada Desconocida.

Llamada Desconocida.

Llamada Desconocida.

Mamá.

Jackson.

Llamada Desconocida cuatro veces más.

Ella era popular hoy, al menos con él de la llamada desconocida, él no era para nada desconocido. Ese era su papá. La llamada desconocida más la repetición maniática era igual a papá, siempre.

Él podía darle un ataque de llamar y ser implacable al respeto. Él era un niño... una vez que tiene una idea en su mente, hacia un gran alboroto, hasta que conseguía lo que estaba pidiendo a gritos.

Bueno, él podía esperar. Ella necesitaba tiempo para saborear su momento de dicha. Era una tarde clara y espectacular de primavera, y quería simular su fantasía favorita en su cabeza...

Estaban en la playa, ella y Ollie. Estaban compartiendo esa manta naranja y marrón que Clio había comprado en Perú por cinco dólares, la que pensó que sería una gran manta para la playa, excepto que nunca la había llevado a la playa. Cubría la silla de bambú en el rincón de cuarto. Ollie llevaba pantalones de playa y llevaba un bikini rojo. No tenía un bikini rojo, pero llevaba uno. Algunas veces su cerebro fallaba en la fantasía y le daba botas rojas también, y tenía que arreglar la imagen y empezar de nuevo. Como sea, ellos estaban en la playa, compartiendo una manta. La mejor amiga de Clio, Jackson, estaba en una toalla cerca de ellos. Jackson trataba de leer su revista, pero cada vez que ella alzaba la mirada, Clio y Ollie se estaban besando otra vez. Obviamente, porque él era muy alto, era como Mr. Torso, tenía que estirar el cuello para besarla.

—En serio —decía Jackson—. Chicos. Tienen que parar.

—No puedo —decía Ollie—. Vamos, ¡mírala! No puedo.

Y luego algo pasaría, Clio no podía adivinar qué, pero algo, que alejaría a Ollie por un segundo. Tal vez iba a rescatar a un niño de la maraña de una gran alga asesina de New Jersey. Jackson se movería más cerca y diría. Lo siento, son solo celos. Son perfectos juntos. No es justo.

—Si... Clio respondería—. Lo sé.

Un gran suspiro aquí.

—Tenías razón esperar diecisiete años por el perfecto hombre que la besara —seguiría Jackson—. Sólo salía con cualquier tipo que cruzaba mi camino. Me siento sucia ahora. Barata. Como una servilleta arrugada de una cafetería que encuentras en el fondo de tu bolso... y es como... dura. Y no sabes por qué. Así es como me siento. La servilleta misteriosa.

Clio sonreiría benevolentemente.

Cierto es que, la verdadera Jackson no diría eso, ni en un millón de años. La Jackson de verdad se considera una conocedora de los besos. En realidad, ella los clasifica usando el mismo método normalmente empleado

por los catadores de vino. Afirmaba que esa era la mejor manera. Una prueba de aspecto. Una prueba de olor. Una prueba de consistencia.

Algunos chicos, explicaba, tienen una técnica fina y suave. Movimientos rápidos, arrojados. Ellos solían saber a menta porque estaban obsesionados con la técnica y la goma de mascar compulsivamente si pensaban que tenían cualquier oportunidad. Algunos tenían más cuerpo. Con ellos, era una experiencia más lenta, una que Jackson siempre decía que tenía toques de madera.

Ella paró en seco la parte de traga y escupe de la metáfora de la cata de de vinos porque se estaba yendo abajo en ese punto.

El teléfono estaba sonando otra vez. Número desconocido. Clio ya había llegado a su casa en ese momento. La llamada podía esperar. Ella tenía buenas noticias que compartir primero.

2

Dónde hay un globo, siempre hay un alfiler

Traducido por Kanon 🎵🎵🎵

Corregido por Dianita

Esta era una noche de jueves, y las noches de jueves son las noches de las citas de la madre de Clío. Las noches de citas se habían estado prolongando, básicamente, desde hacía ocho meses atrás, desde principios del año escolar, cuando Rob (la cita) había visitado el Museo de Arte de Filadelfia que su mamá estaba dirigiendo. El jueves era la única noche libre que tenían en común, por lo que se convirtió en la noche en que Clío tenía la casa para ella sola, más veinte dólares para comprar a domicilio comida tailandesa. Los jueves olían a jazmín y a jengibre y eran acompañados con deliciosos téis, y azucarados helados Tailandeses. Jackson probablemente vendría en algún momento, y harían los deberes o mirarían la tele. O simplemente escucharían música a todo volumen y perderían el tiempo en internet.

Los jueves eran hermosos, y este era el rey de los jueves.

Pero su mamá estaba en casa, y no parecía aún ni remotamente lista para la cita. Estaba de pie en la barra de la cocina con una de esas camisas de hombre demasiado grandes que siempre llevaba cuando estaba trabajando en el estudio. Tenía coletas en su pelo. Suki, el gato naranja de Clío, estaba sentado sobre uno de los taburetes, mirando profundamente sobresaltado algo. Clío lo tomó, lo puso cuidadosamente en el suelo, y tomó asiento. No había nada que comer en la barra sólo un frasco de semillas de sésamo que su mamá había dejado afuera anoche después sofreírlas. Clío echó algunas en su palma y las lamió.

—Soy un treinta por ciento más amable que cuando me marché —dijo, cogiendo las últimas semillas sobrantes de su mano y reventándolas triunfalmente en su boca—. Pregúntame por qué.

—Imposible —respondió su mamá—. Ya eres demasiado amable. ¿Llamaste a tu papá?

—Sí —dijo—. Aproximadamente sesenta veces. Pero estoy a punto de ponerme insoportablemente amable. Vamos. Pregúntame por qué.

—¿Hablaste con él? —preguntó su mamá.

—Aún no. Vamos. Pregúntame por qué. “¿Por qué eres tan amable, Clío?” La respuesta te sorprenderá.

—Bueno —dijo su madre, suspirando un poco—. ¿Por qué?

—Porque creo que acabo de conseguir un trabajo en Galaxy. Eso significa un treinta por ciento de descuento. Hice cálculos. Entre ambas, gastamos alrededor de trescientos dólares al mes ahí. Con el descuento, serían cien dólares menos. ¡Cien dólares! O noventa. Lo que sea. Además Ollie dice que a veces conseguimos contenedores abiertos que tienen que aceptar como devoluciones.

—¿Quién es Ollie? —dijo su madre, viéndose no muy convencida. Estas noticias deberían haber traído mucho más entusiasmo.

—Sólo cierto chico que trabaja allí —dijo rápidamente. Por supuesto, este verano se convertiría en mucho más que eso, eso esperaba Clío. Pero no haría ningún anuncio hasta que fuera totalmente oficial—. ¿Oíste la parte sobre el descuento? Porque puedo repetirla. Incluso puedo hacer unos pasos de baile cuando realmente lo traiga a casa.

—¿Quieres una taza de café? —preguntó su madre—. Acabo de poner la cafetera.

La cafetera pitó y goteó en la esquina como si demostrara su existencia y papel en la conversación. Clío la miró, y luego a su mamá, que aún no sonreía. Su expresión era amable, parecida a la que había llevado después de haber sido expuesta al gas de la risa en el dentista, justo antes de haber comenzado una acalorada, y emotiva conversación en el sofá.

—¿Qué está mal? —preguntó Clío—. ¿Por qué no estás brincando? ¿Por qué no estás en una cita? ¿Por qué estás haciendo café a las cinco de la tarde? Tú no... rompiste, ¿verdad?

—No, no es eso. Es algo más.

El cerebro de Clío buscaba lo que “algo más” podría significar, y la respuesta se presentó fácilmente. Su mamá y su novio, Rob, habían estado teniendo citas durante ocho meses. Su mamá siempre había venido a casa, y Rob nunca se había quedado. Sólo era cuestión de tiempo antes de que tuviera la conversación “Clío, cuando un hombre y una mujer se aman muchísimo el uno al otro...” o “cuando el uno vive en University City y el otro en la Society Hill... a veces, debe quedarse en la noche”.

—Quizás quiera algo de café —dijo desalentadamente mientras se levantaba a conseguir una taza del mostrador—. ¿Todavía tenemos de esa mágica crema de vainilla?

—No. Te la comiste toda. Escúchame, Clío. Siéntate un minuto.

Clío se sentó en uno de los taburetes de la cocina, donde consumían todas las comidas. Se estabilizó y se dijo a sí misma que en un minuto, tendría que sonreír gentilmente y aceptaría lo inevitable. Era tiempo de desayunar con Rob. Habría una navaja de afeitar de hombre en el baño otra vez. Incluso podía ver sus bóxers.

—Recibí una carta hoy —comenzó su mamá.

Clío se relajó. Esto se encaminaba en una extraña dirección, una que no sonaba a nada que tuviera que ver con la ropa interior de Rob.

—Hace unos meses —continuó su mamá—. Solicité una financiación para la escuela. Una arriesgada beca con un benefactor privado. Nunca pensé que la conseguiría. Pero lo hice.

—¡Eso es impresionante! —dijo Clío—. ¡Me estabas asustando! ¿Cuánto es? ¿Eso te da un salario?

—Sí, lo hace. Uno bueno. Y paga el resto de los honorarios de mi investigación. Incluso paga uno de mis préstamos.

—Bueno. Golpeas completamente mi treinta por ciento de descuento. Tú ganas.

—El problema es —dijo su madre— que tengo que hacer un proyecto especial de diez semanas este verano. La fundación que me da el dinero sólo compró dos pinturas holandesas del siglo XVI. Están en muy malas condiciones. Se perdieron en la Segunda Guerra Mundial, y acaban de salir a la luz. Fueron guardadas en casas y depósitos y están muy deterioradas. Son un lío. Tengo que trabajar en ellas.

—Eso no suena como un problema —dijo Clío—. Suena más como un trabajo. Como las cosas que te gusta hacer.

—Lo es. Realmente, es una oportunidad muy emocionante. El problema es... las pinturas están en unas instalaciones privadas, en un nuevo y espacioso taller que construyeron. Allí es donde el trabajo tiene que ser echo. Y está en Kansas.

Clío sintió punzadas en su estómago.

—Kansas está muy lejos de aquí —logró decir.

—Esto se vuelve un poco más complejo —continuó su mamá—. La razón por la que tu papá llamó...

Clío ladeó su cabeza. Esto no tenía sentido. La manera en que su madre decía esto, con su voz subiendo de tono, frenando las palabras, sus ojos evitando los de Clío... si Clío no la conociera mejor, diría que su mamá estaba a punto de sugerir que se quedara con su papá. Y eso no era posible.

—Él tiene una idea —continuó su mamá. Su entonación era aún más triste y culpable.

—Sé que va a sonar loco —dijo Clío— pero *casi* suena como si estuvieras sugiriendo que pase el verano con él, en cualquier parte donde sea que esté. Y sabes que eso es una horrible idea.

—Clío...

—Pero tú nunca sugerirías eso —continuó Clío—. Tú nunca, alguna vez, ni en un millón de años me traicionarías así y me enviarías a quedarme con papá. O dejarías que se quedara aquí. En cambio harías algo sensato, como meterme en un orfanato.

—Mira...

—Tengo plena confianza en ti, mamá —dijo Clío, su ansiedad aumentó cuando su madre no negó el hecho—. Te conozco, sé que no lo harías. Así que continúa. Dime el inteligente plan que has venido imaginando para permitirme quedarme aquí. Estoy lista para escucharlo. Sorpréndeme.

—Llamó después de que recibí la noticia —dijo su madre, inclinándose pesadamente sobre la barra—. Sólo fue coincidencia, para ver cómo estaban las cosas. Le conté las noticias. Tuve que... él tiene derecho a saberlo. Ustedes dos deben pasar las cuatro semanas de cada verano como parte del acuerdo de la custodia.

—Reconozco que cumples tu responsabilidad legal —dijo Clío— Él sabe que estarás en Kansas. Bien. Está enterado. Ahora, ¿dónde me quedo?

—Él tiene una contrapropuesta. Una buena, Clío.

Clío se quedó callada. La cafetera pitó. Su mamá silenciosamente se sirvió una taza.

—Define “contrapropuesta” —finalmente dijo Clío.

—Él quiere llevarte a Italia este verano. Tiene un barco allí.

—Y tú dijiste “de ninguna manera” y colgaste el teléfono, ¿cierto?

Ahora su madre se quedó callada, revolviendo su café con una cuchara. Clío puso su cabeza sobre la barra de la cocina. Sintió migas adhiriéndose en su frente.

—¿Por qué está pasando esto? —masculló.

—Yo creo que esto realmente podría funcionar —balbuceó su madre.

—Bien —replicó Clío, levantando su cabeza—. Lo que sea. Iré a Kansas. Obviamente, eso es lo que tratabas de decirme. Estabas intentando demostrarme que podría ser peor. Muy lista.

Clío examinaba a su madre. La mirada de gas de la risa había desaparecido. Había sido reemplazada por la expresión que tuvo cuando Clío tenía siete años y su mamá había tenido que decirle que su perro, Ziggy, había muerto mientras estaba ese día en la escuela.

—El problema es —comenzó— que no estaremos en la ciudad. Estaremos sin salida, en una granja acondicionada. Ya hablé con alguien que acababa de estar allí. Dijo que no había nada alrededor.

—¿Te estás burlando de mí? ¿Vas a ir sola? Que hay acerca de... ¿Rob? ¿Tu *novio*?

Esta pregunta pareció causarle el mayor dolor de todos a su madre.

—Le ofrecí venir conmigo.

Fue como si Clío hubiera sido abofeteada. Abofeteada duramente. Las migas comenzaron a llover de su frente.

—¿Vas a llevar a Rob, pero saldrás sin mí?

—No es lo que parece —dijo firmemente su mamá—. Sólo es una de esas situaciones donde las cosas se dan de una forma extraña. Rob ha decidido ir por su cuenta por unos meses. Puede trabajar ahí. Contigo allí...

—¿Preferiste a Rob que a mí? —dijo incrédulamente Clío.

—No. Estaba diciendo que no hay nada que puedas hacer allí, Clío. Además tu padre tiene un derecho legal.

—Tú has *cumplido* con mi papá —dijo Clío—. ¿No es así? Pensé que habíamos acordado que él había renunciado a cualquier derecho que tenía. Si quiere verme por cuatro semanas, puede ver aquí o a Kansas o a cualquier lugar. Pero de ninguna forma pasaré diez semanas con él.

—¡Es Italia, Clío!

—¿A quién le importa? ¿Recuerdas Grecia? ¿Recuerdas cómo conseguí esto?

Levantó su brazo, girándolo para que así su madre enfrentara el tatuaje.

—No necesitas recordarme nada —dijo firmemente su madre—. ¿Crees que haría esto si pensara que te haría daño de alguna manera? Estarás sin escuela durante el verano, así que esto no te afecta. Y ahora eres más grande e inteligente. Puedes detenerlo si se sale de control.

—¿Puedo? Parece que *tú* no tuviste tanta suerte.

Era un golpe bajo y Clío lo sabía. Pero era verdad. El argumento había llegado a un doloroso callejón sin salida. Costara lo que costara, todos sus sueños para el verano habían sido aplastados. El trabajo, Ollie, los besos, la playa, incluso las inexistentes botas rojas...

Otra vez, los problemas de sus padres habían traspasado su vida como una pesada pieza de equipaje, aplastando todo en su camino.

3



Recuerdos y Presagios

Traducido por kazenbrr

Corregido por Dianita

Acurrucada en su silla favorita en el ático, Clío rumiaba sobre el desastre que ahora era su verano. Un par de horas antes parecía que todo lo que deseaba estaba a su alcance, y ahora se lo estaban arrebatando, como todas las otras cosas que su padre había arruinado. Esta lista ahora incluía su beso.

Clío no podía realmente explicar porque nunca la habían besado, pero sabía que tenía algo que ver con su padre. No, el papá de Clío nunca había evitado físicamente que la besaran. No saltaba a escena y dejaba caer un golpe de Kung Fu en sus labios. Su padre tenía formas más grandes, más totales de arruinar la vida de Clío. Era algo más complejo.

Su casa era un buen ejemplo de cómo funcionaban las cosas. La casa era maravillosa, estilo Victoriano. Tres pisos. Dos torres. Era hermosa y en el centro de ¡Filadelfia! También se estaba cayendo a pedazos. Tenía goteras. Había corrientes de aire. En una de las torres había murciélagos. La otra estaba podrida y en riesgo de caerse. Y la estructura se inclina cerca de diez centímetros a la izquierda, lo que no podía ser bueno.

Pero su padre la quería. La idea había sido repararla, regresar ese pequeño pedazo de histórica Filadelfia a su gloria anterior. La madre de Clío se había opuesto a la idea, pero al final accedió ante el contagioso entusiasmo de su padre. Había comprado la casa, pero la transformación nunca ocurrió. El dinero y el tiempo había desaparecido, y ahora Clío vivía con lo que quedaba. Su situación era inestable, destinada a fallar desde el principio. Y su padre era el arquitecto de su destrucción.

La gente diría que era afortunada de ir a Italia. Si intentaba decir que Italia no iba a ser tan genial, la gente pensaría que era una mocosa malcriada. “¡Papá me lleva a Italia!” haciendo pucheros.

Nadie sabía cómo era estar con su padre. Nadie podía ver la evidencia a su alrededor. No sólo la casa, el mismo ático estaba lleno de evidencia, pequeñas partes de la historia. Por todos lados donde mirara, veía signos de su propia perdición: pasada e inminente.

La lata de refresco de frambuesa de Perú: comprada después uno de los primeros ¡viajes de buceo! Que hicimos. No contento con el guía ofrecido por el hotel, su padre había contratado un guía “experto” para guiarlos a través de la jungla. El guía le perdió durante cuatro horas. Esa refresco fue lo que Clío compró cuando finalmente regresaron al pueblo.

El tazón de fideos Japonés: había contenido los fideos que Clío había comido después de hacerse el tatuaje. Estaba lloviendo. El tatuaje ardía y picaba, enloqueciéndola. Ella y su padre habían cruzado corriendo la calle para entrar en una de las incontables barras de fideos de Tokio. Clío aun recordaba cada momento de ese día. Ella y su padre estaban sentados en una pequeña mesa de madera dorada, con pequeñas lámparas de papel rojo separándolos de los demás e iluminando cálidamente esa pequeña esquina de la ciudad. Su padre hablaba sobre su siguiente plan. Tenía la idea de abrir una escuela, un lugar radical, sin edificios. Simplemente ofrecería constantes experiencias, similares a la vida que Clío llevaba. Para entonces, ya la había sacado de la escuela regular. Clío había adorado la idea de que otros chicos la acompañaran. Había comprado el tazón para poder conservarlo. Adoraba ese tono de rojo. Había sido un día tranquilo en el restaurante, y su padre le había pagado al chef para que dejara que Clío aprendiera a picar y cocinar un poco. Solían comprar muchas cosas en aquel entonces.

Regresaron de Japón para descubrir dos cosas. Primero, que el enorme tatuaje en el brazo de Clío era demasiado para su madre. Y, dos, que el “socio” de su padre los había estafado. Todo el dinero que no habían gastado había desaparecido. La fiesta había terminado.

Le tomo mucho tiempo a su padre entender el mensaje. Se negaba a creerlo. Se negó a buscar un trabajo. Trató de seguir su vida como antes. Sus

padres peleaban cada noche. Él se amargó. Ella no decía nada y, finalmente, se sentaron juntos para decirle que algunas veces los padres ya no se llevaban bien y ya no podían seguir casados.

Clío se encerró con Suki en su cuarto y se quedó ahí un día entero. Incluso llevó la comida y la caja de arena de Suki al cuarto. Cuando finalmente salió del cuarto, su padre ya se había ido. Su madre le dijo que se había mudado al apartamento de un amigo del trabajo, Martin. Clío no sabía que los padres simplemente podían mudarse y vivir con amigos. Aparentemente, si podían.

Él se mantuvo en contacto, por supuesto, apareciendo en la vida de Clío en los momentos más inoportunos. Desaparecía durante semanas para luego reaparecer un día fuera de su escuela, esperando que Clío lo siguiera en alguna loca escapada, a la actuación de una batalla, o a un rápido viaje a Nueva York para tomar un tour en las abandonadas estaciones subterráneas de Manhattan.

Ahora, Suki estaba sentada en la orilla de la mesa de dibujo, mirando por la ventana. Era su lugar favorito. ¿Quién cuidaría de Suki si ella no estaba ahí? ¿Se la llevarían a Kansas? Claramente, su madre tenía que ir a Kansas. E incluso Robert podía ir a Kansas. Clío podía pelear si lo deseaba. Podía decir “no” a su madre, decir que la acompañaría. A Kansas. A una seca y llana línea. Sin ningún amigo a la vista. Su madre estaría ocupada en el estudio y ella...

Clío se imaginó a sí misma de pie, sola en una planicie, mirando cientos de millas de terrenos agrícolas. Estando en lo más alto a la vista, un blanco seguro de relámpagos.

No. Tal vez habría alguna especie de granero. Un granero solitario en la distancia. Que atrajera relámpagos.

Cueste lo que cueste, no estaría aquí. No habría ningún Ollie. Abrió su cuaderno de dibujo. Había empezado su sexto retrato de él. El plan era darle uno de ellos. Así era como trataría de iniciar algo entre ellos. Le hacía querer llorar. De hecho, empezó a llorar hasta que escuchó pasos en las ruidosas escaleras que llevaban a su habitación. Clío limpió sus ojos mientras su madre empujaba cuidadosamente la puerta y le ofrecía un menú de comida a domicilio.

—Pensé que podríamos ordenar algo juntas —dijo.

—No tengo mucha hambre —dijo Clío—. Las semillas de ajonjolí me llenaron.

Su madre se sentó en la escalera.

—Yo también estaría enojada —dijo—. Estaría furiosa. Estaría golpeando las puertas y huyendo de casa. Creo que lo estas tomando muy bien. Estoy orgullosa de ti.

Nada es más molesto que tu madre dándote algo de crédito. Era un total difusor de ira.

—¿Qué está haciendo esta vez? —dijo Clío—. ¿Qué clase de locos tiene en ese barco? ¿Es una sociedad pirata? ¿Tengo que llevar un perico? ¿Un parche en el ojo?

—Él sólo dijo bañadores y zapatos con suela de goma.

—Va a ser algo extraño — dijo Clío, mirándola a los ojos—. Y tú lo sabes.

Su madre dio un largo y doloroso suspiro.

—Se que no me crees en este momento —dijo—. Pero podría ser muy bueno para ti, Clío.

Clío la miró por un momento.

—Hay algo que tengo que hacer antes —dijo, mostrándole la identificación de Galaxy—. Tengo que devolver esto, ya que no estaré trabajando ahí.

—Así que, ¿puedo hablarle a tu padre? ¿Decirle que sí? —Preguntó su madre.

Había una horrible nota de felicidad en su voz.

—Sí —dijo Clío —da igual que lo hagas.

La tienda estaba vacía, así que estaban sonando Johnny Cash en los altavoces. Desde que Clío había empezado a ir a la tienda, Johnny Cash sólo era un viejo y molesto cantante atormentándola cada vez que compraba materiales. Pero con el tiempo había empezado a apreciar la profunda voz y solitaria guitarra, porque había sido el fondo de algunas de sus mejores conversaciones con Ollie, cuando la tienda estaba tranquila. A él le gustaba la música, y había descubierto que a ella también le podía gustar.

Ollie no estaba afuera. Clío buscó en las cajas registradoras. La chica nueva estaba trabajando en una de ellas. Tenía el cabello negro corto, y usaba una malla plateada encima de una playera blanca con una identificación que decía Janine. De repente Clío odiaba a las chicas que trabajaban en la tienda de artes, aun cuando en aquel momento técnicamente era una de ellas. Las chicas de la tienda de artes podían hacer lo que quisieran. Estarían encima de Ollie en su ausencia. Esta Janine, en particular, podría estar tras él. Era nueva, él era amable. Él terminaría mostrándole algo que ella no entendía, algún truco de la caja registradora, y eso sería el fin del asunto.

Clío meneó la cabeza. Esta súbita paranoia... no era buena.

Se aferraba a su teoría de que todos tenían al menos un muy estúpido súper poder. El de ella era una débil especie de aparato de rastreo. Podía encontrar cosas o personas fácilmente. Si buscaba a Suki, por ejemplo, siempre sabía exactamente dónde encontrarla. Y también parecía saber cuando Ollie estaría en *Galaxy*, y exactamente dónde encontrarlo. No era muy impresionante. La tienda no era muy grande.

Dejó que sus sentidos lo encontraran. Estaba aquí. En algún lugar de la tienda. ¿Qué no habían acomodado últimamente? Empezó a caminar al pasillo dos, *Trementina* y *Disolventes*, uno de los pasillos menos agradables y más oscuros.

—¿De regreso? —dijo—. ¿Qué sucede?

Clío abrió la boca pero no estaba dispuesta a hablar. No deseaba que esto fuera verdad. Deseaba que su madre hablara y le dijera que todo se había cancelado. Pero el teléfono no sonaba. Ahora su teléfono estaba silencioso.

—No puedo tomar el empleo —dijo lentamente.

—¿Por qué no?

—Es una larga historia —dijo Clío—. Mi papá... tiene derechos de visita. Tengo que ir a verlo.

—¿Se encuentra lejos? —Pregunto Ollie—. ¿Otro estado o algo así?

—Italia —dijo Clío.

—Oh. Eso es lejos. Pero... bien por ti, ¿no?

Una vez más, la mágica habilidad de su padre para hacer que todo fuera mal estaba manifestándose.

—No es lo que parece —dijo Clío—. Pero, sí. Es lejos.

Él suspiró profundamente.

—Eso no es bueno —dijo.

—Tal vez pueda escapar —respondió Clío, mirándolo a los ojos, deseando que entendiera sus sentimientos.

—No suena a que sea algo de lo que quieras escapar —dijél—. ¿Qué? ¿Para regresar aquí?

Acaso había dicho demasiado.

—No —dijo rápidamente—. Supongo que tienes ~~o~~ . No voy a regresar. Digo, regresaré a casa, pero...

Él asintió lentamente.

—Le diré a Daphne si quieres —dijo— Es una lástima...

Ella extendió la mano, donde sostenía su identificación. Él puso su mano sobre ella.

—¿Por qué no la conservas? —dijo—. Tal vez la necesites.

—O tal vez olvide mi nombre —dijo—. Siempre es bueno tener una etiqueta de identificación. En caso de que olvide quien soy.

—Yo te recordaré —dijo—. Lo prometo.



Tu tipo de tripulación



*Traducido por masi
Corregido por Lorena*

Para Clio, bajar del avión en el aeropuerto de Roma fue como ser lanzada directamente en una prueba olímpica de relevos. Había una hilera de maratón hasta el control de pasaportes, a la cual ella fue incorporada, arrastrando los pies, golpeada hacia delante, y empujada. Después hubo una lucha para conseguir las maletas y una carrera por las aduanas, lo cual nos llevó a todos al objetivo final hacia el aeropuerto correcto, donde todo se convirtió en una total libertad para todos.

Por lo menos ella llevaba su maleta rápida¹.

Mucho antes, cuando ellos tenían mucho dinero y viajaban un montón, Clio se había comprado una, increíblemente cara, maleta de color rosa con un diseño de círculos rosas y verdes. Ella se la compró con el primer cheque de ¡Inmersión! que llegó a su nombre. Estaba hecha de algún tipo especial de plástico ligero e iba sobre mejores ruedas que un Mercedes. Era simplemente una de esas cosas en la vida que le daba una gran satisfacción cada vez que la miraba. No importa lo que le ocurriera a ella, tenía una maleta fantástica. Una maleta ligera y rápida. Podía correr más rápido que cualquier persona con esta maleta, sin importar como de llena estuviera.

Correr parecía una idea buenísima. Con cada paso que daba, Clio se dirigía en dirección a su padre, bajando del avión, consiguiendo su pasaporte sellado, consiguiendo su equipaje, ella sintió que los latidos de su corazón se volvían más intensos y más rápidos.

¹ se refiere a la maleta de ruedas.

Y a continuación, finalmente, allí estaba él entre la multitud de personas a las afueras de las puertas de llegada. Su padre era siempre fácil de detectar. Era el único rubio al que alguna mujer estaba astutamente mirando. Siempre fue un poco raro saber que tenía un padre atractivo. Su pelo era rubio rojizo, y siempre lo llevaba un poco demasiado largo. Era (le dolía pensarlo) bastante musculoso. Parecía tener perpetuamente treinta años, a pesar de que había pasado hacía tiempo esa edad.

Hoy fue más fácil de lo normal detectarlo. Llevaba puestos unos pantalones vaqueros rasgados, un poco apretados, cortados extrañamente a la altura de la mitad de la rótula de la rodilla, una camisa de vestir azul oscuro con las mangas enrolladas, zapatillas Converse negras, y, lo más preocupante, era una gorra de pescador blanca, una talla demasiado ajustada.

—Oh Dios mío —dijo Clio para sí misma, deteniéndose en seco.

Ella no podía hacer esto. No podía. Un barco. Una pequeña gorra de pescador. No, no, ella se tenía que dar la vuelta.

Fue la multitud la que la obligó a seguir. Solamente cincuenta pasos y una pared de cristal ahora les separaban. La maleta se deslizó por el suelo con la gracia y la velocidad de un patinador olímpico.

¡Vamos! parecía estar diciendo. Sigamos adelante. Móntate encima de mí y te sacaré de aquí.

No puedo, respondió la mente de Clio.

¿Por qué no?

Porque no hay otro lugar adonde ir.

El mundo es un lugar muy grande, Clio. Estamos en un aeropuerto italiano. Podríamos sacar tu tarjeta de crédito, coger otro avión, e ir a cualquier lugar.

El límite de mi crédito es demasiado bajo.

Sabes que las cosas están muy mal cuando tu mente está teniendo charlas conflictivas con su maleta. Clio siguió hacia adelante, y con cada paso,

la sonrisa de su padre se hacía más ancha. Tenía una enorme boca también. Su sonrisa era casi tan grande como su pie.

—Por favor —dijo Clio, maniobrando la maleta de color rosa a través de la multitud—, por favor permítele ser un poco normal.

—¡Ey, muchachita! —gritó—. ¡Ciao²! Italia, ¿eh?

—Sí —dijo Clio, tensándose por el gran abrazo que la envolvía. Es Italia.

—Nuestro vuelo hacia Nápoles es dentro de una hora y media, así que hay tiempo para comer algo. Dame eso, muchachita.

Extendió la mano hacia la maleta.

—Yo la llevo —dijo ella.

—Debes estar agotada. Déjame llevarla.

—Estoy bien. —Ella reforzó su agarre.

Algo en ella se negaba a ceder el control de la maleta. Era suya. Su maleta, sus cosas, su vida. Ella habría insistido incluso si su la mano estuviera rota. Incluso si ella estuviera muerta. Su zombie tiraría de la maleta antes de que dejar que su padre la cogiera.

—Vamos —dijo—. Deja que te ayude con eso, muchachita. Relájate.

Clio ya se había deslizado hacia adelante unos cuantos metros, llevando la maleta de color rosa con ella. Victoria.

—Sólo estamos a un vuelo de Londres —dijo su padre despreocupadamente mientras seguía su camino.

—¿Quién es ese nosotros? —preguntó Clio.

—Los adorarás. Es de tu tipo de gente.

Ella tenía serias dudas de que ese "nosotros" fuera de "su tipo de gente".

² Ciao, es hola en italiano.

Ella no tenía un grupo. O si lo tuviera, era el grupo llamado seres humanos normales. Y su nombre no era muchachita. Esa era la nueva cosa molesta, que acaba de desarrollar en su laboratorio secreto de molestias.

—Tenemos una mesa en uno de los restaurantes de la terminal. Hay tiempo suficiente para cenar algo. Todo el mundo se muere por conocerte. Lo saben todo sobre ti. En Nápoles, hay un coche para llevarnos a todos a Sorrento, que está bajando por la costa como a una hora de camino. Tu mochila está abierta.

Clio se detuvo para quitarse la mochila antes de que su padre la alcanzara, simplemente para descubrir que había sido un engaño. Él, triunfalmente, agarró el asa de la maleta y se adelantó. Clio observó como su preciosa maleta rosa circulaba por delante.

—¡Te cogí! —dijo su padre por encima del hombro.

Clio miró su gran reloj rojo. Cuatro minutos. Ese es el tiempo que había tardado en querer volver a casa. ¡Ollie, Ollie, sálvame! Gritó una voz frenética en su cabeza. Pero no había tiempo para pensar en esto, cuando su padre corría por delante y rápidamente se perdía de vista entre la multitud de viajeros y recolectores y conductores de automóviles que acudían a la puerta de llegadas. Él entró en un restaurante con un escaparate lleno de barcollas de Chianti³.

—Ahí están —dijo.

Él señaló con la cabeza hacia una pequeña mesa situada en la parte de atrás. Tres personas estaban sentadas allí. Clio reconoció a uno de ellos al instante. Él ya estaba de pie y se acercaba a saludarla.

—¿Martin está aquí? —preguntó.

A Martin lo podía aceptar. Esa era una buena señal. Martin había sido también el compañero de su padre cuando trabajaba para una compañía de software como escritor. Era un hombre bajo, que había pasado ya la mediana edad, con barba canosa. Nunca se había casado ni tenido hijos, así que pasaba su tiempo haciendo lo que le gustaba.

³ es uno de los vinos tintos italianos más prestigiosos y conocidos en el mundo.

Martin también tenía dos doctorados y se había retirado temprano, simplemente porque podía.

—Clio —dijo, abrazándola—. Te las arreglaste para llegar hasta aquí.

—Casi —dijo Clio—. Te ves un poco diferente.

—He perdido peso —dijo—. Por toda la ~~cuarta~~ ^{cuarta} que he estado haciendo.

Las otras dos personas eran mujeres, y eran extranjeras.

No se parecían casi en nada, sin embargo Clio podría decir que estaban emparentadas. La más joven de los dos era una chica con un pelo muy espeso, largo y rubio, atado en la parte superior de su cabeza. Tenía un cuerpo exuberante, con muchas curvas, una especie de Marilyn Monroe. Llevaba una camiseta sin mangas azul y unos diminutos pantalones cortos blancos que mostraban su bronceado tono albaricoque. Sus ojos eran absolutamente grandes y de color azul mar, pero su boca era pequeña. Ella era hermosa y ardiente. Sin nada de maquillaje.

Clio tuvo un extraño pensamiento de que así era la apariencia que debe haber tenido la persona que inventó el queso, una diosa lechera rubia.

De repente Clio se sintió demasiado abrigada con sus pantalones vaqueros (a pesar de que estuviera hecho de hilo) y su sudadera azul con capucha de gran tamaño, cubierta de parches de estrellas y letras japonesas. La había hecho ella misma, cortándolas de viejas camisetas y cosiéndolas a mano. Su ropa, normalmente una fuente de orgullo, parecía fuera de lugar aquí. La sudadera la había hecho sentir bien en el frío avión, pero ahora estaba en Italia, donde hacía demasiado calor, incluso en el aeropuerto.

Quitársela significaría revelar la normalmente aceptable camiseta sin mangas que llevaba debajo. (Desafortunadamente, había ocurrido un incidente con un aderezo para ensaladas cuando pasaron por turbulencias, en algún lugar de la mitad del Atlántico. Se había limpiado lo mejor que pudo, pero todavía quedaba un poco y demasiado aderezo ranchero para su propio gusto.)

Sin embargo, quizás se quitó. Tal vez nadie se daría cuenta.

Al lado de la chica queso estaba una mujer que no era rubia en absoluto.

Su cabello era rojo y muy corto, en un corte pixie⁴ perfecto. Llevaba puesta una vestido camisero ⁵ ajustado de una sola pieza, negro, que mostraba su forma ósea y un collar de cuentas africanas alrededor del cuello, con una máscara en miniatura, bastante alarmante, situado en el centro. La cual fulminó con la mirada a Clio cuando la mujer se levantó para saludarla, como si la advirtiera de que no se acercara más. Aparte de eso, había una silla vacía en la mesa, con una mochila bandolera azul colgada en el respaldo. Una persona más iba a venir. Este era el grupo.

—Clio —comenzó su padre— esta es la Dra. Julia Woodward, de la Universidad de Cambridge y su hija, Elsa Åkerlund—Woodward. Julia es profesora de arqueología.

Julia era la pelirroja. Elsa era la diosa del queso. Y ella tenía un apellido diferente al de su madre.

—Hola —dijo Julia con cortesía.

—¡Tú eres Clio! —dijo Elsa—. ¡Hemos oído hablar mucho de ti!

El acento de Julia era seco e Inglés. El acento de Elsa era de estilo inglés, que ocasionalmente derivaba hacia algo que Clio no podía reconocer lo suficiente.

—¿Te has encargado del pedido? —le preguntó a Elsa su padre.

—Está todo arreglado. Acabo de pedirte una pizza, Clio. Y una Coca—Cola. Pensé que estaría bien.

⁴ Se refiere a un corte de pelo muy cortito, estilo duendecillo.

⁵ En inglés shirtdress, que se refiere al vestido que es como una camisa larga de vestir, abotonado hasta los bajos del vestido.

Había algo de simpatía en esta chica. Clio podría decir que ella realmente había tratado de elegir algo que a Clio le gustaría, incluso aunque ella no lo conociera todavía.

—Pizza y Coca—Cola está genial, gracias —dijo Clio.

—Elsa habla italiano —dijo su padre—. Ella se encarga de hablar por nosotros.

—Soy la traductora —dijo Elsa con una sonrisa. Tenía dientes grandes y redondeados. Clio podía decir que ella nunca había llevado aparato, porque sus dientes estaban espaciados y un poco desiguales, algunos de ellos ligeramente torcidos. Pero eran, naturalmente, agradables y reales. Sin blanquear. Sin preocuparse. Los dientes de una diosa lechera.

—Tenemos todo lo que necesitamos —dijo su padre, mirando a Julia.

—Traductor. Artista.

—En realidad no necesitamos una artista —respondió Julia—. No es que no queramos tener uno.

Había algo que estaba acechando en el fondo de este comentario, algo en la mustia sonrisa, algo que le dijo a Clio que Julia no había estado demasiado emocionada cuando escuchó que Clio estaba llegando. Ella estuvo agradecida cuando su pequeña barcolla de cristal de Coca—Cola llegó. Estaba un poco caliente, y el vaso que venía con ella sólo tenía dos cubitos de hielo en su interior, pero seguía siendo algo líquido, y le daba algo que hacer. Ella estiró la mano para cogerla.

—Eso es absolutamente un tatuaje —dijo Elsa.

Clio hizo una mueca. Ella no había estado prestando atención. Solía ser consciente de su tatuaje y tenía cuidado con cómo se lo enseñaba a la gente. Todo el mundo siempre hace una gran montaña de ello.

A excepción de Ollie. Él, simplemente, lo había admirado y cambiado de tema.

—Oh, sí —dijo—. Es... brillante. Ya lo sé.

—Es muy bonito —dijo Elsa—. ¿Es nuevo?

—No. Lo tengo desde hace unos cuantos años.

—¿Unos cuantos años? —Esta era Julia. Era tan obvio cuando un padre estaba juzgando a otro.

—Hay una historia muy interesante ~~de~~ de eso—dijo el padre de Clio—. Clio hacía poco que había salido de un accid... Oh. ¿Qué pasa?

Él estaba hablando con alguien que estaba justo detrás de Clio.

—Tuve que salir al carril taxi para conseguir ~~com~~ ~~o~~ ~~n~~ ~~e~~ ~~x~~ ~~i~~ ~~n~~ ~~á~~ ~~m~~ ~~b~~ ~~r~~ ~~i~~ ~~c~~ ~~a~~ —dijo una voz masculina ~~de~~ de ellos—. Tenemos todo listo para irnos. Todo nos estará esperando en el muelle para ser cargado.

Un hombre había aparecido por el lateral de la mesa. Él reparó en Clio y se detuvo. Totalmente. Mirándola fijamente. Él tenía que haber estado esperándola, pero su llegada pareció sobresaltarle.

—Esta es Clio —~~expli~~ ~~o~~ su padre—. Clio, este es Aidan Cross. Es el asistente de Julia.

Esta era una novedad interesante. Había un chico en la pandilla de su padre. Él no era grande y alto como una sequoia⁶ como lo era Ollie. Comparado con Ollie, ningún hombre podría realmente, alguna vez, parecer alto otra vez. Era, sólo unos cuantos centímetros más alto que Clio. Toda su ropa le estaba unas cuantas tallas más grandes. Su camisa polo roja le estaba holgada. Sus pantalones le quedaban un poco demasiado grandes en la cintura y las rodillas, y caían hacia abajo sobre sus tobillos por encima de sus Converse, también de color rojo.

Él había combinado su camisa y sus zapatos, tuviera o no intención de hacerlo. Su pelo era castaño claro, y su corte de pelo había sido increíblemente

⁶ en el texto pone redwood-tall, con ello hace referencia a las famosos árboles sequoias que son los más altos del mundo y son típicos del parque nacional Redwood en los Estados Unidos, ubicado al norte de San Francisco en California. Fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1980.

caro o había sido hecho de forma gratuita por un amigo borracho con unas tijeras y un sentido equivocado de su propio talento. Con los productos de estilo apropiados para ello, habría parecido como uno de esos de cortes de vanguardia de revista que va en nueve direcciones distintas. Pero no tenía ninguna de esas, así que se dispersaba en muchas direcciones sin ningún apoyo.

Pero ninguna de estas cosas era realmente sorprendente con respecto a Aidan.

Lo que era más llamativo era su rostro. No era excepcionalmente guapo. No era afectuoso y acogedor como el de Ollie. Simplemente era un poco ovalado, del tipo marcado y severo, y a ella le parecía como si incluso requiriera un poco de esfuerzo mantenerlo, como si pudiera hacer cosas sin su conocimiento o consentimiento. Sus ojos eran redondos, de color verde oscuro, y extremadamente radiante y casi intenso en el centro.

Los ojos no se perdían nada. Estaba segura de ello.

Ahora esos ojos estaban recorriendo a Clio, y la puso en guardia.

—Así que...—dijo él, trasladando su atención a su padre. Tenemos el...

—Hablaremos de eso más tarde —dijo su padre rápidamente.

—¿Tenemos el qué? —preguntó Clio.

—Oh —dijo su padre, tratando demasiado duramente sonar ocasional—. Sólo algunas cosas para el barco. Tu madre te contó lo del barco, ¿verdad? Sólo material para el barco.

Ahora que las presentaciones estaban hechas, la incomodidad real podía comenzar. Los ojos de Julia permanecieron en el lugar donde el aliño ranchero había estado. La mirada de Aidan aterrizó sobre su tatuaje.

La comprensión se estaba asentando, estaban a punto de subir a un avión y después a un barco, juntos. Clio observó mientras todo el mundo miraba a su alrededor rápidamente, sin saber qué hacer a continuación. Había diferentes niveles de familiaridad. Ella y su padre. Su padre y Martin. Su

padre y Julia. Su padre era el común denominador de todo esto, y eso era un error matemático.

Un camarero se acercó y comenzó a servir los platos. La mayoría de ellos contenían pasta o pizzas pequeñas. Había una excepción. El plato de Elsa estaba lleno de ostras todavía dentro de sus duras conchas. Las conchas chocaban delicadamente mientras eran servidas.

—Comer mariscos crudo es un acto de locura —dijo Aidan—. Especialmente en un aeropuerto.

—Supongo que estoy loca —dijo con una sonrisa, ofreciéndole una ostra.

—Y supongo que yo, simplemente, no quiero una intoxicación neurotóxica —dijo, colocando su mano contra la ostra rechazada—. Soy raro con esas cosas.

—Todavía estoy viva.

—Por ahora —replicó Aidan con facilidad, sus ojos verdes se movieron de Elsa a Clio. Él alzó una ceja.

—¿Quieres una ostra, Clio? —Le ofreció Elsa—. Clio parece una niña de ostras. Las ostras son la comida del amor.

Por el rabillo del ojo, Clio vio a Julia enseñar su reloj a su padre.

—Oh —interrumpió su padre—, en realidad tenemos un poco de prisa. Que todo el mundo coma rápido.

Elsa y Aidan estaban todavía mirando a Clio y a la ostra tambaleante y ligeramente violácea que Elsa estaba sosteniendo.

—Cómetela de una sola vez —dijo Elsa—. Trágate la después. Toda ella. Trata de no masticarla.

Parecía importarle mucho a sus dos espectadores el que ella se fuera o no a comer esa ostra. Impulsivamente, alargó la mano y la retiró de nuevo. Sus instintos le sacudieron lo suficiente como para gritar, ¡Mastica! Pero ya era

demasiado tarde. La ostra estaba escurriéndose por su garganta. Así que ella empezó a toser y ahogarse, mientras se deslizaba.

—Oh... —dijo Elsa ligeramente—. Te estás atragantando. Está bien, eso pasa.

Presionó la barcolla caliente de Coca—Cola en la mano de Clio. La gaseosa calmó un poco la reacción y movió la ostra más hacia abajo, donde no podría causar más problemas. Clio rápidamente se limpió sus ojos húmedos.

—¿Está todo bien?—preguntó Aidan, inclinándose hacia atrás con los brazos sobre su pecho.

Clio asintió con la cabeza. Era demasiado pronto para hablar. Su voz le habría salido muy ronca y gangosa.

—Prevenida —dijo, sonriendo.

—¡Pero mira! ¡Está viva!—dijo Elsa, laméndose los dedos—. ¿No es impresionante, Aidan?

—Es la ley de los promedios. Una probablemente no te matar. Probablemente.

Pero él estaba sonriendo un poco mientras lo decía. Clio no sabía decir si ella estaba invitada a este festival de casi—flirteo o si no era ~~un~~ que un accesorio.

—Sabía que eras como yo—dijo Elsa—. Una chica de ostras. Lo ~~sabía~~. Nosotras nos llevaremos bien.

Hubo unos cuantos minutos de concentración en comer pizza después de este extravagante interludio. Estaba buena la pizza. La corteza era fina, y el queso estaba derretido. Había grandes hojas frescas de albahaca picante en la parte superior. Después de ocho horas en un avión, durante las cuales sólo había tenido una grasienta (y pequeña) cazuela de pollo y una ensalada marchita (la causa del episodio del aliño ranchero, esta pizza era el cielo. Clio tuvo que dejar de comer tan rápido e insensibilizar el interior su boca. Con mucho cuidado cortó la pizza en pedazos pequeños.

Aidan no estaba tomando las mismas precauciones. Clio levantó la vista para encontrar que había cortado la suya en dos mitades, doblándolas, y comiéndoselas en unos cinco bocados cada una, ayudándose a engullir cada uno con un trago de su Coca—Cola. Verdaderamente, se había terminado todo incluso antes de que Clio hubiera empezado la suya.

—Tú eres la chica de la caja de ¡Inmersión! —dijo él, retirando su plato.

Hacía mucho tiempo desde que Clio había sido llamada la chica de la caja, pero ella no podía negarlo. Ella había sido dibujada en la caja del juego de mesa y de los videojuegos sobre el juego.

—Cuando tenía doce años —le corrigió—. Ya no lo soy más.

Hubo un aviso en italiano. Elsa se animó.

—Eso es para nosotros —dijo—. Tenemos que irnos. Ya han comenzado a embarcar. ¿Cómo perdimos esa primera llamada?

—¡Vamos a alcanzarlo!—El padre de Clio se puso de pie. Sacó su cartera y tomó un buen puñado de billetes, colocándolos sobre la mesa—. Eso debería cubrirlo.

Agarraron sus pertenencias rápidamente. Clio fue la última en abandonar la mesa. Mientras se marchaba, el camarero se acercó y cogió el dinero. Por la mirada alegre de su rostro, Clio pudo ver que su padre había pagado en exceso por algo de importe ridículo.

Algunas cosas nunca cambian, pensó.

5



Artilugios peligrosos

Traducido por Kazenbr

Corregido por Lorena

La cosa que estaba esperando para llevarlos a Nápoles no podría llamarse avión; era más bien como una minivan voladora. Clío y la pequeña pandilla de su padre, se sentaban en parejas, ocupando casi un tercio de los asientos. Clío y Elsa estaban juntas. Sus asientos se encontraban directamente sobre una de las pequeñas alas. En vez de motores jet, había hélices.

Clío sabía por experiencia que aviones pequeños frecuentemente significaban viajes locos e incómodos, y estaba a punto de decirlo cuando las hélices cobraron vida, llenando la cabina con un zumbido bajo y un pequeño temblor. Elsa se inclinó y miró por la ventana.

—Oh por Dios —dijo—¿Qué es esta cosa? ¿Qué tan antiguo es este avión?

—Supongo que no pueden usar un avión más grande porque es una distancia muy corta —dijo Clío— Estaremos ahí en media hora.

—Realmente no me gusta volar —dijo Elsa—. Maná dice que todo está en mi mente, pero realmente lo odio. No sé si pueda hacer esto.

El temor en sus ojos era real.

—Te ayudare a lograrlo. —Dijo Clío, tomando la bolsa de Elsa, una elegante y circular cosa blanca que parecía que pudiera contener un sombrero de ala ancha, y la metió en el microscópico maletero que estaba encima de ellas. No quería entrar pero finalmente Clío lo consiguió. No había más espacio disponible para su mochila. Detrás de ellas, Aidan y Martin estaban guardando su equipaje. Aidan solo tenía su laptop y una novela. Una novela

gruesa, parecía de ciencia ficción. Disimulaba que no escuchaba la conversación, pero Clío vio que les lanzaba una rápida mirada.

—¿Te importa compartir? —le pregunto.

—Compartir es bueno. —Dijo— Todos deberíamos compartir más.

—Quiero decir que si puedo poner mi mochila en tu compartimento.
—Dijo, mirando el cielo.

—Bueno, supongo que podrías, pero no se qué hacer con ese paracaídas de ahí. Qué extraño...

Elsa volteo a verlo temerosa.

—Cállate, Aidan —dijo Elsa, su voz se volvió más alto y británico, pero sin sonar muy molesta—. No seas así.

Él sonrió. Era una de esas sonrisas que surgía lentamente, revelando una gran extensión de delgados labios. Clío no había notado cuán grande era su boca. Era como si tuviera una especial reserva de labios para cuando quisiera usar una de esas sonrisas de satisfacción.

Clío saco su cuaderno de dibujo y le dio la mochila a Aidan. Quien la puso en el compartimento y lo cerro de golpe.

—¿Te sentarías del lado de la ventana? —pregunto Elsa—. No hay forma de que pueda ver.

—Claro.

Clío paso por el lado de Elsa y se sentó junto a la ventana.

—He tenido algunos malos vuelos —dijo— El truco esta en distraerse.

—¿Cómo?

—Simplemente hablemos. La escuela. ¿A qué escuela vas?

—Apenas deje la escuela el jueves. Llegue a casa y nos vinimos para acá.

—¿Estas en la universidad? —pregunto Clío.

—Escuela Pública. —Respondió ella.

Clío hizo rápidamente la conversión mental. Realmente, en Inglaterra, escuela pública significaba internado. Mientras el avión se dirigía hacia la rampa de despegue, Clío mantuvo a Elsa hablando sobre una constante serie de preguntas. La escuela de Elsa era privada, pero no lujosa. Los idiomas eran su fuerte. El próximo año tomaría cinco exámenes de nivel A. Tenía que jugar un deporte como parte del currículo, así que jugaba hockey de pasto, pero no le gustaba. Le encantaba ver fútbol (soccer, le aclaró a Clío). Tenía una compañera de cuarto que se llamada Jenny, a la que todos le decían Binkie. Quien era todo lo opuesto a Elsa, muy delgada, cabello negro, brillante en matemáticas, mala bailando, buena en fútbol. Una vez, Binkie se había bebido doce tarros de cerveza y dos vodkas sabor a caramelo, en un reto y acabo en la enfermería.

Elsa dijo toda esa información en una larga, firme y casi sin aliento entrega, mientras pasaban al lado de enormes aviones jet, como del que se acababa de bajar Clío. Su estomago empezó a revolverse. Este era un avión muy pequeño. Elsa se apretó el cinturón de seguridad hasta que ya no dio más.

Ahora estaban en la rampa. Las hélices a toda velocidad.

—¿Puedo tomar tu mano? —pregunto Elsa.

—Claro —dijo Clío.

—Puede que sea un poco difícil. ¡Oh, Dios!

El avión se movió hacia el frente. No tenía la fuerza o velocidad de un jet mientras avanzaba por la rampa, así que el despegue fue inesperado. De la nada, el avión pareció saltar al cielo, elevándose cada vez más y más alto con pequeños brincos sin gracia.

Elsa empezó a murmurar bajo en un idioma diferente. Era demasiado bajo para distinguir el idioma. Una vez en el aire, fue aun más difícil oírla.

—Debes de pensar que estoy loca. —Dijo Elsa, apretando la mano de Clío hasta cortarle la circulación. Solo son los aviones. No me da miedo nada más. Al menos, no mucho. Tome uno de estos aviones una vez en Suecia, cuando fui a visitar a papá. Fue horrible.

—¿Tu padre es Sueco? —pregunto Clío.

—Sí. Soy mitad y mitad.

—¿Era eso lo que estabas diciendo?

—Rezo en sueco cuando tengo miedo —dijo— Aún tengo miedo.

—Entonces sigue hablando.

—Tengo fotos —dijo Elsa, alcanzando cuidadosamente su monedero de debajo del asiento—. ¿Quieres verlas?

—Claro —dijo Clío.

El avión reboto un poco mientras Elsa alcanzaba su monedero, haciendo que se golpeará la cabeza con el asiento de enfrente. Tomo su monedero y lo apretó contra su pecho, cerrando los ojos. Una vez que el avión se estabilizo, Elsa los abrió de nuevo y bajo el monedero. Busco en su interior y saco un libro. Lo sacudió, y unas fotos cayeron en su regazo. Se las pasó a Clío.

Todas tenían el mismo paisaje: un verde y enorme campo de juego, al fondo, un gran edificio parecido a una iglesia gótica, con una docena o más de pequeñas espirales puntiagudas, salían del techo. Diferentes personas estaban frente a esta panorámica, todas con uniformes similares, blusas blancas, corbatas rojas, sacos grises. En todas las fotos, las personas sonreían o hacían muecas. Algunas otras de las fotos habían sido claramente tomadas en una pequeña fiesta en algún dormitorio. Había varias de chicos guapos y sudorosos, justo después de algún partido de futbol.

Elsa estaba en casi todas las fotos, casi siempre en el centro, con apariencia curvilínea y feliz. En ninguna de ellas usaba maquillaje pero su piel tenía un brillo, sus labios naturalmente rosados, con una enorme sonrisa. Era como si Elsa saliera de la cama cada mañana y entrara directamente en alguna clase de hilarante esfuerzo de equipo. Ahí estaba en medio de un barco de

remo, riendo al alba. Más tarde ese mismo día, con una enorme taza de café en la biblioteca. En la noche, siete personas en su cama, sonreían mientras llenaban sus mentes con cálculo, latín o lo que fuera que estudiaban.

La última fotografía era de un conejo. Clío se la mostro a Elsa.

—Ese es Alex. —Explicó Elsa—. Es la mascota del dormitorio. Es como mi bebé. Lo llamé como mi novio. Ex-novio. Me gusta decirle: “¡Regresa a tu jaula, Alex! ¡Deja de hacer del piso el baño, Alex!” Y bueno, ¿qué hay de ti? Hemos estado hablando de mí. ¿Qué es ese libro?

—Solo uno de mis cuadernos de dibujo —dijo Clío.

—¿Puedo ver?

A algunas personas no les gusta enseñar sus dibujos, pero a Clío no le molestaba. Claro, que al mirarlo por encima del hombro de Elsa, se dio cuenta de que la hacía parecer una acosadora. Las mismas personas y rostros aparecían una y otra vez. Jackson, su mejor amiga. El sujeto que manejaba el camión de domicilios de comida Tailandesa. Ese chico Henry de trigonometría. Su gato, Suki.

—¿Quién es él? —pregunto Elsa al ver el octavo retrato de Ollie.

¿Quién era él? Un sueño. Una meta. El premio por sobrevivir al verano. Una oportunidad perdida. El futuro. El pasado. Sólo un chico en una tienda de materiales de arte.

—Debe ser tu novio —dijo Elsa—. Es guapo.

Clío se dio cuenta que debía corregir esa afirmación, pero no pudo. Sonaba lindo. Ollie, mi novio.

Tal vez podría haber sido cierto si no la hubieran arrastrado aquí. Pero los “tal vez” no querían decir nada. Tener algo con alguien, requería alguna prueba concreta. Como una cita, un beso, al menos un intercambio de palabras que prometiera una cita. Casi había trabajado donde Ollie trabajaba, lo cual no era lo que uno comúnmente creía que fuera un signo de romance en progreso. Aún así, le había dicho que la recordaría. ¿Acaso eso significaba que la esperaría? Tenía que serlo.

El momento para negarlo había pasado y aún no había dicho nada. El avión se tambaleó de nuevo, enviando a Elsa de regreso a su lugar feliz, cerró los ojos y murmuró en sueco.

Clío miro a través de la ventana viendo un paisaje surrealista. El panorama tenía algún sentido, pero los colores estaban invertidos. El cielo era del color del melocotón maduro, de un tardío verano. Las nubes tenían una especie de descolorida tinta azul. La bahía de Nápoles, que se extendía frente a ellos, de un color lavanda oscuro. En la distancia, una enorme formación rocosa sobresalía del agua. Parecía un camello que se hubiera sumergido, dejando expuesta su joroba. Clío supo de inmediato que era: el Monte Vesubio, el volcán que gobernaba esta área, el mismo que alguna vez enterró la ciudad de Pompeya en ceniza y lava, doscientos años atrás. Sabía que aún estaba muy activo. Había estado sospechosamente tranquilo por mucho tiempo, y podría despertar nuevamente muy pronto.

El aterrizaje no estuvo muy bueno para Elsa. El avión bajó y alcanzó su punto máximo, sacudiéndose por la corriente mientras se acercaba más al suelo. Para cuando todo terminó, Clío tenía cuatro profundas marcas púrpura en su brazo, pero también, podría contar, con la amistad de Elsa de por vida.

Mientras Elsa sacaba su bolsa del compartimiento de arriba, Clío miraba la gente detrás de ellas por el espacio entre los asientos. Aidan estaba directo en su punto de vista. La miraba fijamente, sonriendo de forma extraña. Se levanto y se inclinó sobre los asientos.

—¿Buen vuelo? —preguntó.

—Ha terminado —dijo Elsa. ^{ÚA} estaba un poco temblorosa, pero sonreía—. Clío me ayudo a soportarlo.

—Eso oí.

Clío miro hacia atrás para ver que hacía su padre. El y Julia estaban muy juntos, hablando, murmurando entre ellos. ¿Cuál era el gran secreto? Pensó Clío.

Un segundo después, lamentó la pregunta. La respuesta vino en la forma de su padre, muy rápidamente, poniendo su lengua en algún lugar cercano a la oreja de Julia. Julia rió y sonrió suavemente.

Clío se giró, su corazón latía fuertemente en su pecho. Sintió como se sonrojaba, cada vaso sanguíneo de su mejilla, se llenaba y expandía. Algo le pulsaba dolorosamente en el cuello, y su habilidad para escuchar se redujo. Por un momento, sintió como si algo muy malo le fuera a pasar a su cabeza a causa de toda esa presión. Podía escuchar a Aidan haciendo más patéticas bromas sobre aquel paracaídas imaginario.

—¿Estás bien? —preguntó Elsa.

Clío la miró sin saber que decir. Ya sin temor, Elsa volvía a ser la luminosa diosa del campo, y Clío solo era una confundida chica en un pequeño asiento de avión, a punto de hiperventilar.

—Me pare muy rápido —logro decir.

No se iba a levantar hasta estar segura de que Julia y su padre no estuvieran a la vista. Aidan se inclinó sobre el hombro de Clío. Le bloqueó la vista pero también la hizo sentir encerrada.

—Lindo tatuaje —dijo, examinándolo desde arriba—. ¿Qué guardas ahí? ¿El cambio?

Esto no era lo que necesitaba justo ahora. Y era exactamente la clase de cosa que Ollie no diría. Ollie no era un idiota. Ollie era la perfección.

—Un pequeño recuerdo de mis víctimas —le dijo, poniéndose rápidamente de pie—. Usualmente, un dedo cortado.

Clío no tuvo que mirarlo para saber que le estaba dedicando una de esas miradas con la ceja alzada, que quería decir “lo que tú digas, niña loca”. Se levantó y se inclinó intentando sacar su mochila del semi vacío, compartimiento de arriba.

—¿Ves? —dijo Elsa, ronroneando con su voz bránica—. Eso es lo que te pasa cuando no te comportas, Sr. Cross. Ahora, déjanos pasar. Salgamos de esta trampa mortal. ¡Esto ha terminado!

Clío estaba feliz por Elsa, pero sabía que su tormento apenas comenzaba.



Cicatrices mentales y bromas que no son divertidas.



Traducido por Anne_Belikov

Corregido por Dianita

Mientras caminaban hacia el cegador sol de Naples, Clío se encontró a sí misma apretando su oreja izquierda. No podía parar. Era como si cubriéndola ella pudiera parar la horrible imagen de la penetración de oreja que estaba en su cabeza.

Las cosas nunca volverían a ser las mismas ahora que había visto a su padre lamiendo la oreja de alguna extraña mujer. Nunca. Era el tipo de cosa que tejía su camino hacia tu cerebro, anidándose entre los cálidos y arrugados pliegues.

—¿Cuál es el problema, muchachita? —Preguntó su padre, deteniéndose a su lado y removiendo el protector de su mano—. ¿Las orejas no se destapan? Intenta tragando.

Tragando no era la palabra que quería escuchar justo ahora.

—Estoy bien —Replicó ella, caminando adelante.

Su transporte era una pequeña camioneta blanca. El conductor parecía acalorado, aburrido y tiraba de su camisa húmeda. Él cargó sus bolsas en la parte de atrás mientras todos ellos entraban. En los asientos había agujeros que eran producto de quemaduras de cigarrillo. Clío se encontró apretada en el asiento trasero entre Elsa e Aidan. Su padre, Julia y Martín se sentaron al frente. Como la mayoría de los chicos que conocía, Aidan tomó un poco más de espacio, sentándose con las piernas separadas, su computadora entre sus tobillos, presionando su muslo izquierdo contra su derecho en el proceso.

La camioneta dejó escapar una pequeña emisión de diesel y se encendió. Esto no fue seguido por una ráfaga de aire acondicionado, como ella esperaba. El conductor puso la radio, la cual estaba en un programa que ella no podía entender. El ruido y el calor terminaron cualquier conversación antes de que comenzara. Aidan se puso sus audífonos y Elsa descansó su cabeza ligeramente contra el respaldo del asiento y cerró sus ojos.

El primer tramo de carretera pasó en algún polvoso lote de casas en construcción, un montón de anuncios para restaurantes locales y ocasionalmente un auto sobrecalentado. Había mucho concreto y hierbas, las cuales eran ocasionalmente interrumpidas por perfectos jardines, plantas enredaderas o una pequeña agrupación de árboles. Luego eran más edificios de concreto cubiertos por una lavandería, camiones, carreteras, salidas, señales. Ella nunca había estado en Italia y había esperado un poco más que esto. Este no podía ser el lugar por el que la gente siempre deliraba.

Adherida a su pequeña caja caliente con dos compañeros silenciosos y un asiento frontal en el que se sentaba la cita de su padre, Julia, Clío tenía poco en qué pensar. Mantuvo sus ojos en la parte de atrás de la gorra de su padre, como si pudiera mantenerla en su lugar con la intensidad de su mirada. Era mejor que no hubiera más de besuquearse en los oídos; ella decidió que si intentaban algo después de todo, podría comenzar a gritar y a chillar que había una abeja en la camioneta.

Una cosa estaba clara: éste iba a ser el peor verano de su vida. Nadie sería capaz de culparla por eso cuando volviera a casa y diera las explicaciones pertinentes. ¿El viaje a Italia? Nada simpático. ¿Con la cita de tu padre? La gente sube a bordo por eso. Tal vez pudiera incluso llamar a su madre y decírselo en el segundo en que se detuvieran, y su madre se indignaría y la rescataría. Aún mejor, llamaría a Ollie. Él comprendería todo.

Mientras tanto, Aidan estaba moviendo su cabeza al ritmo de la música. Un pesado latido salía de sus audífonos, audible sobre el ruido del tráfico y el viento que venía a través de la ventana semi—abierta. Elsa estaba dormida y había caído hacia abajo. Ahora estaba inclinándose sobre Clío.

Ella no se sentía como si estuviera muy alto en algún avión, porque los aviones no le producían ese sentimiento. Tú no puedes realmente decir a

dónde estás yendo en un avión porque usualmente ves cielo o nubes y eso no cambia. Si tienes vista, hay algo en la altura y en la perspectiva que lo hace parecer un chiste. Sólo un paseo. Pero estando en una camioneta caliente con extraños en un largo viaje en carretera italiana, ese sentimiento desaparece. Ollie, su madre, Suki, Jackson... todos desaparecían de su vista.

Ella revivió los momentos finales con Ollie en su mente. Necesitaba guardar el broche con su nombre. Clío levantó su bolsa a su regazo cuidadosamente, alcanzando el bolsillo donde el broche estaba escondido. No había manera de que ella le permitiera a Aidan ver esto, porque era incuestionablemente extraño. Elsa lo obtendría. Aidan se burlaría de ella. Era bastante obvio.

Ollie le había dado su broche para guardarlo y él le había pedido recordarlo. Y ella había dicho...

Espera un minuto... ella había caído, había dicho que no volvería. Se le ocurrió a Clío que en su intento de parecer despreocupada, le había dicho a Ollie que no volvería. ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué se había dado cuenta hasta ahora, en una camioneta en Italia?

Ella buscó a tientas en su bolsa, encontró el celular y lo encendió. No había señal. E incluso si hubiera tenido, hacer una llamada a casa le habría costado cien dólares el minuto o algo así de horrible. Aunque valdría la pena, pero sería hiriente.

Giraron en la autopista e inmediatamente todo se volvió más sombrío y más verde. Las ramas de los árboles rasparon el techo de la camioneta. Ellos entraron en el pueblo con estrechos caminos llenos de motocicletas Vespa y pequeñas, pero determinadas casas de negocios en las que probablemente una vez habían estado grandes edificios. La mayoría de ellas tenía ventanas cerradas, terrazas y pintura descarapelada. Esto era más como eso. Europa continuaba decayendo.

Cuando giraron en una esquina cerca de una lavandería, la camioneta tosió y murió. Todos ellos se sacudieron. Aidan se quitó los audífonos.

—¡Hey! —Su papá se giró y dijo—. ¿No te importará empujar, verdad muchachita?

—¿Puedes parar el muchachita? —dijo Clío—. Tengo un nombre. Es un poco raro pero tú me lo pusiste. ¿Por qué no lo usas?

Él sonrió, aunque un poco más débilmente que lo usual y se giró de nuevo. Otra mirada de Julia, con la cabeza medio vuelta hacia ella. Así que ésta es tu hija. Parecía decir. Es una mocosa.

Clío mordió su labio inferior. Su padre lo había hecho rápido. Él sacaba lo peor de ella. Ella había intentado mantenerlo controlado. Eran demasiados extraños aquí y nada de espacio. Aidan había recolocado sus audífonos, pero ella sabía que él había escuchado su arranque. Genial, ahora ella parecía como si estuviera molesta.

Ella tomó una respiración profunda y miró hacia arriba, hacia el techo de la camioneta. La tapicería se estaba arrancando. Le recordaba al cielo de tormenta. Intentó registrar el color y la ondulante manera en que la tela colgaba en su mente, en uno de los muchos archivos que mantenía para sus futuros dibujos. Era una buena distracción.

El conductor hizo algún fantástico cambio de velocidades e intentó encender varias veces. La camioneta hizo un bajo y doloroso sonido y continuó su miserable esfuerzo.

El camino no hacía nada más que serpentear. Serpenteaba a través de pueblos, a lo largo de acantilados, de valles. Ellos condujeron a través de un túnel que atravesaba la montaña, y cuando salieron al exterior, todo estaba azul. No había nada a la derecha de la camioneta sino aire, seguido por una afilada caída hacia abajo por el lado del acantilado que daba al espumoso océano. La costa era completamente visible, estrechándose en frente de ellos en un muro de ásperas rocas. La tierra tenía gruesos árboles. En el horizonte había un pino, ocasionalmente árboles que estaban todos juntos hasta que explotaban en anchos toldos de verde. Eran enormes y estaban sólo en los bordes de los acantilados, en relieve contra el cielo. En todas partes el agua estaba llena de barcos. Pequeños barcos pescadores, como puntos. Grandiosos, pesados cruceros. Como puntos de exclamación.

La vista trajo a los ocupantes de la camioneta a la vida. Todos ellos miraron hacia afuera mientras hacían su camino a lo largo del borde de la línea de acantilados, constantemente raspándose con los árboles cuyas ramas

estaban bajas, ocasionalmente juntándose como si estuvieran dando un tour masivo que parecía demasiado grande para el camino. Ellos pasaron, al menos tres o cuatro pueblos más, cada uno más grande y bonito que el último, pero ninguno demasiado enorme.

Finalmente llegaron a una larga intersección que era claramente algún lugar. Los edificios no estaban descarapelados aquí, eran grandes, en colores audaces, con detalles en blanco. Había tres de color café con multitudes a su alrededor. Eran bancos y tiendas, y había masas de turistas disfrutando la tarde. La camioneta giró en un camino que se dividía en un acantilado. Estaba oculto en una grieta hasta que alcanzabas el fondo. Se detuvieron al nivel del mar, cerca de un puerto. El pueblo estaba cien pies por encima de ellos ahora, sus hoteles construidos al borde de las rocas, añadiendo altura al acantilado. El agua detrás de ellos estaba tranquila. Grandes restaurantes con enormes señales daban la bienvenida a los turistas, sentados en torres sobre el agua.

—Esto es Sorrento —dijo su papá—. ¡Llegamos!

La camioneta murió tan pronto como escuchó esas palabras.

—Como Pheidippides —dijo su padre, mirando a Julia.

—¿Cómo qué? —preguntó Clío, deslizándose fuera de la camioneta.

—La primera persona que corrió el maratón —dijo él—. Él corrió de la ciudad de Maratón a Atenas para comunicar los resultados de una batalla. Corrió todo el camino, dio el mensaje y murió. ¡Es una historia verdadera!

Él miró a Julia de nuevo. Obviamente, ahora que él estaba saliendo con una profesora de arqueología, estaba haciendo este tipo de cosas. Maravilloso. Clío miró a Martín, quien sonrió y negó con la cabeza.

—En realidad —replicó Julia, estirando los brazos sobre su cabeza—. Eso probablemente es un mito. No hay pruebas de ello.

Ella lo dijo de manera simple, no cortante. Pero aún así, en su acento inglés hizo parecer a su padre débil y demasiado entusiasta.

—Necesito comunicarme a casa —dijo Clío a su papá—. Necesito decirle a mamá que estoy a salvo. Necesito un teléfono o una computadora.

Eso era cierto. No podía ser negado. Pero ella también quería arreglar las cosas con Ollie.

—En un momento —dijo él.

—Es importante —dijo Clío—. Tengo que hacer la llamada pronto.

—Relájate, mu... Clío. —Él extendió una mano para ayudar a salir a una Elsa adormilada y lenta, de la camioneta—. Hay algo que debes ver primero.

—¿Es esto? —preguntó Elsa a Clío—. He estado absolutamente fuera. No me di cuenta de lo hecha polvo que estaba.

—Ya lo creo —dijo Clío—. Pero no tengo idea de qué es esto.

—¡Todos dejen sus bolsas! —dijo su papá—. ¡Sígueme!

—Creo que este es el camino —dijo Clío.

—¿Puedes decirle al conductor que necesitaremos al menos una hora para descargar? —le preguntó a Elsa—. Le pagaré por ello.

Elsa se comunicó en italiano y la oferta fue aceptada.

Su padre los condujo abajo por un camino en concreto hasta que terminó abruptamente y cuatro escalones los llevaron a una playa de arena oscura. Clío observó el acantilado que los miraba, pero no entendía exactamente lo que estaba viendo. Era como la más extraordinaria capa de pastel del mundo.

Al nivel de la arena, construido enteramente en el acantilado, había un edificio de tres pisos con un frente de color uva—amarillo. La pintura estaba deteriorada y de color blanco en algunos lugares, pero las grandes ventanas estaban enmarcadas en un inmaculado rojo. Si hubiera estado calle arriba, el edificio habría parecido un viejo hotel, pero tenía un gran anuncio en inglés sobre la tienda de buceo. En el espacio sobre él, donde un edificio normal tendría aire y cielo, estaba la mitad de un edificio completo, de nuevo construido sobre el acantilado. Este otro parecía una fortaleza antigua de ladrillo gris, con pequeñas aberturas para que los arqueros dispararan. La

estructura se interrumpía de nuevo en la cima del acantilado, volviéndose un verdadero e inconfundible hotel, también amarillo, con prístinos arcos que enfrentaban al océano y goteaban zonas verdes alrededor del borde.

Clío quería dibujarlo inmediatamente, si sólo pudiera entenderlo. Ella sólo podía imaginar la locura de la gente que había hecho esa cosa, o esas tres cosas. Pero su padre había comenzado a bailar en la arena.

—Damas y caballeros —dijo él, balanceando sus brazos abiertos—. ¡Bienvenidos a su nueva casa para el verano!

Había algo mirando alrededor del agua, el acantilado, las Vespas estaban estacionadas a lo largo del camino.

—¿No estarás hablando de esto, verdad? —dijo Aidan, su voz espesa, llena de consternación.

Sentado en la arena enfrente de ellos, directamente mirando a su padre, estaba un decaído barco de madera de cincuenta pies de largo. Estaba amarrado en su lugar en una peligrosa diagonal con barriles de metal y madera debajo de ellos, sosteniéndolos hacia arriba. Cerca de tres de ellos estaban cubiertos con una lona, pero los restantes consistían principalmente en ventanas rotas y putrefactas.

—Me doy cuenta de que necesita algo de trabajo —dijo su padre—. ¡Pero tienes potencial!

—¿Este es nuestro barco? —preguntó Julia—. ¿Eso no va a...?

Los ojos de Elsa se habían abierto. Por una vez, los extraños sentían lo que Clío había sentido toda su vida. Lo que era algo bueno, pero no podía hacerlos naufragar a la realidad enfrente de ella.

—Ben —comenzó Martín—. No creo que esto vaya a funcionar.

—Eso es un tipo de subestimación.

Su padre los miró con genuina confusión.

—¿De verdad? —preguntó él—. Hice un buen negocio con él.

—Imagino que sí —dijo Julia.

Clío mantuvo en su lugar a su padre con una mirada mortal.

—Con un poco de trabajo... —dijo él— ...será genial. Ni siquiera cerca de lo mal que luce.

Silencio del grupo. Martín dejó escapar una educada tos.

—¡Oh! —Su padre se ~~ió~~, mirando sobre su hombro—. Lo siento. He estado tomando el camino equivocado. Éste es nuestro barco. Desde aquí hasta el final.

Ellos giraron gentilmente hacia el agua.

Ante ellos, a no más de quince pies (nadando en la distancia, incluso caminando en la distancia) estaba una fila de cinco fabulosos barcos. Al final de la fila estaba el más grande y feo de ellos, definitivamente un yate. Algo sobre éste barco gritaba Soy un modelo muy popular en las regiones petrolíferas del mundo. ¡Cuesto más que tu propia alma!

—Bienvenido sea todo el mundo a la mariposa del mar —dijo él, dando una de las más amplias y aterradoras sonrisas que Clío había visto alguna vez.



La Mariposa del Mar

Traducido por AndreaN

Corregido por Marina012

Estaba claro que su padre había preparado esa broma con suficiente antelación y se regodeó con su perfecta ejecución.

—Deberían haber visto sus rostros —dijo él.

Nadie contestó. Todavía estaban absorbiendo la magnificencia de yate delante de ellos. Tenía al menos ochenta pies de largo (24.384 m), con dos niveles visibles, además de una caseta con cristales polarizados y más antenas que lo que tendría un rascacielos.

—¿Cómo llegaremos hasta allí? —preguntó finalmente Elsa.

—Usando esto.

El padre de Clio se quitó los zapatos y caminó unos pasos en el agua, la cual sólo le llegaba hasta la mitad del muslo. Agarró una balsa naranja con un motor diminuto que estaba atado en un poste en el agua. —Tendremos que hacer unos cuantos viajes para lograr que todo quepa.

Dirigió la balsa hacia el muelle cercano, agitando la mano hacia los otros en esa dirección.

—¡Clio! —dijo él—. Tú vas primero.

Él la ayudó a pasar en la pequeña balsa, la cual se hundió bajo su peso. Después de empujar dos veces la cuerda de encendido, el motor cobró vida y ellos hicieron el corto viaje hacia La Mariposa del Mar, aproximándose a ella desde atrás.

—Compraste un yate —le dijo Clio.

—Para ser justos, el yate técnicamente significa muchas cosas.

—Significa esto. Compraste un yate. No podemos pagar un yate. Papá, ni siquiera podemos pagar la reparación del techo.

—Hay una historia graciosa detrás de esto—dijo su padre, sonriendo con esa sonrisa loca hacia La Mariposa del Mar mientras se balanceaba en el

agua como un gigante de dientes blanqueados—. Sólo iba a alquilar un barco. Pero luego conocí a esta mujer en Londres que se estaba divorciando. Muy rica. Este barco era el juguete de su esposo, así que le dio un gran placer cuando me lo vendió por una fracción de su precio. Lo venderé cuando terminemos y haré un montón de dinero. Esta chica va a pagar lo que cuesta multiplicado por diez.

—¿La Mariposa del Mar? —dijo Clio—. Qué nombre tan raro.

—Es mejor que el viejo —dijo su padre, llevando la balsa hacia la plataforma—. Soña llamarse Foxy Lady. El tipo que era dueño de esto se llamaba Fox.

—Ese era realmente un nombre obsceno —dijo Clio.

—Lo sé. Este es mucho mejor. De todos modos, aquí vamos.

Él amarró la balsa en la popa del barco y la estabilizó. Clio trepó a la plataforma trasera, una resbaladiza lámina de fibra de vidrio estaba cubierta de agua. Ella caminó los tres pasos hacia la cubierta oficial del barco.

—Ok —dijo él. Quédate aquí. Quiero que todos hagan la excursión al mismo tiempo.

Ella observó como traía a los otros, dos a la vez. Sólo tomó unos pocos minutos. Antes de que pasara mucho tiempo, todos estaban de pie en la enorme cubierta de atrás de la embarcación. La primera parada fue el Jacuzzi, el cual tenía una funda que se deslizaba hacia atrás cuando se tocaba un botón.

—Esto se rompió —dijo él—. Así que la tengo cerrada. Podemos llenarla con agua o lo que sea que necesitemos cuando... ¡Podemos llenarla con agua y peces y ¡tener nuestro propio estanque para conseguir pescado fresco! Muy bueno ¿eh?

Cerca de ellos había unas puertas correderas de cristal, parte de lo que era esencialmente una pared completamente de cristal. Él abrió las puertas y ellos pasaron a través. Clio no podía ver nada todavía, pero la alfombra se lo dijo todo. Lo que sea en lo que estuviera de pie sobre era tan esponjoso y suave que se sentía como si estuviera balanceándose a sí misma sin esfuerzo en una cama de esponja en el fondo del océano.

—Las luces son complicadas. —Su padre estaba diciendo, buscando a tientas algo en la pared—. Oh. Aquí vamos.

Las luces cuidadosamente colocadas se encendieron en una docena de puntos estratégicos por todo el techo, revelando una larga y elegante sala y comedor.

Todo parecía estar hecho de cuero color crema. La esponjosa alfombra era color miel y se extendía en todas las direcciones.

El aire acondicionado hizo un suave ronroneo como el que hacen los gatitos cuando duermen.

—La sala —dijo su padre, apuntando sus manos hacia losásof el televisor de plasma—. Por aquí, el comedor.

—Esto es increíble —dijo Elsa.

Julia se acercó más al padre de Clio, sin poner su brazo del todo en el suyo, pero acercándose lo suficiente para mostrar su aprobación.

—Todos podemos reunirnos aquí —continuó él—. Después de un duro día de trabajo en el mar. —La cocina del barco... la cocina, es por aquí.

Su padre los guió hacia una cocina llena de sofisticados aparatos integrados en plateado y negro. La mitad del catálogo de Williams—Sonoma estaba aquí. Clio recogió un tubo helado que estaba en el mostrador de mármol.

—¿Para todos esos elegantes pasteles que nos gustaría hacer? —preguntó ella.

—Todo vino con el barco —dijo ápidamente su padre—. Todo ello. Ni siquiera habéis visto ni la mitad del lugar. Vamos.

Justo después de la cocina había una estrecha escalera circular que se extendía hacia arriba y abajo. Bajaron en primer lugar, terminando en un pasillo sorprendentemente largo. Las paredes estaba hechas de una brillante madera de color marrón—cereza y había una iluminación baja intensidad a lo largo del suelo, como en los cines. A través de este pasillo había varias puertas. Su padre abrió la mayoría de las puertas usando una sola llave maestra, revelando cuatro cómodos dormitorios. Clio sintió que había puesto en mostrar demasiado énfasis que Julia tenía su propio cuarto. Él paso unas pocas puertas y procedió hacia el final del pasillo.

—¿Que hay en las demás? —preguntó Clio.

—Oh, sólo suministros y esas cosas. Hablando de... está empezando a oscurecer, y nuestra hora de partir será pronto. Ustedes chicos probablemente deberían ir a buscar sus cosas de la camioneta, y luego puedo mostrarles el resto.

Subieron las escaleras de nuevo, y Martin, Elsa, Aidan, y Julia regresaron a la balsa para transportarse de nuevo hasta el muelle.

El padre de Clio los observó a través de las puertas de vidrio, luego se inclinó hacia Clio conspirativamente.

—Quería mostrarte esto en privado —dijo él—. Es la mejor parte.

—¿Es la parte dónde hay teléfono o computadora? —preguntó ella.

—Nop. Es tu cuarto. ¡Subamos!

Volvieron a la escalera de caracol y subieron. Terminaron en un pequeño vestíbulo con mucha inclinación, la mitad la pared era una vidriera que a la parte posterior del barco, al agua negra, y la luna. Detrás de ellos había una puerta color miel que se conducía a la única habitación en este nivel de la embarcación.

—Pasa —dijo él en voz baja.

La habitación detrás de esa puerta era aproximadamente tres veces más grande que las habitaciones de abajo. La alfombra era más gruesa aquí, un jardín de lujo, peludo, y más suave que un par de pantuflas. Su padre le dio a un interruptor, y una docena de luces invisible cobraron vida, bañando el cuarto con una luz suave, casi rosada. Las paredes estaban empapeladas en un color champaña, con un patrón en relieve con diminutos círculos. Era como si el cuarto estuviera muy impresionado consigo mismo y estuviera haciendo oooooh, en una especie de camino, ligeramente ebrio.

—Esta es la iluminación nocturna —dijo él—. También hay...

Una luz extremadamente brillante y amarillenta, brillante como el día, luego la mitad de eso, luego unos pocos puntos de luz iluminando varias esquinas de la habitación. Las luces se concentraron en dos elegantes mesas de tocador que habían sido construidas en las paredes, una en el lado de la ventana y la otra en el lado opuesto. La cama era enorme. Su cabecera acolchada y semicircular estaba firmemente empotrada a la pared, y la base parecía estar sólidamente unida a lo que fuera que estuviera debajo de la alfombra color café. No iba a ir a ningún lugar, sin importar lo que el barco hiciera.

—La mejor parte está al travesar esa puerta—dijo él con una orgullosa sonrisa.

Había una puerta de madera barnizada a un lado; la madera súper brillante y extra—arremolinada que ella nunca había visto fuera del salpicadero de un coche. La puerta se deslizaba hacia atrás dentro de una ranura en la pared, revelando un cuarto de baño no muy grande, pero de todos modos era mucho más grande que lo que un baño en un barco generalmente era. Tenía dos sumideros, con relucientes accesorios de latón que desembocaban a la perfección en unas vasijas. Había un espejo a lo largo de la pared rodeado por bombillas redondas, al estilo de un vestuario, tan brillantes que hizo que Clio retrocediera con alarma mientras su reflejo la criticaba. En la pared había un panel de controles... ventiladores, un regulador

de luz, un control de volumen para un oculto sistema de sonido. El brillante estante calentador de toallas era lo suficientemente grande como para dar cabida a las toallas más gruesas disponibles. La pieza central del cuarto de baño era una bañera de estilo francés con una o dos docenas, de chorros dorados en torno a su lado y base. Era lo suficientemente grande como para dos personas y estaba encerrada entre paneles de cristal abatibles. Había una ligera protuberancia a un lado, tal vez para darles a los visitantes un lugar para sentarse o un lugar para poner el cubo de vino. Una ducha dorada, de boca ancha se extendía hacia abajo desde el techo, como alguna trompeta celestial metiéndose en la escena para anunciar que este... este era cuarto de baño del que se hablaba en el comienzo, y sí, era el mejor.

—¿Esto es para mí? —preguntó ella—. ¿Este cuarto?

—Sé que viniste desde muy lejos para verme —dijo él—. Sé lo que piensas. Quiero que seas feliz.

Esto era simplemente raro. Era agradable, sin embargo, que le hubieran dado el mejor cuarto del barco y el más brillante de los brillantes baños. Pero todavía era un barco, lejos, lejos de casa, un barco que él nunca podría haber costado. Clio sintió que su cabeza se volvía borrosa y desenfocada. Había sido un día muy largo... su noche había desaparecido en algún lugar durante el vuelo y los cambios horarios. Y no había teléfono o computadora en esta habitación.

—¿Qué piensas de La Mariposa?—preguntó él—. Después de todo, la llamé así por ti.

—¿Qué?

—Clio —dijo él con autoridad—, es el nombre de una familia de mariposas del mar. Las mariposas marinas son hermosas y coloridas criaturas.

—Pensé que era una musa —dijo ella—. La musa de la historia.

—También eres una mariposa del mar.

—¿Lo cual es qué? —preguntó ella.

Él se removió en sus rodillas un poco y se veía un poco frustrado.

Ella sabía que no le estaba dando lo que quería, elogios de hija por su juguete, y eso estaba empezando a irritarle. Eso era lo que él había esperado. Ella podía verlo claramente. Pensó que en el segundo en que ella viera su yate, todo estaría bien entre ellos.

Pero Clio no estaba impresionada. Ella caminó y se sentó en la cama, saltando sobre ella unas pocas veces. Al igual que la alfombra, era suave en una manera muy cara.

—Estoy algo cansada —dijo ella—¿Y cómo puedo llamar a casa? ¿Dónde está la computadora? Aidan tiene una. ¿Hay otra?

Ahora se miraba irritado. Caminó alrededor del borde de la habitación, tocando la diminuta luz redonda fijada en el techo.

—Necesitamos meter las cosas a bordo —~~él~~ dijo Te traer un teléfono. Necesitamos hablar de todos modos. Instálate y nos encontramos en el muelle en veinte minutos. Traeré tu equipaje.

Cuando se fue, Clio se dejó caer hacia atrás, dejando que el suave edredón la envolviera. Cerró sus ojos. Sus parpados le escocían por alguna razón. Esta cama era agradable, y si ella continuara con sus ojos cerrados, caería en un profundo sueño y nada de esto la molestaría.

Forzó a sus ojos a abrirse y se levantó a sí misma de la cama, salió por la puerta y bajó de nuevo por las estrechas escaleras. Había mucha actividad en la cubierta la posterior, estaban llevando las cosas hacia adentro. Ella recuperó su equipaje de la espesa alfombra de la sala y lo arrastró a lo largo. La escalera de caracol era sólo lo suficientemente ancha como para permitir que una persona pasara, y ni siquiera lo suficientemente larga para que la persona pasara cómodamente. También era muy empinada. Ella tenía que sostener su bolso delante de ella, elevándolo paso a paso, ajustándolo cada vez que los escalones giraban. Después de unos pocos pasos, se dio cuenta que no podía soltar la maleta ni por un momento o caería encima de ella.

Cinco minutos después, todavía estaba a sólo medio camino y maldiciendo no muy ligeramente bajo su aliento, cuando tuvo el presentimiento de que alguien la estaba observando.

Aidan estaba apoyado en la puerta de la cocina, sosteniendo una gran caja de archivos de plástico.

—Pareces estar teniendo un pequeño problema—dijo él, sin hacer mucho esfuerzo por ocultar una sonrisa. Una vez más, ella fue golpeada por sus brillantes ojos.

—No —dijo ella—. Está yendo muy bien.

—¿Quieres una mano?

—Puedo manejarlo.

—Tu padre me pidió que te dijera que se supone que tienes que encontrarlo afuera.

—¿Puedes decirle que estoy atrapada?

—Por lo tanto, ¿no va bien?—dijo él—. Eso es raro, porque **ú** parece tener esto bajo control. Pero puedo entender si no estás acostumbrada a cargar tus propias maletas.

—Yo... —Otro empuñ. Inútil—. Estoy acostumbrada... a cargar mis propias cosas.

—Obviamente. Sabes, podría ayudar si giraras del otro lado. Pero sólo digo...

Clio miró la posición del bolso. Él tenía razón. Si podía moverla hasta que se aflojara y girarla, se movería. Era simple y obvio. Tan simple y obvio que no podía sólo girarla delante de él y darle la satisfacción.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Genial —dijo ella—. Sólo estoy tomando un respiro.

—Yo también. Fue una larga caminata desde la cubierta.

Él sabía lo que ella se proponía, y estaba esperando y observando.

—Entonces —dijo él—. Barcos, ¿eh? Deben gustarte los barcos.

—Realmente no —dijo ella.

—Pero tienes un barco para jugar. ¿Hace mucho tiempo que tenéis este barco? Buen barco. Muy elegante.

—Es nuevo —dijo Clio, atravesándola su irritación—. Muy nuevo.

—¿Es más grande o más pequeño que tu último barco?

Clio ya no podía soportarlo más. Giró la maleta. La sonrisa de él creció, ampliándose increíblemente.

Le tomó varios minutos más subir la maleta y, con un empujón final, tirarla en el vestíbulo en frente de la puerta. Clio dejó que su equipaje se cayera en el mullido suelo alfombrado. Apenas hizo un ruido.

Cuando volvió a la cubierta, Aidan estaba levantando un monitor de ordenador que debía haber salido de la balsa. Había unos pocos rastros de componentes de ordenador ahí, en una caja plástica llena de cables y conectores, un estuche plateado que lucía como si contuviera equipo de alguna tipo. Martin estaba en la plataforma flotante, pasándole un equipo de buceo a Julia. Había mucho más de lo que necesitarían para unas cuantas inmersiones casuales.

—Entonces —le dijo a Aidan— ¿para qué es todo esto exactamente?

Él se tambaleó un poco mientras intentaba manejar el monitor y la caja al mismo tiempo.

—No me preguntes a mí —dijo él—. Yo soy sólo el ayudante.

Por el rabillo ojo, ella vio a Julia y Martin mirándola, luego dándose la vuelta hacia los tanques y bolsas. Había rigidez en la mandíbula de Martin y una expresión fija en la cara huesuda de Julia. Martin normalmente era un tipo hablador, así que su silencio era extraño.

Su padre estaba saliendo de la balsa con Elsa y su equipaje.

—Vamos —llamó a Clio mientras salía—. Entra. Vamos a la ciudad.

Clio se detuvo para ayudar a Elsa a subir al barco. Martin recogió su bolso blanco y la izó sobre la pared del fondo. Clio se metió en la balsa. Era mucho más difícil meterse que salir. Era blanda lo que le permitía no chocar con el barco, además de no tener nada a lo que sostenerse. Su padre no parecía notar que ella casi se caía hacia un lado mientras entraba. Fue Martin quien se acercó y la estabilizó.

—¿Vamos a buscar un teléfono? —preguntó ella.

—Claro —dijo su padre, manteniendo sus ojos en el muelle—. Y conseguiremos un helado. Hay un lugar genial allá fuera.

Él dijo esto un poco más ruidosamente de lo necesario. Sonaba como si fuera para beneficio de alguien.

—Papá —dijo ella, mientras se alejaban de La Mariposa del Mar—. ¿Qué hacemos?

—Vamos a la ciudad —dijo de nuevo—. Conseguiremos un helado, y tendremos una pequeña charla.

Sólo había una pequeña charla que Clio quería tener a este momento, y no era con su padre y un helado. Tenía que ser cuidadosa cuando hablara con Ollie. No podía dejar que su desesperación la hiciera sonar como loca. Luego un nuevo y positivo pensamiento llegó a su mente mientras se montaba a un lado de la balsa. Tal vez este pequeño descanso en su todavía—no—existente relación la había ayudado. Tal vez ella había hecho una buena movida haciendo que Ollie la extrañara. Tal vez él la estaba extrañando ahora mismo. La distancia se suponía que hacía que el corazón deseara más las cosas... no es que hubiera mucho que pudieras hacer una vez que eso pasaba. Porque la distancia también hace imposible ver a la persona que te gusta.

Clio sacudió su cabeza con fuerza y levantó la vista hacia el precipicio. Con demasiados pensamientos rebotando alrededor de su cabeza. Ahora ella sólo tenía que concentrarse y levantarse del acantilado, sin (si era posible) querer empujar a su padre por él.

Sólo una cosa a la vez



Las reglas del mar



*Traducido por Virtxu
Corregido por nella07*

La ciudad estaba definitivamente arriba. Para llegar allí, Clio y su padre tuvieron que dar una serie interminable de pasos peatonales en la piedra. La subida era bastante acentuada y los dejó sin aliento. Esto funcionó bien, ya que les impidió conversar más hasta que llegaran a la cima.

Salieron a una abarrotada plaza que desembocaba en la calle principal. Cada tienda estaba abierta y lucían brillantes. Clio escaneó buscando signos que anunciaran cualquier acceso a una computadora, pero no vio nada. Esta calle era solo para hacer compras y comer, no para entrar en contacto con los futuros novios a través del correo electrónico. Empezó a sentir pánico.

Dando solo unos cuantos pasos, su padre se detuvo frente a una tienda estrecha, con una gran escultura de un cono de helado en el frente. La parte frontal de la tienda estaba abierta, revelando una larga vitrina llena de asombrosos colores.

—Ellos tienen cientos de sabores —dijo él—. Es la mejor de la ciudad.

Él sonreía y aún trataba de impresionarla, pero su comportamiento se había vuelto un poco distante. Fuera lo que fuera de lo que esta charla iba a tratar, pensó que el helado amortiguaría el impacto. Su padre nunca conseguiría que ella tomara un poco mejor la noticia y los helados no lo arreglarían todo. No es que hasta entonces hubiera trabajado bien.

Sin embargo, Clio no podía dejar de estar fascinada por la variedad. Ella tenía una debilidad por los postres de colores brillantes y sabores exóticos. Estudió la oferta durante cinco minutos hasta que decidió pedir un cono lleno

de helado de jazmín, simplemente porque sonaba fragante y extraño. Su padre molestó a la ocupada mujer detrás del mostrador por unos momentos al insistir en que ella lo sorprendiera. O ella no entendía bien el inglés o no quería que algún turista idiota la hiciera elegir por él sólo para que le dijera que no le gustaba. O solamente tenía mejores cosas que hacer que elegir sabores para otras personas. Él persistió en su forma fuerte, alegre. Él sin embargo pensaba a menudo que las otras personas se divertían con él a pesar de que claramente no lo hacían.

Clio decidió tomar el asunto en sus propias manos.

—Esta —dijo, dando un paso adelante y apuntando a la bandeja de metal que contenía una crema ligera helada de color amarillo con una imagen de una abeja en el signo—. Él quiere uno mediano. En un cono.

La mujer la miró agradecida.

—¿Qué es eso? —preguntó al aceptar su helado—. ¿Miel?

—¿Te importa? —preguntó Clio—. Le pediste a ella que eligiera por ti.

—No —dijo—. Supongo que no. Vamos a caminar y a hablar. Hay algunas cosas que necesitas saber.

—¿Es este el momento de tranquilidad que has elegido para decirme acerca de esta persona Julia? —pregunó Clio. Era más fácil hacer esto en sus términos en lugar de esperar a que él se tomara su tiempo, llegando a él con una larga conversación, con lentas e incómodas conversaciones acerca de cómo los adultos a veces tienen sentimientos por otros adultos. Ella no tenía absolutamente ninguna duda de que él iba a presentarle esto como si tuviera doce años.

Se detuvo y la miró. Parecía extrañamente joven ante la cálida luz de la calle con el pelo rizado, su sombrerito, y su cono de helado. Era inquietante.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó—. ¿Por qué me molesto en preguntar? Tú siempre sabes las cosas.

—Sí —dijo ella—. Tengo poderes mágicos.

—¿Hay algo malo en tus orejas?

Clio retiró su mano, la cual había llevado de forma automática sobre su oído otra vez.

—Sé que esto es extraño para ~~tu~~ hijo—. Si te molesta, sabes que puedes venir y hablar conmigo sobre esto.

Él definitivamente no sonaba como si quisiera hablar de ello. Las palabras salieron con rigidez, como si fueran la lectura de una página por un actor sin experiencia.

—¿Qué hay que hablar? —dijo Clio—. Tú puedes hacerlo. No vives con nosotros. Te fuiste. Todo es legal. Puedes hacer lo que quieras.

—Clio, no sé si su madre está...

—Y yo no te lo voy a decir —le cortó Clio—. Está bien. Yo no quiero saber los detalles escabrosos de tu vida amorosa, ¿de acuerdo? ¿Es eso mucho pedir?

En lugar de complicarse en una defensa del amoroso oído, su padre se limitó a asentir. Caminaron unos pasos en silencio. Metió la mano en su bolsillo y sacó un pequeño walkie—talkie naranja. Se lo pasó a ella, y luego continuó caminando.

—Este es tu comunicador —dijo—. Todo el mundo a bordo llevará uno, y cada uno tiene un número. Eres el número cinco. Siempre se te identificará por tu número. Hay una lista de números en la parte de atrás.

Clio dio la vuelta al comunicador. Allí, pegado en la parte de atrás, había una pequeña etiqueta con la siguiente lista impresa en una fuente muy pequeña:

Ben Ford: 1

Martin Young: 2

Julia Woodward: 3

Aidan Cross: 4

Clio Ford: 5

Elsa Åkerlund-Woodward: 6

—¿Qué estaremos haciendo para necesitar esto? —preguntó ella.

Se separaron temporalmente para dejar pasar una bicicleta entre ellos.

—Algunos trabajos arqueológicos —dijo.

—¿Por qué el espeluznante secreto—secreto? —preguntó.

—Es sólo por precaución —dijo él.

—¿Una medida de precaución contra qué?

—Clio, lo único que te estoy pidiendo que hagas es tener un comunicador, utiliza un número, y no des demasiada información. Nuestro personal tiene un bonito barco, con cosas caras en él. Eso es todo. Se trata de un procedimiento de seguridad perfectamente común.

Clio tenía serias dudas sobre esto. Su padre siempre tenía que llevar las cosas un paso demasiado lejos, para hacer un juego de todo.

—Así que yo puedo simplemente decir: “Soy Clio, y veo un calamar gigante atacar el barco. Vengan pronto.” ¿Qué hay de malo en eso? ¿Qué pasa con el número? ¿Simplemente debo querer ser llamada Número Uno, como solían hacer en Star Trek?

—Los números son más fáciles de entender.

—No, si tengo que darle la vuelta y ver que el número cuatro es...
—dijo ella.

—Te aprenderás los números.

—¿Pero por qué?—dijo—. Esa es mi pregunta. No puedo caminar alrededor durante todo el verano llamándome Número Cinco. “Número Cinco tiene algunas quemaduras por el sol hoy”. “A Número Cinco le gustó mucho el libro que le dieron.” Es una estupidez.

—Clio —dijo, claramente se le estaba acabando la paciencia— lo s tienes que seguir las reglas de la embarcación. Ahora, lo segundo que necesitas saber. Tu trabajo. Eres el chef oficial.

—¿El qué?

—Te encanta cocinar —dijo.

—No, no me gusta —dijo—. Yo soy la reina de la comida para llevar.

Su padre se volvió sobre sus talones y empezó a ir en la misma dirección que acababa de venir.

—Eres buena en eso —dijo—. Siempre lo has sido. Recuerda esa sopa que siempre solías hacer, ¿esa con pequeñas albóndigas? ¡Era genial! ¿Y la clase de cocina en Japón?

—El hecho de que pueda hacerlo no significa que me guste hacerlo —dijo—. No he hecho la sopa de albóndigas desde que tenía diez años. Y la clase de cocina fue un día. Aprendí a cortar un poco más rápido. Eso es todo.

—Todo el mundo tiene que hacer algo. Conducir la embarcación, establecer el curso, ejecutar el equipo... todo el mundo hace de todo. La cocina es tu dominio. Completamente te la doy a ti.

—¿Cuál es el trabajo de Elsa? —preguntó ella.

—Elsa es nuestra traductora.

—¿Qué va a traducir? —le preguntó ella—. Todos hablan Inglés.

—Mira —dijo él—. Elsa no es mi hija. No puedo decirle qué hacer.

—Esta es su manera de decirme que Elsa no tiene trabajo —dijo Clio—. ¿No es así?

—Una última cosa —dijo—. Me doy cuenta de que tienes... esa edad. Y que vas a estar en lugares cerrados con... un chico. Pero necesito que sepas, que puede no suceder nada, ¿de acuerdo?

—Creo que esas normas no se aplican a ti, ¿eh? —dijo ella.

—Eso es diferente —murmuró—. Clio, somos adultos, y...

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez ya tengo a alguien?
interrumpió Clio—. ¿Y qué tal vez he tenido que dejarlo atrás para salir a este campamento pirata o lo que sea que vayamos a hacer en el barco? ¿Alguna vez pensaste en eso?

—¿Lo tienes? —soltó de vuelta—. Quiero decir, tu madre no me lo dijo.

—¿Le preguntaste?

—Pensé que ella lo mencionaría...

—No. ¿Me preguntaste? ¿Has mostrado interés alguno en lo que estaba pasando en mi vida cuando me arrastraste lejos de casa? ¿Sabes quién soy?

—Bueno —dijo él—. ¿Estabas... viendo a alguien?

—Lo que sea —dijo Clio, sin tener ni idea ~~de~~ cómo responder a la pregunta—. Quiero decir, si tengo suerte, todavía estará allí cuando regrese. Pero ese no es el punto.

Esto pareció satisfacer a su padre. La flecha de conversación había zumbando cerca de su cabeza. El punto real lo había perdido por completo. Como de costumbre.

—¡Por supuesto que lo es! —dijo—. Sólo tienes que saber que esto no es un crucero de fiesta. Se trata de unas vacaciones de trabajo. Tienes que tomártelas en serio. Tienes un trabajo. Por lo tanto, no beberás, ni perderás el tiempo. Y las habitaciones están fuera de los límites. No entrarás en la habitación de Aidan, y él no irá a la tuya. Esa es la línea de fondo.

—Lo que tú digas—dijo ella—. Me asegúrate de informarte personalmente siempre que esté pasando un buen rato. Y estoy de acuerdo en que todas las cosas normales están fuera... bailar, jugar a las cartas, vestirse de rojo, sonreír.

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo.

—No —respondió ella—. Realmente, realmente no.

Los dos dejaron de hablar y miraron hacia otro lado el uno del otro, caminando hasta llegar al punto en que habían comenzado, la brecha en el acantilado, girando sus pasos hacia el mar.

—¿Qué pasa con mi correo electrónico? preguntó—. ¿O mis llamadas? Incluso la gente en la cárcel recibe una llamada telefónica. —Todo el tiempo que habían estado caminando, ella había estado buscando una señal de un café con Internet, pero no había visto uno. Tenía que haber una cabina de teléfono en algún lugar público.

—Ya he enviado a tu madre un mensaje diciendo que has llegado bien hasta aquí cuando tu avión aterrizó en Roma. Se supone que habrá una tormenta durante la noche. Tenemos que volver y asegurarnos de que todo es seguro. Tendrás tu llamada telefónica cuando regresemos.

Señaló una pesada nube que se encontraba sobre la bahía. Estaba sólo a unas pocas millas de distancia, por el aspecto que tenía, estaba al acecho alrededor del volcán. Había una tormenta eléctrica formándose en ella y silenciosamente formaba remolinos sobre sí misma.

Clio nunca había visto un claro presagio de problemas en toda su vida. Pero su padre tenía razón—n o tendrían mucho tiempo para volver antes de que llegara. Ollie tendría que esperar. Una vez más.



La Suite Champagne

*Traducción por Clo
Corregido por Pimienta*

Cuando ella regresó al barco y abrió la puerta de su dormitorio, se encontró con una extraña visión. Elsa estaba parada delante de uno de los espejos, metiendo con cuidado las fotos a lo largo del marco. Su maleta estaba abierta en el suelo, y la ropa se había desparramado en todas las direcciones.

—Hola —dijo Clio—. Este, um. . . este es mi. . .

—Supongo que tu papá no te lo dijo —dijo Elsa.

—¿Decirme qué?

—Que vamos a compartir esta habitación —respondió ella—. Y sí, eso significa la única cama.

Clio se desplomó contra el marco de la puerta.

—Él omitió mencionar eso —dijo ella.

—Al parecer, las matemáticas de la cama fue difícil —dijo Elsa—. Se presumió que no nos importaría compartir. Lo que no me importa. Es un barco. El espacio es reducido. Y estoy acostumbrada a compartir cuartos pequeños.

—Tampoco me importa —dijo Clio automáticamente—. Está bien.

Se quedaron congeladas con su cortesía durante un momento. Clio miró a su alrededor. El caos total ya se había desarrollado en el lado de Elsa de la habitación. Había un montón de correas en la silla. La alfombra color café estaba casi completamente cubierta. Sus ropas no estaban cubiertas en pintura. Eran cortas, brillantes, sencillas y alegres. Eran la ropa de una cómoda diosa de la leche.

—Soy un poco desordenada —dijo Elsa—. Inútil en la limpieza. Haré mi mejor esfuerzo por mantenerlo bajo control.

—No, no —dijo Clio—. Está todo bien.

Esto era sólo un golpe más en un interminable día de golpes, y ya no le quedaban fuerzas para luchar. Iba a tener que empezar a sobrellevarlo ahora. Respiró hondo, luego abrió la maleta y miró sus propias ropas. Sin ni siquiera darse cuenta, había empacado cosas estándar de artista. Había media docena de camisetas vintage⁷ que había cortado y cosido nuevamente convirtiéndolas en camisetas de tirillas o acordonadas. Una enorme pila de pantalones de pijama, su tema favorito de verano, todos de gran tamaño y todos patrones fuertes con cosas como lunares, calaveras, y huesos cruzados. Todos sus jeans tenían pintura en ellos. Todos. Tenía una falda.

Cada una desempacó durante algunos minutos, Elsa llenando al azar puñados de cosas con poco encaje en los cajones de la cómoda, apilando ropa dentro del armario. Clio era más metódica, apilando y doblando, averiguando dónde deberían ir las cosas.

Elsa se dejó caer de pronto delante de ella en la cama.

—Muy bien —admitió riéndose—. Es un poco horrible. Incluso si la habitación es agradable. Sólo digámoslo ambas. Nos sentiremos mejor. ¡Esto es basura!

—Apesta —dijo Clio, con el rostro rompiéndose en una sonrisa. Y en ese momento, ni siquiera lo decía en serio. La conducta de Elsa le levantó el ánimo.

—Lo siento si he sido un poco quisquillosa hoy —dijo Elsa—. He estado de mal humor por un tiempo, y no estaba muy contenta con este viaje. Sólo quería pedir disculpas.

Clio no pudo ocultar la mirada de confusión que sentía extenderse por su rostro. ¿Por qué Elsa pedía disculpas por ser rara? Se preguntó si ella había estado actuando tan mal que Elsa se disculpaba como una forma de conseguir que Clio pidiera disculpas.

No. Eso era por lejos complicado e insano. Evidentemente, el cambio de horario se estaba asentando en su cerebro.

—No lo ha sido —dijo Clio.

—Lo he sido —insistió Elsa, levantándose de la cama y rebuscando en su bolso—. Pero planeo compensarlo. Aquí. Elegí esto en el aeropuerto de Roma.

Sacó dos barcollas de una comercial bolsa plástica de aeropuerto.

⁷ es el término tomado del inglés para designar cualquier objeto antiguo.

—Es sólo un espumoso vino barato —dijo—. Pero vamos a decir que es champagne. Lo suficientemente cerca. Y está caliente. Vamos a enfriarlo y beberlo.

La experiencia de bebedora de Clio consistía principalmente en un período de mucho enojo después de la separación de sus padres, cuando sistemáticamente se bajó todo lo de la casa en cuestión de semanas. Nadie se dio cuenta hasta que una noche fue demasiado lejos y se bebió casi una barcolla entera de margarita pre—mezclada, caliente, directo de la barcolla, en el transcurso de una tarde. El vómito que siguió, duró un día. Todos habían reaccionado exageradamente al respecto, pero más o menos la había curado de su obsesión con la bebida. Nunca había sido un problema desde entonces.

Pero ahora parecía un buen momento para reconsiderar la opción. Era una hermosa oportunidad de burlarse de la nueva orden de su padre. Y ella estaba en Italia, después de todo.

—Voy a buscar los vasos y el hielo —dijo.

El papá de Clio estaba deambulando en la sala de estar. Ella se sumergió en la cocina. En el gabinete, había pesadas copas de vino, pero Clio tomó dos rechonchas tazas en su lugar. Encontró una tetera que se enchufaba metida en la esquina del mostrador. Eso funcionaría para el hielo. Se movió ruidosamente por allí, abriendo el grifo en la oscuridad, haciendo que suene como si estuviera realmente usando el hervidor. Su padre volvió la cabeza por la puerta.

—Nos vendría bien una mano para traer la comida —dijo.

—Elsa necesita una taza de é —respondió Clio, poniendo una cara tan seria como podía, apuntando al hervidor—. Tiene retorcionjes.

—Oh —dijo él rápidamente—. Está bien. Tú has eso. Yo voy a conseguir a Aidan para darnos una mano.

La única cosa buena acerca de tener tu período: era la kriptonita de la conversación con papá. Clio sonrió, aunque se preguntó si no había usado eso demasiado pronto. Ella llenó la tetera de cubitos de hielo y la llevó arriba, con las tazas.

Taparon el desagüe de uno de los magníficos lavabos del baño y vertieron allí el hielo.

—Bien hecho —dijo Elsa, situado las barcollas en el medio del frió—. Vamos a dejarlo por unos minutos.

Clio se sentó en el ancho borde de la bañera.

—¿Por qué pensabas que estabas actuando extraño? —preguntó ella.

—¡Oh! —dijo Elsa—, no hay dudas. He estado un poco chiflada recientemente. Y tampoco estaba muy contenta con este viaje. No tuve mucha atención.

—Yo tampoco —dijo Clio.

—Me imagino que no. ¿Sabías siquiera acerca de...

Elsa agitó la mano hacia el suelo.

—¿Mi padre? —preguntó Clio—. ¿Y tu mamá?

—Correcto.

—No —dijo Clio—. Eso fue otra cosa que olvidó mencionar.

—¿Estaban casados tus padres? —preguntó Elsa con lástima.

Clio asintió.

—¿Cuánto tiempo hace que se separaron?

—Hace poco más de dos años.

—Las citas —dijo Elsa—. Te acostumbrarás a ellas. Te lo prometo. Mi madre nunca ha estado casada, pero estuvo con mi papá por un tiempo cuando yo era pequeña. Él estaba en la junta del banco que le dio a ella la concesión para hacer la mayor parte del trabajo para su doctorado. Ella estaba investigando a un lunático de hace cientos de años que pensaba que la Atlántida estaba en Suecia. Y obtuvo la subvención, el título, y a mí. Luego ella se fue. Realmente lo eché de menos por un tiempo, pero en realidad te acostumbras a ello.

Elsa sonrió y agitó la barcolla alrededor. Clio no quería decirle que la destrucción de tus padres casados, de tu familia, no era exactamente lo mismo que estaba describiendo Elsa. Pero entonces, ¿qué sabía ella? Tal vez perder a tu padre cuando eras pequeña era aún peor.

—La razón por la que compré este champagne —Elsa continuó, todavía girando lentamente la barcolla —fue porque estaba enojada, y quería celebrar.

—¿Celebrar qué?

—Te lo mostraré —dijo—. Ven aquí.

Llamó a Clio con la mano fuera del baño y hasta el espejo, donde estaban las fotos. Arrancó dos de ellas. Una era de una niña, la otra del conejo.

—¿Este conejo? ¿Alex? ¿Llamado con el nombre de mi ex—novio? Él, el novio, no el conejo, me botó hace tres semanas para salir con...

Ella cambió las fotos y sacó una diferente, una que no había mostrado antes. La misma situación en general, tres niñas. Elsa estaba a la derecha. Tenía el brazo alrededor de otra chica.

— ...esta chica. Claire.

Ella dijo que el nombre con precisión, profundizando su Inglés Británico en la a del medio. Abrió pesadamente los párpados mientras lo expresaba. Clio no había escuchado nunca antes un nombre propio sonar tan siniestro.

—Una de mis mejores amigas —dijo Elsa—. De mis ex mejores amigas. Y cuando digo "botarme para salir con ella", me refiero a que se habían estado viendo por un mes cuando los atrapé. Es difícil ocultarse en la escuela, cuando todos vivimos juntos.

Con mucho cuidado, volvió a poner la foto del conejo, pero vaciló con la de Claire. Ésta, finalmente la tiró debajo de la mesa.

—Los chicos briánicos son basura —dijo—. Realmente basura. Por lo menos lo son en mi escuela. Los chicos británicos están obsesionados con la cerveza, el deporte, y los coches. En ese orden. Algunos de los cuales, en mi escuela, amplían esto un poco para incluir el dinero. Si encuentras a uno inteligente o divertido, por lo general también está depresivo. Ahora bien, los chicos suecos, mucho mejor. Pero no veo a muchos de esos. No. Me paso las noches en el bar de la escuela con los gilipollas.

—¿Tienen un bar? —preguntó Clio—. ¿En tu escuela?

—No es tan emocionante —dijo Elsa—. Lo hacen para poder mantener cierto control sobre la bebida. Es una habitación un poco triste, con una mesa de hockey aéreo⁸ y un límite de dos pintas⁹. Estoy harta de las cosas que son basura.

Incluso las peores experiencias de Elsa sonaban mucho más coloridas que la vida en general de Clio en la escuela. Vivir allí, tener un bar... era como algo sacado de una película.

—De cualquier manera —dijo Elsa—. Esa es la ira. Aquí está la celebración. ¿Este verano? Las cosas irán bien. Lo he decidido. De hecho, debería empezar. Tengamos una fiesta. Aquí. Esta noche.

—¿Una fiesta? ¿Con quién?

⁸ Es un juego para dos jugadores que compiten tratando de sumar puntos en su oposición a la meta del jugador. Consiste en una gran superficie de juego suave y un carril circundante para evitar que el disco y mazos de levantarse de la mesa, y las ranuras en el carril en cada extremo de la mesa que sirven como objetivos. En los extremos de la mesa detrás y por debajo de las metas, por lo general hay un retorno de disco.

⁹ Medida de cerveza.

—Invitaremos a Aidan. He decidido que l va a ser mi aventura amorosa.

Clio dejó escapar un largo suspiro.

—Él está bien, confía en mí —dijo Elsa—. Recién lo he conocido yo misma la semana pasada, pero si él tiene que lidiar con mi madre, su vida es difícil. Necesitará un trago. Será divertido, te lo prometo. Y está como para comérselo, ¿no?

—Correcto... —Clio apartó la mirada—. ¿Piensas que la barcolla está fría?

—Lo estará en un momento—dijo Elsa—. ¿Qué piensas? ¿Podemos invitarlo?

Las palabras "este no es un crucero de fiesta" todavía sonaban en la cabeza de Clio. La frustración que le habían causado anulaba cualquiera que Aidan pudiera producir. Y no había manera de que pudiera decirle que no a Elsa.

—Claro —dijo ella—. Lo entendí.

Clio jaló el pequeño dispositivo naranja de su bolsillo y miró la parte posterior por el número de Aidan.

—Número Cuatro —dijo—. Te necesitan arriba.

Silencio. Entonces, un crujido y la voz del padre de Clio.

—¿Número Cinco? ¿Necesitabas a Número Cuatro?

—Uh, sí. Copio eso —dijo Clio, mirando a Elsa y encogiéndose de hombros. —Necesitamos a Número Cuatro. Él tiene algo de Número Seis. Tenemos la aprobación de Tres. ¿Otra vez?

Elsa se desplomó a su lado y se echó a reír contra la pila de ropa.

Clio levantó una mano para tranquilizarla.

—Está bien, cinco —dijo su padre—. Cuatro está en camino.

—Comprendido, uno. Cambio y fuera.

Clio apagó el dispositivo y lo lanzó triunfalmente por encima del hombro y sobre la cama.

—¿Qué fue eso? —dijo Elsa.

—Eso, fui yo diciéndole a mi papá que envíe a Aidan aquí arriba y diciéndole que tu mamá dijo que estaba bien —respondió Clio—. Tu mamá probablemente tampoco ha leído la parte posterior de su dispositivo, ¿no?

—Lo dudo seriamente. Eso fue brillante. ¿Él está viniendo?

—En camino.

Elsa entró en el cuarto de baño y sacó una de las barcollas. Arrancó la laminilla de la tapa y desatornilló la carcasa de alambre que sostenía el corcho en su lugar. La barcolla se abrió triunfalmente, derramando líquido espumoso por la parte superior. Rápidamente la dirigió hacia las tazas.

—Comencemos —dijo ella, pasándole una a Clio y manteniéndola en alto para brindar—. Por nuestro nuevo dormitorio. ¡La Suite Champagne! ¡Chin! ¡chin!

Para el momento en que se presentó Aidan, cinco minutos más tarde, ella ya estaba sintiendo los efectos del champagne. Eran muy leves, ella sólo se sentía mejor. Hablar era más fácil. Ella abrió la puerta.

—Me dijeron que me necesitaban —dijo Aidan rotundamente. Él se veía un poco agotado, medias lunas de sudor arrastrándose desde debajo de sus brazos, probablemente por hacer entrar la comida que su padre acaba de mencionar. Sin embargo, ella notaba que los chicos con frecuencia se ponen un poco más lindos cuando han sido maltratados un poco. Un poco sudoroso... funcionaba. Ella podía ver por qué Elsa pensaba que él era "sabroso".

—Por supuesto;Número Tres! —Clio lo guió hacia el interior, lanzándole una sonrisa a Elsa. Él se resistió sólo un poco, como si tratara de averiguar lo que estaba pasando en esta habitación antes de dar un paso más cerca.

—Vas a tomar una copa con nosotros —dijo Elsa.

—No puedo. Tengo que instalar la oficina.

—Puedes tomar una rápida—dijo ella—. Deja de ser un títere y siéntate.

Ella se acercó y lo agarró del brazo, jalándolo hacia la cama y dejándolo caer pesadamente en el borde. Él no puso mucha resistencia. Miró a su alrededor con esa mirada de diversión petulante. A Clio ya había comenzado a disgustarle.

—Entonces —dijo él—. Ustedes chicas, obtuvieron la habitación agradable. Qué sorpresa. Pero una pregunta ¿Quién tiene la cama?

—Oh, cierto —dijo Elsa, acercándose y pasando un brazo sobre los hombros de Clio—. Sólo la cama única. Tenemos que compartir. Recuerda eso antes de irte a dormir, dos pisos por encima de ti, dos preciosas chicas en una cama.

Él entrecerró los ojos un poco, pero no cedió. Realmente parecía como una especie de computadora humana, chupando información y analizándola.

Elsa se acercó a la cómoda y levantó la barcolla.

—¿También tienen champagne aquí arriba, chicas? —dijo.

Esto fue dirigido a Clio.

—Elsa lo trajo —dijo con firmeza.

—Sin embargo, sólo dos tazas —dijo Elsa—. Dos de nosotros tendremos que compartir. ¿Te importa?

Ella se acercó y rellenó la taza de Clío, luego se sentó junto a Aidan con la suya y la barcolla.

—No tengo los gérmenes —dijo ella—. Promesa. ¿O quieres la barcolla?

—La taza está bien —dijo él.

—Tú no eres británico —dijo Clio, casi en tono acusador—. ¿Por qué estás en Cambridge?

—Soy de la Universidad de Yale —dijo. Lo dijo petulantemente como una cuestión—de—hecho, como si debería haber sido evidente, como si tuviera una gran Y azul brillando en su frente.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿No lograste entrar en Harvard?

—¿Quieres decir La Comunidad Universitaria de Cambridge? —dijo él, aceptando la taza y tomando un sorbo. Se tomó el champagne de un trago como si estuviera bebiendo un refresco.

—Eso es muy divertido —dijo Clio—. ¿Estaba esa broma en tu guía?

Un poco más de entrecerrar los ojos. Clio había dado en el clavo con eso. Ella bebió triunfante. Este champagne era bueno para ella.

—¿Qué haces? —preguntó—. Tienes un montón de computadoras por ahí abajo.

—Soy un ingeniero —dijo—. Pero también estudio arqueología. Hago las cosas técnicas— algunas cosas raras y experimentales que sólo se hacen en algunas escuelas de todo el mundo. Es por eso que Julia me trajo a Cambridge para ser su asistente. Se suponía que debía ir a casa para el verano, pero luego recibimos la llamada de que esto estaba sucediendo. De repente, no me estaba yendo a casa.

—Se suponía que yo debía estar trabajando en una tienda de arte —dijo Clio.

Él no tuvo respuesta para esto. La observación no pareció ser registrada en absoluto. Era como si trabajar en una tienda de arte no pudiera ser nunca tan importante como lo que él había planeado hacer. Había un poco de demasiada soberbia en él. Yale. Cambridge. Claro, eran impresionantes, pero

él estaba demasiado consciente del hecho. No sabía cómo ser suave al respecto.

—En la cena —dijo Elsa, tragando un gran sorbo de champagne—, tú papá comenzó a decir algo acerca de tu tatuaje. Dijo que era una historia interesante. ¿Estaba a punto de decir que estuviste en un accidente? Fue así como sonó.

—Oh, bien, —Clio arremolinó el líquido en la taza y tomó un trago—. Yo estaba. Fue hace mucho tiempo.

—¿Cómo obtienes un tatuaje en un accidente? —dijo Aidan.

—No obtuve el tatuaje en el accidente —Clio oyó que su voz se engrosaba ligeramente—. Obtuve el tatuaje después porque tenía una cicatriz.

—Obviamente —dijo Elsa, riéndose un poco demasiado fuerte y codeándolo.

—¿Qué clase de accidente? —preguntó él.

Clio tomó otro trago. Esta historia requería mucha explicación. Pero las dos personas sentadas en el borde de la cama la miraban, a la espera de escuchar lo que tenía que decir por sí misma. Y las cosas eran un poco más fáciles con el champagne.

—Fui golpeada por una lancha rápida —dijo ella.

Elsa dejó escapar un pequeño grito.

—¿Cómo haces para que te pegue una lancha rápida —preguntó Aidan.

—Es una larga historia —dijo Clio.

—Tenemos tiempo —dijo Elsa—. Definitivamente tenemos el tiempo para eso.

Clio se encogió de hombros y drenó la taza, tendiéndola por más.

Elsa la rellenó.

—Está bien —dijo ella—. La primera vez que hicimos el juego, mi padre tuvo esta idea de que la escuela normal no era suficiente para mí. Así que nos llevó al Kos, la isla griega, a esta colonia en la que tenías que vivir como los antiguos griegos, alrededor del 300 antes de Cristo.

—Esto no lo que esperaba que dijeras —dijo Aidan. Por una vez, en realidad parecía sorprendido.

—Vestíamos sábanas y vivíamos en edificios viejos, sin aire acondicionado —continuó Clio—. La mayoría de la gente de allí lo hacía para poder beber vino y estar desnudos mucho tiempo.

Una risita de Elsa.

—Tuve que tomar clases de griego todos los días. Mi maestro solía pasársela caminando porque pensaba que era más clásico. Por lo tanto, teníamos que caminar kilómetros en el calor cegador, sobre las rocas, con estas cosas de cuero resbaladizo en los pies. Era horrible. La única chica de mi edad era húngara, y la única manera de poder comunicarnos era tirándonos aceitunas. En su mayor parte, intentaba evitar que mi sábana se cayera y eludir a los turistas.

Su público estaba disfrutando de su historia. Su miseria por lo menos resultó para hacer una buena conversación.

—Después de más o menos una semana —dijo—, mi mamá había tenido suficiente. Nos mudamos a un hotel, continué las clases de griego en el balcón, y tuvimos servicio de habitaciones, toallas suaves y cosas así. Pero mi papá, siempre estaba tratando de ampliar mis horizontes. Así que nos inscribió a ambos en clases de buceo.

—¿Te gustaba el buceo? —preguntó Elsa—. Yo no sé si lo haría.

—Bueno, al principio fue un poco molesto porque hay muchas cosas que tienes que aprender. Tienes que tomar clases, aprender acerca de las tablas de buceo, la enfermedad de descompresión y cosas por el estilo. Y meterte en un traje húmedo no es divertido. Pero una vez que finalmente te permiten ir al agua, es algo increíble.

—¿Así que eres una buceadora formal? —preguntó Elsa.

—Tengo mi tarjeta —dijo Clio. El champagne la hizo sentir como si pudiera seguir hablando por siempre—. No es tan difícil de aprender. Soy una nadadora bastante buena. Además, mi papá era muy serio al respecto. Era su cosa nueva. Tuvimos mucho entrenamiento, más que sólo lo básico. Ni siquiera sé si realmente me era permitido hacer algunas de las cosas que estábamos haciendo. De todos modos, estábamos buceando una tarde. Hay una zona de marcada de buceo, pero mi padre vio estas cosas que él pensaba que eran columnas. Hay un montón de cosas para mirar debajo del agua. Así que salimos de la zona y nadamos hacia el mar abierto. No muy lejos. Tal vez quince metros hacia fuera o algo así. Llegamos al lugar, y no eran columnas. Eran sólo algunas rocas. Mi papá me dio la señal de que estaba subiendo. Yo lo seguí. Tienes que subir en etapas, de manera que no consigas la enfermedad por descompresión. Así que estaba ascendiendo con él. Estábamos a quizás, a tres metros el uno del otro. Llegué primera a la superficie, y allí estaba.

—¿La lancha? —preguntó Elsa. Ella había agarrado los jeans de Aidan en un puñado.

—Estábamos en el lugar equivocado —dijo Clio—. Pero el tipo que conducía había estado bebiendo, y estaba yendo por lejos demasiado rápido. No lo recuerdo tan bien. Sé que intenté salirme del camino. Creo que lo hice, más o menos. Hubiera sido peor si hubiera estado justo en frente de él. No recuerdo ser golpeada, pero mi papá dice que volé muy lejos. Quizás cuatro metros y medio.

—Oh, Dios mío —dijo Elsa—. ¡Clio! Te podría haber matado.

—Sí. Eso es lo que decían una y otra vez en ese momento, que me podrían haber matado. Fui muy afortunada. Sin embargo, mi brazo se estropeó mucho. Estaba roto en ocho lugares. Tuve que recibir terapia física durante un año. Pero está bien ahora.

Elsa y Aidan se quedaron callados por un segundo, ambos tenían sus manos en la única taza de champagne. Clio se sorprendió al ver que había acabado su taza de nuevo. Ella la tendió para que se la rellenaran. La barcolla estaba vacía. Elsa se levantó y agarró la segunda.

De repente, Clio estaba muy cansada. El "cambio horario" había llegado rápido, incitado por el champagne. Ella se levantó del suelo, llevando la taza con ella. Se dejó caer en la parte superior de la cama y se apoyó en las almohadas.

Aidan se dio la vuelta y la miró.

—¿Dónde entra el tatuaje? —le preguntó. Todos los comentarios ácidos desaparecidos.

—Buena pregunta —dijo Elsa, destapando la segunda barcolla. Brotó más espuma de vino, derramándose sobre la alfombra, luego a través de la cama mientras Elsa se inclinaba sobre ésta para llenar la taza de Clio. Elsa se quedó tendida sobre su estómago, agarrando la barcolla con ambas manos, como si fuera una vela encendida por encima de la cual miraba a Clio.

—El próximo año fuimos a Japón para una conferencia de juegos importantes —dijo Clio—. Los juegos y los libros de comics tienden a atraer a las mismas personas. Así que un famoso artista de manga estaba allí. Me encantaba su trabajo. Lo conocí, él vio la cicatriz. Le conté la historia. Y él dibujó sobre ella porque le dije lo mucho que la odiaba. Mi papá me dejó ser tatuada. Mi mamá casi lo asesinó.

Clio se frotó el tatuaje pensativamente. Elsa, viendo que ella había terminado, señaló a Aidan.

—Es tu turno de contar una historia —dijo—. Somos las chicas. Este es nuestro dormitorio. Nos toca decir quién tiene que contar las historias.

—No tengo ninguna historia —dijo él.

—Eres un mentiroso —dijo Elsa, rodando sobre su espalda y sonriendo.
—Historia. Ahora.

—¿Sobre qué?

—Bueno, no lo és ¿n o? —dijo Elsa—. ¿Estuviste alguna vez en un accidente emocionante?

—Una vez me caí de la bicicleta —dijo—. Se me rompió un pedacito de diente.

—Esa no es muy buena —dijo, haciendo una mueca.

—Mi vida no es tan emocionante —dijo él, bajando la mirada hacia la figura tendida de Elsa. Elsa era buena, absolutamente natural, sólo siendo ella misma, y sin embargo era tan clínicamente hot. Eso era lo que significaba sexy. Clio nunca lo había realmente visto antes. Sin ser súper—flaca. Sin arrojarle a nadie. Sólo curvilínea, natural, riendo, Sueca—Inglesa, un poco borracha. . . Al igual que alguien que había emigrado de alguna película de la década de 1940. Clio no estaba segura de si debía tomar notas o darse por vencida. Era demasiado para su cabeza. ¿Cómo era que había vivido tanto sin ser besada? ¿Por qué era ella como ella y Elsa como Elsa?

Truco. . . ella todavía no se había puesto en contacto con él. Ah, cierto.

Había una gran razón.

—Tienes una computadora —le dijo a Aidan.

—Sí, la tengo —dijo él, apartando los ojos de Elsa.

—Tengo que enviar un e—mail.

Él suspiró y puso su taza en el suelo.

—No hay nada instalado —dijo—. Debería volver a eso.

—¿Qué estamos haciendo aquí, de todos modos?pregunó ella.

—¿Para qué es todo eso?—

—Vas a tener que preguntarle a tu papá—dijo él —. Yo sólo trabajo aquí.

—Oh, vamos, Aidan —dijo Elsa—. Sólo díselo.

—Díselo tú misma.

—No tengo ni idea. Mi mamá no me dice nada. ¿Cuál es el gran maldito secreto? Mi mamá y su drama.

—Mi papá y sus misiones —dijo Clio.

—Vamos, Aidan —dijo Elsa—. Puedes decirnos.

La visión de Elsa rodando en la cama, pidiendo información que él no quería dar, al parecer fue un poco demasiado para Aidan. Se puso de pie.

—Debería marcharme —dijo—. Gracias por el champagne. Avísenme cuando sea la noche del caviar.

Cuando se hubo marchado, Elsa se dio vuelta y se echó a reír contra el edredón.

—Un buen comienzo —comentó, levantando la cabeza—. Un juego divertido. Lo suficiente como para jugar. Apuesto, pero un poco lento con las habilidades sociales.

Clio sintió que los ojos se le comenzaban a cerrar. Los efectos combinados del champagne y el cambio horario, la habían finalmente alcanzado.

—Creo que estoy cansada... —dijo.

—Oh, sí —dijo Elsa con una sonrisa—. Te estás apagando. Ligeramente.

Clio fue vagamente consciente de sus zapatos saliendo y el edredón siendo doblado sobre ella, y luego el sueño se arrastró sobre ella como una ola.



Londres, Noviembre de 1897

Traducido por AndreaN
Corregido por kuami

Era una fría, bonita noche de otoño. El cielo se había vuelto de un profundo morado justo antes de oscurecer, y las lámparas justo habían sido encendidas en Russell Square. Marguerite Magwell puso su mano contra un panel de cristal y sintió el frío a través de él. Presionó con más fuerza, presionó su nariz contra la ventana, queriendo beber el sentimiento lo más que pudiera antes de girarse a la calidez de la habitación. Escuchó un bullicio en el pasillo, unos pocos mandatos de último minutos en la cocina. Marguerite giró sus ojos a un lado y observó su reflejo mientras su tía llegaba al salón.

Desde la muerte de su padre, su tío había vivido con ella. Durante muchos años, Marguerite había sido la única mujer en la casa. Ella no había tenido que lidiar con agitaciones femeninas. Podía leer y estudiar sin ser regañada por su postura o sus ropas; podía usar su cabello suelto sin comentarios. Ya no más.

—Ahí estás, querida —dijo su tía—. La cocinera dijo que el ave está lista y que está adorable. Un ganso enorme para tres personas.

Marguerite se giró desde donde estaba sosteniendo la cortina.

—Los sirvientes pueden tener el resto para su cena. Todo el mundo merece una buena comida en una fría noche como esta.

—Bueno, ellos disfrutarán eso —dijo su tía—. Eres como tu padre. El solía decir lo mismo. ¿El Sr. Hill ya llegó?

—Todavía no —dijo Marguerite—. Estoy segura de que vendrá directo desde el museo.

—Es un compañero muy trabajador. Oh, el si me agrada, Marguerite. Y a tu padre le agradaba.

—Lo sé —dijo Marguerite.

—Creo que sería adecuado de tu parte que lo invitaras a cenar. Quiero creer que esto es una señal de que planeas salir de nuevo al mundo. El es tímido pero es afectuoso contigo. Pero entonces, ¿quién no lo es? ¡Y ese vestido! Muy pocas chicas pueden usar el color negro, pero tú puedes.

Marguerite automáticamente bajo la vista hacia su vestido, uno de los muchos vestidos negros que había utilizado desde la muerte de su padre.

La vista cuando miró hacia abajo siempre veía negro. Su tía sólo estaba intentando ser amable; no era tan lindo.

—¡Es tan llamativo contra tu cabello! —su tía continuó—. También, querida, creo que es tiempo de que empieces a usar de nuevo algunos colores normales. Para alguien de tu edad, no se espera que estés de luto para siempre. Es comprensible que tengas que conocer hombres jóvenes, que necesites vestidos para bailar. ¿Tal vez azul? Un adorable azul profundo.

Marguerite tenía ideas mucho más importantes que vestidos azules que se vieran bien contra su cabello, pero su tía aprendería eso lo suficientemente pronto.

La campana sonó en el pasillo.

—Ahí está —dijo su tía—. Vamos a arreglarte ahora, querida. Estas un poco fuera de lugar. —Marguerite levantó su barbilla pacientemente mientras su tía ajustaba el encaje alrededor de su cuello y colocaba unos cuantos mechones desprendidos de su cabello de nuevo en su posición.

Jonathan apareció en la puerta. Alto. Demasiado delgado. Muy brillante y extremadamente tímido a su alrededor. El tenía una actitud adorable. Era una pena. Él le interesaba. Era el único hombre que alguna vez le había interesado.

Pero ella tenía que mantenerse a su plan.

—La cocinera dice que todo está listo —dijo su tía.

Pero en vez de caminar hacia el comedor, Marguerite se levanto y fue hacia una mesa junto a la ventana. Ahí había una pieza de fieltro rojo recostada sobre ella y una colección de piedras y fragmentos de papiro sobre ella.

—¿Mi padre alguna vez te mostro esto? —le pregunto a Jonathan, esparciéndolos.

—No —dijo él, siguiéndola—. No lo creo.

El recogió una y la miró de cerca.

—He visto este escrito antes —dijo él—. Tenemos unas cuantas muestras de eso en el museo. Ninguna en exhibición, ya que no sabemos que es. ¿De dónde sacó estos?

—El recibía artefactos con escrituras en ellos de vez en cuando. La mayoría podía identificarlos. Estos lo desconcertaban. Son complejos. Altamente organizados. Una gramática muy distinta. ¿Y quieres saber la parte más extraña?

Jonathan asintió, sus ojos fijos en los suyos.

—Son de todos lado —dijo Marguerite—. Estos son de Sur América. Algunos de India y Egipto. Dos de Japon. ¿Cómo esta escritura consistente puede ser de tantos lugares?

—No estoy seguro —dijo él.

—Este es otro hecho extraño. Casi todos estos fueron encontrados la línea costera o en la misma agua. ¿Qué piensa usted de eso?

—Hay una gran cantidad de posibilidades —dijo él.

—¿Y si hubo inundaciones?— preguntó ella—. El agua nos está escondiendo algo, algo a lo que no podemos acceder, y eso ocasionalmente nos tira pistas simplemente para confundirnos. ¿Y si la gente que hizo este lenguaje fue ahogada?

—Una inundación ciertamente podría haber cambiado el paisaje —dijo Jonathan—. Y una inundación podría haber destruido a la gente que hizo este lenguaje.

Ella abrió un cajón en el frente de la mesa y removió hasta encontrar una carta, pasándosela a Jonathan.

—La mañana del viaje de mi padre hacia Nápoles, él me envió esto. La recibí una semana después de que enterarme de su muerte. Solo recientemente fui capaz de abrirla. Pero cuando lo hice, descubrí algo de extrema importancia. Quiero que la leas. Marguerite cuidadosamente ajusto en papel en su mano. Observó los ojos de Jonathan correr bajo la página y leer su contenido.

—Realmente pienso que deberíamos ir a cenar —dijo su tía. Ella no estaba entendiendo esta charla sobre inundaciones, al igual que ella ciertamente no quería que Marguerite estuviera de luto por la muerte de su padre esta noche—. Ya sabes cómo se pone la cocinera. La última vez que llegamos tarde, le tiró una cucharilla a Jenkins.

Jonathan no pareció escuchar nada de esto, o al menos no pareció importarle Jenkins y la cucharilla en el momento. Él estaba observando la carta.

—Una vasta, ancestral sociedad, perdida bajo las aguas —dijo Marguerite.

Hubo un tenso silencio, llenado únicamente por el olor del ganso esperando y las miradas adoloridas de la tía de Marguerite.

—Te pregunté si querías venir esta noche porque tengo algo que decirte —dijo ella—. Tengo que terminar lo que él empezó. En una semana me voy a Pompeya.

fO

En el mar*Traducción por kuami**Corregido por Dianita*

Clio se despertó cuando el mundo se estremeció. Ella levantó la vista de su esponjoso y confortable edredón. No hubo rebarco. Gran rebarco.

Esto no era bueno. Ella quería que el mundo en silencio e inmóvil para que su cabeza se dejara de girar. Miró a su derecha. Todo lo que podía ver era un pequeño mechón de pelo rubio que sobresalía de los pliegues de un segundo edredón.

Se volvió hacia otro lado y le deslumbró un gran rayo de luz solar que entraba por la ventanilla. Ella se cubrió los ojos y se deslizó de la cama, hundiendo en la decadente alfombra a mirar hacia el paisaje. Italia parecía haber desaparecido, sustituida por el agua color zafiro que se extendía en todas direcciones. Se movían a través de ella muy rápidamente, golpeando la elevación de las olas una velocidad enorme.

Clio hizo un rápido inventario de ella misma y su situación. No estaba precisamente enferma, como hubiera estado después de la mezcla de la margarita. Ella no se sentía muy bien. Se sentía como si alguien estuviera golpeándole en la frente. Había tenido peores dolores de estómago después de tomar demasiados té helados tailandés dulces, por lo que esto sólo era una molestia menor. Sobre todo, ella sólo se sentía confundida. Necesitaba una ducha. Eso ayudaría.

Ella fue a trompicones hacia el glorioso cuarto de baño. Una vacía barcolla de champagne y otra media llena y dos pegajosas tazas estaban sentadas en el lavabo. La ducha tenía un mando con la temperatura en grados Celsius.

Tomó una conjetura en cuanto a qué temperatura que quería y se escaldó rápidamente, entonces se heló, después se escaldó de nuevo. Terminó apoyándose en el borde mismo de la ducha, con precaución para llegar al agua. El barco golpeó las agitadas olas, obligándola a aferrarse a la barra en la pared. Después de este valiente esfuerzo, se dio por vencida, recorrió su

camino de regreso a la habitación y se puso una camisa y unos de pantalones de pijama de color rosa.

Bajar la escalera de caracol es un proceso mucho más aterrador de lo que había sido antes, cuando el barco estaba atracado. No había nadie en la cocina, por lo que puso la tetera y dejó las tazas en el fregadero. No había nadie en la sala de estar o el comedor o en la parte posterior de la embarcación. Obviamente, alguien tenía que estar dirigiendo, así que salió a la cubierta y la escalera de servicio. La velocidad de la embarcación hacía que el aire estuviera frío, y había una fina llovizna atrapados en él. Ella se agarró con fuerza mientras recorría por las escaleras hacia la cabina del timón.

El puente de mando estaba en la parte superior del barco, una habitación estrecha con tres paredes de cristal oscurecido. Clio abrió la puerta. La cabina del timón era tan elegante como el resto de los asientos del barco, con más asientos de cuero y un montón de material de lujo. Martin estaba de pie delante de un enorme tablero con pequeñas pantallas diminutas y lecturas, una mano en un volante. Julia, su padre, y Aidan estaban mirando por encima de un mapa que se encontraba extendido en el suelo. ¡Clio había visto mapas así antes, cuando estaban trabajando en el buceo! Eran mapas de naufragios y objetos sumergidos, que normalmente eran utilizados por las embarcaciones militares o comerciales para evitar accidentes. También había una pequeña caja de rocas a los pies de Julia.

—Estamos avanzando —dijo el Clio al grupo—. ¿A dónde vamos?

—Son las once en punto —dijo su padre, doblando el mapa rápidamente—. Nadie ha tomado aun el desayuno.

Clio miró a los cuatro saludables seres humanos frente a ella y quiso preguntarles por qué no se habían alimentado, aunque por la expresión en el rostro de su padre, ella tuvo la impresión de que esto podría no ser una buena idea.

—¿Cuándo vamos a volver esta noche?Le preguntó—. Tería que llamar a mamá.

Dando una mirada circular a la habitación.

—Vamos a hablar de eso en el desayuno —dijóél—. O en el almuerzo. Haznos saber cuando esté listo.

Clio fue el despida. Ella no quería discutir esto, sobre todo, no delante de Aidan.

—No hay problema —dijo con frialdad—. Voy a hacerlo lo mejor posible.

Lo primero que hizo al llegar a la cocina fue hacerse a sí misma un pequeño sombrero de un trozo de papel. Ella lo dobló hasta que fue como una versión en miniatura de un sombrero de comida rápida. Si su padre quería que jugara a ser el chef, ella jugaría a ser el chef.

Había mucha más comida en la cocina ahora que se había habido la noche anterior. El barco estaba tan lleno de provisiones como un barco de la ONU. Ocho barras de pan se amontonaban en una esquina. Tres cajas de cartón repleta de verduras se asentaban en el suelo.

Otras dos de fruta. Una bolsa del papel reveló la carne. Sólo carne. El refrigerador había estado lleno de pescado fresco, cabezas y todo, atrapados en bolsas de plástico. Había algo asesino sobre ello. Como si la Mafia hubiese sacado estos. Estos peces dormían con los peces.

—Ácido bórico, no le gustaba estos peces, en absoluto —se dijo aís misma.

Ella los trasladó a la parte de atrás, haciendo una pared de la carne y el queso para ocultarlos. Todavía podía sentir sus penetrantes miradas fijas en la pared de comida, incluso a través de la puerta del refrigerador cerrada.

Café. Su cabeza requería café. Tardó unos minutos en encontrar el propio café y un poco más deducir donde estaba la cafetera, pero pronto la cocina se llenó con el olor rico, torrefacto. Era demasiado esperar que alguien hubiera comprado crema de vainilla francesa, la sustancia favorita Clio en el mundo. Esto era probablemente lo mejor, ya que ella tenía la tendencia a beber directamente del recipiente.

Una vez ella tuvo una taza de café en su cuerpo y sintió despertar, su inclinación natural por el orden y la limpieza salió. Ella ordenó sacando fuera diversos objetos inútiles, como el rayador de limones, el pequeño soplete para la crema brûlée¹⁰, y el termómetro de dulces. Ella organizó la fruta en un cuenco, hizo una fila de tomates a lo largo del alféizar de la ventana, y puso el pan en de forma más agradable.

Por mucho que ella no quisiera admitirlo, a Clio le gustaba cocinar.

Y éstos eran unos ingredientes buenos, frescos. Ella cernió a través de las cajas y se acercó con de elementos básicos. Sacó unos, tocino fumado, pimientos, cebollas, ajo, y queso y puso para trabajar. Haría un gran frittata², una tortilla grande cocinada en el horno. Eso callaría a todos. Batió los huevos en un bol, frió el tocino y lo dejó escurrir hasta que estuvo firme y crujiente, y

¹⁰ Crema brûlée*: Es una crema con una corteza de azúcar que se carameliza con un soplete de butano (o similar)

ralló el queso con un rallador en un bonito frasco. Ella acababa de cortar las verduras cuando Aidan se deslizó detrás de ella. Él no dijo hola, o buenos días, o incluso perdón. Simplemente abrió y comenzó a hojear el refrigerador hasta que encontró lo que quería, que era una lata de refresco.

—Te quejas de las ostras, pero bebes un refresco para el desayuno?
—ella preguntó—. Ésa es alguna nutrición interesante.

—No tiene nada que ver con la ~~nutrición~~ ^{nutrición} dijo, apoyado en el fregadero y crujiendo la lata al abrirla—. Nadie ha caído muerto por beber una lata de Coca—Cola. Sin embargo, los mariscos crudos es un riesgo real para la salud. Las ostras deben de dejarse solo para que pueda obtener la arena e irritarse lo suficiente como para hacer una bonita, bonita perla.

Llevaba pantalones cortos y una camiseta de algún evento en la Universidad de Yale llamado "los martes de Mory." (Clio supuso que él tenía muchas camisetas relacionadas con Yale, probablemente.) Una vez más, la ropa era demasiado grande.

El pelo era un poco más plano hoy, bajaba por la frente un poco. A Clio gustaba más así. No tenía mal aspecto en absoluto. Sólo era un poco vanidoso y molesto. Elsa podría tener que cuidar de eso, sin embargo.

—¿Así que prefiere tener un montón de productos químicos?
preguntó.

—Todo son productos ~~químicos~~ ^{químicos} —dijo despectivamente—. No me importa. Dame una lata bien fría de jarabe de maíz y un día de deliciosa cafeína. ¿Qué tienes en tu cabeza?

—Mi sombrero —dijo.

—¿Me das un sombrero?

—No —dijo—. Sólo tendrás un sombrero al conseguir un trabajo.

—Tengo un trabajo —dijo él.

—¿Qué es qué?

—No puedo decírtelo —contestó, sonriendo un poco.

—¿Por qué?

—Tu padre dijo que no. Él es el jefe. Él tiene un sombrero también.

Clio volvió a su tabla de cortar y a la cebolla. Podía sentirle mirarla firmemente a la vez que a la cebolla cortada en un montón de cuadros de tamaño uniforme.

—Parece que sabes lo que estás haciendo con ese cuchillo —dijo.

—Tomé una clase de cocina en Japón una vez. Ellos allí son muy serios con los cuchillos.

—Oh, bien —dijo—. Eso debió de enriquecerte.

—No lo és—dijo. Él estaba devolviendo su dolor de cabeza y recordándole que ella no estaba teniendo un buen momento en absoluto.

—¿Así que usted está diciéndome que no eres rica?

—Eso es lo que estoy diciéndote —le dijo, mientras cortaba uniformemente, meciendo la hoja de un lado a otro en la tabla.

—Nosotros estamos en el yate de tu padre. Probablemente ves por qué yo estoy teniendo dificultades con eso.

Clio empujó la cebolla en la sartén, donde la grasa de tocino caliente chisporroteaba. Luego se dio la vuelta, sin soltar el cuchillo. Enfrentándose a Aidan.

—Dos cosas sobre las que debes pensar —le dijo—. Uno, las cosas no siempre son lo que parecen. Dos, nunca debes molestar a una chica con un cuchillo muy grande.

—Lo entiendo —dijo—. Tu padre es uno de esos tipos ricos que le gusta vivir en la realidad. Así que no es rico, rico. Tú eres simplemente teóricamente rica. Es por eso que tienes un trabajo y un sombrero. Y un cuchillo. Qué es genial.

Esto no era lindo. No era divertido. Era insultante. Clio odiaba a las personas que asumían que ella era rica, odiaba tener que explicar que no lo era. No era que ella se enfadara sobre o no rica, era las preguntas para sondearla. Era algo muy doloroso en la vida Clio... la pérdida de todo lo que habían hecho, la ruptura de sus padres. Las sugerencias de la mayoría de la gente de que tal vez esto no era un gran tópico. Pero Aidan no.

Él la miraba cocinar las verduras en la sartén, sorbiendo y sonriendo afectadamente lejos.

—Que salga algo mucoso —dijo asintiendo con la cabeza a los huevos cuando él se deslizó fuera—. Me gustan ellos esa manera.

Clio apretó sus dientes. Sirvió los huevos en una cacerola, con cuidado en capas con las verduras, desmenuzó el tocino, y lo roció sobre el queso. Era un frittata¹¹ perfecta. O podría serlo.

¹¹ Frittata*: es una tortilla (diferente a la española ya que no lleva patatas) con algún embutido cortado en dados pequeños y sin verduras.

Pero a medida que lo metió en el horno, decidió mantenerlo allí hasta que estuvo absolutamente segura de que los huevos estaban tan secos y elásticos como gomas de borrar.

—Estos huevos ~~están~~ un poco secos—le dijo su padre, mientras removía su ración de frittata—. ¿Algo está mal con el horno?

El sol entraba a raudales por las puertas de cristal, haciendo que los sofás de cuero resplandecieran con un blanco inmaculado. El grupo se había reunido para el desayuno—almuerzo en la mesa de comedor lacada en blanco.

Aidan lanzó a Clio una de sus miradas con los ojos entornados a través de ello.

—Yo no soy un chef realmente —dijo Clio—. Los resultados pueden variar.

Era una vergüenza, realmente. Habría sido tan bueno. Sin embargo, había valido la pena arruinar la frittata para ver Aidan masticar con un poco más.

—Así qué... —dijo su papá—. ¿Ya has escogido todas tus clases para el próximo año?

—Hace unos meses.

—¿Pensaste algo más en tomar algo de griego?

—No realmente.

—¿Qué clase de griego? —Julia interrumpió.

—Griego... Griego —dijo Clio.

—Julia sabe tres variantes del griego —le explicó su padre.

—Micénicos, antiguo, y koiné.

Clio no estaba seguro cómo responder a esto. No había demasiados lugares para ir con eso.

—¿Es eso lo que enseñas? —le preguntó finalmente.

—No —dijo Julia—. Yo enseño los métodos de conservación, cómo tratar con los manuscritos, la historia. No el idioma.

—Julia hace un trabajo arqueológico, —su padre ~~con~~ ~~de~~ nueve—. También una ecologista. Algo así como tu mamá.

Clio realmente no quería oír comparaciones entre su madre y Julia, sobre todo por su padre. Tenía que haber algún tipo de norma al respecto.

—Es maravilloso que tu padre te anime para aprender griego —le dijo Julia, rompiendo el incómodo silencio que siguió a la última observación.

—He oído todo. Has llevado una vida tan interesante.

—Se podría decir eso —dijo Clio.

—¿Tiene la salsa de tomate? preguntó Aidan, mientras atizaba tristemente todavía a sus huevos.

—Creo que no —su papá contestó.

El olor de la comida sacó a Elsa de la Suite de Champagne. Una vez más sin maquillaje, nada de fantasía. Pantalones cortos ajustados, de un suave color rojo y una camiseta blanca. Su cabello caía suelto y se había rizado un poco. Incluso sin ningún esfuerzo en absoluto, ella tenía una belleza natural. Ella se dejó caer en la mesa, movió la cabeza a los huevos, y alcanzó el café. Clio vio como la mirada de Aidan automáticamente pasaba a ella. Era natural, como atraído a una chimenea en un día frío.

—¿Vamos a alguna parte? —preguntó ella, con su acento británico sonando por la mañana, grave, alegre y sexy a la vez.

—¿Pareces cansada? —dijo Julia—. ¿Una larga noche?

Un ambiente quebradizo madre—hija pasó entre ellos. Clio había no mencionado exactamente que estaba implicada, pero parecía como si Julia supiera lo de la champaña.

—Oh, bueno —dijo el padre de Clio—. ¿Estás... sintiéndote mejor?

Elsa parecía comprensible confundida. Clio nunca había mencionado el caso de los calambres monstruosos que ella había tenido la noche anterior.

—¿Y cuándo volvemos esta noche? Nunca tuve la oportunidad de hacer mis llamadas.

—Así es... —dijo, haciendo a un lado su plato—. Sube a la cabina de mando conmigo.

Se levantaron de la mesa y fueron arriba juntos a dónde Martin estaba esperando solo, conduciendo el barco.

—Ya me quedo yo, Martin él le dijo, tomando el relevo. Vete a tomar algo de desayuno.

—No puedo esperar —dijo Martin con una sonrisa—. He estado oliendo durante la última media hora. ¡Estoy hambriento!

Su padre asumió los mandos orgullosamente. No había ninguna duda de que el barco estaba lleno de chismes de lujo y complejos, pero la verdad era que la rueda pequeñita y las luces del panel se parecía a los mandos de un

video juego complicado. Además de que no era como que la dirección del barco fuera complicada. El GPS parecía estar diciendo la embarcación donde ir de todos modos.

—Aquí está la cosa—le dijo—. Vamos a estar en el agua durante dos semanas.

Obviamente, él pensó que si se lo dejaba caer así, de golpe, de alguna manera estaría bien. Al igual que si estuviera arrancando una tiritita.

—Dos semanas —repitió Clio—. ¿Simplemente te alejaste de la costa sin decirnos que íbamos a estar fuera durante dos semanas?

—Bueno, tú estabas durmiendo—él le dijo—. Por lo que entiendo, estabas durmiendo un poco a causa del champán. Y sé que Aidan estaba en tu cuarto. No pienses que me perdí eso. Ya has violado tres de las reglas. Te quedaste dormida y no hiciste tu trabajo. Así que no puede quejarte.

Incluso si ella había sido pillada, esto era totalmente inaceptable desde cualquier punto.

—¿Qué pasa con el acceso a Internet? —dijo, cada vez con mayor desesperación—. ¿Cómo hacemos para conseguir eso?

—No tenemos —dijo—. Como te he dicho, tu ~~na~~ sabe que has llegado. Lo que tienes que hacer ahora es seguir las reglas, Clio. Todos estamos aquí, juntos en esto.

—No puedo creerlo —ella dijo—. ¿Nos apartaste del mundo?

—Serán sólo durante dos semanas—dijo—. Es bueno para ti. La gente pasa demasiado tiempo mirando las pantallas, jugando con los dispositivos.

Clio miró las muchas pantallas, los muchos dispositivos en el panel de control. Mira quien uno para hablar. No. No, esto no podía estar sucediendo. Si tenía que esperar dos semanas enteras antes de llamar a Ollie, ¿quién sabría lo que pasaría? ¿Quién sabría lo que la cachonda chica del Galaxy, Janine, podría estar haciéndole en este mismo momento?

—Ahora —él dijo—. Podría gritarte, pero creo que has aprendido la lección, así que ¿por qué no vuelves abajo y terminas el desayuno con los demás? Vamos a empezar de nuevo, a partir de ahora. Este es el comienzo de un gran viaje.

ff



Secuestrada

*Traducido por Coral
Corregido por Dianita*

—**N**os ha secuestrado —dijo Cló con la mirada fija en los platos que habían quedado sobre la mesa lacada—. Mi padre nos ha secuestrado. Nos ha convertido en mano de obra esclava. Eso es ilegal, ¿no? Es una locura.

Elsa bostezó ampliamente, se frotó los ojos, y bebió café.

—Tengo que enviar un e—mail por lo menos —dijo Cló—. Esto es la guerra. No estoy de broma.

—Lo sabes —dijo Elsa—. Honestamente, no me importa. Probablemente es mejor así.

—¿Cómo puede ser mejor? —preguntó Clío.

—No puedo llamar. No puedo escribir. Recuerdo haber leído algo acerca de lo que utilizan para curar a la gente de cosas como la heroína poniéndolos en barcos lentos. Al igual que los barcos lentos a China, donde no pueden obtener ninguna droga. Pasan por la retirada, pero llegan curados.

—¿Alex?—preguntó Clío.

Elsa asintió: —No sé lo que daría por curarme— dijo—. No duermo bien. No soy capaz de hacer nada. Siempre sueño con él. Es más fácil que no dormir. No lo veo de esa manera. Siempre que me duermo, él está ahí. Si sueño con alguien todas las noches, ¿estoy obsesionada con él?

—No —dijo Clío—. Sólo significa que estás molesta.

Elsa sonrió. Incluso con los ojos hinchados y el pelo alborotado, era difícil imaginar que alguien pudiera romper con ella.

—Entonces —continuó Elsa—. Mientras estemos atascadas aquí, no contestaré llamadas telefónicas borracha un sábado en la noche o enviaré correos electrónicos sobre lo mucho que estoy enojada, o que lo entiendo, o lo hijo de puta que es... todo el tiempo cambian las cosas que quiero escribir. Ahora no puedo hacer nada. Es algo bueno.

—Bueno, ahora las dos necesitamos a Aídan para algo. Tú lo necesitas para ayudarte a olvidar a Alex. Y yo lo necesito para acceder a Internet.

—Tu padre acaba de decir que no hay —dijo Elsa.

—Está mintiendo. Estoy segura de eso. Además este barco está conectado en todo el lugar. Debes ver el puente de mando. Parece como un mini—NORAD¹². Simplemente, no quieren que lo utilicemos, pues son muy, muy raros.

—Wow —dijo Elsa—. Eres muy atenta. Y creo que eso no es sorprendente. Mi mamá mantiene una especie de secreto sobre su trabajo. Ésta vez, un poco más de lo normal.

El com de Clío cobró vida.

—Número cinco y número seis—dijo—. El número dos te llevará a un viaje seguro cuando haya terminado.

Elsa trató de ayudar con los platos, pero estaba cansada e iba lenta.

Clío la echó al sofá, donde rápidamente se quedó dormida. Clío miró su apacible figura y trató de decidir si su compañera de litera era una insomne o una narcolepsia. Luego se puso sus auriculares y se abrió paso entre los platos. Le llevó un hora restaurar el orden en la cocina.

Martin bajó, como había prometido, de la sesión a puerta cerrada en el puente de mando. Aídan y Julia también lo hicieron, pero continuaron bajando las escaleras de la derecha.

¹² Comando de Defensa Aeroespacial de América del Norte.

—¿A dónde van? —preguntó Clío.

—Tenemos una sala de trabajo allí—dijo—. Una pequeña. Vamos. Te voy a enseñar las características de seguridad. Tu padre me la enseñó la otra noche.

No había mucho que ver. Su hogar para las próximas dos semanas ni siquiera era del tamaño de una pequeña casa. Lo que le había parecido anoche un magnífico barco rápido se redujo a una pluma de vacuno de alta mar.

—Hay un montón de muebles blancos aquí—dijo Clío. La mitad de los muebles estaban cubiertos en cuero blanco.

—Todo venía con el barco.

—Realmente no confío en la gente que compra muebles de cuero —dijo Clío, mirando la figura dormida de Elsa en el sofá. El mobiliario se supone que deber ser suave y acogedor. El cuero es pegajoso y se calienta y enfría. Hay algo inhumano en un sofá de cuero. Y de cuero blanco. No está diseñado para cualquier tipo de vida real. Es demasiado estéril. Es como en un hospital psiquiátrico. ¿Cuándo se hizo a este barco?

—Fue un divorcio demasiado malo —dijo Martin, abriendo las puertas correderas de cristal y guiando a Clío a la cubierta—. Un banquero y su esposa en Londres. Este barco era un juguete del marido, y la esposa lo vendió a una fracción de su precio. Sigue siendo caro, pero... suceden cosas locas con los divorcios.

—Ya lo sé —dijo Clío.

—Bien —dijo Martin, abrazándose—. Bueno, creo que este fue mucho más descortés que el de tus padres. En cualquier caso, vamos a ver algunos de los asuntos de seguridad. Siempre he disfrutado de la muestra de seguridad del personal de la aerolínea antes del despegue. Dime cómo lo hago. Ahora, el asunto principal en el mar es, obviamente, si se hunde. El fuego es una preocupación, pero hay un montón de detectores de humo y extintores. Tú sabes lo que pasa si el barco se hunde. Esta ventana a la derecha es la ventana de EMERGENCIAS.

Señaló un cilindro de color naranja conectado a la pared exterior de la cabina.

—Este dispositivo está muy bien. Tiene registrada una serie única de números. Si es activado, se envía a dos frecuencias de radio, una a 406 megahercio y una en 121.5 megahercio...

Clío asintió un poco con los ojos vidriosos.

—La señal de 406 megahercio va a un tiempo geosincrónico de satélite, y la Guardia Costera puede obtener su posición exacta rastreando el número de serie. El 121.5 y 406 también dan la señal a cualquier barco o avión que esté cerca. Básicamente, la ventana de emergencia permite a los equipos de rescate identificarnos inmediatamente. Y se auto activa.

—¿Cómo se activa?

—Hidráulicamente, a tres metros bajo el agua —dijo, caminando hacia la parte posterior del barco—. Así que realmente no quiero estar aquí si es por trabajo. Al parecer, el Estado en el mar es que se supone que nunca se hunde tu barco al nivel del agua dependiendo de tu altura y puedes caminar a la derecha de lo que sea que estás escapando. Que sería así.

Golpeó una caja de color naranja sujeta debajo de la parte posterior del barco.

—Es una serie de seis personas. No seña divertido estar aquí en esa situación, pero probablemente debes saber dónde está. Las paredes de la cubierta sólo tienen un chaleco salvavidas y el remo de almacenamiento.

Tomó un mango que incrustó hábilmente en la pared de manera que apenas se podía ver y abrió un almacenador a tres metros perfectamente lleno de chalecos naranja.

—Creo que tenemos unos veinte o algo así —dijo—. Si alguien cae al agua, hay que lanzarlos y entrar inmediatamente al barco. Si necesitamos la balsa, todos estaremos en ella, así que no hay necesidad de pasar por esto.

—¿Qué pasa con el barco? —dijo Cl, señalando la pequeña lancha motorizada que había en el muelle y estaba atada a la plataforma trasera.

—Demasiado pequeño —dijo Martin—. Eso sólo puede llevar a tres personas, y no ofrece ninguna protección. Eso es todo. Es el fin de tu tour. Espero que te haya gustado.

Trató de sonreír.

—Ahora que he cumplido lo mínimo en términos de su seguridad física —dijo—. ¿Cómo estás?

—Estoy viva —dijo—. Él podría haberme dicho que tenía una cita.

—Estaba preocupado —dijo Martin—. Pero realmente te quiere aquí y temía que no vinieras si sabías que iba llevar a su nueva novia.

—Traté de no venir de todos modos —dijo Clío.

No tenía que mentirle a Martin. Él había sido la voz de la razón todo el tiempo, nuevamente, cuando trabajaba con su padre, antes de la ruptura.

—Bueno, él está muy contento de que estés aquí. Te echa de menos todo el tiempo.

—Entonces no debería haberse ido. —Dijo Clío antes de poder detenerse.

Martín suspiró y le dio una mirada de “Tú sabes que no es así de simple”.

—Ya lo es —dijo Clío, sentándose y mirando por la borda—. Olvídalo. Entonces, ¿cómo fuiste a parar aquí?

—Estoy entre las posiciones ahora mismo, y tu padre necesitaba ayuda.

—¿Para qué? ¿Qué estamos haciendo?

—Tiene que ver con el trabajo de Julia —dijo Martin.

—Pero, ¿qué, es exactamente?

—Él me pidió que no lo dijera —dijo Martin.

—¿Posiblemente qué podría ser para que necesite mantener el secreto? —preguntó—. ¿De mí? ¿El descubrimiento no será una locura tan grande que no se lo puede confiar a su propia hija?

—Es una especie de confidencialidad académica.

—Pero tú lo sabes. Y Aidan lo sabe.

—Yo sé un poco. Aídan trabaja para Julia. Y por lo que puedo decir, no es una propuesta divertida.

Clío miró con interés.

—Me asusta —dijo Clío—. ¿Dónde se conocieron?

—En una conferencia. Ella estaba presentando. Parece que tuvo éxito

—Martin miró con cara de velorio, pensativo. Abrió la boca para decir algo más, luego la cerró de nuevo.

—¿Y ahora mi padre está pagando su trabajo?—dijo Clío—. Martín, esto no tiene sentido. Él no tiene el dinero para este barco.

—Está pensando en venderlo. Es una inversión.

—¿Le has prestado dinero? —preguntó Clío.

Martin volvió a suspirar y se frotó la barbilla con ambas manos. Clío sabía que Martin tenía una buena cantidad de dinero por las cosas que había desarrollado y las inversiones. Cuando su padre se había estrellado, fue Martin el que le había permitido vivir en su casa durante un año sin pagar alquiler.

—Fue un intercambio —dijo Martin—. Ten algo de dinero sobrante del buceo. Le presté el resto. Sin embargo, hizo un buen negocio en este barco. Se debió de hacer con fines de lucro.

—¿Y Julia? —preguntó Clío.

Se levantó y caminó hacia las escaleras de la caseta de mando.

—Estoy seguro de que te gustará—dijo, acariciándole el hombro—. No deberías preocuparse tanto. Sólo disfruta el viaje. Es un gran barco, un hermoso lugar. Tu papá está bien. Confía en mí. No te preocupes por Julia.

—Claro —dijo Clío, sonriendo a medias—. ¿Por qué iba a preocuparme? Todo esto tiene mucho sentido.

f2

En Confinamiento, No Solitario*Traducido por *ε Ξ3Yosbeε Ξ3***Corregido por Feldy*

En el transcurso del día, la pequeñez del mundo de la embarcación comenzó a hundirse realmente. Clio iba y venía por ahí, como un animal de zoológico en una jaula de tamaño inferior. No había televisión, nada que ver. No había teléfono. La única cosa que encontró que tenía algún interés era la lavadora—secadora en un armario al lado de la cocina. Cuando una lavadora es lo mejor que puedes obtener, sabes que estás en ciertos problemas.

En términos de los lugares donde podía estar, sólo había realmente tres: su cuarto (el cual ni siquiera era privado), la horrible sala blanca, y la cubierta. La cubierta era bella sin duda. Era soleada y caliente, e iban pasando por islas grandes que sobresalían del agua, la costa salpicada de cuevas y aldeas. Pero luego esas cosas se volvieron más y más pequeñas mientras iban avanzando. Y luego estaba el agua.

—Tengo que salir de aquí —le dijo a la vista.

La vista no le ofreció una respuesta. Le ofreció más de sí misma. Clio sólo podía pensar que con cada milla que pasaba, ella se estaba alejando cada vez más de contactar con Ollie. Ella se estaba saliendo de mapa.

Elsa por otra parte, se había levantado feliz. Ella vino arrastrando los pies a primeras horas de la tarde, y la sonrisa apacible en su rostro le dijo Clio a que había aceptado plenamente que la Mariposa del Mar era una especie de clínica para los quebrantados del corazón y ella era una paciente. Ella quería estar confinada, sedada, y mantenerse alejada de objetos afilados. Quería que el mundo desapareciera. Ella misma se instaló con un frasco de esmalte de uñas y se pintó cuidadosamente las uñas de los pies de un color rosado coral, y luego se extendió para broncearse.

Todo el mundo tenía algo que hacer, y se mantenían bien escondidos. En ocasiones, uno de ellos salía de la timonera, pero volvían sólo unos minutos más tarde. Aidan salía más a menudo cargando cosas con él. Él no perdió ni una vez esa mirada de autosuficiencia. Clio sólo podía decir que no importaba lo que Aidan hacía, él asumía que era la actividad más importante en el mundo. Era tan importante que apenas la miraba.

Aparte de cocinar, Clio no tenía más que hacer. Ella fue escaleras arriba y trajo de vuelta sus cuadernos de bocetos. Clio usualmente dibujaba cada día de la manera en que otras personas practicaban un deporte o tocaban un instrumento. No lo había hecho en los últimos días, y sus manos se sentían rígidas y extrañas. Se sentó en una silla de escritorio y observó las imágenes de Ollie. Había dibujado los hombros y nariz mal en casi todas ellas, pero los ojos y barbilla estaban muy bien. Su profesor de dibujo hubiese estado orgulloso.

Ya parecía menos real para ella ahora. Arrancada de su entorno habitual, ya había comenzado a sentirse como una persona diferente, como si su vida de hace apenas una semana era un sueño. Además, el barco se sacudió, golpeando su mano a través de la página cuando menos se lo espera. Ella cerró el libro de un golpe. Ni siquiera podía dibujar.

—¿Qué pasa? —preguntó Elsa.

—Nada —mintió Clio.

—Ven y acuéstate a mi lado. Vamos a conseguir unos geniales bronceados aquí.

No había nada más que hacer, así que Clio fue y tomó una de sus toallas gruesas y se hizo un lugar. Pero tan pronto como ella cerró los ojos y el sol estaba a punto de perforar sus parpados, sólo podía ver a Ollie. Su cabeza comenzó a reproducir una fantasía de los dos en la playa. Esa era una broma cruel.

A las cuatro, el transmisor de Clio retumbó.

—¡Número Cinco!—decía—. Probablemente querás que la cena comience. Creo que ha habido una solicitud.

—¿Una solicitud? —dijo Clio a Elsa.

Elsa se encogió de hombros.

Había algo que hacer, de todas maneras. Ella se levantó. En la encimera de granito negro en la cocina, alguien había dejado un libro de cocina india abierta en una página que mostraba la receta de pollo korma¹³. Con una nota escrita rápidamente, también pidiendo raita¹⁴ de pepino (página 189), arroz y salsa picante de tamarindo. Rápidamente hojeó el libro y examinó la larga lista de ingredientes.

—Genial —dijo ella, y cerró el libro con un golpe decidido—. No hay problema. ¿Algo más que quieran? ¿Esculturas de hielo?

Ella dio una palmada en su sombrero. Un pensamiento le vino mientras lo hacía, y ella corrió hacia la escalera de la Suite Champagne y sacó su etiqueta con su nombre de Galaxy. Ella lo cubrió con su camisa. No sólo se trataba de una muestra de Ollie, era un buen toque. Su servidumbre se iba a notar.

Cada vez que iba a buscar algo de la lista, algo imposible, como leche de coco, mantequilla clarificada, semillas de comino o jengibre fresco, todo estaba allí. Alguien había sabido que querían curry, y esa persona se había asegurado que estuviera todo a su favor.

Aun así, Clio le tomó toda una hora y doble chequeo para obtener la receta. Había arroz jazmín que remojar y poner en vapor, montones de verduras que cortar, especias que tostar y moler.

La cocción del curry requiere una cuidadosa gradación de aceite, mantequilla, especias, pollo, vegetales, leche de coco, todo en un orden muy preciso. La cocina pequeña entró en calor.

Ella estaba muy satisfecha de oler algo claramente como el curry saliendo de su olla y de ver que su contenido se había unido para formar un guiso espeso, dorado. El arroz era blanco y blando. La raita parecía espesa, fría, y como el yogurt.

¹³ Plato típico de India

¹⁴ Raita es una salsa típica de la cocina india, que se emplea como condimento

Ella encontró a el frasco de chutney¹⁵ Inglés, sacó la mitad de la cocina para poder encontrar suficientes cuencos y platos para servir a todos y logró transportar todo a la mesa sólo quince minutos después de que ella sintiera que la embarcación se detenía y escuchara a la gente reuniéndose para la esperada cena.

Como se suponía, la etiqueta de nombre había relucido. Nadie se pronunció al respecto sin embargo. Todo el mundo parecía realmente impresionado por el curry. Comieron rápido. El aire del mar había hecho todo el mundo tuviese hambre.

Cuando terminaron de comer, el padre de Clio en pie, con los brazos abiertos, en modo de discurso.

—Vamos a sacar los platos de aquí, Clio —dijo el—. Necesitamos la mesa.

Ni un “gracias”. Nada acerca del trabajo que había hecho. Sólo una orden de sacar los platos sucios. Se puso de pie, incapaz de encontrarse con los ojos de nadie, y sin decir palabra apiló los platos.

—Esta noche —dijo el—, estaba pensando que ~~para~~ los pasar un tiempo juntos. Sólo nos tenemos el uno al otro aquí, después de todo. Pensé, que mejor que jugar un poco de ¡Inmersión!

Metió la mano en torno al sofá de cuero blanco detrás de él y sacó una caja muy gastada. Por las expresiones en torno a la sala, nadie esperaba mucho de esta idea a excepción de Elsa, que tomaría cualquier cosa.

—¿Cuántos de ustedes han jugado antes? —preguntó—. Aparte de lo obvio.

Aidan admitió haber jugado la versión videojuego en su celular.

—Muchas... Clio, ¿por qué no explicas como funciona?

El barco crujía un poco, ya que cambió ligeramente de lado a lado. Su padre estaba al mando de un grupo de personas para jugar su juego de mesa. Clio sintió algo dentro de ella muriendo. ¿Su espíritu?

¹⁵ En la cocina india el chutney o chatni es una variedad de especias dulces y picantes, originaria del oeste de la India

Tal vez.

—¡Vamos!

—El objetivo del juego es obtener los tesoros que puedas mientras llevas la nave hacia el puerto —dijo ella secamente—. Tratar de que no te arresten, que no te ataquen y no hundirte.

—Es relevante —dijo Martin, tratando de ser útil.

—El tablero está dividido en los mares, inventados. No los de verdad. Todos estos cuadros representan áreas de agua. Unos tienen naufragios bajo ellos, otros no. El objetivo es obtener el mayor tesoro que puedan. Hay ciento cincuenta tarjetas de tesoro. Se puede bucear por ellas o robarlas. Hay muchas maneras de obtenerlas.

—Cada quien juega un poco diferente —intervino su padre—. Algunas personas hacen muchos trueques. Algunas personas les gustan robar de otras.

—Pueden seguir la estela de un barco que lo está haciendo bien. El estilo de juego realmente depende de ti.

—¿Cuánto tiempo dura? —preguntó Julia.

—Un rato —respondió su papá—. Dos o tres horas. Es genial para algo como esto. Ninguno de nosotros tiene ningún otro lugar a donde ir.

Julia se quedó en silencio. Era una especie de silencio palpitante.

—¿Podemos formar equipos? —preguntó Elsa.

—¡Claro! —dijo el—. Los equipos funcionan bien. Obviamente, Clio y yo necesitamos dividimos, así que... estaré con Martin y Elsa. Clio, Julia y Aidan, pueden ser el otro equipo.

La tarea de explicar las normas a Aidan y Julia no era envidiable. Julia puso una cara plana, inmóvil, de oyente. Aidan adivinaba la lógica a cada paso. Pero cuando Clio comenzó a poner y explicar las cartas, Julia volvió a la vida.

—¿Por qué esta vale cien puntos?—pregunto ella, sosteniendo una carta con un jarrón griego.

—Porque así es— dijo Clio. Se trata de un jarrón tipo campana, un recipiente utilizado para mezclar agua y vino. Éste sobre la tarjeta resulta estar en el Museo Getty.

Y esta... —golpeó una tarjeta de quinientos puntos— es un plato de pescado cerámica griega período helénico. Y ni siquiera es uno interesante. ¿Por qué vale cinco veces más?

—Porque me gustaba la imagen de la almeja en él —respondió Clio.

—Puedes darte cuenta que no tiene sentido. Pero ese no es el punto. Es un juego. Y un buen juego, así que escucho.

—Claro —dijo Clio—. Es un juego.

Y fue un juego largo, el más largo juego de ¡Inmersión! Que ella jamás haya jugado. Este grupo era irreal. Estaba su papá, tratando de no coquetear con Julia y fallando en el intento. Estaba Julia, sonriendo con la sonrisa más tensa—sensual de espaldas a su padre. El atractivo de Julia se hacía tremendamente claro. Ella era pequeña, intensa, evidentemente inteligente. Ella era como una versión más poderosa de la propia madre de Clio. Sin embargo, había algo un poco... fuera de lugar en Julia.

Estaba Aidan, apoyándose con Elsa, en realidad sin esconder el hecho de que él estaba mirando a su pecho. Estaba Elsa, causando el problema por hacer una especie de movimiento mágico de levantar—y—separar, asegurándose que sus pechos se cernieran sobre el tablero todo el tiempo, como nubes cubriéndolo. Estaba Martin, tratando de fingir que esto era normal.

Y estaba Clio, usando un sombrero de papel y una etiqueta con su nombre, viendo a su pasado. Había pasado un largo tiempo desde ella que había visto ¡Inmersión! Había muchos recuerdos metidos en la caja, la experiencia. Allí estaba la tarjeta de estatua de bronce de doscientos puntos. Ella había hecho ese de uno de los viejos libros de texto de su madre. Allí estaba la bañera de hidromasaje en la esquina izquierda, un accidente, realmente.

El tablero se había mojado cuando lo estaba pintando, por lo que paso el dedo haciendo remolinos en la esquina húmeda. Y bang, un nuevo reto se había desarrollado. Su padre lo había incorporado enseguida en el juego.

Ellos eran inteligentes en ese entonces. Inteligentes y afortunados. Ella no estaba sintiendo eso últimamente. Sentada allí en esa terrible e interminable noche, el olor restante del curry impregnando la cabina entera, Clio tenía la sensación de que ella ya había hecho las mejores cosas en su vida. Los once y doce años habían sido sus años de máxima actividad. Ella tenía mucho tiempo para ir cuesta abajo.

Y entonces lo peor de todo la golpeó, ella vio el tablero, las piezas naviculares moviéndose alrededor de los cuadrados de mar azul y vio su vida, ahora mismo. ¿Cómo no lo había visto con claridad antes?

Su papá estaba jugando ¡Inmersión! en la vida real. Él guardaba sus cartas, su barco en movimiento, recolectando su tesoro... Él se había vuelto loco. Y él se había llevado a todos con él. ¿Pero cuál era el Tesoro que estaba buscando?

A pesar de que apenas prestaba atención, llevó a Aidan y Julia por el tablero sin esfuerzo, dejándolos fuera de las decisiones del todo. Ella no pudo evitarlo. Ella sabía cada movimiento.

El truco para evadir piratas era para abastecerse de un montón de tarjetas de puntos más bajos. El truco para conseguir un montón de tesoros era hacer un montón de pases rápidos en el tablero. Su papá era igual de bueno, y había llegado el destello de la competencia en sus ojos. Ella se defendió, su mente fácilmente armando una defensa para cada uno de sus ataques.

—¿Uno de ustedes dos va a dejar jugar a alguien? —dijo Julia.

La fría voz británica se adentró en la espesa niebla que había descendido en los pensamientos de Clio.

—No tiene sentido —dijo Aidan, levantándose—. No puedes jugar un juego con las personas que lo hicieron.

Clio estaba agradecida. Esta necesitaba salir del salón. Ella se levantó y se fue a las escaleras.

—¿A dónde vas? —preguntó su papá cuando se retiraba.

—¿Arriba?

—Los platos —dijo el—. La cocina es tu dominio; ¿recuerdas? Y tenemos que mantener en perfecto orden.

Al enterarse de que había que hacer la limpieza, los otros se dispersaron. Clio se quedó allí, inerte, con una rabia impotente. Dio un paso atrás en la cocina, donde toda la superficie estaba cubierta con restos de la cena.

Está bien, pensó ella, tomando un profundo respiro. Necesitas tiempo para pensar de todas maneras. Sólo hazlo.

En poco tiempo, la cocina se había convertido en un miserable sauna de jabón y vapor. Fue entonces cuando Aidan entró, con ordenador portátil en la mano.

—Note que estas usando tu nombre —dijo el—. La ortografía era inusual. Así que lo busqué.

Abrió su portátil y la equilibró en una palma. Él había venido a hacer alarde de que él tenía internet.

—Clio —dijo el—. Vamos a ver [¿]una de las nueve musas, nueve hermanas. Hija de Zeus, Rey de todos los Dioses, y diosa de la memoria.

Se invoca al principio de un esfuerzo artístico.

Musas inspiran la locura divina. Sin ellas, la creación, lo que sea que fuera, puede ser técnicamente correcta, pero nunca será verdaderamente inspirada o perfecta. Pero... Veo aquí que también eres un barco! Clio, la mariposa del mar. No había conseguido eso antes. Hemos estado viajando en ti.

—Lo sé —dijo secamente—. No fue mi idea.

—¿Alguna vez has visto una mariposa de mar? Son hermosas. También técnicamente moluscos, por lo que están relacionado con las ostras. Tus preferidos. También es hermafrodita. Eso está bien. Comienzan su vida como machos y en hembras cuando maduran. Echa un vistazo.

Él le dio la vuelta a la computadora para enseñarle. Eso no era algo que ella quisiera ver realmente, pero ella se inclinó de todas maneras. Mientras lo hacía, él la cerró.

—Psicópata —dijo él.

Él dejó a Clio sin habla. Ella se quedó mirándolo, con una mano en remojo con jabón, agua manchada de curry, buscando en su mente una palabra que se ajustara a este tipo de comportamiento. Él se apartó el pelo que le había caído en la frente, sonrió y se fue.

Cinco minutos completos después ella todavía seguía en la misma posición, con la boca ligeramente abierta, forzando a su cerebro desarraigar el regreso perfecto, cuando escuchó lo último del agua irse por el desagüe. Ella levantó la mano y la examinó. Arrugada, cubierta de burbujas de jabón perladas teñidas de amarillo. Nadie, excepto su padre la había desconcertado así. Eso era lo último. De ahora en adelante, su propósito estaba claro. Meterse en internet. Salir del barco. Y Aidan... él iba irse a pique.



13

El Fisgón

*Traducido por Selune
Corregido por kuami*

A la mañana siguiente, Clio despertó un poco antes de lo que había el día anterior. Elsa todavía estaba fría. Había un libro sobre su lado de la cama. Probablemente no había dormido de nuevo.

Elsa había estado despierta la noche anterior, sin embargo, y había derramado toda la historia de su ruptura con Clio. Ha sido duro. Elsa había estado locamente enamorada de Alex, un chico que había conocido desde que tenía doce años. Habían salido durante siete meses, cuando Elsa lo encontró besando a una de sus mejores amigas en la biblioteca, y no hubo escapatoria.

Los sueños de Clio de esa noche habían estado llenos de imágenes de los internados ingleses, grandes edificios cubiertos de hiedra que se parecían vagamente a Hogwarts. Había una tienda de arte en el sótano, pero Ollie no trabaja allí. Lo extraño era, que Aidan lo hizo.

Ella se despertó sin la menor idea de dónde estaba.

El barco se había detenido. Bajó las escaleras y encontró a su padre y Martin en sus trajes de neopreno, preparando sus tanques.

—¿Qué está pasando? —preguntó, saliendo a la terraza.

—Sólo haciendo un poco de buceodijo—. Obtener la configuración del terreno. Estaremos de vuelta en alrededor de una hora. ¡Ten listo el desayuno!

—Claro —dijo ella con inquietud.

Había pasado un tiempo desde que había visto este proceso. Había tantas cosas: los tanques de aire, tubos y aletas. Había incluso algunos tanques más pequeños tanques que los buzos llevaban en caso de que sus tanques

principales fallen. El barco se balanceaba y se balanceaba ahora que estaba anclado en el lugar, causando que el estómago de Clio tirara un poco. Se dio cuenta de que ella estaba aferrando a su brazo.

Ella volvió dentro y montó la cafetera y pegó su sombrero sobre su cabeza aturdida. El segundo día, y este ritual ya era un poco viejo.

Se le ocurrió que los demás tenían que estar cerca de algún lugar, en el taller que mencionaron abajo. Parecía que valía la pena echar una pequeña mirada y ver lo que estaban haciendo.

Bajó las escaleras tan silenciosamente como era posible. Algunas de las puertas a lo largo de la sala estaban abiertas, pero la única con ruido proveniente de ella estaba cerrada firmemente. Se acercó a la puerta y apretó su oído tan duro contra ella como pudo.

—No hemos comenzado —dijo Aidan. Parecía a la defensiva—. Ni siquiera he puesto el pescado en el remolque. Él continúa con sólo algunos números, que no son tan confiables.

—Así lo dejó —dijo Julia—. Que haga lo que quiera.

—Sólo estoy tratando de...

—Basta ya —dijo.

Clio se alejó de la puerta rápidamente al oírla aproximarse. Julia abandonó el trabajo.

—¡Solamente bajé para las órdenes del desayuno! —dijo Clio con un chirrido—. Sonaba como si ustedes estuvieran despiertos.

Julia se sorprendió de encontrarla allí, sonriente, vestida con un sombrero de papel.

—Sólo café —dijo—. Gracias.

—No hay problema —dijo el Clio—. Voy a tomar la orden de Aidan también.

Era completamente obvio que Julia no quería que Clio entrara en esa habitación, pero ella no iba a abordarla y tirarla al suelo para detenerla tampoco.

—Sólo voy a comprobar sobre ellos —murmuró Julia, partiendo por el pasillo.

—De acuerdo —dijo Clio brillante.

Probablemente era bueno tener a tu posible futura madrastra futuro pensando que estás un poco loca. La mantendría sobre sus pies y la disuadiría de tratar de sentarla y tener delicadas conversaciones sentimentales. No es que ella esperara esto de Julia. Julia se veía como que ella podría encabezar sobre la gente en reuniones.

Aidan se sentaba ante su ordenador, en la esquina de la pequeño espacio apretado, girando lentamente hacia adelante y hacia atrás, con los brazos bien envueltos en su pecho. Llevaba un adelgazador, una camiseta rasgada, y tenía el pelo aún mojado y agitado. —¿Quieres mi pedido? —dijo Aidan, la molestia todavía en su voz—. Está bien. Me gustaría tocino quemado, suaves huevos revueltos y pan tostado, siempre y cuando el pan no sea de grano entero.

—Tenemos que hablar —dijo.

—¿Lo hacemos?

—Sí. Lo hacemos. Pudiste obtenerlo en línea. Entraste en la cocina la noche anterior para asegurarte de que yo lo supiera.

—No —dijo—. Vine a decirte el significado maravilloso de tu nombre y para enriquecer tu vida.

—Aquí está la cosa —dijo, inclinandose—. Tengo que enviar una nota a alguien. Tú me puedes ayudar a enviar esa nota.

La piel de sus pómulos se puso muy tensa por un momento.

—Podría —dijo—. Pero no puedo. Una vez más, las reglas de tu padre.

—¿Por qué?

—Si te dijera —dijo—. Yo estaría diciendo. Así que no te puedo decir.

—Escucha, corte de pelo...

—¿Acabas de llamarme corte de pelo? —preguntó.

—Sí. Sabes que no hay razón por la que no podamos ir en línea. Es una locura.

—¿Por qué me llamas corte de pelo? —preguntó, tocando su pelo. ¿Es porque tengo un gran corte de pelo?

—Entendiste —respondió ella.

—Yo no hago las reglas —dijo él.

—Bueno, no puedes detener de sentarme aquí —dijo—. Necesito un lugar para practicar mi canto de garganta Mongol. Tú conoces a los niños ricos. Tomamos un montón de lecciones raras.

Ella comenzó a gorjear un ruido profundo haciendo gárgaras.

—Está bien —dijo—. No te vas a sentar aquí haciendo eso.

—Te sorprenderías de lo que yo haría —dijo.

—No. Realmente no lo haría.

—No te lo diré. Y tú debes recordar esto. Yo preparo tus alimentos.

Ella señaló a su sombrero. Él se levantó y cerró la puerta.

—Ya sea que nos guste o no —dijo—, yo trabajo para Julia. Lo que significa que ahora trabajo para tu padre. Y realmente necesito mi trabajo. Si rompo las reglas, podría perder mi trabajo. Y no puedo dejar que eso suceda. ¿Entiendes? Por favor, no estropees esto para mí.

La repentina seriedad la detuvo. Cualquiera que sea lo que su padre estaba haciendo, tal vez Aidan estaba tan atrapado como ella lo estaba. Su padre había atado el trabajo de Aidan en este esquema, independientemente de lo que fuera.

—¿Estás bromeando? —preguntó.

—¿Suena como que estoy bromeando? Tu padre se figuró que estuvimos bebiendo la otra noche también. Tuve una conferencia de Julia durante una hora, aproximadamente. Yo realmente no quiero otra.

Él frunció los labios y miró fijamente a la pared. Clio podría decir que le había molestado decir eso. No era tan poderoso como él hubiera querido hacer creer. Él estaba siendo ordenado en torno cada uno también.

—Muy bien, corte de pelo —dijo ella, ~~levantándose~~—. No voy a crear problemas para ti. Pero vas a comer lo que yo haga. Ese es mi trabajo.

La inmersión duró unos cuarenta y cinco minutos, después de que el padre de Clio y Martin surgieran goteando del agua. Toda la preparación y el alboroto general no llegaban a tanto. Se quitaron sus equipos y trajes de neopreno y en silencio volvieron a lo que habían estado haciendo antes.

Clio vio esto desde las puertas de cristal, movió la cabeza con miseria, consiguió su cuaderno de dibujo, y se sentó en la alfombra del salón de felpa. Hoy había un agradable, complaciente tema: Elsa, durmiendo otra vez. Metió auriculares y volcó a una nueva página. Sin darse cuenta, pasó una hora entera haciendo el dibujo. El tiempo se deslizó, pasando tan fácilmente cuando fue absorbida en su dibujo. Sólo se agitó cuando Aidan pasó delante de ella llevando lo que parecía una caja de enorme de herramientas. Sin duda tenía un montón de juguetes allí.

—Hola, corte de pelo —dijo—. ¿Yendo de pesca?

Hubo un poco de rigidez en su conducta ahora. Y él estaba claramente trabajando. Dejó el libro en el suelo y lo siguió a la cubierta. Él dejó la caja y sacó un pequeño cilindro.

—Creo que es un pedazo de equipo —dijo—. ¿Es una cámara?

No dijo nada.

—Vamos —dijo ella—. Realmente no ~~estándome~~ ^{estándome} cualquier cosa lejos diciéndome eso. Tengo curiosidad por lo que se pone en el agua. No estoy tratando de dejarlo sin trabajo.

Una pausa. Los ojos brillaron. Todavía estaba en modo serio.

—Es un pez de remolque —dijo—. Es un lector que se arrastra en el agua y envía la señal para nuestro sonar de barrido lateral. El sonar crea una imagen del fondo del océano. Dependiendo de las condiciones, por lo general puede tener una visión bastante clara. No se parece a una fotografía, es más como una ecografía.

Clio miró el tubo largo y la forma que Aidan cuidadosamente lo manejó.

—Mi padre no te ha escuchado esta mañana—dijo—. Debes acostumbrarte a eso.

Aidan tiró en el cable conectado al dispositivo para comprobar la conexión, pero no respondió. Se puso de pie y lo bajó a un costado y con cuidado lo aseguró.

—A nadie le gusta el tipo de tecnología —dijo finalmente.

Se aclaró la garganta y ajustó su enorme reloj. Era una de esas cosas de plata y oro con seis diales en la cara.

—Eso es un importante reloj —dijo ella—. Se parece al reloj de un astronauta o algo así.

—¿De verdad tengo que decir algo acerca de todo? —preguntó—. Conscientemente dejó de tocar el reloj y metió la mano en el bolsillo. Era un bolsillo profundo de carga; alcanzó su muñeca entera allí.

—Eres alguien con quien hablar —dijo. Ella giró sobre sus talones y se fue hacia el interior, volviendo a sentarse con su cuaderno de bocetos. Su corazón latía un poco más rápido. Era como si fuera alérgica a él. Sólo debía mantenerse alejada.

Él vino en un momento después, cerrando en silencio las puertas de cristal.

—Me gustaría pasta esta noche —dijo—. Lasaña.

Obviamente, su comentario le había cogido desprevenido y él no quería perder en su juego. Ella no levantó la vista. En cambio, tocó a través de sus lápices con atención.

—Si por la lasaña —ella dijo—, te refieres a pescado, estás de suerte.

Aidan se inclinó y recogió su cuaderno de bocetos, hojeando sus páginas.

—Este debe ser tu novio, ¿eh? —dijo, colgando el libro, la página abierta en uno de los dibujos de Ollie—. Corbata de Niza. Muy **irónico**. Me encanta la gente que se viste toda irónica. Es tan profunda, ¿sabes?

—No seas amargo, corte de pelo —dijo, tomando el libro de nuevo—. Hace que tus cejas se junten.

124

Reglas y Transgresiones*Traducido por Anne_Belikov**Corregido por Lorena*

Estar atrapada ya le había sucedido a Clio en el pasado. Por ejemplo, quedar atrapada bajo la lluvia. Así fue como ¡Inmersión! había sido creado.

Durante el verano en que Clio tenía once años, su familia había ido a la playa por una semana. Había llovido todos los días, convirtiendo el pequeño patio enfrente de la casa que habían rentado en una alberca de lodo y formando peligrosas olas en el océano. Ellos habían intentado ir a dar paseos unas pocas veces, pero era francamente muy deprimente correr de una cabina inundada a la siguiente o beber limonadas frías mientras estabas empapado y congelándote en el aire acondicionado.

La madre de Clio estaba estudiando técnicas de restauración en artefactos extraídos del océano y gastó la mayoría de esa semana acurrucada en el sofá bajo una manta, ocasionalmente leyendo pasajes en voz alta. Clio comenzó a trazar la ruta de un barco en su cuaderno. Su padre la observó haciendo esto. Él sugirió que desde que ellos no podían ir a ninguna parte, harían algo. Como un juego.

Algo basado en lo que Clio había dibujado. Ellos estaban en eso entonces, ella y su papá. Era como si ellos tuvieran una sola mente.

Era Clio quien dibujaba el diseño, cuidadosamente trabajando en él con una regla y un juego de lápices de dibujo. Su papá marcó las reglas iniciales. Ellos habían trabajado tomando las ideas del otro. Lo que comenzó como un pasatiempo una tarde se convirtió en una obsesión por el resto del viaje, y a su

regreso a casa, y por los próximos tres meses. Ellos comenzaron a intentarlo con la familia y amigos. Todos comentaron cuan bueno era. Cuan jugable era. Cuan maravillosos eran Clio y su padre.

Sus aprobaciones dieron a su padre una idea. Él decidió empaquetarlo y venderlo. Clio todavía podía recordar el día en que ellos recibieron una llamada telefónica que decía que el juego había sido comprado por Botzoo, una gran compañía de juegos de Nueva York. La versión en videojuego era la que realmente traía dinero. La gente lo jugaba en sus celulares y en sus computadoras. En cualquier parte.

El hecho de que un juego popular fuese hecho por un hombre apuesto y su hija de sólo once años de edad (y eso era lo que ellos incluso representaban en el empaque) fue una buena historia. Por casi un año, Clio y su padre habían sido el tema de las historias de los periódicos, de los programas de noticias de cada mañana, de los chats online. Eso era cuando su padre había decidido que una escuela normal no era suficiente para Clio, no cuando de pronto había venido una oleada de ingresos y oportunidades. Ellos aprenderían sobre arte y cultura directamente del mundo. Así que a los doce, Clio les había dicho adiós a sus amigos de la escuela. Desde entonces, era tener tutores y viajar, tener lecciones de dibujo y viajes.

Y en su memoria, todo había estado genial, hasta que terminó.

Sentada en La Mariposa del Mar, Clio intentaba reconciliar esto en su cabeza. Ella recordaba cómo le gustaban esos viajes entonces. Todo parecía perfecto, como en un cuento de hadas. Su vida era encantadora. La caída había venido tan rápido, y desde entonces, nada había estado bien. Este viaje era la máxima expresión de, nunca más estaría bien.

Cuando seis personas compartían un pequeño, confinado espacio, dos cosas eran importantes. La primera era el espacio personal. Todos tenían pocos pies para reclamarlos como suyo un lugar al cual retirarse. Incluso Clio y Elsa, quienes no tenían verdadero espacio personal, podían entenderlo. Todo en el lado derecho de la habitación era de Elsa, todo en el lado izquierdo era de Clio. Una línea invisible dividía el centro de la cama, marcado por los bordes de los edredones. A veces Clio podía tomar un baño, sólo por la excusa de tener una pequeña habitación completamente para sí misma por un rato. Julia

y su padre mantenían dormitorios separados, y desde que ellos dormían escaleras abajo, Clio nunca había observado como ellos entraban en la habitación de su padre cada noche.

El segundo elemento de supervivencia era la rutina. La rutina que tenía día a día, y si ella pudiera tomar el día a día, las semanas sólo pasarían. Y si las semanas pasaban, ella podría volver a tierra. Y estar en tierra significaba contactar con Ollie.

Había desayuno en la mañana. Platos. La siesta matutina de Elsa. El almuerzo. Clio dibujaba por periodos cada vez más largos en las tardes, llenando sus cuadernos. Preparando la cena al menos dos o tres horas antes en la tarde, después podría tener algunas conversaciones serias. Había juegos de cartas y desastrosas noches en las cuales su padre sugería charadas, y luego la gente se dispersaría a sus rincones. Las noches siempre terminaban temprano.

Clio observaba las rutinas de los demás. Para aquellos envueltos en una misión, sus días estaban completos. Generalmente Aidan y Julia trabajaban escaleras abajo, aunque Julia podía ser encontrada leyendo o escribiendo en la sala. Martin y su padre gastaban la mayoría de su tiempo en la timonera, controlando el barco o buceando. Había buceo casi todos los días. Nada parecía surgir de los buceos estos días, no es que Clio supiera donde buscaban ellos. Ellos detendrían el barco, enviando la bandera de buceo y más reuniones tendrían lugar.

Cuando no estaba durmiendo o hablando con Alex, Elsa gastaba su tiempo, revisando los niveles A, de los cuales Clio eventualmente se dio cuenta de que significaban que ella estaba preparándose para algunas pruebas extremadamente serias que determinarían su futuro. El piso de la Suite Champagne estaba frecuentemente lleno con notas de Francia e Italia. Elsa también tenía el hábito de chupar un limón todo el día y dejar sus restos junto a la cama. Poniéndola en el sol con un libro de texto, un limón y alguna loción protectora, Elsa era una chica feliz. No parecía importarle del todo lo que los otros estaban haciendo, la única cosa que no le gustaba era que Aidan fuera esquivo, frecuentemente alejándose de su madre.

La puerta cerrada era algo en lo que Clio ponía especial atención. La puerta que había escaleras abajo hacia la habitación de trabajo estaba constantemente

cerrada. Cuando su padre y Martin buceaban, ella a veces iba abajo y se paraba enfrente de ella, y podía oír a Julia hablándole a Aidan sobre algo. Esa habitación era definitivamente territorio de Aidan y estaba definitivamente en la fuente de todo el acceso a internet. Él a veces estaba ahí en las tardes, tal vez trabajando, tal vez comunicándose con el mundo exterior.

Y hacía una semana que eso continuaba.

A la décima tarde, Clio se dio cuenta de que todo lo que ella había estado planeando usar para el almuerzo no estaba realmente comestible. El pan se había vuelto mohoso y había sólo un poco de carne y queso y no más atunes enlatados. No había sopas, lechuga o pasta. No más limones para que Elsa chupara. Esto era claramente, definitivamente, señal de que tendrían que regresar a tierra, pero el hecho tendría que ser presentado cuidadosamente. Si ella iba y le decía a su padre que no había comida, él insistiría en que sí había. El truco era darle una comida realmente mala y dejarlo que se imaginase la situación por sí mismo.

—Oh, sí —pensó Clio, fijando su etiqueta con su nombre—. Esta es una señal.

Había mucha basura para elegir. Aceitunas blandas. Un puñado de galletas. Una taza de ahora-viejo curry. Algo de arroz. Una sola rebanada de jamón. Clio lo arregló todo de manera muy cuidadosa, maximizando el factor miseria. Cuando estuvo todo listo, decidió ir y traer a Aidan personalmente. Ella podría tomar un placer adicional en llevar el anuncio del almuerzo fatal.

La puerta de la habitación de trabajo estaba sin llave, así que ella la abrió. Para su sorpresa, nadie estaba ahí. No había ningún ruido en ninguna parte al nivel de las escaleras. Ella caminó e intentó con las puertas, tocando en cada una y probando las manivelas. Nadie estaba en cualquiera de las habitaciones. Sólo Julia mantenía su habitación cerrada, pero claramente ella no estaba ahí.

Clio regresó a la habitación de trabajo. Las únicas cosas en la mesa principal eran dos largos gráficos que mostraban aguas profundas y obstrucciones. Había un bloc de notas en un lado con pocos números y letras garabateados en una mano masculina. Esto era probablemente la escritura de Aidan y claramente estaba escrito por alguien que ordinariamente usaba un teclado. Los golpes eran rudos y desiguales.

La computadora portátil de Aidan estaba sentada en una esquina lejana, en un escritorio. Había latas de soda aplastadas en él. La pantalla se detenía a medio camino.

Mirar en la computadora de alguien era claramente una intrusión a la privacidad bajo cualquier circunstancia. Pero en este ambiente, había crímenes diez veces peores. Entonces, de nuevo, estas no eran circunstancias normales. Esta era la oportunidad, justo aquí, enfrente de ella. Ella podía revisar rápidamente su correo y enviarle un mensaje a Ollie. Tal vez uno a Jackson, también, pidiéndole consejo. Tal vez Jackson estaría de acuerdo en mantener un ojo en lo que Ollie estuviera haciendo en la tienda. ¿Por qué Clio no había pensado esto antes?

Ella empujó la pantalla cuidadosamente. El protector de pantalla estaba activo. Tecleó la barra de espacio gentilmente y la máquina despertó. Aidan estaba corriendo algún programa que ella nunca había visto antes, algo obviamente científico. Había un gráfico en la pantalla, un rango como una pequeña montaña cuya línea subía y bajaba. Probablemente había algo que hacer con el sonar que había caído en el agua. Había una llave cerca del fondo que decía Estrella Campana y una lista de lo que parecían medidas. Ella se preguntó qué tipo de campanas y estrellas estaría estudiando Aidan. Al fondo de la pantalla, sin embargo, había dos pequeñas ventanas abiertas, una de las cuales era google y la otra, el sistema de correo de Yale.

—Oh dios mío —Se dijo Clio a sí misma.

Era triste cuan entusiasmada estaba. Parada ahí, sin ninguna idea de qué hacer. Esto era claramente su oportunidad, pero de nuevo, eso significaba invadir la privacidad de Aidan. Era posible que si ella tocaba la computadora, algo iría mal con el gráfico en la pantalla.

La tentación era dolorosa. Realmente físicamente dolorosa. Ella se sentó y miró a la pantalla, intentando adivinar qué hacer.

—¿Qué estás haciendo?

Clio se volvió para encontrar a Julia en la entrada.

—Nadie estaba aquí —dijo Clio.

—Por favor, no toques eso —dijo Julia, cabeceando hacia la computadora.

—No estaba... —dijo Clio. Y ella no lo había estado—. No lo hice.

Julia no la creyó ni por un minuto.

—Bajé para decirles sobre el almuerzo. —dijo Clio—. Ya está.

Aidan vino detrás de Julia pero se detuvo cuando vio a Clio sentada en su silla.

—No lo hice. —dijo Clio de nuevo.

—Ya está el almuerzo —Julia dijo a Aidan—. Tal vez deberíamos subir.

El triste buffet que Clio ofreció no fue tan mal bajo estas circunstancias. Su padre estaba de pie, luciendo profundamente impresionado.

—Necesitamos hablar —dijo él—. Arriba.

Nada en el mundo es más humillante que tus padres te ordenen enfrente de otra gente. La única cosa que podría haberlo hecho peor sería una pelea, así que Clio se encogió de hombros y lo siguió hacia la timonera.

—Julia ~~es~~ molesta—dijo él—. Y francamente, yo ~~ta~~mbi Usaste la computadora de Aidan. Esa es propiedad suya y es...

—No usé su computadora —cortó ella.

—Clio. Julia te encontró usándola.

—Todo lo que hice fue activarla para ver si estaba en línea. No miré en ella.

—Esto es serio —dijo él, sentándose—. No puedes espiar a la gente.

—¿Espiar? —repitió Clio—. Fui abajo a decirles a todos que el almuerzo estaba listo y no había nadie ahí. Caminé dentro de la habitación, vi la computadora y la toqué. No la usé. La toqué.

—¿Esperas que crea eso? —dijo él.

—Sí —dijo ella—. Lo hago. Si no me crees, por qué no vas y le preguntas a Aidan si hay algo extraño en su computadora? ¿Y sabes qué? Espero que me creas a mí antes que a Julia. Yo soy tu hija.

Sin darse cuenta, ella había comenzado a gritar.

—Es suficiente —dijo él.

—No —continuó ella—. No es suficiente. No puedes venir aquí. No creo que puedas llamarlo espía si estoy atrapada en este barco. Hay otros lugares a los que puedo ir. ¿Y por qué está mal que tenga contacto con el mundo exterior? Nada de esto es justo. Prácticamente me secuestraste.

—Se acabó. —Su propia furia se había desencadenado. El rostro de su padre se ponía rojo cuando estaba enfadado, y su rostro estaba de rojo brillante ahora—. Quiero que vayas a tu habitación. Ahora.

—¿Mi habitación?

—Sí. Necesitas pasar algo de tiempo ahí.

—Oh, tienes que estar bromeando. ¿Cuánto tiempo más puedes mantenerme aislada?

Su voz se rompió con frustración.

—Algunas chicas estarían agradecidas de pasar el verano en Italia —gritó él.

—Algunas chicas no están atrapadas aquí contigo —dijo ella.

La observación era demasiado volátil. Ella no había realmente querido decirlo, al menos no de esa forma. Pero ahora era ir a su habitación, al acecho como una víbora venenosa. Era tiempo de regresar en sí y salir.

—Bien —dijo ella—. Iré a mi habitación. ¿Pero sabes qué? No tenemos comida.

15

*La Escapada*

*Traducido por Kazenbrr
Corregido por Lorena*

Clio pasó la tarde en la Suite Champagne, peleando contra el impulso de gritar más fuerte que jamás había experimentado en su vida. Quería destrozarse el Sonar, espantar todos los peces y arrancarse la piel de su propia garganta con el impacto de su esfuerzo

Pero no hizo nada por el estilo, en gran parte por que no estaba loca, y en parte porque Elsa se quedó con ella como protesta, y la ayudó a calmarse. Específicamente, cepilló el cabello de Clio. La sentó en el suelo, se sentó en la cama con el cepillo, y cepilló. No era algo que se le hubiera ocurrido hacer a Clio o algo que normalmente hubiera pensado que le ayudaría. Pero en cuestión de media hora, sus nervios estaban tranquilos. Clio tenía la impresión de que Elsa había pasado por muchas noches de locura en la escuela. Simplemente, estaba demasiado preparada.

El tener a Elsa era la única cosa buena que había salido de toda esta ridícula experiencia. En verdad era como si hubiera ganado una hermana.

Durante el resto de la tarde, Clio se sentó en la cama y dibujó un nuevo retrato de Ollie, notando que su cara se estaba volviendo menos clara en su mente. Seguramente él se había enamorado de esa chica de la tienda de arte, Jaimee o Janine, y había olvidado todo sobre Clio. Elsa se estiró en el otro lado de la cama, copiando frases en italiano a un cuaderno.

El barco se detuvo lentamente y Clio escuchó el pequeño sonido del ancla descendiendo. El barco se mecía lentamente. Unos minutos más tarde, Elsa se levantó, se estiró y entró al baño. Salió y se ocupó con las cosas en su tocador, moviéndose en una forma que denotaba aburrimiento. Se acercó a la ventana y gritó un poco.

—¡Ven aquí! —Le dijo a Clío—. ¡Mira!

Clio se levantó y se unió a Elsa. A un costado, tal vez a medio kilómetro de distancia, estaba el pueblo.

—¡Oh por Dios! —Clio dijo—. ¡Por fin!

—Vamos a vestirnos —dijo Elsa.

La pura emoción de estar cerca del pueblo las llevó a un frenesí de indecisión. Después de varios cambios de vestuario, Elsa se decidió por un vestido blanco de verano, con un cinturón de piel delicadamente tejido que había pertenecido a su abuela sueca. De maquillaje sólo se aplicó un poco de brillo labial.

Clio optó por una falda y una blusa mitad roja mitad azul. Era la más compleja de todas sus creaciones, y aún no la había usado en este viaje. Se sacó las zapatillas deportivas y se puso un par de flip—flops rojas con brillos que nunca habían salido de su armario. Le tomó un minuto encontrar su cartera, no ha había usado desde que llegó. Ella había obtenido 100€ antes de salir, en dos billetes de cincuenta. No había tenido oportunidad de gastarlos. Metió los billetes en el bolsillo frontal de su falda.

Ella y Elsa bajaron a investigar cual era el plan, pero no había nada ni nadie en la estancia. Salieron a la cubierta. Elsa subió las escaleras hasta el cuarto del timón, mientras Clio fue a la parte trasera del barco y observó el pueblo Italiano. Ella no sabía qué pueblo era, solamente era un pueblo. Era tierra. La gente caminaba en ella. Había tiendas, autos y restaurantes. Y ordenadores y teléfonos.

Entonces miró hacia abajo.

La lancha ya no estaba.

—No están aquí —gritó Elsa.

—Elsa —Clio dijo, gesticulando para que se acercara. Señaló hacía abajo al lugar vacío en la plataforma—. No puedo creer esto.

—Tal vez aun hay alguien aquí —dijo Elsa—, abajo.

Todas las puertas a lo largo del pasillo estaban cerradas. Clio golpeó cada una de ellas mientras caminaban junto a ellas. Después de un momento, la puerta de Aidan se abrió. Él estaba de pie, ahí, sin camisa, vestido en unos viejos pantalones deportivos que revelaban varios centímetros de sus boxers.

—¿Qué? —preguntó, tallándose la cara. Tenía marcas rojas en la cara.

—Tampoco te llevaron a ti —dijo Clio.

—¿Quién no me llevó... a donde? Él sacudió su cabeza y pareció darse cuenta de dos cosas: el cambio en el movimiento del barco, y el que sus pantalones estaban a punto de caer. Los tiró hacia arriba—. Estaba tomando una siesta. ¿Nos hemos detenido? ¿Dónde estamos?

—¿A caso esto no le molesta a nadie más? —preguntó Clio.

—¿Molestarme qué? —Aidan preguntó—. ¿Qué está pasando?

Clio ya podía ver la luz de esperanza en los ojos de Elsa. Ellos tres se habían quedado solos en el barco. Clio casi podía ver el impulso viajando por la espalda de Elsa, haciéndola estar de pie más derecha, mover su cadera ligeramente a la izquierda, y sacar su pecho hacia fuera y hacia arriba. Era como una respuesta biológica, sutil e inconsciente.

Clio no podía soportar que la ignorancia de su padre de hecho pudiera resultar en algo placentero para alguien. La Mariposa nunca se había sentido tan pequeña como en ese momento. Esta era una prisión de teca y piel—como—mantequilla, la expresión más literal de todo lo que estaba mal con su padre. Excesivo, sin explicación, mal planeado, irreflexivo... y ultimadamente mal para Clio.

—Necesito... salir —dijo Clio—. Vosotros hacer lo que queáis, pero yo voy al pueblo. Necesito llamar a casa.

Ella pasó entre Elsa y un aun confundido Aidan y subió las escaleras.

Cuando Elsa y Aidan se le unieron, él se había puesto una camisa y shorts. El rostro de Elsa estaba extrañamente tranquilo.

—¿Veis eso?—dijo Clio, señalando hacía la expansión de agua. ¿Veis lo cerca que estamos? Esta es la forma de mi padre de mostrarme que el aun está a cargo. Los perros hacen cosas como esta cuando orinan en la casa.

—Puede que regresen de inmediato —dijo Elsa. Su voz un poco más aguda y animada—. Y aun si no lo hacen, podemos ver el lado bueno. Tenemos el barco para nosotros solos. Podríamos hacer una fiesta... o algo.

Clio automáticamente giró hacia las puertas de cristal y miró el barco. Nada le importaba menos en aquel momento a Clio que tener La Mariposa del Mar para ellos solos. La mirada en el rostro de Aidan sugería que él se sentía de la misma forma.

—¿Qué clase de fiesta? —preguntó Clio—. ¿Sin comida? ¿Sin diversión?

—Buen punto —dijo Elsa.

—Primero, cuando llegamos al barco, se fueron de la costa sin decirnos nada. —dijo Clio—. Se fueron cuando dormíamos. Nos dejaron ahí durante días. Y cuando llegamos a tierra nos dejan aquí. ¿No es esto una clase de tortura? ¿Mantener a las personas inmovilizadas? ¿Rompiendo su comunicación con el mundo?

—Sí —dijo Aidan, señalando en el costado del barco—. Es la Tortura Sudanesa del Yate. Rara, costosa y maligna.

Clio ignoró esto y se volvió hacia Elsa.

—Él siempre hace esto —dijo ella—. No piensa. No le importa. Él sólo hace lo que quiere hacer. No se le ocurre que otras personas existen o tiene sentimientos o simplemente tengan cosas que hacer.

—Así que... —preguntó Aidan—. ¿Qué sugieres que hagamos? Se llevaron la lancha.

Clio se volvió a mirar el agua, calculando la distancia.

—Es fácil de nadar —dijo Clio—. Podemos nadarlo, digo.

—Por qué eso no sería extraño. —dijo él—, tú con tu falda, arrastrándote fuera del agua hacia la playa, completamente mojada. Esa es una buena idea.

—No dije que esa fuera mi idea —dijo Clio—. Sólo pensaba en voz alta.

—Si conozco a mi madre —dijo Elsa—, debe haber una o dos barcollas de buen vino en algún lugar. Digo que las destapemos y las disfrutemos nosotros mismos. Realmente no se que más podamos hacer.

El estomago de Clio hervía de ira. No había manera de que ella se pudiera sentarse y aceptar esto, no con el pueblo tan cerca.

Había ordenadores y teléfonos y, en algún lugar de sus sueños, posibles medios de escape. Una gaviota voló sobre ellos, cayendo hacia el agua una vez antes de dirigirse a la playa. Otro barco pasó a un costado, dejando una estela lenta y amplia que hizo que el barco se moviera un poco.

—¡Eso es! —dijo Clio, señalando el barco mientras este llegaba a la orilla—. La gente está yendo a la costa a pasar la noche. Pedimos que nos lleven. Apenas vamos para allá. Podemos ver nuestro destino. ¿Por qué no? Tú puedes convencerlos.

—Oh, eso es brillante —rió Elsa.

Un minuto o dos más tarde, un pequeño barco de madera pasó a unas cuantas yardas de distancia, ocupado únicamente por un hombre y su red de pescar. Clio le hizo señas como loca. Él se detuvo, mirándolos por un momento a lo lejos, y luego cautelosamente giró su barco y se acercó.

—¿Qué le digo? —dijo Elsa, mirando a Clio y tragándose una risa.

—Sólo que necesitamos que nos lleve —dijo Clio—. Dile que tenemos que encontrarnos con nuestro padre.

Elsa comunicó esto. El pescador no parecía muy convencido, pero parecía intrigado por Elsa.

—No sé si esto funcionará —murmuró Elsa.

—Mira —dijo Clio, buscando en su bolsillo por el billete de 50 Euros, lo encontró y lo sacó—. Dile que le damos esto si nos lleva.

Aidan miró a Clio de reojo.

—Oh, eres buena —dijo Elsa, tomando el dinero. Se lo enseñó al pescador, y hubo otra pequeña conversación. Por la sonrisa del hombre, Clio pudo ver que su oferta fue felizmente aceptada.

Cincuenta euros por ir a un lugar hacia el cual ya se dirigía, un lugar que de hecho estaba a la vista. Era demasiado bueno para no aceptarlo. Él giró su barco y lo dirigió hacia la parte trasera del barco.

—Transporte —dijo Clio, señalando el barco pesquero con el brazo.

—No puedo creer que acabas de contratar a un extraño en un barco de pesca.

—Aidan dijo.

—Es mejor que nadar.

—¿Como regresamos?

—Llevamos los comunicadores —dijo Clio, ~~máns~~le el suyo. Les llamamos.

Aidan suspiró pesadamente, cruzo los brazos y miró a la cabina.

—Si nos vamos, no quedará nadie en el barco —dijo él.

—Debieron de haber pensado en eso antes de irse sin decirnos —dijo Clio, abriendo la portezuela—. Nadie nos dijo que nos teníamos que quedar. Yo me voy.

Clio le dio al hombre sus 50 Euros. Él sonrió y asintió, doblando el billete dos veces y poniéndolo cuidadosamente en su bolsillo. Clio dejó la plataforma y subió al barco. No estaba amarrado ni era muy estable, y había un gran espacio entre la Mariposa del Mar y él. También era más alto que la plataforma, lo cual quería decir que tenía que saltar hacia el barco, lo cual no sería fácil usando una falda. La única forma de asegurarse que no perdería su balance y acabaría en el agua o cayendo a la plataforma una vez más, era el enfilarse hacia unas redes enrolladas. Estaban mojadas y olían mal, con basura y cangrejo atrapados en ella.

Miro hacia arriba, a Elsa y Aidan, quienes estaban muy por encima de ella, en la cubierta de la Mariposa. Había una obvia batalla dentro de Elsa. Ambas

opciones tenían sus puntos buenos, pero Clio podía ver que la suya estaba ganando.

—Vamos, Aidan —dijo Elsa, mirándolo con los ojos bien abiertos—. ¿Qué es más valioso? ¿El barco o nosotras, las hijas de tus jefes?

—¿Hablando estrictamente en términos de efectivo? —preguntó.

—Haz lo que quieras —Clio le gritó— puedes sentarte aquí solo, meciéndote lentamente. Seguramente así pasas la mayoría de tus noches.

Sus labios se movieron ligeramente. Elsa miró del uno al otro.

—Si —dijo, alzando los brazos—. Bien. Supongo que no pueden culparnos si no nos lo dijeron.

Elsa aplaudió.

—Iré por mi bolso —dijo ella—. Vuelvo enseguida.

Aidan trató de subir al barco con un gran paso que movió el barco y casi tira al pescador. Se sentó en el fondo húmedo del barco y le dirigió una pequeña sonrisa al pescador. El pescador lo miró a él y luego a Clio.

“¿Dónde está la rubia de grandes senos que habla Italiano?” sus ojos parecían preguntar. Ella era la única razón por la que me acerqué en primer lugar.

—Momento —dijo Clio y se arrepintió de inmediato. Estaba casi segura que no era una palabra italiana. No puedes simplemente añadir una o al final de cada palabra en Inglés y hacerla extranjera.

Aidan miró al contenedor de plástico junto a él y se alejó rápidamente.

—Cangrejos. —dijo—. Estoy sentado junto a cangrejos.

—¿Lo ves? —Clio dijo—. Estás con los tuyos. Esto ya funciona.

—Sólo hago esto en caso de que algo les pase a las dos. —dijo él.

—Mentiroso.

Las delgadas cejas de Aidan subieron, pero rápidamente las bajo de nuevo, y arregló su expresión en su mirada usual de premeditación. Se inclinó hacia adelante, balanceando sus codos en sus rodillas. El pescador miró de uno a otro, sin saber que estaba pasando.

—Probablemente sólo nos dejaron porque tu padre estaba enojado contigo.
—Él dijo—, ya sabes, por lo de mi ordenador.

—No toqué tu ordenador —dijo ella—. Bueno, lo toqué. Literalmente. No miré ni hice nada. Sólo quería ver si tenías internet. No... miré en tus cosas personales.

—Lo sé—dijo Aidan—. Pude saberlo. Pero de todos modos, esa es probablemente la razón.

—¿Me estás culpando? —preguntó.

—No. Simplemente declaro un hecho.

Las puertas se abrieron y Elsa corrió a través de la cubierta, sus zapatos golpeando el plexiglás. Obviamente se había cambiado mientras buscaba su bolso. Mientras extendía una pierna hacia el barco, Clio pudo ver que sus zapatos eran sandalias muy altas de tacón blanco. Le pareció a Clio que eran muy escandinavas. Las adoro.

Tanto el pescador como Aidan trataron de ayudarla. Pero como Aidan estaba sentado, el pescador llegó a ella primero.

—¿Todos listos? —dijo Elsa, lanzando una sonrisa al pescador que pudo haber derretido un hoyo en la capa de hielo polar—. Vamos.

16

Una breve historia de elevador de chica en Florida

*Traducido por MerySnz y CyeLy DiviNNa
Corregido por Marina012*

El barco pesquero no fue hacia un muelle, si no hacia la playa. El hombre agitaba sus brazos, y otros tres chicos salieron fuera del agua. Ellos miraron a Clio, Elsa y Aidan. Mientras tenían una conversación en italiano.

—Están preguntando sobre nosotros —susurró Elsa mientras ellos hablaban.

El propietario del barco salió, y juntos, los cuatro hombres tomaron una cuerda que estaba en la parte frontal del barco y lo arrastraron hacia la playa. Estaba claro que su presencia hacia el trabajo mucho más duro de lo habitual. Pero hubo un tirón final, un grito, y el barco fácilmente estuvo sobre la orilla con un pesado sonido de atracó.

—¿Qué vamos a hacer primero?—preguntó Elsa después de darles a los pescadores las gracias. Él la miró después y le lanzó un beso. Ella sonrió con esa fácil, radiante sonrisa de diosa.

—Hay alguien con quien tengo que ponerme en contacto —dijo Clio.

—¡Tú novio! —dijo Elsa, apretando su brazo—. ¡Pobre! ¡No has hablado con él toda la semana!

—¿Es por esto por lo qué saltamos del barco tan malhumorados? —preguntó Aidan, parecía genuinamente impresionado—. ¿Para qué tú puedas llamar a tu novio?

Esta cosa del novio se le había estado lanzando alrededor de Clio demasiadas veces como para corregirlo ahora.

—No —dijo ella—. Nosotros hicimos esto para poder visitar esta hermosa ciudad italiana. De donde sea que estemos.

Al igual que Sorrento, este pueblo estaba sobre ellos, pero no tan cerca como para estar alto. En todo caso, la ciudad parecía estar apilada en la cima en ocho capas de coloridas construcciones. Ellos únicamente tenían que caminar una serie de pasos para llegar allí, y esos pasos no eran tan agonizantes como los que Clio había tomado en el pasado. Comenzaron a hacer su camino hacia allí. Elsa se quitó sus zapatos blancos.

Clio miró abajo hacia sus sandalias rojas en la arena negra. Esta arena brillaba extrañamente... había pequeños puntos de color esparcidos, brillando al sol. Ella se agachó extendiendo su mano y cogió un gran puñado, cogiendo pequeños granos de colores. Eran pequeños, perfectamente suaves en un brillante verde, aguamarina, rojo oxidado y completamente blanco.

—Creo que esto es vidrio —dijo ella.

—Wow —dijo Aidan—. Cristal.

—No —dijo ella—. Mira. ¿Alguna vez has visto una playa como ésta? ¿Cómo todo este vidrio ha entrado en la arena? ¡Está en todas partes! ¡Y es completamente suave!

—Supongo que tiene arena —dijo él—. Aquí. En la arena.

—Pero hay mucho de ello —dijo, señalando la larga extensión de playa.

—Supongo que los italianos lanzan un montón de barcollas al mar —dijo él. Clio sacudió su cabeza. ¿Por qué tenía que ser él tan sarcástico todo el tiempo? ¿Y porque ella no podía dejarlo llegar a ella? Ollie podría apreciar toda esta belleza. Pero por alguna razón, Clio estaba realmente frustrada que Aidan no parecía hacerlo. ¿Era porque él trataba de ser terco?

Elsa no estaba prestando atención a ellos. Ella estaba examinando un punto alrededor de ellos con una mirada pensativa en su cara; entonces ella saltó en frente de Aidan y Clio.

—Ustedes dos —dijo Elsa—. No tengan esa apropiada actitud justo ahora. Así que diré lo que vamos a hacer. Iremos a conseguir algo de comer y beber. Luego tú llamas a casa.

No había mucho en la ciudad, donde sea que fuera. Había un estrecho pavimento en la cima de sus pasos con restaurantes, puestos de helados, y tiendas de suministros de playa para los turistas. Más allá y sobre las construcciones con grandes ventanas y persianas abiertas, revelando hacia dentro de los apartamentos, televisiones encendidas, y ropa colgadas. En cualquier otro lugar, esto probablemente hubiera sido muy poco atractivo, pero en Italia, se sentía bien.

Había muchos restaurantes agradables a lo largo de la calle principal, pero el trío necesitaba algo accesible, y fue Clio quien logró localizar el lugar perfecto. Había mesas blancas de plástico al aire libre con manteles de vinilo azul sobre ellas, con sombrillas rojas llenas de publicidad que Clio nunca había oído. Cada mesa estaba decorada con flores de seda en barcollas vacías de naranjada. Los menús estaban en una página laminada, escrito en italiano y en un inglés mal escrito, y todo era pasta.

Ninguno de ellos tenía mucho dinero en efectivo, por lo que ellos ordenaron el mismo platillo, ziti con salsa de tomate, la más simple y menos costosa pasta en el menú. Elsa agregó algo al final, señalando una sección diferente del menú y dándole al camarero una sonrisa enorme.

—Estamos celebrando —dijo ella, pasándole los menús.

El camarero trajo dos garrafas de vino y tres vasos y una canasta de pan con corteza oscura. Elsa sirvió.

—Por nuestra escapada —dijo ella, levantando su copa.

Todos ellos tomaron un sorbo de vino. Era más caliente cuando bajaba. Y una vez que Clio superó ese extraño sabor inicial, la total falta de dulzura, ella casi pensó lo que la gente quería decir cuando dicen “un poco de sabor a madera”.

—Creo que a él le gustamos —dijo Elsa, mirando al mesero alejarse—. Esto es un poco mejor de lo que creo que ordené. Ahora. ¿Nuestro plan para esta noche? Como nosotros estamos siendo molestando por los otros, y por los

demás, significa que deberíamos simplemente salir por allí totalmente. ¿De acuerdo?

Chocaron sus vasos juntos.

Aidan no dijo nada. Él simplemente se recostó en su silla de plástico, su cabello cayendo sobre sus penetrantes ojos. Él tomó un bicho que paso por ahí volando en su vaso y lo ahogó.

—Aquí—dijo Clio, recupeándose y poniéndole en el bolso de Elsa No quiero escuchar cuando él comience a llamarlo con el Número Cinco.

—Exactamente—dijo Elsa, dejando caer su brazo sobre los hombros de Clio—. Esto es mejor.

En poco tiempo, ellos tuvieron presente tres enormes platos. A pesar de que la pasta era simple, se las arreglaron para que fuera la mejor que Clio nunca hubiera tenido. Era muy fresca y con sólo un poco de picante, con grandes trozos de albahaca. La pasta era al dente y perfecta, y todo estaba como recién salida de la cocina de alguna abuela.

—No estás siendo muy listo—dijo Elsa, jugando con su pasta y mirado a Aidan. Aidan ya había comido un cuarto de su plato antes de que ellas realmente comenzaran.

—¿Por qué, eso?—preguntó él con la boca llena.

—Porque tú estás sentado aquí con dos chicas, dos chicas muy atractivas...

¿Cómo hacia Elsa esto? Se preguntó Clio. ¿Cómo ella simplemente salía con eso y no sonaba vanidosa? Eso era definitivamente un súper poder.

—Y estás haciendo absolutamente nada para impresionarnos o entretenernos. Y necesitamos entretenimiento. Ambas estamos sufriendo.

—Está bien—dijo, sus ojos se entrecerraron un poco—. Tengo una historia.

—Vamos a escucharla—dijo Elsa, levantando su copa.

—Solía ser un bailarín de ballet.

El vaso de Elsa aterrizó sobre la mesa, y ella dejó salir una brillante y fuerte carcajada.

—Estás mintiendo —dijo Clio, sintiendo una sonrisa formarse.

—Eso es cien por cien verdad —dijo él—. Cuando era un niño, teníamos una vecina loca llamada Sra. Chemonsky, quien comenzó un estudio de baile en su sótano. Ella solía venir a tomar café con mis padres siempre. Era una de esas personas con las que nadie realmente quiere tener que ver, sin embargo parecía que no podías detenerla. Nadie podía decirle que no, porque sólo te presionaba y presionaba y presionaba. Ella corría por todo mi vecindario. Por lo tanto, ella no podía dejar de quejarse con mis padres sobre como ella no tenía algún chico, y como bailar era una cosa realmente masculina a hacer, y como realmente deseaba que más padres fueran iluminados con ello, ¿y porque yo no iba a estar en sus clases? Ella dominaba completamente a mis padres, y terminé yendo allí dos veces en la semana.

—¿En medias?—preguntó Elsa—. Por favor dime que ~~ah~~ llevaban medias. Por favor, descríbemelas plenamente.

—Oh, sí —dijo él, estirando su mano por más vino—. Ahí había medias. Eran verdes.

—¿Y había algo en los pies? —preguntó Elsa—. ¿Medias completas?

—Eran un poco verde de los pies —dijo—. Estas cosas son realmente buenas para mi autoestima.

La visión de Aidan en medias verdes animó a Clio un montón. Cuando más ella lo imaginaba, más se daba cuenta de que probablemente no sería un tan mal espectáculo. Él tenía piernas densas, con músculos.

—Se suponía que sólo sería durante una temporada —continuó él—. Pero nosotros no podíamos pararlo, o la Sra. Chemonsky podía venir como un sabueso hacia mi madre. Y mi mamá realmente odiaba estar siendo perseguida por la Sra. Chemonsky, así que me quedé allí durante tres años completos. Estaba en la secundaria cuando finalmente salí de ahí. No quería saber lo que me ocurriría si las personas en mi escuela descubrían que estaba

en clases de ballet. Soy de Florida. Tú no haces ballet en Florida si eres un hombre.

—Entonces, ¿sabes bailar? —dijo Elsa—. Vas a ~~máx~~arlo a nosotras, ¿verdad?

—No puedo bailar en absoluto —dij~~o~~—. Mi capacidad de bailar es nula. Todo lo que realmente hice era elevar a las chicas. Eso es lo que los chicos en ballet hacen... ellos levantan chicas. Hice un montón de levantamiento de chicas.

—No fue tan malo para ti.

—Te gustaría creer eso —dijo él, cada vez más animado—. ¿Verdad? Pero eso no es totalmente el caso. En primer lugar, ningún bailarín serio fue con la señora Chemonsky. Fueron sobre todo las niñas pequeñas. Niñas pequeñas y yo. Estaba bien cuando yo lo era, como de trece y las niñas tenían diez. Pero cuando yo tenía quince años y las chicas tenían diez... entonces empezaba a ser espeluznante. La única cosa que dio frutos en mi entrevista de Yale, cuando me preguntaron cuáles eran mis pasatiempos. No hay muchos bailarines de ballet en el departamento de ingeniería.

—Bueno, eso lo resuelve —dijo Elsa—. Nosotros iremos a bailar después de esto, y tú nos levantarás. Necesitamos experimentar tu especial habilidad.

—Si quieres —dij~~o~~él encogiéndose de hombros—. Todo depende de ti. Si deseas que te levante, te voy a levantar.

—Oh, sí —dijo Elsa, rellenando todos los vasos—. Habrá elevación.

Clio se dio cuenta de que no había hablado a través de todo esto. Todo era el levantamiento de Elsa y era ella quien lleva el transcurso de la conversación.

—Claro —dijo Clio—. Recógeme.

Aidan inclinó su cabeza en la concesión, sus ojos verdes iluminados por una vez.

—¿Quieres que te recoja?, supongo que no te puedo rechazar.

Ahora que ella había escuchado sus propias palabras, dichas de nuevo hacía ella, Clio se dio cuenta de su error. Pero él se había ido con ella, y extrañamente... a ella le gustaba. Por primera vez en este verano entero, realmente sentía que era parte de un grupo, un grupo en el que quería estar adentro.

Cuando la cena había terminado y habían improvisado el dinero que tenían para el proyecto de ley, Elsa agarró a cada uno de ellos por el brazo y echó a andar por la calle adoquinada, caminando a paso ligeramente irregular. Clio no podía decir si eran los zapatos de Elsa en las piedras o el vino... pero estaba definitivamente inclinada del lado de Aidan. Esto arrojó a Clio a perder el equilibrio. Pero eso podría haber sido el vino también.

—Ahora —dijo Elsa—, esto es lo que pasa. Necesitamos encontrar un lugar donde Clio pueda hacer su llamada. Y entonces tú y yo...

Se trataba de Aidan.

—...encontraremos un lugar para bailar. Tienes una promesa que cumplir.

Clio optó por no inclinarse y mirar la reacción de Aidan. Estuvo de repente un poco menos ansiosa de hacer la llamada. Esto no tenía sentido, esto era todo lo que había querido durante más de una semana. El momento estaba aquí, y se encontró queriendo decir que ella iría con ellos, que iban a buscar un lugar para bailar juntos.

Entre un quiosco y una tienda llena de ropa informal y ropa de cama había una mesa con publicidad de la tienda, un pequeño y sucio teléfono y acceso a Internet.

—Aquí estamos—dijo Elsa, libándose de Clio—. Estaremos de vuelta en media hora o así. ¿Está bien?

—Está bien. —dijo Clio. Ella no quería que salieran sin ella de esta tienda. Pero obviamente, este era el lugar donde se suponía que debía estar.

Había dos ordenadores y un teléfono que funcionaba con monedas y, en la esquina, un teléfono tan usado que el teléfono estaba plano. Clio compró una tarjeta telefónica de diez euros al hombre detrás del mostrador, que estaba viendo un partido de fútbol en un pequeño televisor y fumando un cigarrillo.

Lo primero que hizo fue marcar al teléfono móvil de su madre, pero no hubo respuesta. Rápidamente hizo cuentas matemáticas y sumo las seis horas a casa, más una más a Kansas. Era alrededor de la hora del almuerzo en Kansas, y su madre estaba atascada probablemente en algún rincón del estudio. Clio dejó un mensaje, haciendo todo lo posible por expresar que no había sido su idea no llamar en más de una semana. Cuando colgó, todavía tenía un montón de crédito en la tarjeta.

Y ahora, Ollie. Tenía dos opciones: podía comprar un poco de crédito y sentarse en uno de los equipos de renta en marcha, o podría utilizar la tarjeta en la mano y simplemente llamar.

Empujó la tarjeta en el espacio entre sus dos dientes frontales y disminuyó el pensamiento. Ahora que finalmente tuvo su oportunidad, fue inundada por la duda. ¿Sería demasiado raro llamar a Ollie desde Italia? ¿Cómo explicaría eso y no se vería como si estuviera obsesionada con él? "Hola, yo estaba caminando por Italia y pensé que debía llamar... porque yo estoy completamente loca".

Por otra parte, en realidad le gustaría eso. Ella necesitaba una excusa, sin embargo. Ella podría preguntar si India Azul #7 había llegado. Ellos siempre se quedaban sin tinta. Era un tramo, pero sentía que podía lograrlo. Ella podía hacer que sonara como si hubiera estado trabajando en la imagen y realmente necesitaba la tinta y le preguntaría si había llegado. Luego se iría a trabajar hasta el descaro de decir que había estado pensando en él.

No era mala, en realidad. Excéntrica, sin embargo, lo que la hacía parecer dedicada a su trabajo.

Antes de que pudiera pensar más en eso, ella volvió a meter el código de la tarjeta y empezó a marcar. Un ring. Dos rings. Tres...

Tres normalmente significa que la llamada no iba a ser contestada. Ella se estaba preparando para dejar un mensaje cuando la llamada fue contestada por una voz extraña.

—¡Hola! —dijo Clio—. ¿Ollie? ¡Soy yo!

—¿Quién es? —dijo una chica.

Clio dejó de hablar y clavó un dedo en una gruesa capa de polvo al lado del teléfono.

—¿Es este el número de Ollie Myers? —preguntó.

—Sí —dijo la voz femenina—. ¿Quién es?

—Soy Clio.

—Él no está aquí ahora mismo, Clio —dijo la muchacha. Ella no parecía enojada o curiosa. Muy tranquila de hecho. La voz le era vagamente familiar. Clio la había definitivamente escuchado antes, pero no pudo colocarla. Tenía que ser alguien de la tienda.

Su mente inmediatamente saltó a la chica nueva en la camisa de malla plateada. Janine.

—Oh —dijo Clio—. Lo que pasa es que estoy en Italia, y...

—¿Acabas de decir que estás en Italia? —dijo la muchacha. Ahora la voz adquiriría un tono extraño.

—Simplemente... ¿puedes decirle que llamé?—dijo—. Voy a tratar... Voy a intentar en otro momento. Gracias. Tengo que irme.

Ella puso el teléfono boca abajo. La pantalla de color gris y negro mostró cuánto tiempo había transcurrido. Cuatro minutos. Ella había estado aquí durante cuatro minutos. El gran momento había sido aplastado como un insecto pequeño.

Clio se quedó allí pensando en llamar a alguien más. Podía llamar a Jackson. Pero si Jackson no estaba en casa, a continuación, se sentiría realmente condenada. Así que se fue y esperó afuera, con la esperanza de que Elsa y Aidan volvieran por ella.

Ellos llegaron tarde. Cinco minutos de retraso. Y la única cosa que Clio había aprendido en ese tiempo es que si eres una chica y estás sentada sola durante media hora en Italia, la gente te mira. La oscuridad era descendente, por lo que todos los edificios de colores pastel en la calle sólo se veían grises.

Fue tanto el vino y esa llamada telefónica, pero su cabeza estaba dando vueltas. Fue a través de cada voz femenina que había almacenado en su mente y trató de emparejarlas, pero no pudo llegar a ninguna parte. Trató de imaginar por qué alguien podría tener el teléfono de Ollie. Tal vez él lo había dejado por ahí en la tienda. Y no era como si estuviera viendo a alguien sólo por darle su teléfono. No. En efecto, era sólo una casualidad.

Ella trató de convencerse a sí misma de este hecho mientras estaba sentada allí, pero no pasó realmente. Su estómago comenzó a doler, tal vez fue el Ziti. Tal vez nada de esto había sido una buena idea.

—¡Pensé que todavía estarías en el teléfono! —dijo Elsa, ~~as~~ ^{ás} de prisa, arrastrando a Aidan de la mano—. ¡Vamos! Hemos encontrado el mejor lugar. No lo creerás.

Clio se encontró mirando fijamente sus manos entrelazadas. Esto fue definitivamente algo que Elsa acaba de hacer, pero también parecía que podrían estar... juntos. Elsa lo quería, claramente. Pero Aidan todavía tenía esa expresión un poco distante, como si estuviera por encima de lo que pudiera estar pasando con ellos.

—Es muy elegante —dijo secamente.

Ella no estaba de humor para sus juegos ahora, así que ella lo ignoró y tomó el otro lado que Elsa le ofrecía. Dejó a Elsa arrastrarla por la calle en un sueño. Nada tenía sentido. En su cabeza seguía oyendo la voz en el teléfono, diciendo: —¿Quién es?

fz



La Basura Europea Dura Para Siempre

Traducido por Kazenbrr

Corregido por Marina012

El club se llamaba Fez. Para llegar hasta ahí, ellos tuvieron que caminar por una estrecha escalera, iluminada por lámparas de bronce decoradas con pantallas plásticas de distintos colores. Olía ligeramente a cerveza del día anterior, cigarros y plástico, como la parte interna de una máscara de Halloween. Un hombre al final de la escalera le pidió cinco euros a cada uno antes de dejarlos entrar. Les estampó la mano con un sello verde neón con la imagen de un camello.

Clio nunca antes había estado en un club. Ella esperaba ver mucha gente pequeña en pequeños vestidos, apenas capaces de soportar el peso de las bebidas que sostenían en sus manos. Eso no fue lo que encontró.

Había, quizás, dos docenas de personas en el club, y era perfectamente claro para Clio que todos ellos eran turistas. En el centro de la habitación estaba la pista de baile, formada por cuadros de muchos colores que se iluminaban al azar. Nadie se acercaba a la pista. Para darle al club el aspecto Marroquí que su nombre prometía, había enormes plantas frondosas por todo el lugar.

El club compensaba la falta de clientes y de actividad siendo muy oscuro y muy ruidoso. Estaban tocando una canción dance que Clio nunca había escuchado. Eso era algo que recordaba de sus viajes previos... la desconocida música dance que era uno de los recursos naturales más abundantes de Europa.

Era demasiado ruidoso como para hablar mucho. Elsa les señaló que era tiempo de conseguir unas bebidas. Realmente no había nada más que hacer, así que Clio la siguió. Elsa le gritó algo al barman, y tres barcollas de cerveza italiana aparecieron. Clio sacó su billetera para buscar algo de dinero y se sorprendió de lo poco que tenía. Ella se había visto a sí misma gastándolo, sin embargo le parecía imposible la rapidez con la que había pasado de cien euros a dos.

Bebieron las cervezas rápidamente y en silencio, mirando alrededor y conversando con las cejas acerca del poco movimiento en el local. Clio trató desesperadamente de no pensar en la conversación que acababa de tener y dejar que arruinara su noche. Sentía como la cerveza la insensibilizaba.

Elsa brincaba un poco mientras bebía, recogiendo su cabello en la parte superior de la cabeza y dejándolo caer. Se acercó e hizo lo mismo con el cabello de Clio, quien tenía mucho más cabello, dejándolo caer sobre su cara y sus hombros. Entonces Elsa revolvió el cabello de Aidan. Por alguna razón esto hizo que Clio se sintiera incómoda. La noche se empezaba a sentir fuera de control.

—¿Qué sucede? —dijo Elsa en voz baja—. Tienes una expresión extraña en el rostro.

—Nada —dijo Clio sin poder mirarla a los ojos.

Elsa asintió con la cabeza y revolvió un poco más el cabello de Clio.

El volumen de la música bajó un poco mientras cambiaban de pista y un nuevo sonido se apoderó del lugar.

—Es hora de nuestro baile —dijo Elsa—. ¿Te importa si me toca primero?

Elsa abandonó su cerveza casi vacía y tomó de un empujón a Aidan. Obviamente la pista de baile estaba ahí para cualquiera que se atreviera a tomarla. Clio se quedó de pie en la orilla y miró mientras Elsa hacía que Aidan le mostrara su técnica. Él realmente no podía bailar, al menos no lo intentaba, pero la levantó una y otra vez. Elsa hizo su parte riendo, saltando y girando, ocasionalmente saludando a Clio o haciendo gestos como para decir “Mira esto”. Eventualmente, Aidan la miraba rápidamente mientras depositaba a Elsa en el suelo. Cuantas más veces levantaba a Elsa, más se acercaban... y menos miraba a Clio.

Y ahí estaba Clio, bebiendo el resto de la cerveza de Elsa, preguntándose aún quien había contestado el teléfono antes... el teléfono de alguien que ni siquiera era su novio. Alguien a quien no tenía derecho de recelar. Alguien que no le pertenecía.

Toda la dicha anterior, todos esos sentimientos de pertenencia a un grupo, de felicidad... desaparecieron, desvaneciéndose en los espacios entre esos cuadros de colores que se iluminaban. Algo en ella estaba muy mal. Se terminó la cerveza de Elsa y miró mientras Elsa se acercaba y le decía algo a Aidan, luego se acercó a Clio.

—Es tu turno —dijo ella.

Aidan permaneció de pie, sus brazos extendidos, esperando pacientemente a su nueva compañera. No sonreía. Su expresión era extrañamente inexpresiva. Tal vez, él no quería bailar con ella. Esto era demasiado.

—Tengo que irme —dijo Clio, regresándole la barcolla vacía a Elsa.

—¿Ir a dónde?

—Tengo que hacer otra llamada.

—¿Estás segura que estas bien? —preguntó Elsa.

—Estoy bien —dijo Clio rápidamente—. Sólo... regresaré pronto.

Clio caminó velozmente por la pista de baile. Aidan trató de acercarse sin mucho entusiasmo, pero la dejó pasar.

Afuera, en la calle, Clio respiró profundamente. El aire era demasiado caliente y pesado. Clio caminó deprisa hacia el café internet. Sus dos euros no eran si quiera suficientes para otra llamada. Eran apenas suficientes para comprar diez minutos en una de los ordenadores. Cuando logró acceder a su correo, encontró que tenía 117 correos en su inbox.

Miró su mensaje más antiguo. Tenía un mensaje de Ollie de hace algunos meses en algún lugar. Habían estado hablando de una exhibición en una pequeña galería en la ciudad. Le tomó algunos minutos y pruebas. La conexión era lenta, pero servía. Encontró el mensaje y dio clic en Respuesta, y luego se quedó mirando la pantalla.

Mientras sus invaluable minutos desaparecían, Clio trató de encontrar algo en su cabeza, algo para expresar aquello que quería decirle a Ollie. No quería acusarlo. No quería que pensara que estaba loca. Se sintió mareada.

Logró empezar a escribir algo acerca de Italia, y tinta y sobre que lamentaba que su llamada hubiera sido confusa. Nada tenía sentido. Los enunciados juntos no tenían sentido. Borraba y volvía a escribir, notando sólo en el último momento que sólo le quedaban 3 segundos. En un momento de pánico, dio clic en Enviar.

—Dios mío —dijo en voz alta—. ¿Qué acabo de hacer?—El hombre de baja estatura atrás del mostrador la miró y se encogió de hombros.

Mientras volvía a Fez, Clio miraba la luna blanca y llena entre los edificios.

Alguien había colgado una sábana blanca en una ventana, se veía como un fantasma perezoso, vacío y en duelo.

En la puerta, Clio le mostró al encargado su mano estampada y bajó hacia las nebulosas y tristes profundidades de Fez. Había cinco personas en la pista de baile. El ambiente estaba más animado y había progresado de movimientos extraños con los brazos.

—Es una fiesta —dijo Clio en voz baja.

Elsa y Aidan no se encontraban en esta fiesta en particular. Clio buscó en el bar, detrás de una palma en una maceta. Finalmente los vio en una esquina. Se habían alejado un poco. Clio empezó a caminar hacia ellos, y entonces se dio cuenta de que tan cerca estaban el uno del otro. De hecho, estaban muy cerca. Elsa puso su brazo detrás de la cabeza de Aidan y empezaron a besarse.

Clio los miró asombrada. Esto tenía sentido. Lo había visto venir desde el principio. Era claro lo que Elsa quería y necesitaba y, entonces, Clio debería ser feliz. No debía haber sido una sorpresa.

Pero no se sentía así de ningún modo. Era todo un shock... un frío y desagradable shock. Su estomago se revolvió. Se alejó de ellos y huyó del club.

18

Mátalo si se mueve

*Traducido por Ruthiee
Corregido por Pimienta*

Clio se sentó con su falda sobre la oscura arena húmeda, mirando fuera hacia la fría agua oscura. Estaba muy oscuro para ver las piedras preciosas en la arena ahora. Ella estaba luchando de nuevo con las náuseas y tragando de regreso la bilis en su boca que sabía como a cerveza caliente, pasta, y madera... todo mezclado con un poco de odio propio.

Tantos problemas para escoger. Ollie. Su papa. Aidan y Elsa besándose...

El beso era algo que debió de haber sido simple. Era algo que otra gente, como Elsa y Jackson y... está bien, todos... lo daban por hecho. Justo ahora, en este mismo segundo, las únicas dos personas que ella en verdad conocía se estaban liando. Y ella estaba sola, borracha en la playa. Sin ser besada. Y luchando con toda su fuerza para mantener el sollozo que se alojaba en su garganta por escapar.

Jackson, por ejemplo, era una de esas molestas personas quienes podían ir a cualquier fiesta solas y, si ella ponía su voluntad en ello (y ella frecuentemente lo hacía), liarse con alguien razonablemente atractivo. En la mente de Jackson, todos los chicos están en un constante estado de disponibilidad para liarse con alguien, y era una prerrogativa femenina el seleccionar y actuar. Jackson siempre decía que era cuestión de concentrarse, de saber que eso era lo que querías. Ella decía que Clio simplemente nunca se comprometía con la labor y que en algún nivel ella estaba sabotándose a sí misma.

Pero podría haber sido auto-sabotaje, sí, como en el caso de Clio, estas más o menos hasta el final de la fiesta, y después alguien enciende la alarma de incendios como una broma, y cuando todos tienen que irse, ¿los amigos del

posible besable le dicen a él que se iban? ¿Y como que él no tiene un coche, se iba con ellos?

No.

O que hay acerca del tiempo en que ella tuvo una larga acumulación de conversaciones con un chico en la escuela (Michael Flannigan) que continuó por semanas, y cuando ellos finalmente hicieron un plan para salir a tomar un café, él no sólo se volvió a tener mononucleosis, sino un síndrome post-viral, ¿Y se quedo fuera de la escuela durante los próximos seis meses?

No.

O esa vez que el estudiante extranjero de Suiza había llegado a obsesionarse con el tatuaje de Clio, y las cosas se veían bien, pero luego ella comió esa hamburguesa de atún que había estado en el refrigerador por tal vez, demasiados días. Cuando el vomito se terminó, él estaba de vuelta en Zürich.

Jackson seguía insistiendo de que todo esto tenía que ver con el deseo de Clio, una profunda, resistencia interna, pero Clio no lo veía así.

Además no podía realmente incluso ver el barco desde donde estaba sentada.

Era un punto resplandeciente azul y rojo fuera en la distancia. Tanto como ella lo había odiado solo tres o cuatro horas antes, ahora ella se afligía por él. No se sentía como para tener la inevitable discusión con su padre.

Todo lo que quería era meterse en el lado de su cama, tirar del edredón sobre su cara, y tal vez deslizarse dentro de un coma por un rato. Ocho semanas podrían ser buenas.

Clio estaba sentada en la arena al borde del agua, dejándose envolver los dedos de sus pies. Ella podía sólo cerrar sus ojos y dormir ahí. Por supuesto, eso era peligroso por un millón de diferentes razones, tan bueno como ser muy poco atractiva. O podía ir y gimotearle a su madre, pero aún no había escape para esto. Tenía que regresar hacia el barco. Había sido derrotada.

El pensamiento la golpeaba, brillante y simplemente. Ella podía nadar por él. Incluso si su padre ya estaba ahí, tal vez podía sólo deslizarse a bordo y hacerlo parecer como si ella nunca se hubiera ido.

Ella se estremeció ante el pensamiento. No era nadar lo que la preocupaba.

Podía manejar la distancia fácilmente. Eran los barcos. Una vez que has sido golpeada por un barco, los ves de una manera diferente. Pero el canal estaba claro. Se veía como si la mayoría de los barcos hubiera venido por la noche. A lo lejos, había un tipo de barco turista, probablemente un crucero de cena. No iba a pasar entre ella y la Mariposa del Mar.

Miró alrededor. Nadie estaba a la vista. La ruta en si misma era clara y concisa. Fuera, debajo de la cuerda que marcaba el are para nadar, a lo largo de las rocas, y después directamente hacia el barco. Había numerosas matriculas, todas en Italiano, pero ninguna de ella tenía nada que destacara como aterradora, como una gran imagen de una aleta de un tiburón.

—Es fácil de nadar —ella dijo para sí misma—. Hazlo y cállate.

Antes de que ella se pudiera dar a si misma algo más de tiempo para pensar, Clio entró dentro del agua. Las sandalias se hundieron en las piedras y se atoraron, dio un paso fuera de ellas. Tendrían que dejarlas. Las piedras cortaron en sus pies y la hicieron resbalar y le dificultaron el caminar, así que ella las pateó y nadó fuera un poco más lejos. Ahora su falda era el problema, así que ella se deslizó fuera de ella y la liberó dentro del agua. Era mejor perder un poco de dinero en ropas que encarar la noche más tiempo, y su vestido y su ropa interior casi se veían como un traje de baño de todos modos.

No había vuelta atrás ahora, ya no tenía zapatos ni falda. Eso cerraba el asunto agradablemente. Ningún lugar al que ir mas que fuera en la impenetrable oscuridad.

Era una noche perfecta para un chapuzón, de verdad. El agua estaba tranquila, y la luz de la luna se derramaba sobre ella. Casi inmediatamente, ella sintió que su cabeza comenzaba a aclararse. Era imposible preocuparse acerca de Ollie o preguntarse porque había algo tan devastador acerca del beso entre Aidan y Elsa. Sólo hubo un profundo suspiro, luego ella se encaró en el agua, sus brazos haciendo limpias, largas brazadas.

Unos pocos barcos de pescadores como el que le habíamos pedido un aventón de donde estábamos anclados sólo a una corta distancia de las olas. Clio nadó alrededor de ellos y continuó sin rodeos, manteniendo su vista en la formación

de las rocas que se extendían en el agua para mantener su camino recto. Una vez que las hubiera pasado, ella doblaría a la derecha. La Mariposa del Mar se había transformado desde sólo un punto en el radar de luz a un oscuro perfil. Esto era más fácil de lo que ella había pensado. Después de unos pocos minutos, ella estaba a medio camino de ahí. Finalmente, había hecho una cosa inteligente hoy.

Ella se volteó sobre su espalda. Era mágico, en realidad, el cielo oscuro e interminables estrellas y una gran luna, el agua tranquila. El nado había enfriado su cerebro y disminuyó la agitación y su pulsación en su interior.

Una ola la rodó un poco, derramando agua en su cara y arriba de su nariz. Ella la esnifó fuera y tiró de su cabeza hacia arriba fuera del agua para concentrarse en la luna. Estaba llena y de un blanco mármol, y ella podía ver débiles sombras y depresiones en ella.

Trato de llamar la imagen de de Ollie vuelta en su cabeza. Podía verlo en su clásica chaqueta larga a rayas que el vestía con vaqueros... Ella podía verlo paseando cuesta debajo de la Calle Chestnut en su bicicleta, sonriéndole mientras se detenía en frente de una tienda. Claridad. El agua trajo claridad.

Ella se volteó sobre sí misma, miró su posición. El barco estaba tal vez a quince yardas de lejos. No se veía como si las luces estuvieran encendidas. Tal vez ella había conseguido suerte. Podría subirse a bordo, y nadie se daría cuenta. Si ella se apresuraba justo ahora, esta noche podría terminar pacíficamente.

Ella comenzó a ir por ello de nuevo, nadando duro. No había conseguido nadar más que unos pocos metros cuando ella sintió un golpecito contra su pierna, una cortada ardiente.

Un calambre, ella se figuró. Ella ralentizó por un segundo para dejarse liberar por sí mismo.

Otro golpecito, mucho más caliente y doloroso que el primero.

—¡Au! —dijo ella en voz alta—. ¿Qué acaba de...?

Hubo otro. Luego abajo, cerca de su trasero. Y de nuevo, en el mismo lugar.

Después ella las vio. Eran tan bonitas, como pequeñas nubes de agua translucidas con amarillo parpadeante atrapado dentro. Bonito o no, nadie quiere encontrarse a sí misma rodeada en todos lados por medusas. Había por lo menos diez o una docena directamente detrás de ella, unas pocas más allá de eso, otras dos al lado, otras cuatro al otro lado. Ella había nadado directamente en ellas.

Otra punzada, esta vez en su codo.

No había a ningún lugar donde ir excepto en la dirección que podría sacarla del agua lo más rápido. El problema era que, cuando ella pateaba y se movía, sus piernas sólo golpeaban con los tentáculos más y más.

Hubo cortes y quemaduras en sus muslos, su trasero, sus tobillos. Cuando el estremecimiento se volvió peor, moverse se volvió difícil. El pánico estaba empezando a apoderarse ahora, estallando en todos sus pensamientos. Ella estaba nadando frenéticamente, sintiendo que su cuerpo se estaba metiendo bajo el agua y quemando. Si ella se detenía, podría seguir punzándola, sus músculos podrían dejar de trabajar, ella podría ahogarse. Realmente ahogarse. Su cuerpo dejaría de trabajar y ella se hundiría como una piedra, justo entre la tierra y el barco de su padre. La posibilidad era muy, muy real.

Así que se presionó aún más duro. Ahora se sentía como si alguien hubiera golpeado en su rodilla con hierro caliente. Ella no lo soportaría lo suficiente para nadar tan fuerte como ella lo necesitaba. Lo deseó de todas maneras. Tomo mucha agua dentro cuando abrió su boca para respirar, y le produjo nauseas. El pánico le hizo respirar más rápido, más fuerte. Ella tragó más agua.

Había demasiadas punzadas por sobre todo su cuerpo que le era imposible de decir sí o no las medusas estaban todavía con ella. Sus movimientos se habían vuelto completamente erráticos. La única cosa que ella sabía por certeza era que ella se había movido hacia adelante. El nado se sintió irreal ahora. Ella tuvo una visión de un túnel. Todo lo que podía ver era el agua, el movimiento de las olas de vuelta a la plataforma, sus brazos colgando. El barco estaba cerca, sólo a unos pocos pies lejos.

Sus piernas dejaron de funcionar una vez que recibieron el mensaje de que el barco casi había sido alcanzado. Ella tenía que depender de sus brazos.

Comenzó a nadar a braza, empujándose a través del agua. Dejó salir un grito, pero no había nadie abordo para escucharla.

Para su sorpresa, había alcanzado la plataforma. Era tan hermosa, este pedazo blanco de fibra de vidrio. Ella sólo tenía que subirse en él. Trato de levantarse a sí misma con sus brazos, pero estaban cansados y ardientes ahora. Más fuerza. Necesitaba más fuerza.

—Está bien —le dijo a todos sus músculos—. Tienen que hacer esto. Tienen que hacerlo.

Con un enorme esfuerzo, ella lanzó su cuerpo con tanta fuerza como puso en la plataforma. Su barbilla se estrelló dolorosamente contra ella, haciéndola morderse su lengua. Lloró y gritó de dolor.

Ella estaba aun mayormente en el agua. Tenía que levantar unos pasos dentro del barco. Trató gritando otra vez, pero su voz se estaba dando por vencida, y nadie estaba ahí de todos modos.

Ella clavó los dedos en los bordes de la plataforma y se empujó a si misma a lo largo hasta que alcanzó el pasamanos. Clio no podía ponerse de pie. Sus piernas no querían tener nada que ver con ella. Ella sólo manejó para arrastrarse a sí misma arriba, pelándose sus rodillas contra la escabrosa, superficie adherida de los pasos. Esa era la menor de sus preocupaciones. Cuando llegó a lo alto, rodó sobre sí misma y aterrizó sin contemplaciones en la dura cubierta blanca.

Luego se desmayó.



SS Bell Star

Mayo de 1897

Traducido por kazenbr

Corregido por kuami

El ruido despertó al Dr. Magwell en mitad de la noche. Tenía el sueño ligero. Así había sido desde que su esposa murió. No era un ruido particularmente malo o alto. Era sólo algo extraño, fuera de lugar en una noche en el mar.

Se sentó. Lo escuchó de nuevo. Una nota aguda... como la que una cantante de ópera alcanzaría. Una cantante de ópera estaría claramente fuera de lugar.

Se levantó y buscó en la oscuridad hasta que encontró su bata de dormir. Lo primero que notó fue que el barco no se estaba moviendo. Lo segundo que estaban inclinándose demasiado hacia un costado. Se tropezó, tratando de alcanzar una silla que solía estar mucho más cerca, al lado de la cama.

Encontró la bata, se la puso, y abrió la puerta.

El olor en el pasillo no era como nada que hubiera olfateado antes. Parecía ser el olor de algo que no podía y no debía quemarse. El calor irradiaba desde las escaleras que conducían a los compartimentos de segunda clase. Ese sonido era el barco, llorando y gimiendo.

Él siempre pensó que sabría cuando la muerte se acercara. Tal vez porque había visto a su esposa morir el día después del nacimiento de Marguerite, y había parecido tan inevitable. Una dicha tal como la del nacimiento de una criatura, casi tenía que ser acompañada por una tristeza de igual tamaño. O, tal vez era porque había trabajado en Pompeya por tanto tiempo, desentramando la destrucción que había ocurrido en una sola mañana. Constantemente se había imaginado esa mañana del año 79 antes de Cristo, cuando la montaña localizada por encima del pueblo había explotado repentinamente, enviando una columna de ceniza y fuego al cielo, bloqueando el sol, dejando caer una lluvia de rocas y aire que hervía los pulmones de aquellos que lo respiraban.

La cortina había caído sobre Pompeya, deteniéndola a mitad del día. Sus habitantes trataron de esconderse en sus casas, bloquearlas. Pero la muerte llegó.

Hubo gritos de “Fuego” y “Agua”, incapaz de saber si ese último era un grito de exclamación o una súplica.

Él se retiró a su habitación y cerró la puerta. Le tomó un poco de tiempo, pero encontró y encendió la lámpara de aceite localizada junto a su cama. Si lograba sobrevivir, dos cosas vendrían con él. Primero, el objeto que se encontraba en el pequeño escritorio, envuelto en capas de tela. Y segundo, un pequeño camafeo de alabastro y su cadena, esta era la cara de su hija, Marguerite. Ella siempre se lo daba antes de cada uno de sus viajes. “Para la buena suerte,” decía. “Para que nunca estés solo”.

Otro gemido se escuchó, y el Bell Star se irguió, y luego cayó en la otra dirección, empujándolo contra la pared. El bulto en el escritorio se deslizó, y él apenas logró detenerlo antes de que callera al suelo.

—Un lugar seguro para ti —dijo, tomándolo entre sus manos—. Necesitas estar en un lugar seguro.

No había muchas opciones en su pequeña cabina. La mejor de ellas era el espacio debajo del pesado mueble asegurado al suelo, el bulto cabía justo debajo.

Él se sentó en el suelo junto al mueble, escuchando el caos en el exterior de su puerta. El suelo se sentía caliente y oyó una larga serie de ruidos curiosamente alegres.

—Querida —le dijo al camafeo—. Tengo un muy mal presentimiento.

El camafeo le sonrió beatíficamente, somnoliento.

—Siempre me pregunté cómo pasaría —dijo—. El tiempo es muy malo, en verdad. Lo acabo de encontrar. Supongo que los dioses no están contentos. La Historia quiere guardar sus secretos.

Él no era temerario, pero se resignó. No había pelea que pudiera pelear. Esperaría que la naturaleza y los dioses, que la historia misma, decidieran su destino.



19

Rescate

Traducción por Paovalera y Cami.Pineda
Corregido por Pimienta

Algo estaba saltando alrededor de la cabeza de Clio. Era ruidoso, ruidoso como un caballo. Un caballo estaba bailando alrededor de su cabeza.

Excepto porque eso no estaba bien. Por un segundo no estuvo segura de donde estaba, y todavía no había abierto los ojos, pero sabía que ese sonido no podía ser de un caballo. Eso no tenía ningún sentido. Tenía que ser zapatos. Unos muy ruidosos. Y detrás de ese sonido había un lenguaje que no conocía. Algo estaba siendo murmurado.

—¡Clio!

Abrió sus ojos y encontró a Martin, Elsa y Aidan inclinándose sobre ella.

—Di algo —le dijo Aidan—. Clio. Habla. Di algo.

Encontró la fuerza para entregar una mala palabra corta y decisiva.

—Bien —dijo Aidan con aprobación—. Intenta seguir hablando; ¿Dónde te duele?

—En todas partes —dijo sin aliento—. En las piernas. Espalda. Dedos.

Eso era suficiente de hablar. Había conocido en dolor antes. Había sido muy doloroso cuando había sido golpeada por un barco. Pero esto... esto era algo más. Este era el dolor de algo que parecía odiarla. Algo que se filtraba en su sistema y seguía creciendo. Era limoso y húmedo, y quemaba. La contradicción era tan grande que le asustaba. Algo por dentro programado en el sistema nervioso de Clio le dijo que eso no era bueno para ella, que tenía que tener miedo. Su cuerpo estaba temblando. Por seis razones.

De una manera muy suelta, se preguntó si se estaba muriendo. De alguna manera el pensamiento de muerte era menos aterrador. Morir era algo que medio tenía sentido. Este dolor era confuso.

—¿Tenemos la llave del puente de mando para llamar a este?—le preguntó Aidan a Martin.

—No. Ben la tiene. ¿Clio?

—Ella puede hablar —dijo Aidan—, pero creo que tiene mucho dolor.

Clio gimió otra afirmación, un poco más agudo.

—Esto es inservible —dijo Martin—, están fuera de rango. Podemos llevarla a tierra, pero luego tendremos que pensar que hacer de ahí, y no parece que ella se pueda mover mucho. Voy a ir y voy a intentar encontrar un doctor o a alguien más.

—Yo voy contigo —dijo Elsa—. Puedo hacerle compañía.

—¿Te vas a quedar con ella? —le preguntó Martin a Aidan.

—Voy a cuidarla —le respondió.

—Ya volvemos, Clio —le dijo Elsa tomando su mano—. No estás asustada. ¿Está bien? Te vamos a traer ayuda.

Se fueron de prisa. Ella miró a Aidan. Su cabeza estaba bloqueando la luna, pero su loco corte de cabello había recogido el brillo blanco.

—¿Tienes frío?—le preguntó él, su voz sonando insegura—. Estas temblando. Espera un momento.

Él tenía razón. Ella estaba temblando. Aidan desapareció por un momento, regresando con una manta blanca de chenilla que había estado decorando el borde de sofá. Incluso le tenía un cojín para su cabeza.

—Escucha —le dijo colocando la sabana alrededor de ella—, voy a encontrar que hacer. Voy a salir por unos minutos. ¿Vas a estar bien?

Ella parpadeó. La manta hacía las cosas un poco mejor. Al menos se sentía como si ella no estuviera sola y expuesta. Sin embargo, de alguna manera eso hacía ver el dolor más claro.

—Está bien —le dijo—. Prometo que no me demoraré mucho.

Clio estaba allí en la superficie de madera en su pequeña sabana café mirando al cielo.

El aire de repente apestó a pescado. Aidan regresó pronto con la balde de metal más grande que encontró en la gallería. Estaba cargándolo con mucho cuidado.

—El agua está muy caliente —dijo, sentándose—. Está realmente caliente, pero va a quitarte mucho de ese dolor. Te la voy a echar, ¿está bien? Voy a empezar con tus piernas.

Ella lo miró y asintió suavemente. Le quitó las sabanas y las tiró a un lado. Clio sentía como le echaban el agua encima, empezando debajo de su cintura y bajando hasta sus pies. El agua se agrupó alrededor de ella, y le metió un cojín mojado detrás de la cabeza. Luego de la primera quemada, notó que si le ayudó. Escuchó un extraño sonido y se dio cuenta que ella estaba haciendo un gemido bajo en ruido.

—Voy a traer más —le dijo.

Regresó con otro balde y se lo echó encima. Ella agachó su cabeza al agua. Y sacó burbujas por su nariz. Sintió que tiraba un poco de su camiseta y el agua le caía por la espalda.

—Dios —dijo él—, ellos realmente te atraparon. Nunca he visto algo así.

—¿Puedo ir adentro? —le preguntó ella. Y su voz sonaba suave, débil y algo patética.

—Claro —le dijo— ¿Puedes levantarte? Olvídalo. Ven.

Antes que pudiera si quiera intentarlo, sus brazos estaban debajo de ella. Ella tenía el peso de una muerta, pero él la recogió sin mucha dificultad y la pasó a través de la puerta de vidrio. En su estado miserable, un pensamiento

aleatorio pasó por la cabeza de Clio y era: Creo que este es mi turno para recogerla.

Estaba muy frío y oscuro en la sala de estar, y el sofá principal en el que se sentó se sentía como un hielo. Su piel pegado a él. Sintió pelusas por todo su cuerpo.

—Sabana —murmuró. No quiso sonar tan directa, pero era todo lo que podía manejar. No podía ser sutil y conversacional. Había sido reducida a nivel de discurso. Él corrió y volvió a donde estaba la manta.

—Está todo mojado —le dijo—. Voy a buscar una de tu cama.

Trajo la de Elsa, lo que le pareció extraño. Pero no es como si supiera cuál de los dos debía coger.

También olía a Elsa, un olor herbal, algo así como manzanilla. La puso encima de ella y apagó unas luces.

Su cuerpo estaba retornando a la vida. El dolor se hizo más fuerte, pero la sabana que olía a Elsa, la luz, la hicieron sentir más humana. Una fuente de emoción y miedo, algo inmenso que no había sentido desde que era pequeña, de repente floreció en su interior. Ella quería a su padre. Quería a su madre. Quería a su gato.

Ella trataba que no sucediera, pero fue inútil. Había mucho más dentro de ella, muchos pensamientos, mucho miedo, muchas medusas. Era sobre si quería salir o no. Se presionó fuerte contra el sofá esperando que tal vez esté pudiera tragársela. Tal vez hubiera una habitación secreta donde ella pudiera morir sola. No podía perderse enfrente de Aidan. Ya muchas cosas malas estaban sucediendo en ese momento

—¿Clio? —le preguntó él.

Aparentemente esa fue la señal para que el llanto apareciera. En un segundo, ella sacó todo, con su cara adherida al cuero.

Aidan no se movió por un momento, o dos. Clio sintió como se sentaba en el sofá unos metros lejos de su cabeza. Hizo una bola con sus manos y las puso en sus ojos, esperando a que se secaran.

—Estoy... bien —jadeó.

—Si —le dijo Aidan con su tono usual—, puedo verlo.

Clio tomó un gran respiro y trató de sostenerlo. Logró parar sus lágrimas por unos segundos y levantó su cabeza.

—Estoy bien...—murmuró de nuevo.

Él se movió, así que cuando ella bajó su cabeza, esta cayó en su regazo, justo sobre de las rodillas.

—¿Nunca te rindes? —dijo, más tranquila esta vez.

—Estas herida. Sólo llora, ¿okey?

Era tan tranquilo y seguro, nada como Aidan, eso la tomó por sorpresa. Así que ella lo hizo. En grandes y largos sollozos. Mojó sus pantalones cortos. Todo el tiempo Aidan mantuvo una mano en la parte trasera de su cabeza, moviéndola un poquito en pequeños círculos. No dijo nada. Sólo se quedó allí hasta que no quedaba más que pequeñas lágrimas y un poco de hipo.

Cuando ella sintió que había ganado un poco de control sobre sí misma, miró hacia arriba cuidadosamente. Él estaba apoyado contra el respaldo y la miraba con expresión inmóvil.

—¿Puedes darme agua? —gimió ella.

Él se deslizó fuera para poder ir a la cocina y conseguir un vaso. Ella trató de limpiarse el rostro. Era un desastre, lágrimas cayendo por su mejilla y su nariz. Tomó el vaso de agua aún mirando hacia abajo para que así él no pudiera ver todo, pero se sentó en el piso junto a ella, al nivel de su rostro.

—Toma —dijo pasándole un pañuelo de papel.

Se sonó la nariz rápidamente, pero eso sólo hizo que se corriera más. Era como un tubo de alguna sustancia pegajosa abierto. Tenía que haber una manera de recuperarse de esto.

—Fui azotada —dijo, manteniendo el pañuelo en su rostro. Cincuenta puntos.

—¿Azotada?

—Un grupo de medusas se llama Azote —dijo, su voz ~~era~~ un poco—. Tú sabes, ¡en Dive! Si entras en uno, te azotan. Y te cuesta cincuenta puntos.

Silencio. Ella se terminó de limpiar el rostro y tomó su agua.

—¿Por qué estas siendo tan amable? —dijo.

—Pareces sorprendida —dijo con una pequeña sonrisa—. ¿Mi encanto natural no te ha abrumado todavía?

—¿Eso era encanto? —preguntó—. Pensé que era el sol.

Dejó salir un suspiro y negó con la cabeza.—Podrías detenerlo—dijo—. Sé que eres ruda. Sé que piensas que soy un idiota. ¿Pero podrías dejarlo por un minuto?

Toda su sinceridad la hizo sentirse apenada. Sintió como su rostro se sonrojó. Era imposible saber si sólo era vergüenza o era que estaba volviendo a su cuerpo.

—Lo siento —dijo finalmente—. Pensé que me iba a ahogar. No sé como logré regresar.

—Terquedad —respondió, un poco rápido—. O adrenalina. Pienso que algunas personas si se hubieran ahogado.

Unas lágrimas sobrantes cayeron por su rostro. Él las limpió con su dedo.

—Gracias —dijo finalmente.

—No te preocupes por eso.

Él se sentó allí, abrazando sus rodillas, mirándola. Era extrañamente calmante. No había necesidad de decir nada. Sus mejillas y sus brillantes ojos no parecían duros o escrutinios como normalmente lo hacían. Ellos solo lucían... bien. Reafirmantes.

—Entonces —dijo—, supongo que no tuviste una buena conversación telefónica con tu novio. ¿Por eso decidiste nadar?

—No llamé a mi novio —dijo rápidamente.

Eso era verdad. Ella no tenía novio. Y de todas maneras sólo había sido un e-mail.

—¿Entonces que estabas haciendo? —preguntó—. ¿O es un secreto?

—Sí. Estoy en una misión secreta, como el resto. Estaba llamando al cuartel general y obteniendo mis instrucciones.

Él la alcanzó y le quitó un mechón de cabello que estaba pegado a su piel cerca de un ojo y lo colocó en su lugar. Un temblor recorrió su cuerpo. Quizás era el veneno de medusa, o la adrenalina, o quizás el golpe eléctrico también la había alcanzado a ella... pero prácticamente se encendió en llamas. De repente, ella estaba consciente que lejos de lo cómoda que estaba, estaba acostada allí en ropa interior y apenas un top mojado. Ya él lo había visto.

—Quien sea este chico —dijo Aidan—, debe ser una obra de arte para estar a tu altura.

Él dejó su mano posarse ligeramente sobre su cabeza, un dedo a penas corría por la línea de nacimiento de su cabello. Un movimiento tan pequeño, pero Clio nunca había sentido nada como aquello. Bloqueaba todo el dolor o al menos hacia que ella dejara de pensar en él. Nervios que ni siquiera sabía que tenía, unos que nunca habían sido estimulados antes, emergieron a la vida.

—Nunca dije... —comenzó a decir.

—¿Qué?

Él se estaba acercando sólo un poco. Ellos compartían un espacio iluminado con luz amarilla de una lámpara al final de la mesa. En ese momento, Clio supo que se podría haber acercado más y Aidan la hubiera besado. Era ese tipo de cosas que ella sabía pero nunca lo había notado antes.

La otra cosa era... que ella quería que lo hiciera. Lo deseaba mucho.

Esa teoría tenía que ser probada. Se acercó un poco más al borde del sofá. Él sólo se acercó una fracción de pulgada a ella.

Era sorprendente. Era como un campo magnético entre sus rostro. Y luego, justo cuando se estaba acercando más, percibió el olor de Elsa. Amiga, dijo su cerebro. Huele a una amiga.

Lo hacía. Olía como una amiga. Una que estaba buscando su ayuda en ese preciso momento. Esto era lo que ella había estado esperando por tanto tiempo.

—¿Nunca dijiste que? —preguntó.

El olor de Elsa ahora la estaba abrumando. Ella ni siquiera había notado que ella tuviera un olor.

—Tú y Elsa —soltó.

Él retiró su mano pero se quedó donde estaba.

—¿Elsa y yo qué? —preguntó.

Pero ella podía notar que él sabía a lo que se refería. Quería retirar lo dicho, sentir de nuevo lo que estaba sintiendo, pero era imposible.

—No me estoy sintiendo muy bien —dijo cerrando sus ojos—, creo que estoy...

No podía decir como estaba.

—Si —dijo, había algo extraño en su voz. Sonaba como si él estuviera riñendo, pero a sí mismo. Severamente.

—Si —dijo de nuevo—. Te ~~has~~ razón sobre mí. Soy un idiota. A veces sólo haces algunas cosas... porque puedes.

Lo escuchó soltar un suspiro. Otra lágrima salió de su ojo, pero él no la limpió.

—Voy a ver si ya vienen —dijo. Luego se levanto, abrió las puertas de vidrio y salió a la cubierta.

20

El Veneno

*Traducido por coral
Corregido por kuami*

El doctor era un hombre pequeño y educado, con una gabardina color canela. Se sentó en el sillón de cuero blanco, sudando y tomando notas en un bloc. Luego hizo una proclamación en italiano, agitando la pluma como una varita mágica.

—Dice que tienen un problema con las medusas por aquí —tradujo Elsa—. Nadie debe nadar fuera del área de la zona de baño.

—No—murmuró Clio en el sofá—. ¿En serio?

El examen de Clio había terminado. Había tenido lugar allí mismo, en la sala de estar. El médico había retirado la colcha, mostrando a Clio en ropa interior. Martin y Aidan se retiraron a la cubierta pero Elsa se inclinó, como una enfermera ayudante, traduciendo en la distancia.

Era imposible contar las picaduras de medusas, eran largas, como picaduras de tentáculos, enredadas entre sí. Parecía como se hubiera dejado caer un lío de hilo rojo con nudos encima de las piernas y la espalda Clio. Se reducían a la derecha sobre el tatuaje.

El médico explicó que si Clio hubiera sido alérgica, ya estaría muerta. Así que su supervivencia era una muy buena señal. Aun así, había tenido que decir, y Elsa había traducido, que no era recomendable tantas picaduras de medusa.

Abrió su maleta y sacudió unas pastillas en un vaso de cristal. Luego se las inyectó a Clio en el brazo, puso su tarjeta en la silla, y se fue.

Elsa trató de vestir a Clio, pero el proceso era demasiado doloroso. Así que Clio se envolvió de nuevo en su confortable edredón.

—¿Cómo hiciste con los chicos para que regresaran? —preguntó Clio.

—Fuimos buscando. Nos encontramos con Martin en el camino. Estaba a punto de tomar la balsa de nuevo. Mi mamá y tu papá se quedaron un poco más.

Bien. No sólo estaban justo a la izquierda detrás de ellos sino que su padre podría estar en una cita. Tenía la sensación de que esto la enfadaría mucho, pero el enfado no llegó realmente.

—Creo que me dio algo... interesante en esa inyección —dijo.

—Descansa —dijo Elsa—. ¿Estás bien? Me quedaré aquí contigo.

Sintió la mano de Elsa deslizándose bajo la manta y encontrar su mano. Aidan estaba en el centro de la habitación y miró hacia ella y luego a la izquierda.

—¿Sabes? Cuando te conocí, parecías una especie de diosa del queso —murmuró Clio a Elsa—. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Soy una diosa del queso —dijo Elsa. Acarició el pelo de Clio.

—Eres un poco neurótica —dijo Elsa—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —dijo Clio.

—¿Por qué saliste corriendo? —dijo Elsa—. Estábamos preocupados por ti.

—Es complicado —murmuró Clio. Pero sus pensamientos se hicieron suaves y pesados, como bolsas grandes. Húmedas bolsas de pensamientos brillaban en su interior, como medusas, como un rayo. Vio Aidan llegar de la cubierta y mirarla por encima del hombro de Elsa, y luego cerró los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, se sentía pegajosa y pesada.

Fuera, el cielo era luminoso y lavanda. Era por la mañana, muy temprano.

Uno de los sillones de cuero estaba puesto cerca del sofá y su padre estaba sentado en él, mirando por las puertas de cristal la salida del sol. Clio lo miró durante un momento y luego, incapaz de mantener los ojos abiertos, se durmió de nuevo.

Cuando se despertó, fuera estaba mucho más brillante. La silla estaba de nuevo en su sitio y su padre se había ido. Elsa se sentó en ella, con las rodillas dobladas debajo de la barbilla y una revista en equilibrio sobre los pies.

Clio estaba segura de que había visto a su padre allí durante la noche.

Ya era hora de un chequeo de su cuerpo. Levantó la manta un poco y se miró a sí misma. Lo que parecía como un hilo rojo la noche antes se había inflado hasta el tamaño de una cuerda. Desde sus tobillos hacia arriba, parecía como una especie de mapa de carreteras loco. Se echó la manta por encima del rápidamente.

—Estoy deformada —le dijo a Elsa—. Horriblemente deformada.

Elsa miró hacia arriba y dejó de pasar la revista y se puso de pie. Levantó una esquina de la manta y miró debajo. Sus ojos se abrieron, y bajó la manta en voz baja.

—Sólo es un poco de hinchazón —dijo rápidamente—. Va a desaparecer. ¿Quieres tu pijama y una sudadera?

Clio pudo sentarse, y aceptó la ropa. La parte superior no se había secado del todo durante la noche. Se sentía pegajosa, pero no le importaba. El daño era demasiado grande para preocuparse por algo tan menor como una camiseta húmeda. Se las arregló para deslizarse entre el pantalón del pijama y se puso la sudadera.

Era el momento de intentar ponerse de pie. Le dolían las piernas y las tenía rígidas, pero podía mantenerse. Se dejó caer pesadamente sobre la puerta de cristal y se asomó. Se sorprendió al descubrir que habían atracado.

—Nos vamos a quedar por lo menos un día más —explicó Elsa—. Tu papá no quiere abandonar el puerto hasta estar seguro de que estás bien, en caso de que necesites un médico de nuevo.

—¿Estuvo mi padre aquí? —preguntó Clio.

—Fue a buscar algo para desayunar —dijo Elsa—. Con Martin. Van a estar de vuelta en unos minutos.

—Supongo que no puede sobrevivir sin mí, ¿eh? —dijo el Clio—. ¿No podían hacer el desayuno?

—No sería tan bueno como los tuyos —dijo Elsa.

—Lo siento si te asusté la noche anterior —dijo Clio—. Volví, pero...

—Ya lo sé —dijo.

—¿Lo sabes?

—Te vi —dijo Elsa—. Volvías del club. Volviste porque estabas tratando de ayudar. Y lo hiciste.

¿Ayudar? ¿Había estado tratando de ayudar?

—Tú vistes lo que pasó —dijo Elsa, incapaz de contener la sonrisa—. Es bueno. Él no es tan inútil como parece. No hizo ninguna cosa molesta. No es tacaño, y no te metió la lengua hasta la garganta. Sólo la cantidad correcta de presión. El chico es bueno.

Clio decidió que era hora de sentarse de nuevo, ahora. Elsa se sentó a su lado.

—Es la primera noche en mucho tiempo que no sueño con Alex —dijo—. Creo que estoy curada. Curada, Clio. Curada.

—Eso es... genial —dijo Clio.

Alguien subía por la escalera. Era Aidan, recién duchado, con el pelo aún mojado y despeinado.

—¿Qué pasa, tonta? —preguntó.

Era la voz normal de Aidan. Buscó un indicio de la locura de la noche anterior, pero no estaba allí. Era el antiguo, sarcástico y con voz arrogante. Es realidad, era un poco más sarcástico y arrogante.

—Nada —dijo—. Sólo estoy sentada e hinchada. Ya sabes. Como cualquier otra mañana.

—Voy a ir a buscar mi mochila —dijo Elsa.

Él asintió con la cabeza y se fue a la cocina, saliendo un minuto más tarde con una lata de refresco. Clio buscó en su rostro lo que había visto la noche anterior, pero no había nada allí. Se sentía como si hubiera hecho algo malo. Claramente, no lo había hecho. Ella no lo había besado. No había engañado a Ollie, porque no era posible engañar a alguien que no es tu novio, especialmente no por no besar a otro hombre. Elsa y Aidan no estaban saliendo exactamente todavía, así que tampoco hubo traición ahí. Pero se sentía mal. Náuseas. Probablemente fuera lo que médico le había dado.

Aidan se sentó en la silla y jugó con la ficha de su lata de refresco.

—Entonces —dijo. ¿Te sientes bien?

—Algo así —dijo—. No es mi mejor sentimiento de por la mañana.

—No. Supongo que no.

—Buen baile anoche —dijo ella. Parecía muy débil y extraño, y él asintió con la cabeza como respuesta—. Por lo tanto, ¿vas... a irte?

—Sí —dijo, apretando la lata vacía y arrugándola ruidosamente—. Elsa pensó... bueno, estamos aquí. De este modo. Sí.

Entonces parecía que se quedaron sin cosas que decirse el uno al otro, por lo que se levantó para tirar la lata en la cocina. Él no volvió para verla de nuevo.

Elsa regresó con su bolso.

—Todo listo —dijo, sentándose en el borde del sofá—. Tu papá acaba de llamar. Están en de camino. Pero si todo está bien... Me gustaría irme antes de que ellos vuelvan. Siento que si todavía estamos aquí cuando mi mamá llegue, le va a hacer algo a Aidan para que no pueda irse.

—Está bien —dijo Clio.

—Me siento mal por dejarte aquí —dijo Elsa—. Estaremos de vuelta más tarde. Trata de descansar, ¿de acuerdo?

—Tengo eso cubierto.

Aidan regresó de la cocina. Caminaba rígida y extrañamente y no dejaba de frotarse la parte de atrás del su cuello, bloqueando cualquier punto de vista de Clio con el codo. Tenía que ser deliberado. Por alguna razón, no quería tener nada que ver con ella ahora.

Al salir, Clio siente sólo un golpe rápido de brisa fresca que viene de fuera, y luego las puertas de cristal se cerraron, dejándola en el frío estéril del aire acondicionado, sola.



21
Chica ostra

*Traducido por Virtxu
Corregido por kuami*

Los otros tres regresaron sólo unos minutos más tarde. Clio se les quedó mirando desde su pequeño y confortable rincón, con un par de ojos parpadeantes con valor de siete libras viniendo de abajo. Ellos trajeron consigo varias bolsas de pasta italiana. Y hacían bastante ruido. Tal vez sólo ir caminando por una calle italiana sonaba bastante fuerte.

—Hija —dijo su padre mientras se inclinaba—. Me estás malditamente asustando esta noche.

Clio continuó levantando la vista de su pequeño edredón de plumas, pero decidió no hablar. Ella no tenía ganas de hablar más. Hablar no le había hecho ningún bien. Actuar no le había hecho ningún bien. Ningún acto le había hecho ningún bien. Ella se sentía muy mal, confundida, e hinchada. Tal vez la solución en la vida era esconderse enrollada en el edredón y pretender ser una especie de marisco con un sistema nervioso privado de pensamiento. Ella era una mariposa de mar, después de todo. Estaba relacionada con las ostras. Esa era totalmente su prerrogativa.

—Creo que esas cosas que el médico le dio la han golpeado fuerte —dijo su padre—. Parece atontada.

Le acarició el pelo.

Se reunieron en las sillas y se sentaron alrededor de Clio, como si fuera una televisión que estuvieran viendo. Continuaron con su fuerte conversación, la

cual era tan alta como la pirámide de Giza, en ocasiones la miraban para ver si ella hacía algo. No lo hizo. Sólo los miraba de vuelta.

Julia llevaba una camiseta sin tirantes de un soleado color amarillo, y Clio vio su sorprendente parecido con Elsa. Aunque Julia era más esquelética, tenía los mismos extraños y despiertos rasgos. Salvo que en Julia, esto se extendía por toda ella. Elsa por el contrario, tenía carne en las mejillas y un suministro de sangre real en ellas como para hacerlas sonrosadas y rojas como las manzanas. En el sol de la mañana, el cabello de Julia tenía un brillo no natural. El rojo tenía que ser artificial. Por debajo, sería probablemente rubia como Elsa, o por lo menos un poco rubia. Si comiera unos cuantos sándwich más, podría ser tan bonita como su hija.

No es que Clio fuera hacer comentarios sobre la apariencia personal en este momento.

Martin se estaba riendo y era, como de costumbre, amable y divertido. Él también la miraba con picardía. Sabía que ella había elegido no hablar. Clio estaba segura de ello. Él se comunicaba con ella a través de rápidas miradas.

“Arroja un hueso a tu padre”, parecía decir su expresión. “Tuvo una mala noche.”

—¿Qué conseguiste? —Dijo ella.

—Tartas de almendra —se apresuró a decir su padre—. Tartas de cereza y ciruela pasa, creo. Sé que suena mal, pero están realmente buenas.

—¿Puedo tener una de cereza?

Un plato con una tarta de cereza se colocó al lado de su cara en el sofá. Clio se levantó con cuidado y lo cogió. El pastel explotó en un lío desmoronando al momento en que ella lo mordió un poco, llenándola de migas, pero ella misma se dijo que no le importaba. Ella ya estaba cubierta de ronchas y se escondía debajo de una manta. Unas pocas migas de pastel no cambiarían nada.

Fue terriblemente obvio que Clio y su padre iban a tener otra charla, así que después de que terminaron de tomarse el desayuno, Martin y Julia decidieron volver y "mirar a esa cosa." Ni siquiera se esforzaron en inventar algo más que eso. De hecho, dijeron que iban a "mirar a esa cosa."

Su padre arrastró la silla más cerca. Clio se escabulló hasta la mitad de su rincón.

—Me senté aquí toda la noche pasada —dijo él, buscando otro pastel en la caja. Así que no había sido un sueño. Él había estado allí.

—¿Es aquí donde tú me gritas por nadar y yo te digo que sólo nadé porque nos dejaste?

—Esa es la idea —dijo—. Pero siento que nosotros podemos pasar de eso, ¿no?

Casi parecía como si estuviera tratando de ser razonable, pero Clio no era tan estúpida. Lo que en realidad estaba tratando de hacer era dejar a un lado cualquier responsabilidad por sus acciones.

—Nos dejaste —dijo ella.

—Y volvimos —dijo—. Pero ya te habías ido para ese momento. Así que tuvimos que volver atrás y buscarte. Por lo que todo esto podría haberse evitado.

—Si nos hubieras dicho a donde ibas —agregó Clio.

Dejó escapar un largo suspiro y se pasó las manos por el pelo, dejando accidentalmente migas en él.

—¿Sabes lo que yo quería más que nada? —dijo él—. Quería darte algo bueno. Todo es hermoso aquí. Tú no tienes que sentarte alrededor de la casa durante todo el verano, trabajando en algún trabajo estúpido.

—Quería mi estúpido trabajo —dijo Clio.

—¿En lugar de esto? ¿En lugar de un crucero por el Mediterráneo en un barco magnífico?

—¿Un crucero por el Mediterráneo? —Repitió Clio—. Haces que suene como si estuviera en un barco, tomando el sol y jugando al ping-pong y parando en lugares exóticos. ¿Sabes lo que soy realmente? Soy tu cocinera en alguna loca misión de la que ni siquiera me has hablado. ¿Sabes lo raro que es eso?

—Mira —dijo—. Este viaje fue organizado antes de que yo supiera que tú podías venir. Se basa en una investigación que Julia ha estado haciendo durante mucho, mucho tiempo. Parte de la razón de que lo estemos haciendo de esta manera y no a través de canales más oficiales es su naturaleza altamente sensible.

—¿Arqueología de alta sensibilidad? —preguntó Clio.

—Cuando se dio que tú pudieras venir —prosiguió él—, le pregunté a Julia al respecto. Por supuesto, ella moría de ganas de conocerte. Pero sí, estaba preocupada por lo que podría suceder si estuvieras aquí y te mensajeabas con personas de casa. Tú vives en torno a una importante universidad, Clio. Tu madre está allí. Simplemente no quería que los detalles se revelaran.

—¿Así que la solución es que no me digas lo que está pasando? —Preguntó ella—. ¿Por qué no sólo hablaste conmigo sobre esto? Si me hubieras dicho que me callara, lo habría hecho.

—Clio —dijo—. Mírate ahora. ¿Realmente has hecho lo que te he pedido hasta ahora?

Muy bien. Tal vez tenía un poco de razón con eso.

—Hay que parar esta cosa que tienes con Julia —dijo él—. Si estás teniendo problemas para aceptar la idea de mis citas, solo ven y dímelo. Trabajaremos con ello.

—¿Cómo? —preguntó Clio—. ¿Cómo podemos trabajar con ello?

Se inclinó sobre sus rodillas. Clio notó un único pelo gris en sus rizos rubios rojizos.

—Voy a ser honesto contigo —dijo él—. Esta búsqueda, ha sido un cambio. Sabíamos que sería complicado, pero... Lo que estoy tratando de decir, Clio, es que creo que sería mucho más probable que tuviéramos éxito aquí, si tú estás de nuestro lado. Esta es una oportunidad para que nosotros seamos como lo que solíamos ser. O algo por el estilo. Quiero hacer un trato contigo. Trabaja conmigo, no contra mí. Todo este viaje podría tomar meses. Pero podría ser mucho más corto si cooperas. Existe la posibilidad de que encontremos lo que estamos buscando en cuestión de semanas. Y si lo hacemos, puedes volver a

casa si eso te hace feliz. Trataré eso con tu madre de alguna manera. Tal vez te puedas quedar con un amigo o algo así. Yo me encargaré de los detalles.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó ella, sentándose.

—Ayuda con el equipo de buceo. Lleva tu trabajo como cocinera en serio. Sigue las reglas. No bebas más. No espíes. Ayúdame a mantener el barco bajo control, y obtendrás lo que desees. No quiero que hagas nada en contra de tu voluntad... quiero que lleguemos a un acuerdo. ¿Qué hay de esto? Nos ayudas durante dos semanas y luego puedes irte a casa.

Un viaje a casa en dos semanas... y todo esto por hacerle un poco la pelota. Ella podría estar de vuelta en los pasillos de Galaxy y fuera de este ridículo lugar. Eso era lo que quería, ¿verdad? Alejarse de todo esto. ¿Por qué no estaban sus entrañas saltando de alegría ante la perspectiva de ir a casa? Claro, había tenido ese momento con Aidan, pero no es que eso significara nada. ¡A ella ni siquiera le gustaba Aidan! Nunca había sido otra cosa que un idiota con ella. Y encima de eso, ella le había visto darle un beso a Elsa.

Ollie era el que estaba destinado a besar. Clio sabía lo que tenía que hacer. Olvidarse de la estúpida llamada telefónica. Olvidarse de los e-mail. Lo que tenía que hacer era llegar a casa lo más pronto posible y darle un beso a Ollie. El momento con Aidan había sido nada más que un momento de debilidad después del ataque de las medusas. Y ahora su padre le estaba haciendo una oferta que no podía rechazar: le ayudaría a encontrar su tonto naufragio o lo que fuera, y ella estaría en casa en dos semanas. Eso era algo sólido. Eso era algo que Clio podía hacer.

—Papá —dijo ella, extendiendo la mano para estrecharla con la suya—, tenemos un trato.

22

Opciones

*Traducido por masi
Corregido por kuami*

Elsa parecía haber gastado cada euro, ya que había comprado regalos para Clio, los cuales la entregó, mientras Clio se dejaba caer sobre la cama Champagne Suite. Había tres revistas en inglés que costaban cuatro veces más de que costaban en casa, algunas chokolatinas y algunos refrescos de limón en bonitas barcollas de vidrio. El triunfo final, presentado el pasado, era una caja de pinturas. Clio conocía la marca. Eran extremadamente caros. Ella nunca antes había poseído un paquete de ellos.

—Dijiste que no tenías estos —dijo Elsa—. Espero tener razón. Le conté al tipo de la tienda todo sobre ti y lo que hiciste, y dijo que esto es lo que necesitabas.

—Son perfectos —dijo Clio—. Elsa, no tenías porque hacerlo...

Elsa agitó su mano y saltó de la cama.

—Estás enferma —dijo—. Soy sueca. No lo parezco, pero en mi ~~co~~raz lo soy. El inglés sólo te dice pon tu barbilla en alto cuando estés enfermo, pero el sueco te alimenta y te hace tomar baños de vapor. Excepto que no sé si deberás tomar un baño con esas marcas en tus piernas, así que simplemente voy a hacerte dibujar y comer chocolate. ¡Así que a dibujar! Sin embargo, me voy a tomar un baño frío. Hace calor allí.

El cuaderno de bocetos de Clio aterrizó en la cama junto a ella. Elsa entró en el cuarto de baño y comenzó dejar correr el agua.

—Además —dijo Elsa, asomando su cabeza por la puerta—, estoy preparando la cena.

—Lo oí —dijo Clio—. Gracias.

—!Dibuja! ¡Come!

La cabeza desapareció.

Clio se quedó mirando la caja de pinturas. No podían haber sido fáciles de encontrar, incluso si fueran italianos. Elsa, obviamente, los había buscado en una tienda de arte (y quien hubiera conocido esta ciudad sabía de una) y esmeradamente había ido a por ellos. Ella había prestado atención a lo que Clio había dicho. Era tan atento que casi duele. Clio cogió un suave bambú amarillo, abrió el libro por el boceto de Elsa durmiendo, y con cuidado comenzó a rellenar su pelo. Era de un color muy característico. Continuó la página suavemente. La gente que hizo estas pinturas las amaba.

Ella no se merecía eso. Elsa los había conseguido para ella porque pensó que Clio se había escapado para ayudarla y la había hecho daño en el proceso. La verdad es que se las había arreglado para traicionar a todo el mundo por no hacer nada. Nadie en la historia había hecho cada vez menos y, sin embargo, había estado tan equivocado. No engañando a un no-novio con el no-novio de una amiga. La presión de pensar eso le provocó que su cuerpo inflamado le doliera.

Clio colocó el pastel de nuevo en su caja. Ahora llegaba la trituradora real.

Ella realmente no quería saberlo, pero ella estaba, moralmente, legalmente, y físicamente obligada a preguntar.

—Entonces —dijo ella—, anoche, ¿quién besó a quién?

Elsa sonrió y ladeó la cabeza. Se levantó y cerró el agua en la bañera. Genial. Ahora Clio iba a conseguir los detalles. ¿Por qué era tan idiota?

—Bueno —dijo Elsa—. Te fuiste. Seguimos bailando. Creo que incomodaste un poco a Aidan cuando saliste corriendo y yo simplemente estaba diciendo que parecías un poco disgustada, como si tuvieras que arreglar las cosas con tu novio... ¿Cómo fue eso? ¡Con todo lo que pasó, me olvidé de preguntarte!

Se veía realmente molesta por esto.

—Todo está bien —dijo Clio rápidamente—. Creo. Bueno, pronto lo estaá de todos modos.

—Oh. Muy bien. Por lo tanto, pensé que estabas disgustada, y yo estaba diciendo eso. Él parecía molesto por eso. Él finge que no le importa, pero realmente le importa.

En un extraño asalto, Clio recordó el toque de la mano de Aidan sobre su cabeza la noche anterior.

—Acabé por darme cuenta de que él era guapo, inteligente, divertido. Y sí, propiedad de mi madre. Pero ¿sabes qué? Mi madre no tiene la última palabra en todo. Ella ni siquiera sabe nada sobre Alex. Ella ni siquiera me preguntó qué me pasaba, a pesar de que tenía que saber que estaba molesta.

Esta conversación había tomado un giro inesperado. Clio no había pensado en Aidan como propiedad de Julia —pero por supuesto era eso por lo que estaba en este barco.

—¿Es agradable con él? —preguntó Clio.

—¿Agradable? —dijo Elsa—. Mi madre no es agradable para nadie. Tal vez con tu padre. Definitivamente no para sus asistentes. No creo que los vea como personas. La universidad le da una oficina, un ordenador, dinero subvencionado, y un asistente. Eso es todo para ella.

Había algo en esto... algo que Clio sabía que a ella le gustaría discutir más tarde. Pero por ahora, tenían que seguir adelante con este otro tema complicado y confuso.

—Así que, tú...

—¡Correcto! Lástima. Por lo tanto, siempre ha parecido claro que Aidan está más o menos allí por el éxito. No quiero parecer mezquina. Pero él es un ingeniero. No sale mucho. No tiene novia. Él está en un barco con dos mujeres atractivas y ha estado, desesperadamente, tratando de fingir que no se ha dado cuenta de este hecho debido a mi madre. Pero lo sabes. Está anhelándolo. Simplemente me incliné un poco, puse la mano sobre su pierna.

Con los chicos, un pequeño empuje hacia un largo camino cuando ellos llegan a cierto estado.

Ella se rió.

Clio no se había dado cuenta de que Aidan anhelaba aquello. Ella había estado demasiado ocupada estando molesta con su padre para notar que el chico estaba allí, listo y dispuesto. ¿Podría eso también explicar lo que había sucedido —bueno, casi ocurrido— la pasada noche? ¿Qué fue eso?

—¿Y por lo tanto él te besó?—preguntó Clio—. ¿Después de que pusieras tu mano sobre su pierna?

—No exactamente —dijo Elsa—. Tuve que jugar con él un poco más. Ya sabes. Darle un poco de vista de mi escote. No mucho ~~éso~~ un poco. Ya sabes lo que quiero decir.

Nop. Clio realmente no tenía ni idea. Eso no era algo que (a) ella hubiera hecho alguna vez o (b) que se le hubiera ocurrido hacer. Porque ella era muy, muy estúpida cuando se trataba de chicos.

Todo eso estaba demostrado.

—Por supuesto —mintió.

—Y me incliné más cerca. Hablándole un poco. Fue divertido, Clio. El tonto fue divertido. Y el beso fue mejor.

—¿Así que él te besó?—preguntó Clio, tratando de no sonar demasiado urgente o exigente. Sin embargo, ese hecho tenía que ser aclarado.

—Mmmm —ronroneó Elsa.

Clio tragó saliva fuertemente.

—Hoy fue diferente —continuó Elsa—. No fingimos. Estaba siendo tímido. Él está preocupado porque mi madre se entere. Pero puedo trabajar en eso. Todo será remediado. Ahora, algo más serio.

Elsa saltó de la cama y abrió uno de los cajones de su tocador. Rebuscó entre algunas cosas y sacó una fotografía de la parte inferior.

—Te mentí —le dijo a Clio—. Te dije que rompí todas las fotos. No lo hice, conservé una. A veces la saco cuando no estás aquí.

Le pasó la foto. Elsa y Alex estaban sentados en una cama sobre un edredón de color gris oscuro y un poster de un coche sobre la pared. La habitación de Alex. Elsa su expresión normal encantadora, abrazándole fuertemente y pareciendo feliz. Alex llevaba un uniforme de fútbol, una camiseta granate de cuello en V y pantalón largo negro. Tenía una sonrisa satisfecha. Tenía una cara larga, un cuello grueso y fuerte y piernas musculosas. Su pelo era casi negro y lo llevaba de punta en una línea a lo largo del medio de su cabeza. No estaba mirando a la cámara. Su sonrisa estaba dirigida hacia algo justo al lado de quien estaba tomando la foto. Todo sobre él decía idiota. Con letra mayúscula.

Extrañamente, a Clio se le ocurrió que Aidan no decía idiota. Decía otra cosa. Ver esta foto dejó clara la diferencia.

—Adiós, Alex —dijo Elsa—. Tú no sabes lo que te estás perdiendo. Gilipollas. Es hora de seguir. Justo aquí.

Clio se la devolvió. Elsa la rompió, entonces reunió los trozos y los arrojó por la ventana.

—Ese niño me causó mucho dolor. Pero como suelen decir...

Se apartó de la ventana y sonrió.—Vivir bien es la mejor venganza. Tengo un hombre nuevo ahora. Y te tengo a ti.

23

*Tentaciones y Voces*

*Traducido por kazenbr
Corregido por Ginabm*

La idea de libertad cambió a Clio. Toda la semana siguiente, se obligó a conformarse, mintiéndose en un estricto horario. Se levantaba muy temprano, preparaba el desayuno antes de la reunión matutina a las ocho. Ayudó a mover y preparar el equipo de buceo. También se convirtió en la persona en cubierta oficial durante las inmersiones diarias. Se forzó a sentarse y dibujar por cuatro horas todos los días, entrenando a su brazo para mantenerse firme cuando el barco se movía. Planeaba menús y tenía la cena en la mesa a tiempo todos los días. Mientras preparaba estas comidas, ella ensayaba en su cabeza las diferentes versiones de lo que le diría a Ollie cuando regresara.

Trato de recordar la fantasía de la playa, pero estaba desvaneciéndose, así que se dedicó a inventar nuevas fantasías. Las ronchas en su cuerpo desaparecieron gradualmente, dejando marcas rojas como telas de araña. La comezón la enloqueció por algunos días, pero se acostumbró. En corto, finalmente había logrado un estado cercano al Zen.

Lo que le ayudaba en esto era el ignorar a Aidan. Se había vuelto completa, absolutamente claro que Aidan hacía que todo se volviera extraño en su cabeza, como algo que interfería con la recepción de un radio. Su increíblemente brillante solución era un pequeño juego llamado "Tú No Existes"

Cuando Aidan entraba a la cocina para molestarla sobre la cena, ella simplemente sonreía cortésmente y repetía una y otra vez las palabras "tú no existes". Cuando él pasaba cerca de ella y veía los dibujos de Ollie y hacía

comentarios sobre sus irónicas elecciones de moda, ella le agradecía y lo ignoraba. Porque él no existía.

Claro, si existía. Y ella sentía su pulso acelerarse cada vez que él se sentaba muy cerca. Él la ponía nerviosa. Ella no podía saber que pensaba él. También noto que evitaba a Elsa, prefiriendo esconderse en el cuarto de trabajo y jugar video juegos en su computadora toda la noche. Ella sabía que eso era lo que hacía porque ella había escuchado a través de su puerta (Si, sí, escuchado su puerta. Es mejor saber en qué se entretiene la fuente de tu irritación.)

Elsa estaba inquieta ahora. Desde ese día en el puerto con Aidan, nada había pasado entre ellos, al menos que Clio pudiera notar. La calma que Elsa había exhibido los primeros días dio paso a nervios.

— Necesito hacer algo al respecto— , le dijo a Clio una mañana después de haber bajado. Estaba parada en la galería mientras Clio limpiaba y picaba los restos del desayuno.

—Necesitas hacer ¿Qué? —Clio preguntó.

—Debo besarle —dijo—, debe haber contacto corporal. Pero es imposible hacer algo en este maldito barco. Todos estamos unos encima de otros. Todos saben lo que los otros están haciendo.

Clio talló un particularmente pegajoso pedazo de huevo y asintió.

—Lo que no entiendo —Elsa continuó—. es el hecho de que él no dice nada. Corre y se esconde. De vez en cuando me mira, pero eso es todo. Digo, esto es algo lindo de ver ¿correcto?—. Ella dio un paso hacia atrás y se presentó como para inspección.

—Yo saldría contigo —Clio respondió—. Pero no sé cuál sea su problema. Siempre me ha parecido extraño.

—Es tiempo de inmersión —su padre dijo al pasar—. ¿Puedes venir y ayudarnos?

Martin se estaba cambiando a su traje de buceo en la cubierta, tropezando al tratar de meter su pierna en el plástico entallado. Clio se giró cuando vio a Julia ayudar a su padre a hacer lo mismo.

—Creo que he subido un poco de peso, aquí —Martin le dijo a ella—. Cocinas demasiado bien. Oh, ¿Te importaría?

Él señaló su llave y camisa. —No pierdas eso —le dijo con una sonrisa—. Es la llave maestra.

—Yo la cuidare —Clio dijo, poniéndose la llave alrededor del cuello.

Aidan se les unió, murmurando algo acerca de hierro. Cuando Martin y su padre habían entrado al agua, Aidan se quedó ahí, encorvándose sobre su laptop en un rincón de la cubierta. No se molestó en decir buenos días o mirar a Clio. Elsa salió con uno de sus libros de texto y murmuró frases en italiano hacía el sol. Clio miro e hizo unos cálculos mentales.

Dos personas en cubierta. Julia había subido al cuarto de timón.

Dos personas en el océano.

Y una llave alrededor de su cuello. Una llave que quedaba encima de su corazón.

Sólo porque se había portado bien toda la semana, eso no quería decir que ya no le interesaba lo que motivaba este viaje, era simplemente que había decidido no hacer nada al respecto-. El que te den una llave brillante es una tentación. Las llaves abren puertas. Y desde el momento que la puso alrededor de su cuello, sus sentidos habían estado vibrando. Los mismos sentidos que le decían en que pasillo podía encontrar a Ollie o bajo que silla se escondía Suki. Estos eran sus sentidos diciéndole que tomara esta llave e hiciera algo con ella.

Pero un lugar en su cerebro le decía que no estaba bien.

—Tengo algo que hacer —le dijo a Elsa y Aidan—. ¿Pueden vigilarlos por un momento? Llámenme si hay alguna señal.

—¡Claro! —dijo Elsa. Su brillante sonrisa indicando que pensaba que Clio le estaba haciendo otro favor al dejarla sola con Aidan.

Clio se apresuró a entrar. Por un lado, su cerebro le decía no. No tenía permitido hacer esto. Esta era una ofensa seria. El otro lado la estaba obligando a bajar las escaleras rápidamente por que no había mucho tiempo

para hacer esto, si es que lo iba a hacer. Se encontró a sí misma en frente de la puerta de Julia, sin respirar, sosteniendo la llave enfrente de la cerradura. Aquí era donde las respuestas estaban. Aquí era donde cualquier cosa de verdadero interés se iba a encontrar. Algo le decía que esto era absolutamente necesario.

Pero si la atrapaban, no habría forma de recobrase. Era sólo un loco capricho. Ella sintió como la llave entraba a la cerradura, como si una fuerza la estuviera poniendo ahí y no su propia mano.

El cuarto de Julia era pequeño pero muy ordenado. Parecía poco usado, excepto como bodega. Clio miro, simplemente parada ahí, pero rápidamente se rindió y empezó a abrir cajones. En el pequeño gabinete junto a la cama, había un pequeño paquete color azul bebe con píldoras anticonceptivas. Clio se estremeció. Se localizaba en una caja de plástico transparente, que Clio podía ver estaba llena de rocas. Cuidadosamente, Clio movió las pastillas y tomo la caja.

Las piedras eran todas diferentes, aunque la mayoría de ellas parecía que habían sido arrancadas de una piedra más grande. Todas estaban cubiertas de símbolos, los mismos símbolos, una serie de líneas que se entrecruzaban sin sentido. Algunos eran profundos, otros no. Algunos tenían la impresión de haber sido hechos en arcilla húmeda y dejados para secar. Uno era una pequeña pieza de jade que había sido esculpida con precisión. Los símbolos eran obviamente escritura. Se repetían, y estaban en líneas limpias. Clio giró una piedra varias veces. Ella había visto caracteres griegos y Julia sabía mucho griego. Pero estos no parecían griegos.

Regreso la caja, puso las pastillas encima, y siguió buscando.

Había pilas de papeles por todo el cuarto, la mayoría gruesas carpetas llenas de papeles académicos acerca de lenguajes o traducciones, algunas disertaciones. Muchas fotocopias de documentos griegos. Las cosas personales de Julia eran simples. Tenía ropa doblada, una colección de joyería exótica, algunas gruesas novelas de aspecto muy literario de las cuales Clio nunca había escuchado. Nada realmente interesante. Y se le estaba acabando el tiempo.

Estaba a punto de irse cuando notó un archivo de viaje negro en el suelo. Se agacho y lo abrió. Se desenvolvió como acordeón, revelando algunos papeles.

Estaba casi vacío. Clio inspeccionó algunos compartimentos. En la parte de atrás había más copias de los símbolos extraños en todo tipo de superficies. Parecía que los compartimentos de enfrente estaban vacíos hasta que Clio los abrió. Cada uno contenía un pedazo de papel en un protector de plástico transparente. Clio los sacó y miró con cuidado.

Lo que primero le llamó la atención fue la marca en una esquina que decía: ARCHIVADO, 17 de Marzo 1926.

El papel era viejo, y la letra había sido escrita con una pluma de tinta suelta que había escurrido por toda la página, mojando algunos lugares, quedándose sin tinta a medio enunciado en otros. Clio podía ver los lugares donde el autor había tenido que volver a cargar su pluma con tinta. La letra era rápida pero elegante.

Mi querida Marguerite,

Te escribo desde Nápoles, donde estoy a punto de abordar el Bell Star en unos momentos.

No sé cuál te llegar primero, esta carta o yo. Aun así, tomo el riesgo. Mi emoción me incita a escribirte y darte la noticia.

En la villa en la cual he estado trabajando en Pompeya, hay una biblioteca. Pero también hay otra cosa, algo extraordinario. En una de las paredes hay una pieza montada de mármol elegante con un grabado. Y a menos que mis ojos me engañen, está escrita en esos extraños símbolos que hemos discutido por tanto tiempo. Aquí viene la parte extraordinaria. la escritura está traducida a latín. Creo que el dueño de esta villa tiene trabajos escritos en esa escritura y esta es la clave para traducción. He encontrado más piezas del papiro. Es posible que esta sea una biblioteca con trabajos más antiguos y más importantes que cualquier otra que conozca. Y, ahora, con la ayuda de la piedra, podemos leerlos.

El mármol es blanco, de forma oval y mide 26 pulgadas de arriba abajo. La hechura es exquisita. Porque es tan hermosa, y la única clave para entender, le he dado el único nombre que merece. Ahora se llama La piedra de Marguerite.

Me han dado permiso de llevarla conmigo.

Cuando llegue a Londres, la llevaremos directamente a La Colina y empezaremos nuestro trabajo.

Hasta entonces, pensaré solo en ti.

Tu cariñoso padre.

Obviamente esta carta era importante. Era vieja. Tenía la envoltura plástica y su propio compartimiento en la parte de enfrente. Las cosas importantes siempre van al frente. Pero, a diferencia de los otros papeles en la habitación, no parecía que este fuera necesario a menudo.

Ella se quedó de pie ahí, leyendo la carta una y otra vez. Algunas cosas sobresalían. Había un barco en esto, el Bell Star. Estaban buscando un barco. Había algo importante en el Bell Star, la roca de Pompeya, la roca que le permitiría a la persona que la encontrara traducir lenguajes desconocidos.

Esta era exactamente la clase de cosa que Julia querría. Especialmente considerando la caja de rocas con letras en ellas. Letras que no eran griegas. La parte que Clio no podía sacar de su mente era: *“Puede ser que esta biblioteca contenga trabajos más antiguos y más importantes que ninguna que haya conocido”*.

¿Qué es esto? —Clio se dijo a sí misma.

Clio respiró profundamente por la nariz, entonces cerró el archivo, llevándose la carta. Mientras subía las escaleras, miró hacia las puertas de cristal. Parecía que uno de los buzos ya había regresado. Julia y Aidan estaban en la parte trasera del barco. Entró en la galería por un momento y metió la carta entre las páginas del libro de comida Hindú, y luego salió.

Algo no estaba bien. Había demasiada actividad. Su padre estaba de pie en la cubierta, pero parecía que estaba arrastrando algo fuera del agua.

Excepto que no era “algo”. Era Martin.

24

Una especie de verdad

*Traducido por: cYeLy DiviNNa
Corregido por Lorena*

Martin tenía el rostro ceniciento y estaba sentado en la plataforma con la cabeza entre las rodillas.

—Estoy bien —dijo—. A veces simplemente no estoy de acuerdo contigo eso es todo.

—¿Estás seguro? —su papá le preguntó—. No te ves bien. ¿Te has saldado una parada en el camino hacia arriba? ¿Estás experimentando narcosis?

—¿Debo llamar a un médico? —preguntó Aidan.

—No —dijo Martin—. No es tan malo. Acabo de estar mareado en ~~una~~ última parte. Permitidme recuperar el aliento, y luego me iré a descansar por la tarde. Voy a estar bien.

Aidan y el padre de Clio le ayudaron a levantarse y llegar a su habitación, donde permaneció durante el resto del día. Esa noche, Clio hizo un estofado para la cena. Eso parecía el tipo de cosa que podría ser buena para alguien que no se sentía bien. Durante todo el día, ella estaba al tanto de la carta que estaba allí con ella.

Cuando le llevó la cena, Martin se veía mucho mejor. Se sentó apoyado en su cama en su pequeña cabaña, leyendo un libro a la luz de una pequeña lámpara que bajaba por encima del hombro. Esta habitación no era la Suite Champagne. Era incluso más pequeña que la de Julia.

—Pude oler algo bueno —dijo—. Y yo no tenía ganas de levantarme. Clio, eres una santa.

Aceptó la bandeja y la puso en su regazo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Clio.

—Mucho —dijo, cogiendo una cuchara y tomando muestras del caldo.

—Oh. . . eso es bueno.

Clio llegó detrás de ella y cerró la puerta.

—¿Estás bien para hacerte una pregunta? —dijo.

—Nunca he sido herido por una pregunta. Dispara.

—¿Estamos en busca de la Estrella de Belén?

Él sonrió y metió una zanahoria en todo el recipiente.

—¿Qué te hace preguntar algo así? —dijo.

Clio sacó la carta del bolsillo delantero de su sudadera.

—¿Quién escribió esto? —dijo—. ¿Quién es Marguerite?

Una de las muchas buenas cualidades de Martin era que no veía sentido en perder el tiempo con las líneas de investigación que claramente le llevarían a ninguna parte, como, "¿de dónde sacaste eso?" Él ya sabía la respuesta.

—La carta en tu mano es del Dr. Alexander Magwell —~~dijo~~— era un profesor a finales de 1800, que se especializó en antigüedades. Dejó la enseñanza para trabajar con el Museo Británico. Trabajó en Pompeya durante unos meses cada año. Volvía a casa de una expedición cuando abordó un barco llamado la Estrella de Belén. Antes de salir del puerto, le envió esta carta a su hija, Marguerite. Nunca llegó a casa con lo que encontró. Esa carta fue puesta en sus papeles, que fueron dados al Museo Británico.

—Por lo tanto, estamos buscando la Estrella de Belén, ¿verdad? —dijo.

—Correcto.

—¿Y estamos en busca de esta piedra?

—Correcto de nuevo —dijo.

—Por lo tanto, no estamos sólo en busca de un barco, que es bastante difícil. Estamos en busca de una roca en un barco.

—Una vez más —dijo—, lo has clavado.

—Eso es. . . —las manos Clio sacaron las garras en frustración—. Ni siquiera es una locura. Es otra cosa. Lo loco puede ser divertido. Esto es sólo malo.

—No es imposible —dijo Martin.

—No, no es imposible —dijo Clio—. Pero, ¿crees que va a funcionar?

—Cosas más extrañas han sucedido —dijo.

—He perdido un calcetín que lucía genial hace unos años —dijo ella—. ¿Podemos ir a buscarlo la próxima vez?

—En realidad sabemos mucho —dijo Martin—. La Estrella de Belén era una nave de fabricación británica. Durante los últimos cinco años de su vida, corrió entre Nápoles, Italia, Marsella y Francia, manejando pasajeros y carga. Ella se fue en su última carrera el 25 de mayo de 1897. Nadie sabe exactamente lo que pasó, pero definitivamente bajó en algún momento entre el 26 y el 27. A menudo se detuvo en Civitavecchia, que está justo al norte de aquí. Se esperaba que se detuviera allí en este viaje. Nunca lo hicieron. Así, utilizando el lugar donde la Estrella de Belén fue vista por última vez como punto de referencia, hemos descubierto tres lugares probables donde podría estar. Además, tenemos algunos sitios potenciales donde tenemos buzos y algunos números de pescadores.

—¿Te refieres a las coordenadas de buceo? —Clio preguntó.

—Me refiero a las coordenadas de buceo —dijo—. Así es. Pecios se encuentran a menudo en lugares donde la pesca es muy buena, se atascan en redes o se pierden. Ya dimos con los primeros cuatro. Tenemos un poco más para ir.

—Está bien —dijo Clio—. Tal vez podamos encontrar el barco y tal vez la piedra. No es probable, pero está bien. La pregunta es por qué. ¿Por qué

nosotros? ¿Por qué nos importa? ¿Por qué mi papá no da la financiación para Cambridge, o el Museo Británico, o una gran organización?

—Esa es una pregunta un poco más complicada—dijo—. Uno realmente no puede responder.

—Y el secreto —dijo Clio—¿Por qué todos están tan tipo “CIA” sobre una roca antigua?

—Creo que esa es la petición de Julia, pero tu padre lo está haciendo en su estilo normal. Un poco más arriba.

—Martin —dijo Clio, apoyándose en él—. He estado en algunas situaciones extrañas en mi vida, pero esta es definitivamente la ganadora de los Juegos Olímpicos de Curiosos. ¿Esta carta? Se trata de un original. No una copia. Entonces, ¿cómo la obtuvimos? Mi mamá trabaja en los museos. Está decidida a mantener sus cosas. Así que ¿cómo acabó en nuestras manos?

—Julia dijo que un colega se presentó con ella un día, que debe haber salido del museo hace unos años, sólo se ha de haber perdido en la confusión, en algún momento de nuevo antes de las computadoras, antes de que hubiera sofisticada seguridad. Ellos tienen un montón de documentos en el Museo Británico. Millones y millones de personas. Es una de las mayores colecciones del mundo de. . . nada, de verdad. Y no es una carta muy importante, por lo que al museo se refiere. Estoy seguro de que nadie se dio cuenta que había desaparecido. Era sólo una carta personal de un académico muerto hace tiempo.

—¿Un colega?—Clio repitió—. Eso no es muy específico. ¿Alguien acaba de entrar en un día y le entregó esta carta, y ella la mostró a mi padre, y luego se compró un yate para ir a buscarla? Vamos, Martin. Es hora de que me digas todo.

—He dicho todo lo que sé —dijo—. En serio. Yo quería decirte sobre la Estrella de Belén antes, pero me pidieron que no lo hiciera. Pero aún no sé mucho. Llegué a lo largo porque pensé que tal vez tu padre estaba saltando en esto un poco demasiado rápido. Yo tenía tiempo, y pensé que sería divertido para aprender a bucear. El barco fue una medida extrema, lo reconozco. Pero él puede revender. Esto puede ser muy útil.

Se acercó al stand de noche y se puso a buscar la llave, que le pasó a ella.

—Esta es una llave maestra —dijo.

—Ya lo sé.

—Pensé que lo hacías. Toma, y pon esa carta de regreso en donde la encontraste. Me voy a comer mi guiso.

Martín tomó su tenedor y comenzó a comer de forma adecuada. Clio vio una pequeña botella escondida detrás del reloj de alarma. La había escondido hasta que hubiera alcanzado la llave. Ella la recogió.

—Nitroglicerina —dijo, leyendo la etiqueta—. ¿No es esto para problemas del corazón?

—¿Qué? —dijo con una sonrisa—. ¿Eres médico?

—No —dijo Clio—. Veo mucha ~~tele~~ visto anuncios de medicamentos. Además de que hay una pegatina de un corazón en la botella.

—Ah —dijo—. Bien visto.

—Martín, estás. . . ¿bien? ¿En serio?

—Sólo un poco de dolor en el pecho—dijo—. Lo he tenido por un tiempo. No es nada grave.

—¿Y estás aquí, haciendo esto? ¿Buceo? —preguntó ella—. ¿Mi papá lo sabe?

—El ejercicio es bueno para mí —dijo—. Nunca he tenido bastante antes. Y el problema no es grave. Estoy tomando un montón de medicamentos para ello, créeme. Voy a estar bien. Pensé que me sentiría un poco mejor hoy. Te preocupas demasiado, Clio.

Se le veía cansado y como él quería su cena. Clio se puso de pie.

—Come —dijo ella—. Te voy a traer ~~así~~ si lo deseas. Solo llámame por el interfono.

—Clio —dijo—. Tu padre estaba muy ~~dole~~ después del divorcio. Realmente hacia abajo.

—Todos lo estuvimos —dijo ella.

—Ya lo sé. Pero él lo tomó muy personal. Yo estaba preocupado por él. Es como un hermano menor para mí. Sé que no me gusta Julia. Yo no lo esperaba. Sé que piensas que todo esto es un poco extremo, pero ese es tu papá. Esta es la primera vez desde que todo sucedió que yo le he visto realmente actuar como su viejo yo. Yo vine a hacer que él se quedara de esa manera. Yo estoy de tu lado. De ambos lados. Yo no voy a dejar que nada os pase.

Esto fue tranquilizador, aunque Clio no podía dejar de dudar un poco. El divorcio debe haber herido a su padre. Fue su culpa, después de todo. Ella era inocente.

—Voy a traer de vuelta la llave —dijo.

Se acercó a la puerta de Julia, guardó la llave en la cerradura, y luego hizo una pausa. Poner de nuevo la carta tenía sentido. Esto significaba que no habría problemas. Pero en algún nivel, sabía que no podía dar esta carta de vuelta, no hasta que realmente tuviera la parte inferior de la misma.

Deslizó la carta debajo de su camisa mientras ella fue a entregar la llave.

25

*Un Malfuncionamiento General**Traducido por Sheilita Belikov**Corregido por Lorena*

El día siguiente fue el Día de Desajuste Mental y Físico en La Mariposa del Mar. No hubo ningún sentido real del tiempo en el día, ya sea en el cielo o en su actividad. Parecía estar permanentemente atascado en las miserables cuatro en punto. Las fallas estaban acumulándose. Todo eso era evidente.

No fueron a ninguna parte. Se quedaron anclados entre la nada y la nada. Nadie le dijo a Clio por qué, pero ella suponía que estaban planificando otra vez, tratando de volver a evaluar los sitios para bucear. No es que realmente pudieran bucear sin Martin. Bucear era algo que siempre tenía que hacerse en parejas.

Además el clima era terrible. No había tormenta, pero había una miserable llovizna que puso el cielo y el agua gris e hizo poco atractivo salir al exterior. El interior del barco era demasiado frío por el aire acondicionado, pero cuando lo apagaban, se volvía demasiado húmedo.

Martin permaneció en cama por la mañana y Elsa mantuvo sus hábitos de sueño habitual. El padre de Clio, Aidan, y Julia se encerraron en la timonera. Clio se puso sus audífonos y trató de despejar su propio estado de ánimo, pero fue inútil. Su cerebro seguía reproduciendo la conversación de la noche anterior. Ella sabía el qué ahora, pero el por qué todavía no estaba claro. ¿Por qué la gran misión secreta por una vieja piedra? ¿Por qué nadie podía saber al respecto? ¿Cómo había conseguido Julia la carta?

Clio se encontraba en medio de considerar estas cuestiones y recalentando el estofado para el almuerzo cuando se produjo un ruido metálico y chirriante, y el sonido inconfundible de agua corriendo en algún sitio en el que no debía. Miró hacia el pasillo para ver espuma de jabón derramándose de la lavadora-secadora compacta de la Mariposa.

Ella tomó su comunicador portátil lentamente.

—Es el Número Cinco—dijo ella—. La lavadora acaba de amotinarse. Creo que estamos a punto de ser un poco mojados.

Cualesquiera que fueran sus planes para el resto de la tarde fueron cambiados rápidamente. El suministro de agua tuvo que ser cerrado para detener el flujo de agua, que había llevado la espuma a lo largo del pasillo y un poco al comedor, por lo que la alfombra se empapó.

Su padre estaba de mal humor, desarmando la máquina y arrojando las piezas con disgusto. Aidan lo manejó con mucha calma, enviándolo a la timonera y tomando el relevo. Realmente fue en cierto modo impresionante, ver a Aidan sentarse en la alfombra mojada y desarmar la máquina. En realidad parecía tener alguna idea de lo que estaba haciendo.

—¿Cómo sabes qué hacer? —preguntó Clio.

—Es sólo una lavadora —dijo él—. No es tan complicado.

—Sí, si has arreglado una antes.

—Los aparatos electrodomésticos son generalmente bastante básicos —dijo, mirando un botón de hule con una expresión perpleja.

Hubo un paso fuerte en la escalera, y Julia subió. Aidan estaba bloqueando su camino a la sala, y ella caminó directamente en la alfombra mojada.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Es por esto que no hay agua?

—Sí —dijo Aidan—. Trabajo en eso.

—Ese no es tu trabajo. Que Ben lo haga.

—Ben lo intentó —dijo Aidan—. Estaba perdiendo la paciencia.

—Estoy perdiendo mi paciencia también —dijo Julia—. Tenemos un trabajo serio que hacer. Termina con eso y encuéntrame abajo.

—Ella está enojada por algo —dijo Aidan cuando se había ido—. Realmente enojada.

—¿Sabes por qué? —preguntó Clio.

—Sí —dijo Aidan, metiendo la cabeza de nuevo en el depósito de la máquina. Clio se encontró mirando fijamente sus piernas y trasero ya que estaban extendidos afuera. Luego sacudió la cabeza con rapidez y se frotó los ojos. Dios, tal vez ella realmente estaba desesperada.

Ù Ù Ù

Arriba en la Suite Champagne, Elsa estaba sentada en la cama, escribiendo algo en un largo bloc de papel.

—¿Sabes qué es esto? —dijo.

—No —respondió Clio.

—Es una carta para Alex. Sé que no debería estarle escribiendo cartas a Alex, aunque no las mande, pero sólo quería hacerle saber que estaba mejor. Quería presumir un poco. Son once páginas. ¿Y esta?

Levantó otra pila de papel.

—Esta es una carta para Aidan. Ésta es de nueve páginas. Creo que me estoy perdiendo de nuevo, Clio. Ya no me siento curada.

Clio se sentó a su lado y puso la mano sobre su brazo.

—No puedo soportarlo más —dijo Elsa, con los ojos llenos de lágrimas—. Estoy tan harta de este barco. Estoy tan harta de Alex. Y quiero que algo suceda con Aidan. Ni siquiera sé si le gusto. Simplemente soy un desastre.

Las lágrimas empezaron a gotear por su rostro. Se sorbió la nariz y las enjugó con su mano. Clio se sentó derecha sobre las almohadas y puso su brazo alrededor de ella.

—¡Está bien! —dijo Clio—. Créeme. Sé cuán loca te sientes aquí.

Elsa dejó caer la cabeza sobre el hombro de Clio y la enterró en su cuello. Su pelo hizo cosquillas en la barbilla de Clio.

—¿Te puedo preguntar algo? —dijo Elsa.

—Sí —dijo Clio de modo tranquilizador—. Claro.

—Tú y Aidan —dijo Elsa lentamente—. No te. . .

—¿No qué?

—¿Te gusta?

—¿Qué? —dijo Clio—. ¿Aidan? No. Yo. . . no.

—Es sólo que vosotros dos sois tan parecidos —dijo—. A veces se siente como si tuvierais que estar juntos.

—¿Aidan? —preguntó Clio, su corazón latía con fuerza. ¿Y yo? Dios, no. Elsa, no.

Las negaciones estaban saliendo de su boca mucho, mucho más rápido de lo que su cerebro avanzaba. Pero incluso oír a Elsa hacer la sugerencia era embriagador. Perturbador. Muy, muy inquietante. ¡No tenía sentido!

—¡Bien! —Elsa dejó salir un suspiro enorme. No tienes idea de cómo estresada estaba por preguntarte eso. He estado pensando mucho, y tengo una idea. Quería pedirte un enorme, enorme favor. Y puedes decir que no. En serio.

Ella estaba hablando apresuradamente ahora, en una efusión de alivio. Se enderezó y miró a la cara a Clio.

—¿Qué? —preguntó Clio, todavía devanándose la mente. ¿Elsa pensaba que Clio y Aidan eran parecidos? ¿Que deberían estar juntos?

—Bueno —dijo ella—. Claramente, creo que algo tiene que suceder. Y siento que no tenemos ninguna posibilidad, ya sabes, de que cualquier cosa pase

atrapados en el barco como estamos. Así que estaba pensando, tal vez, ¿harías un tipo de... intercambio?

—¿Intercambio?

—De habitaciones. Sólo por una noche. Y no es que... no quiero simplemente dormir con él. Bueno. . . lo que quiero decir es, sólo quiero tenerlo otra vez. Para, como, una cita. Y no hay otro lugar adonde ir sino aquí. No quería pedírselo hasta preguntártelo primero a ti.

Esto aterrizó a Clio de nuevo a la realidad. Vio su habitación, la cama, la alfombra de color café, la vista hacia el cuarto de baño mágico. Las cosas que ahora parecían como en casa. Su pequeño universo.

Y su amiga, quería sólo este favor. El cual estaba extrañamente revolviendo su estómago. No, realmente. Ella no quería a Aidan en su cama, durmiendo con Elsa. Haciendo cualquier cosa con Elsa.

—¿Qué? —dijo Clio—. ¿Esta noche?

—¡No, no! —dijo Elsa—. Mañana. Necesito una oportunidad para planear. Lo digo en serio. Es como una cita. De verdad. Siéntete libre de decir que no. Es mucho pedir.

—Por supuesto —Clio se escuchó decir—. Claro.

—Eso es lo que esto es —dijo Elsa, levantando la más pequeña de las dos cartas—. La invitación.

—Esa es una larga invitación —dijo Clio.

—Larga pero muy interesante —dijo Elsa—. No creo que aél le importe. Pero aquí está el otro favor que necesito pedirte. ¿Podrías dársela? Creo que se sentiría mejor al respecto si supiera que estás completamente de acuerdo con esto. Vamos a tener que ser sigilosos, haciendo el intercambio cuidadosamente. Así que en realidad vamos a estar conspirando los tres.

—Bien —dijo Clio, con un millón de sentimientos confusos detonándose en su interior a la vez—. No hay problema. No hay problema en absoluto.

26

El intercambio

*Traducido por Emii_Gregori
Corregido por Marina012*

La reparación de la lavadora continuó durante horas, siendo interrumpida por un corto tiempo cuando Aidan cambió el agua así ella podría hacer la cena de esa noche. Clio estaba sentada en la sala de estar, acurrucada sobre el sofá de cuero, pretendiendo leer un libro. Ella tenía dos cartas en el bolsillo de su sudadera. Sus nervios hacían que los restos de sus picaduras ardieran.

Elsa permanecía deliberadamente atrás. El problema era el padre de Clio y Julia, quién simplemente se negó a ir a la cama temprano, como lo hacía normalmente. Clio tuvo que sentarse a lo largo de las horas de la lavadora y hablar de arqueología... que era una mezcla tan mala como todo lo que había oído en su vida.

Finalmente, Aidan dio el visto bueno para que el agua volviera a ser cambiada por buena, y Julia dijo que necesitaba tomar una ducha. En el momento en que su padre se fue a la deriva, Clio fue a buscar a Aidan por la lavadora.

—Necesito hablar contigo —dijo—. Afuera.

Él alzo la vista de su puesto en el suelo. De cerca, Clio podía ver que su rostro estaba brillantado con sudor y sus ojos se veían cansados.

—¿Afuera? —preguntó.

—Sí. Ahora. Vamos.

Él se puso de pie agarrando la máquina. Su culo estaba completamente empapado por estar sentado en la alfombra mojada. Ella no pudo evitar esbozar una sonrisa. Era todo tan absurdo.

Ella lo llevó hacia fuera a la parte posterior de la cubierta, tan lejos como pudo de todos los demás. Ella sabía que Elsa podía verlos desde el vestíbulo si estuviera mirando hacia afuera. Ella no parecía hacerlo.

—¿Ir a nadar de nuevo? —preguntó.

—No —dijo ella—. Quiero saber lo que sabes sobre la piedra de Marguerite.

Él cayó contra la pared y encontró sus ojos, la oscuridad sombreando su rostro, haciendo a sus ojos brillar. Sólo mirándolo, su mano apoyada en la barandilla del barco, hizo que su corazón hiciera esa cosa de latir rápido de nuevo.

—¿Te mencionó eso tu padre? —preguntó.

Ella levantó la carta. Se agitó en el viento. Ella la agarró con fuerza. Los ojos de Aidan se concentraron en ello.

—¿Cómo demonios has conseguido eso? —dijo él.

—Las cosas se extravían —dijo ella.

—Eso no lo hace.

—¿Oh, no? ¿Entonces cómo salió accidentalmente del Museo Británico y terminó en este barco con nosotros? Parece que esta carta tiene una larga historia de ser extraviada.

Él cruzó sus brazos sobre su pecho y miró hacia el cielo, dejando escapar un largo suspiro.

—Julia no es feliz —dijo él—. No pensé que eras tú, sin embargo. Pensé que estaba extraviada. Si ella averigua que tú tienes eso...

—Ella no lo hará —dijo Clio—. Esto reaparecerá. Pero no antes de que averigüe qué significa todo esto. Sé que estamos en busca de la Estrella de

Belén. Sé que estamos tratando de conseguir la piedra de Marguerite. Lo que quiero saber es por qué. ¿Por qué es tan importante?

—Clio...

—No me llames “Clio”. Tengo derecho a saber, y nadie hablando. Si alguien no me explica todo esto, me voy a volver loca. ¿Entiendes eso? No me ha sido confiado desde el primer día, pero sin ninguna razón.

—¿Entonces por qué me lo preguntas? —dijo él.

—Debido a que por alguna razón, confío en ti—dijo ella—. Creo que eres honesto. Y te estoy prometiendo no decirle a nadie que alguna vez me dijiste algo. Yo ya conozco el qué, de todos modos. Necesito saber el por qué. Me estoy preguntando cómo terminamos aquí juntos. Tú, yo, Elsa, mi padre, esta carta. Dime lo que significa. Nadie dijo que no podías hacer eso.

Él tomó un largo y profundo aliento.

—Si vamos a hacer esto —dijo él—, tendremos que establecer un vínculo de confianza.

—Está bien—dijo Clio—. Eso es justo, lo que sea que signifique cómo lo hacemos?

—Te haré algunas preguntas, y tú las responderás con sinceridad. Sabré si estás mintiendo.

—¿Cómo?

—Porque soy bueno detectando mentirosos.

—¿Ese es tu superpoder? —preguntó ella—. Todos tenemos al menos uno.

—Es uno de ellos —dijo él—. Vamos a salir un poco de la vista del público.

—¿E ir a dónde?

—Allá abajo —dijo, asintiendo hacia la parte posterior de la cubierta, hacia el agua.

—¿Quieres nadar? Creo que pasaré.

—La plataforma, genio —dijo él.

Ellos bajaron las escaleras hacia la plataforma. Estaba nivelada con el agua, de vez en cuando bajando una o dos pulgadas por debajo de la superficie. Ellos en realidad tenían que sentarse en la balsa naranja, que estaba sujeta a ella. Él ya estaba mojado, por lo que no le importaba. Clio se sentó en el agua, asegurándose de que ambas cartas estuvieran secas.

—¿Estás lista? —preguntó.

—Supongo que sí —dijo Clio inciertamente—. ¿Qué quieres saber?

—La mayoría de chicas que conozco no pueden dejar de hablar de sus novios. Nunca mencionas el tuyo. ¿Por qué no?

—¿Por qué te contaría a ti sobre él?—preguntó ella a la defensiva. ¿Por qué estaba él preguntándole sobre eso?

—Tú no se lo cuentas a Elsa tampoco. Eres muy misteriosa sobre él. ¿Dónde se conocieron?

—¿Por qué importa esto? —dijo ella—. Hemos venido aquí a hablar sobre esta piedra.

—No estoy diciendo que lo haga. Dije que quería establecer algo de confianza. Su nombre es Ollie, ¿verdad?

Clio asintió lentamente.

—¿Entonces dónde conociste a este Ollie?

—En una tienda de arte —dijo el Clio.

—La famosa tienda de arte. Dónde ibas a trabajar.

—Correcto —dijo Clio.

—Entonces, él es un... ¿artista?

—Él es un pintor —dijo ella.

—¿Tienes una de sus pinturas? —preguntó, viniendo un poco más cerca del fin de la plataforma sumergida.

—¿Conmigo? —dijo Clio.

—En absoluto.

Él estaba nivelando una mirada hacia ella ahora mientras se ponía en cuclillas a pocos centímetros de distancia.

—No —dijo ella—. Pero muchos de los pintores no dar a conocer su trabajo.

—¿Ni siquiera a sus amigas?

—No —dijo Clio con firmeza—. No cuando están construyendo sus catálogos. Ahora es tu turno.

Todo eso era cierto sobre pintores. Ella no había mentido sobre algo de esto.

—Está bien—dijo él—. Aquí va. Revelo todo, ¿verdad? Los humanos modernos han existido aproximadamente por doscientos mil años. Nosotros podemos representar aproximadamente cinco o seis mil de aquellos años en términos de civilización. Sabemos un poco sobre la actividad antes de que la gente plantara semillas y afilara palos. Pero la civilización actual no aparece hasta alrededor de 3500 A.C. Por lo tanto, unos noventa y cinco mil años de cazar ciervos y vivir en cuevas con muy poco progreso y luego, de repente, tenemos los Sumerios y los Egipcios. Los sumerios vinieron primero, los egipcios unos pocos cientos de años más tarde. Básicamente, la más inteligente, más grande y más antigua civilización es la civilización Egipcia. Todo el mundo sabe que nos dieron las momias y jeroglíficos y pirámides. Todo el mundo los ama. ¿Me sigues hasta ahora?

Clio asintió. Él estaba de nuevo un poco en su voz “Voy a la Universidad de Yale y Cambridge”, pero era extrañamente soportable esta vez. Tal vez porque ella estaba interesada en lo que tenía que decir por una vez. O tal vez porque era demasiado difícil de conseguirlo desagradable cuando estás agachada en una pulgada de agua en la oscuridad. Clio pensó en la noche del Golpe Bajo de su medusa. Cómo Aidan había vertido el agua por todo su cuerpo. Ella se estremeció.

—Piensa en ello —dijo él—. Cada año, la tecnología se hace un poco mejor. Piensa en lo lejos que hemos llegado en tan sólo unos cientos de años. Un mundo completamente diferente, ¿verdad? Ahora, echemos un vistazo a la Gran Pirámide de Giza. Es una de las maravillas arquitectónicas del mundo. La mayoría de los historiadores lo datan alrededor de 2560 A.C. Eso es muy temprano en la historia humana. ¿Y sabes qué? Nosotros aún no sabemos cómo la construyeron, y aún no sabemos muy bien lo que hace.

—No hace nada —dijo ella—. Simplemente está sentada allí. Es una tumba.

—Es demasiado compleja para ser sólo una tumba —dijo él—. Para empezar, está en el lugar dónde el meridiano más largo y el eje Este-Oeste se encuentran. Eso marca el centro exacto del mundo... algo que los humanos no serían capaz de identificar hasta hace unos pocos cientos de años. Tiene aproximadamente quinientos pies de altura, está compuesto por más de dos millones de bloques que pesan entre dos y quince toneladas cada uno. Están colocados tan perfectamente que los lados nunca se desconectan por más de ocho pulgadas. El interior está diseñado y construido tan perfectamente que no puedes incluso conseguir tus uñas en la juntura de los bloques. Además, todo esto fue planeado y construido con la sorprendente armonía geométrica. Y es alineado con el verdadero norte, sur, este y oeste. ¿Cómo? ¿Por qué? No tenemos ni idea.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros ahora? —preguntó Clio—. Quiéreme decir, estoy impresionada de que sepas todo esto, pero no estamos hablando de Egipto.

—Tú me pediste que explicara —dijo él—. Estoy explicando. Imagina un niño yendo al jardín de infantes. El niño tiene que aprender sus números y letras y cómo atar sus cordones de los zapatos porque tiene cinco años. Ahora imagina aquel niño comenzando a garabatear avanzadas ecuaciones de álgebra lineales en su libro para colorear, luego dibuja un conjunto completo de planos arquitectónicos de un rascacielos. Y luego construye aquel rascacielos. Probablemente pensarías que algo extraño estaba pasando. Así de extraños y salidos de la nada son los egipcios. Son tan extraños que hay gente por allí que creen que los extraterrestres les enseñaron.

—Entonces... ¿cómo aprendieron todas esas cosas?

—Si quieres saber la respuesta a eso, tienes que decirme algo sobre el novio misterioso.

—¡Esto no es un juego, Aidan! —dijo ella.

—No —dijo él—. Tienes razón. No lo es. Y supongo que lo sabes. Pero si dejaras de ser tan evasiva, puede ser que sea más fácil para mí poner mi culo sobre la línea para ti. No te estoy pidiendo tu número de PIN ni tus contraseñas.

Clio sintió su cara ruborizarse. Él probablemente no lo podía verlo aquí afuera. Estaba demasiado oscuro.

—¿Qué quieres saber? —dijo ella.

—He estado atrapado en este barco sin TV. Necesito un poco de entretenimiento. Así que, vamos. Tráelo vivo para mí.

Su cerebro alcanzaba por algún significado en esto. Ya sea que Aidan estaba extraño y ensuciando con su cabeza muy posible— o en realidad estaba tratando de establecer algún tipo de confianza. Que era muy... sorprendente.

—Es alto —dijo ella.

—¿Más alto que yo?

—No se necesita mucho —dijo ella con una risita—. Pero sí. Más alto que tú.

—¿Cuánto más alto?

—Él es seis cinco —dijo Clio.

Incluso en la oscuridad, Clio podía ver que Aidan parecía no creer eso.

—Él es seis cinco—repitió ella—. Ahora, ¿de dónde egipcios aprenden todas esas cosas si es tan imposible?

—Nadie lo sabe —dijo Aidan.

—¿Esa es tu respuesta?

—Esa es la respuesta. Nadie lo sabe. O bien eran muy, muy inteligentes o...

—¿O?

—O alguien vino antes que ellos de los que no sabemos mucho. Realmente gente inteligente. Aquí es donde comienza a ser difícil y la gente empieza a caminar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—Quiero decir que la gente empieza a ponerse delicada cuando comienzas a especular sobre la historia antigua. Hay un montón de teorías, y algunos de ellos no se lo toman demasiado en serio.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Como que había conocimiento por allí que fue perdido. El conocimiento que provino de una sociedad que estaba al menos parcialmente destruida en algún tipo de cataclismo, como una inundación.

—Espera, ¿estás hablando sobre el Arca de Noé?—preguntó ella—. ¿En ir los animales de dos en dos?

—El Arca de Noé es una de las muchas historias que hablan de las inundaciones. Nombra una cultura antigua y ellos hablan sobre ello. La historia del diluvio aparece en el Poema de Gilgamesh, la historia más vieja conocida. Los Griegos hablaban de dos grandes inundaciones. La historia aparece en la India, China, Europa... los Mayas, Incas, Aztecas hablan sobre ello. Las historias hablan de todas las grandes inundaciones, y a veces los detalles son similares. Y no digo tomar la cosa del Arca de Noé literalmente. Sólo digo que hay un patrón definido aquí. Historias sobre inundaciones, un grupo de personas perdidas. Por debajo del agua. ¿Me estás siguiendo ahora?

—Por favor, dime que ~~no~~ ~~estás~~ ~~hablando~~ ~~de~~ ~~Atlantis~~ ~~—dijo~~ ~~ella,~~ ~~hundiéndose~~—. Al igual que en Atlantis, el mundo ~~estuvo~~ completamente perdido. Atlantis, la cosa sobre la que ellos hacen los parques temáticos.

—Esto no es Atlantis de la forma en que tú puede estar pensando—dijo él—. El tipo quién originalmente encontró la piedra, él pensó que era Atlantis. Atlantis era un poco más de una teoría viable en aquel entonces. Ahora sabemos que no hay continentes sumergidos. Es más que la idea de un mundo que vino antes. Ha habido indicios de una lengua, partes y piezas que se

encuentran en todo el mundo. Esa es la parte extraña. Las lenguas son locales. Estamos encontrando evidencias de algo grande, algo por todo el mundo. Una sociedad que pudo viajar por el mundo mucho antes de que se supusiera que podían ser capaces de hacerlo. Seguimos encontrando evidencia de ello, pero nadie puede leer la escritura. Allí es donde la piedra de Marguerite entra. No importa lo que pienses sobre aquella teoría, la piedra de Marguerite puede ayudar a traducir un idioma antiguo por vez primera. Y eso podría cambiar la historia tal como la conocemos. Literalmente.

—Mira —dijo Clio—. Si hubiera algún tipo de inmenso mundo submarino, ¿no habiéramos escuchado un poco más sobre esto ahora?

—Tal vez. Pero el buceo no se inventó hasta 1943. Antes de eso, no había arqueología subacuática. Ese es el setenta por ciento de la superficie de la tierra que era inaccesible. Y este campo... se basa en los aficionados. La gente encuentra cosas por accidente. La arqueología subacuática es en realidad bastante nueva. Por lo tanto, no. Ahora sabes lo que significa la piedra. ¿Quieres saber algo más que yo sepa?

Clio esperó. Su corazón estaba corriendo otra vez, inexplicablemente.

Él se inclinó hasta que estaba casi en su rostro, su aliento contra su nariz y mejilla. Clio podía escuchar su latido resonando en el espacio detrás de la oreja. El agua que estaba descargando su camino hasta las piernas de su pijama estaba fría, y podía sentir todos los nervios en su cuerpo otra vez, como en la noche de la medusa.

—Tú no tiene un novio—dijo—. Has estado mintiendo. Te lo dije. Puedo detectar una mentira.

La información estaba llegando muy rápido, y esto... esto era como una bofetada en la cara. Ella no tenía novio. Era una loca mentirosa, de una familia de chiflados generales. Sus ojos verdes estaban clavados en ella ahora.

—Tú eres... —comenzó.

Pero ella no sabía lo que él era.

—Yo lo sabía —dijo él—. Desde el primer día, yo lo sabía.

Él se inclinó un poco más cerca. La corriente, esa cosa extraña que ella había sentido antes en el sofá cuando él se inclinó hacia ella entonces, estaba allí de nuevo. Pero su expresión era tan extraña y difícil de leer en la oscuridad. Podía oír el chapoteo de las olas en el barco. Parecían estar riéndose. Su humillación era total. Él la había capturado. Él había estado riéndose de ella todo el tiempo. Se volvió y miró hacia el oscuro mar. Entonces ella se puso de pie, tambaleándose mientras el barco rodó.

—Aquí —dijo ella, alcanzando por la carta de Elsa y empujándola hacia él—. Esto es para ti.



27

La Cita

*Traducido por AndreaN
Corregido por Marina012*

Clio se despertó sintiéndose enferma la mañana siguiente. Su estómago estaba sensible y su cabeza estaba golpeando. Ella no quería levantarse. No quería hacer el desayuno. No quería cargar equipos de buceo o mirar mapas en la timonera. Ella quería quedarse en la cama, ver la televisión y comer un poco. Y a su gato.

Pero ahí no había televisión y su gato estaba siendo cuidado por su vecino Polaco en Filadelfia, su cama actual estaba parcialmente ocupada y ella alquiló su espacio por esa noche.

Así que se levantó. No se bañó. Se puso su pijama de esqueletos y huesos cruzados, una camiseta sin mangas negra y ató en una cola en la parte superior de su cabeza.

El clima había mejorado, revelando un cegador día soleado. Los malos espíritus de ayer se habían aclarado, y Martin estaba levantado y listo, justo como era habitual. Julia se veía feliz, presumiblemente porque la carta había aparecido en una de sus pilas de papel, misteriosamente. Clio hizo tostadas para desayunar y se volvió a quedar dormida en el sofá antes de que tuviera que enfrentar a alguien más... alguien más que no fuera Aidan, quien no apareció. Cuando se despertó, Elsa estaba inclinada sobre ella.

—Él está molesto —dijo Elsa.

Eso sólo podía referirse a Aidan.

—Está abajo en mi mamá, así que no me ha respondido. Ni siquiera sé si la ha leído. ¿Por qué no puede sólo decir que sí para que pueda ir y arreglar las cosas? ¿Puedes buscar una manera de hablar con él?

—No —dijo Clio—. Realmente no puedo.

—¿Estás bien? —preguntó Elsa.

—Simplemente no me siento bien.

—¡Oh! —dijo Elsa—. Lo siento. ¿Estás segura que esto no te molesta?

—Estoy segura —dijo Clio, sin sentirse segura acerca de nada.

Aidan consiguió escaparse la mayor parte del día, lo cual estaba bien para Clio y no tan bien para Elsa. Ella lo rastreó por todas partes en la tarde y finalmente regresó con algunas noticias mientras Clio estaba moviendo lentamente los restos del almuerzo.

—¡Dijo que sí! —dijo Elsa—. Tenemos que averiguar cuando hacer el cambio.

—Cuando quieras —dijo Clio, intentando sonar feliz—, él quiere ir a la cama. Leeré o algo.

¿Por qué? ¿Por qué, oh, por qué siquiera le importaba algo de esto? Sin embargo se sentía como si algo que había estado vivo y temblando dentro de ella, alguna clase de esperanza, alguna clase de algo, justo había sido apagado antes de que ella pudiera siquiera saber lo que era.

Clio empaquetó su bolso temprano en la tarde mientras todavía había luz afuera... metiendo sus pijamas, libros y su iPod. Recogió su etiqueta de nombre Galaxy. Parecía muy lejano cuando Ollie la había escrito y colocado en su camisa. Se sentía como en otra vida. Todas las puertas de abajo estaban cerradas mientras Clio entraba en la habitación de Aidan silenciosamente. Él no estaba ahí... seguramente se había quedado en el cuarto de trabajo.

Clio había visto la habitación de Aidan la primera noche, pero entrar a ella era como descubrir una parte enteramente nueva de *La Mariposa del Mar*. Era mucho más pequeña que la Suite Champaña; ahí ni siquiera cabría su cama. Era más oscura, y la alfombra era menos felpuda.

También estaba completamente llena de Aidan. Olía a desodorante de chico. Había cables por todo el suelo y una pequeña pila de novelas de ciencia ficción y dos libros de texto de ingeniería que se veían aterradoros en la diminuta

mesita de noche al lado de la cama. Había latas de refresco aplastadas al lado de la cama. Aparte de eso, la habitación estaba limpia.

Clio vació su bolso y organizó los libros y el iPod en el soporte, empujando hacia un lado el COM¹⁶ de Aidan. Se sentó en la cama. Era más dura que la de ella, notó. Y la manta no era tan agradable. La agarró y la empujó hacia arriba y la colocó sobre su rostro. Olía a Aidan, lo cual era de esperarse. Pero esta noche dormiría con este olor mientras él se quedaba en su cama.

Era demasiado como para pensar en ello.

Se levantó y se estaba poniendo el pantalón de su pijama cuando la puerta se abrió. Aidan entró.

—¿Te importa? —dijo ella, subiéndose los pantalones justo a tiempo.

—Lo siento —dijo él.

—Puedes irte —dijo ella, metiéndose en la cama y sentándose contra la pared—. Ten una buena noche. No hagan nada raro en mi cama, aunque sea que no hay punto en decir eso.

—Necesitamos hablar primero —dijél, entrando al cuarto y cerrando la puerta silenciosamente detrás de él.

—¿Acerca de qué?—preguntó ella, abriendo su libro—. No voy a decirle a nadie de ti, ¿ok? Sólo vete.

Pero él no se fue. Se paró ahí, mirándola.

—Oh, debes amar esto —dijo ella, su voz rompiéndose—. Una chica en tu cama. Una chica arriba.

—¿Por qué eres así?—preguntó él. Sus emociones tan repentinamente reales que la sorprendieron—. ¿Cuál es tu problema?

Ambos estaban hablando silenciosamente para que nadie los escuchara. Mientras se ponían más intensos, casi sonaba como si estuvieran susurrando. Ella ni siquiera sabía porque todavía le estaba hablando.

¹⁶ COM: siglas de Component Object Model, que significa Modelo de Objetos Componentes.

Sólo tenía esta ridícula necesidad de que él entendiera. Necesitaba tomar un puesto final y realmente explicarse a sí misma.

—¿Quieres saber mi problema? —dijo ella—. Ok, te diré mi problema. Cuando hicimos el juego, mi padre contrató a un tipo para que fuera su administrador de negocios. Se suponía que él tenía que arreglar toda clase de inversiones, hacer un arreglo para un show de televisión, todo tipo de cosas. Y entonces un día, mi mamá se dio cuenta que nuestras cuentas estaban casi vacías. Y todo estaba hecho legalmente. Mi papá había firmado los papeles. No sólo nos dejó sin dinero, acabamos endeudados.

—¿Y ahí fue cuando tus padres se divorciaron?

—No —dijo ella—. Mi papá me llevó a bucear, pero no siguió las reglas. Me golpearon. Luego fuimos a Japón, y él me dejó hacerme un tatuaje. ¿Sabes lo cansada que estoy de esta cosa? Eso. Eso fue lo que lo hizo. Mi madre supo que no podía confiar en él. Ella quería que tuviéramos una vida normal. No creo que ella se sintiera... segura o algo. Nunca sabes con que idea mi padre va a salir o a donde va a ir o que va a comprar. Él sólo hace lo que quiere. ¿Y ahora? Ahora sólo está haciéndolo de nuevo. Julia conoce a un soquete cuando lo ve. Esta no es la primera vez que la gente le de fondos.

—¿Qué significa eso?

—La única razón de que Elsa siquiera existe, es porque su padre se sentó en la junta de un banco que estaba repartiendo dinero para investigación. ¿Sabías eso? Y tienes una cita con mi compañera de cuarto, en mi cuarto, en mi cama. Así que hazme un favor y sólo déjame sola y ve a hacer lo que quieras. Sólo no te metas más con mi cabeza, ¿ok? He tenido suficiente. He tenido suficiente de todos ustedes.

Aidan aspiró sus mejillas. Cerró su puño y lo golpeó contra su muslo unas pocas veces.

—Lo que sea —dijo él—. Sólo... lo que sea.

Y luego se fue.

Clio dejó salir un largo aliento y puso sus manos sobre su rostro. Intentó silenciar su mente, bloquearlo todo.

—No existes —dijo débilmente.

Excepto que sí existía. Un minuto después, él regresó, cerró la puerta, y siguió caminando. Clio levantó la vista totalmente sorprendida.

—Primero que nada —dijo él en voz baja—, ¿tú entraste en el cuarto de Julia y qué encontraste? ¿Una vieja carta? ¿Esa es tu arma disparada? Mira, Julia es un poco intensa. Ella no es alguien muy divertida con quien trabajar. Pero es inteligente, y es una profesora y tu padre la encontró, no al revés. Y te dije porque este viaje es legítimo e importante. ¿Están haciendo esto un poco extrañamente? Sí, lo están haciendo. ¿Por qué? No lo sé. Pero no me culpes por ello.

No estaba ocultando su nerviosismo, Clio nunca había visto a Aidan así antes... completamente abierto, sin controlarse completamente a sí mismo.

—Segundo —dijo él—. Porque le gusto a Elsa, realmente no tengo idea. Probablemente es porque soy el único chico aquí. No lo sé. Realmente esta es la primera vez que me pasa esto. Mi record de citas es real, realmente malo, lo creas o no. Debería estar lleno de emoción, pero no estoy emocionado. Ella es hermosa y agradable, pero no me gusta de esa manera, incluso aunque mi cerebro me está diciendo que estoy loco. Soy un chico. No se supone que sea complejo. Si le gusto a una chica atractiva, se supone que ella debería gustarme. Es así de simple. Pero no me gusta.

Él empezó a caminar en los pocos metros de espacio que tenía.

—La razón por la que no me gusta esta justo en frente de ~~mi~~ ^{mi} hijo—. Me gusta la chica que está en mi cama, justo ahora, y que parece odiarme desde el minuto en que me vio por primera vez. Le disgusto tanto que se inventa novios para protegerse de mí. Ella físicamente huye cuando se supone que tengo que bailar con ella.

Casi había sonidos de clics audibles en la cabeza de Clio mientras las piezas empezaban a encajar en su lugar.

—La besaste —logró decir Clio.

—Lo sé. La besé porque... porque lo hice. Porque soy un chico. Porque ella estaba ahí, y es hermosa y ella quería que lo hiciera. Y tú realmente no

parecías querer estar a mí alrededor. Cuando te sentiste herida, no lo sé... fue tan raro. Sentí como si algo estuviera pasando entre nosotros. Pero entonces tú sólo me apartaste de nuevo. Así que, ¿qué hago? ¿Acepto la invitación, por la cual todavía estoy muy confundido? ¿O digo que no? ¿Me... quedo aquí?

No, el cerebro de Clio gritó. Él es de Elsa. ¿Recuerdas? ¿Recuerdas a Elsa? ¿La chica que cree que tiene una cita con este chico JUSTO AHORA?

Clio abrió su boca, pero ninguna palabra salió. La imagen de Ollie llegó a su cabeza, pero rápidamente fue reemplazada por él que estaba justo en frente de ella. El chico con el cabello desordenado y las ropas ligeramente muy grandes. Sarcástico, inteligente, molesto, atractivo... Él repentinamente se sentó en la cama al lado de ella y puso su mano en su cabello. Sus dedos sólo estaban tocando su cuero cabelludo, haciendo que todos los cabellos de su cuerpo se levantaran. Sin siquiera saber lo que estaba haciendo, ella se acercó y puso su mano en su cuello. Era más fuerte de lo que ella pensó que sería. Inmediatamente, un sentimiento corrió a través de Clio de que a pesar de todo, esto era correcto.

—Quédate aquí —susurró ella.

Él estuvo callado durante un momento. Su dedo hizo un pequeño círculo debajo de su mejilla.

—Estaba esperando que dijeras eso —dijo. Y luego se inclinó hacia ella.

Él estaba en su boca ahora, y ella podía sentir su aliento en sus labios.

Hubo un golpeteo en la puerta. Él se alejó un poco. Ellos se miraron el uno al otro.

—¿Quién es? —preguntó él, sin alejar su rostro del de Clio.

La persona no respondió.

—Un segundo —dijo él, poniéndose de pie.

Hubo un momento de confusión... confusión del tipo de mala comedia. No había ningún lugar donde Clio se pudiera esconder, así que ella sólo se escondió debajo de la manta. Él colocó algunas ropas encima de ella. Quien

fuera probablemente los había escuchado, así que esto sólo era un completo chiste. Ella observó desde la manga de una camiseta.

Elsa estaba de pie ahí, mirando el suelo.

—Simplemente podrías haber dicho que ~~me~~ dije a Aidan—. ¿Y t simplemente podrías haberme dicho la verdad.

Eso era para Clio. O la masa de ropas que era Clio. Luego Elsa se alejó.

Aidan se quedó quieto por un segundo, luego cuidadosamente cerró la puerta y se inclinó contra ella, mirando el techo. Clio salió debajo la pila. Su corazón estaba demasiado acelerado para ser saludable.

—Todo lo hago mal —dijo él.

—Tengo que hablar con ella —dijo ella—. Yo... nosotros...

—Sí. Vete.

—¿Tú...? —Ella ni siquiera sabía lo que estaba preguntando. Casi tenía miedo de saber. Se apresuró hacia el pasillo y subió las escaleras.

28

No pulses el botón de color naranja brillante

*Traducido por Anelisse
Corregido por Pimienta*

Elsa había cerrado sus puertas. Clio estaba de pie en el vestíbulo en la oscuridad con la mano plana contra la puerta del dormitorio. Cerró la puerta de su casa, de la vida de Elsa.

Se volvió y miró por la ventana del vestíbulo. Su padre había salido a cubierta. Él estaba mirando el cielo de color púrpura oscuro y los últimos restos de la luz del sol, mientras la larga línea dorada se hundía en el agua. Llevaba su ridícula y pequeña gorra de nuevo, pero esta ahora era extrañamente simpática.

Después de todo lo que ella acababa de decir, después de lo que acababa de suceder, su interior rechazó todo en torno a que su padre era lo único que tenía sentido.

Tan inconcebible como esta idea habría sido unas semanas, unos pocos días... incluso un par de horas antes, Clio tenía la imperiosa necesidad de salir con él y preguntarle qué hacer.

Ese era su padre. Él podría ayudar a su figura la forma de salir de esto.

Ella le necesitaba.

Corrió escaleras abajo pasando en últimos escalones a Martin, quien la miró mientras se sentaba a la mesa del comedor.

—Clio —dijo—. Debe...

—Volveré, Martin —dijo—. Espera.

Ella pasó por las puertas de cristal y salió con su padre. Estaba lista, ella lo quería saber todo.

—Sabes —dijo mientras se acercaba— siempre es decepcionante saber que tu hija... la chica que amas, piensa que eres un idiota.

Clio se detuvo en seco.

—¿Q... qué? —Balbuceó ella—. Yo no he dicho eso.

—Tampoco lo utilizas nunca para mentirme —dijo, dándose la vuelta.

—¿Un juez de mal carácter?

La mente de Clio se tambaleó. ¿Cómo sabía eso? Incluso si él hubiera estado en algún lugar de la cubierta, no habría manera de que hubiera estado lo suficientemente cerca para oírla decir eso. ¿Cómo...?

Sólo había una manera, y eso la impactó de inmediato. El conmutador en el estante junto a la cama de Aidan. Empujando los libros en él... debía de haber presionado el botón lateral. Había estado en ON. Se había transmitido todo.

—Oh, Dios mío —dijo. Su estómago se sentía casi exactamente como lo hacía cuando bebía toda esa cálida mezcla de margarita hace dos años.

—Así que ahora sé lo que piensas—dijo—. Creo que lo he sabido siempre. Sólo que nunca lo había escuchado antes.

—Papá... —ella dio un paso más cerca de él, pero él levantó la mano.

—Espera —dijo—. Vamos a ser claros acerca de esto. Vamos a sacar todo al aire libre. ¿Así que crees que estoy siendo engañado? ¿Crees que soy tonto? Sé que hemos perdido mucho dinero, pero conseguimos alguno. Tenemos más dinero que mucha gente ve en la vida. Tuvimos una buena racha, Clio. Y no puedes decirme que no gozaste de las cosas que hicimos. La mitad de ellas fueron idea tuya.

—Yo tenía doce años —dijo Clio—. Eran ideas de doce años.

—Eran nuestras ideas. ¿Tan mal estuvo?

—Tal vez no estuviera mal, pero...

—Pero, ¿qué? —preguntó.

—Mi mamá no era feliz —le dijo Clio—. Nuestra vida era extraña. Luego me lesioné...

—Por lo que supongo que piensas que es culpa mía. Y eso es justo. Yo estaba a cargo. Yo nunca te he llevado allí.

—No fue tu culpa —dijo—. Fue del hombre en el barco.

—Fue mi culpa —dijo—. Yo lo sabía. Tu madre sin duda lo sabía. Y tú también lo sabías. ¿Sabes lo mal que me sentí por eso? Si algo te hubiera sucedido... algo más... me hubiera muerto. Mejoraste, pero siempre odiarás la cicatriz. Puedo ver lo mucho que la odias. Así que te permití conseguir ese tatuaje. No cualquier tatuaje, sino uno dibujado por un artista famoso. Pensé que si lo cubrimos con algo realmente maravilloso... pero hasta en eso metí demasiado la pata.

La culpa no siempre es racional, se dio cuenta Clio. La culpa es un peso que te aplastará si los mereces o no.

—Si no confías en mí, no confías en ~~mi~~ dijo—. Yo no quiero que ést atrapada en algún lugar donde no quieres estar.

—Quiero estar aquí —dijo—. Quiero quedarme.

—Fuiste a la habitación de Julia. Pasaste a recoger tus cosas.

—Papá —dijo Clio—. Estaba preocupada. Tú eres el que no confía en mí. No me dijiste lo que estaba pasando. Me importa. En realidad es mi barco también.

—Este no es tu barco —dijo, alzando la voz—. No entiendes lo que esto significa. No entiendes nada. ¿Crees que quise irme? Tu madre me dijo que me fuera, Clio. ¿Crees que yo quería?

Podía oír la voz de su padre quebrándose.

—Entonces, ¿por qué no dijiste que no?—dijo Clio. Podía sentir las lágrimas que corrían por su rostro, ahora.

—Porque ella no me dio ninguna opción. Ella me dijo que me fuera.

Ella me dijo que estaba arruinando todo para ti, para nosotros. Y ella tenía una especie de derecho, como dijiste. Es mi culpa que hayamos perdido todo el dinero. Es mi culpa que te lesionaras. Yo no quiero hacer eso más.

Parecía resignado ahora, y él no la miraba. Era evidente y absolutamente claro que todos en el barco podían oír o saber lo que estaba sucediendo. Todo se había hecho pedazos.

—No está funcionando—añadió—. No debí haberte traído aquí. Fui demasiado lejos, y así lo hice.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a volver a tierra mañana. Tenemos que ir de todas formas. Te veré bajar del barco allí y me aseguraré de que llegues segura al aeropuerto. Tomarás un avión y te dirigirás directamente a Topeka. Puede volver con tu mamá. Estarás lejos de mí. Enhorabuena. Tienes tu deseo.

No hubo abrazo. Ni hubo una gran reunión. Él simplemente se marchó, dejándola sola. Más sola de lo que se había sentido nunca antes.

29

*Identidad Errónea*

*Traducido por Anne_Belikov
Corregido por Pimienta*

No había a donde ir. La habitación estaba cerrada. Los dos pisos inferiores tenían gente flotando alrededor de ellos. Así que Clío fue a la oscura timonera. Ella descansó contra los asientos de cuero y miró fuera de las oscuras ventanas incluso más oscuridad.

Lloró por sí misma, su rostro marcado por el cuero. Luego su cuerpo quedó agotado y entonces no había nada que llorar. Nadie estaba viniendo por ella. Así que sólo descansó ahí y se permitió adherirse al asiento. Tal vez su rostro comenzara a pegarse al asiento. Nadie podría hacer que ella se fuera entonces.

Porque era el pateador. Ahora ella quería estar en este miserable bote más que nada. Ella quería hacer lo correcto con Elsa y con su padre. Quería a Aidan. Quería tanto a Aidan. No tenía idea de cuándo había sucedido, de cuando se había enamorado de Aidan. No era nada como sus tontas fantasías con Ollie. ¿Pero quién sabía dónde estaba Aidan ahora? Tal vez en su propia habitación. O quizá en su habitación.

Después de un rato, las luces de los controles volvieron a la vida, dando a la habitación un suave brillo tecnológico. Clío sintió de pronto aprecio por los paneles, esas caras baratijas que su padre había comprado. Sólo su padre podría hacer algo como esto a gran escala. Y la verdad era, que ella se había

perdido este tipo de cosas. Sí, tal vez lo arruinaría o lo mataría, pero nadie podía culparlo por su estilo.

Podría haber sido como un cuento de hadas. Pero los cuentos de hadas no son reales. Las cosas no funcionan así. Hay un precio para todo.

Y ahora ella estaba pagando uno. Sólo cuando había encontrado algo que había querido por tanto tiempo, esto era alejado de ella. Y sus propias palabras lo habían hecho. Lo que ella había dicho no era errónea o injusta. Sólo demasiado difícil de escuchar.

Además de cabecear una o dos veces, ella no durmió durante la noche. Para las cinco, renunció a intentarlo. El amanecer se propagó sobre el mar, ancho y rosa, más hermoso que cualquier cosa que tenía derecho a tener.

Ella tropezó en las escaleras que daban a la sala, donde su padre estaba tomando una taza de café.

—Estamos regresando —~~dijo~~. Estamos planeando una ruta. Probablemente quieras reunir tus cosas.

—Papá...

—Está hecho, Clío. Es como dijiste, que era antes. Esto es ahora.

Aidan pegó su cabeza contra las escaleras.

—Creo que deberías mirar esto —dijo él.

La mesa en la habitación de trabajo estaba cubierta de mapas, imágenes e impresiones. Había muchas latas de refresco aplastadas a lo largo del borde. Los ojos de Aidan estaban completamente rojos, y él estaba vistiendo las mismas ropas que había estado usando la noche anterior.

—Estuve despierto hasta tarde anoche repasando algunos sitios en la base de datos—dijo—. Si nos limitamos a dar un pequeño rodeo, podemos cubrir este de aquí, el S537, el buque Pride Of York.

—¿Y? —dijo su padre cansadamente.

—No creo que realmente sea este el York —dijo Aidan, la urgencia o el cansancio hacían que su voz se elevara—. Fue visto hundiéndose en esta área, lo cual es lo que dice la identificación. Pero saqué algo de información sobre él y no estoy seguro. Hice una nota de esto antes, pero no estaba realmente en nuestra área de búsqueda y no parecía valer la pena realizar un viaje especial.

El padre de Clío lo miró un momento, como si no pudiera creerle. Aidan puso una foto borrosa a continuación.

—Denle un vistazo. Es muy similar al Bell Star. El mismo tipo de barco, del mismo periodo de tiempo. Pero en esta imagen, por lo que puedo decir, muestra algo más grande que el York y ligeramente diferente.

El padre de Clío se inclinó hacia él.

—El barco está ahí—dijo Aidan, señalando un punto que parecía una mancha—. Ha estado navegando en el fondo del mar. La chimenea está ahí. Parece estar casi en posición vertical, tal vez un poco a la izquierda. Nosotros estamos en aguas poco profundas. A sesenta pies de profundidad. La identificación fue realizada por buzos aficionados. Ellos no tienen ninguna prueba sólida. Y si no vamos a tomar riesgos, será cosa del pasado. Es sólo una curiosidad del naufragio. Un grupo de servicios de buceo.

—¿Crees que vale la pena darle un vistazo?

—Creo que de cualquier cosa que haya visto, esta es la más cercana. No hay nada aquí que me diga que este no es el Bell Star. Nos tomaría tal vez una hora de camino, pero estaríamos en la dirección correcta.

—No creo que haga daño —dijo su padre—. Nos dirigimos a ese camino de todos modos. Lo adaptaremos un poco y conseguiremos material para el archivo.

Él se detuvo en la puerta.

—Intenten controlarse a sí mismos mientras estoy fuera —dijo él—. Clío, por favor comienza el desayuno.

El rostro de Aidan se volvió rojo. Él se sentó y miró el contorno difuso en la pantalla. Clío se sentó en el suelo y estudió la alfombra.

—Así que, creo que ya lo escuchaste —dijo Clío.

—Sí, lo escuché. Todo el mundo lo hizo, aparentemente.

—Lo siento —ella prácticamente lo susurró.

—No es tu culpa —dijo él, limpiando la pantalla con su pulgar—. No sé qué decir. Tu padre parece haber perdido la razón.

—Sí —dijo Clío—, él suele actuar así. Una vez que haya hecho su inmersión me llevará de regreso. Probablemente me iré esta misma noche.

Aidan todavía estaba mirando las fotografías.

—No creo que te vayas esta noche —dijo él.

—Tú no conoces a mi padre —dijo ella.

—Tal vez no. Pero sé lo que estoy viendo. He estado aquí abajo toda la noche mirando sobre los datos.

—¿Has estado aquí abajo toda la noche? —Preguntó Clío.

No es que él realmente hubiera sido bienvenido en ese punto, pero aún así, él no había subido las escaleras.

—Tu padre me dijo la noche pasada que estuviéramos alrededor—dijo él, sin mirarla—. Él no parecía muy contento conmigo. Así que vine aquí. Recordé algo en lo que estaba interesado. Parecía estúpido no tomar la oportunidad...

Sus ojos todavía estaban en la mesa, así que era imposible interpretar el significado de lo que él estaba diciendo.

—Bueno —dijo ella, levantándose—. Gracias por intentarlo. Si lo hiciste —ella quería decir algo más pero ¿cómo podría hacerlo?

La mañana no estaba cooperando. El agua estaba agitada y el cielo lleno de nubes. Estaba casi frío. Martin estaba colocando el equipo. Su padre debía haber tomado el control del barco.

—Escucha —dijo Martin mientras Clío salía hacia la fría, neblinosa mañana—. Escuché lo que sucedió.

—¿Y quién no? —Preguntó Clío.

—Tu padre está muy herido. Él realmente valora lo que tú piensas. Tu opinión importa para él más que la de nadie.

Clío miró hacia la cubierta. Martin, no importa como de genial fuera, siempre estaba del lado de su padre. Él no parecía creer que alguien más pudiera salir herido de lo que pasó.

—Pero está regresando también—continuó Martin—. Si él se sumerge hoy y hay algún tipo de buenas noticias, quizá se olvide de ello.

—Tal vez —dijo Clío—. Pero esto ha sido una especie de problema desde el inicio.

Martin suspiró.

—Todo va a estar bien —dijo él—, incluso si vas a casa. Él va a sobreponerse de esto.

Ella envolvió sus brazos alrededor de ella misma y se estremeció. No se suponía que hiciera frío aquí. Se sentó en la cubierta contra la pared para protegerse un poco del viento.

—Cuando fuiste a esa ~~mis~~.. —dijo Martin mientras comprobaba un indicador— ... ¿Viste algo sobre el Marguerite?

—¿Al igual que Marguerite, quien fue nombrada después de encontrar la piedra? ¿La hija de ese tipo?

—Exacto. La hija del Dr. Magwell. Sus historias siempre me recuerdan a ti.

—¿A mí? —dijo Clío—. ¿Qué historias?

—El Dr. Magwell consideraba a su hija como su mejor pupilo. ~~á~~ ~~M~~ que eso, para una mujer de su tiempo, ella era realmente sobresaliente. Era valiente, tal vez incluso un poco loca. Después de la muerte de su padre, convenció a un museo de enviarle a trabajar a Pompeii. Ella vivió muy cerca de donde partimos, en Sorrento. Después de haber leído su carta, supongo que vino aquí para intentar continuar el trabajo de su padre, tal vez para encontrar otra piedra. Unos pocos años después de eso, se interesó en los trabajos

arqueológicos bajo el agua, lo cual era extremadamente raro en su tiempo. Ella comenzó como buzo libre, yendo hasta el fondo sin nada en absoluto, sin ningún traje o aditamento de buceo.

—¿Quieres decir que ella sólo saltaba al mar? —Preguntó Clío.

—Si —dijo Martin con una sonrisa—. Era **ridículo** al principio, pero cuando ella comenzó a encontrar objetos en el fondo del océano la gente se mostró interesada. Ella se convirtió en una especie de leyenda. Ellos la llamaron la sirena.

—¿Y esto te recuerda a mí? —dijo Clío.

—Bueno, creo que tienes ese mismo rasgo en ti. Haces tu propio camino. Estás preparada para sumergirte. Y tú eres la hija de tu padre, lo sepas o no.

Él le dio unas palmaditas al tanque y lo rodó de lado.

—Afortunadamente para nosotros —~~dijo~~—. Tenemos ~~as~~ cosas para bucear. Nuestra suerte es mejor. Ahora, ¿me harías un favor? Abre esas trampillas bajo las escaleras. Este viejo tiene que enfundarse en un traje de buzo y eso toma tiempo.

Ellos alcanzaron a vislumbrar el blanco una hora después.

—De acuerdo —dijo su padre—, esta es una ~~ión~~^{ión} para investigar. Tomaremos video del barco para intentar obtener alguna marca que lo identifique y tener algún indicio de su condición.

Ellos estaban cargados de chucherías. Él incluso había comprado accesorios de mano para ayudarles a ir más rápido. Bajaron a la plataforma trasera y se hundieron bajo la superficie.

Aidan vino al lado de Clío, pero se quedó a una buena distancia. Ambos se quedaron mirando el cielo gris. El agua lucía gris también.

—Estoy intentando hablar con Elsa —dijo ella silenciosamente—¿Quieres hablar con ella tú primero?

—Vamos a ver qué sucede —dijo él—, tengo el presentimiento de que este día está volviéndose loco. Tal vez tengamos que permanecer aquí durante días. Uno nunca sabe.

—Supongo que sí —dijo Clío—. Tengo que intentarlo ahora, de todos modos.

La puerta de la Suite Champagne estaba sin llave, y Elsa no estaba en la habitación. Clío miró alrededor y sintió una masiva ola de tristeza. Había sido genial estar aquí con Elsa. Elsa era su amiga.

Ella vio una mancha en el suelo, la cual reconoció como producto de sus nuevos pasteles. Ellos habían sido tirados y pisoteados en la alfombra de color café. Ella se sentó en el piso y recogió los restos, intentando encontrar cualquier cosa que fuera salvable. Había pocas piezas. Ella las puso cuidadosamente en una caja. Se le hizo un nudo en la garganta.

Tal vez Elsa realmente no quería hablar con ella. Nunca más.

Ella tomó lo que sería probablemente su ducha final en el magnífico baño, se vistió y fue escaleras abajo hacia la cocina. Ella se puso su pequeño sombrero de papel y comenzó su trabajo haciendo el desayuno. Extrañamente, ella quería mantenerse haciendo esto, todo esto. Ella había querido durante tanto tiempo salir del barco que nunca había pensado que fuera posible. Pero ella quería hacer el desayuno por siempre.

Decidió hacer algo como lo de la primera mañana, una gran fritata, no demasiado cocida. Tal vez si ella pudiera hacer realmente un buen desayuno, podría quedarse. Su padre vería lo mucho que la necesitaba, lo dedicada que era. Ella se puso a trabajar, yendo de la cocina para allá para buscar ingredientes. Cuando puso los huevos en el pan, escuchó a alguien detrás de ella. Julia se hizo a un lado y alcanzó la cafetera.

—Buenos días —dijo ella. Sonaba civilizada, incluso alegre.

—Hola —dijo Clío.

Julia se inclinó contra el mostrador y sorbió de su café negro. Esta mañana ella estaba usando unos shorts color caqui y una blusa roja. Casi lucía como una mujer normal, como la madre de alguien.

—¿Sabes dónde está Elsa? —Preguntó Clío.

—Durmiendo en mi habitación —dijo Julia.

—Oh.

El silencio cayó entre ellas. Burbujas de aire aparecieron lentamente en la cacerola del huevo.

—Lo que dijiste fue lo correcto —dijo Julia—. Conoí al padre de Elsa. Y sí, tu padre está financiando este trabajo. Nunca hice la conexión, pero es porque conozco a la gente, salgo con la gente, etc. Tal vez tengo cierto cariño para la gente que apoya mi trabajo pero pienso que es natural. ¿Tú no?

Puesto de esa forma, Clío parecía una verdadera paranoica. ¿Qué era lo que le había dibujado por primera vez a Ollie, de todas formas? Su amor en tinta, su amor en arte. Que él apoyaba su amor por el arte. También la chaqueta. Y la bicicleta. Pero era el arte el que había comenzado todo.

—Fue sólo...

—Estabas mirándolo de diferente forma que tu padre—dijo Julia—. No hay nada de malo en ello. Yo admiro eso.

Clío miró hacia arriba. El rostro de Julia todavía estaba rígido y huesudo, pero las palabras le salieron bastante suavemente. Bueno, no tan suaves.

—Le dije a tu padre a su tiempo que tal vez sería difícil o injusto traerte aquí —dijo ella—. Elsa ha visto durante mucho tiempo mis citas. Ella nunca ha vivido con tu padre, y usualmente vive en la escuela. No piensa en nada de eso. Pero tú no has tenido tiempo para adaptarte. Así que sí. Yo creo que debería habérselo permitido quedarte en casa. Puedo entender tu reticencia sobre este viaje.

Todas sus palabras eran correctas. Tenían sentido. Pero había algo sobre esto que no sonaba sincero para Clío.

—¿Estás enfadada? —Preguntó ella—. ¿Sobre... otras cosas?

—¿Te refieres a Aidan?—Preguntó Julia—. No. Tuve diecisiete también. Sé cómo debe ser eso. Tenerlos a ustedes tres en este barco siempre fue un riesgo.

Este tipo de hechos le sonaba a Clío peligroso, químicamente inestable. Pero entonces, tal vez es lo que ella era. Estaba comenzando a mirarla de esa manera.

—¿Puedo preguntarte algo? —Dijo Clío.

—Por favor, hazlo.

—¿Sabes algo sobre Marguerite? —Dijo Clío.

—¿Marguerite Magwell? Tengo unas pocas cosas sobre ella. Te las traeré.

Julia dejó la cocina y Clío se volvió hacia los huevos. Esto estaba totalmente equivocado. Ahora Julia estaba siendo genial con ella y dándole cosas mientras intentaba impresionar a su papá cocinando. La hija de su padre... ¿Qué había dicho Martin sobre ello?

Con mucho cuidado cubrió todos los objetos valiosos que había encontrado. Eran pocos ingredientes frescos, pero había números ridículos de cosas en frascos. Verduras italianas, como pimientos y aceitunas en frascos. Julia regresó con una carpeta de plástico que contenía el artículo de una revista mientras Clío estaba metiendo su creación en el horno.

—Aquí tienes —dijo ella—. Puedes quedártelo si estás interesada.

—Gracias —dijo Clío. Se inclinó contra el fregadero y miró el artículo. Era de una revista arqueológica, con numerosas, brillantes páginas. Las imágenes golpeaban a Clío a la vez. Eran de 1920, fotografías en blanco y negro de una mujer con corte bob y un extraño traje que parecía como shorts y blusa, de pie en el borde de un enorme barco y preparándose para sumergirse. Ella tenía una mirada de confianza total en su rostro. Y era hermosa, grande y fuerte, con visibles músculos en sus brazos. Su cabello era tan rubio que lucía casi blanco en la foto, pero sus ojos eran oscuros. La mirada de Marguerite iba hacia afuera de la página.

Luego estaba ella de nuevo, en un portarretratos cuando tenía diecisiete. Incluso aunque esta era una imagen extremadamente vieja, colocada en uno de esos marcos formales que siempre parecían tan artificiales, su cara era la fiereza misma. La emoción pasaba incluso a través de ella cuando se sentó recatadamente con un vestido estilo marinero, su cabello arreglado en un

montón de rizos marcados recorriendo la parte superior de su cabeza. Llevaba un pequeño ramo de flores.

—Era una mujer extraordinaria —dijo Julia—. Una revolucionaria. Totalmente devota a su trabajo.

—Era buza, ¿verdad?

—Sí, lo era. Y mucho antes de que hubiera equipo seguro. Ella comenzó a buscar lo que nosotros buscamos ahora. Estaba mirando por el barco de su padre cuando tuvo un accidente.

—¿Accidente? —Dijo Clío, mirando las fotografías.

—Ella murió durante una inmersión —dijo Julia—. Estaba probando un nuevo equipo de buceo, pero algo fue mal. Estaba muerta antes de que encontrarán la forma de regresarla al barco. Pero ahora continuaremos su trabajo y no fallaremos de la misma forma.

Había algo frío sobre la manera en que dijo esto, incluso si ella quería darle un significado o no. Algo sorprendentemente práctico, como si sólo pudiera pasarse por encima de alguien muerto y retomar lo que ellos estaban haciendo. Como si el fallo del equipo durante la inmersión hubiera sido culpa de Marguerite.

O tal vez era el acento inglés. Era difícil decirlo. Pero Clío sintió sus ojos estrecharse un poco en reacción a ello.

Hubo un sonido en cubierta. Los buzos regresaban. Clío salió corriendo de la cocina y se unió a ellos. Su padre estuvo fuera primero. Martin se sentó en la plataforma, todavía a medio camino en el agua.

—¿Cómo les fue? —Preguntó Clío.

Ellos no respondieron. Su padre estaba inclinándose sobre Martin, quitándole su máscara. Algo estaba mal.

—Clío —dijo Martin débilmente—. El frasco...

Le tomó sólo un segundo a Clío recordar la nitroglicerina junto a la cama. Ella comenzó a correr hacia ella, balanceándose hacia abajo, en círculos por las

escaleras. Su repentina aparición llamó la atención de Aidan. Él se asomó fuera de la sala de trabajo.

—¿Qué estás...?

—Es Martin —dijo ella.

Estaba de regreso arriba con el frasco en menos de un minuto, Aidan justo detrás de ella. Martin tomó el frasco, removió una píldora y tragó.

—¿Debería llamar por ayuda?—Dijo su padre—. ¿Deberíamos llevarte al hospital?

—Es sólo un dolor de pecho —dijo Martin—. Sólo necesito... sentarme.

El padre de Clío e Aidan lo ayudaron a salir de la plataforma y le desabrocharon la parte de arriba de su traje de buzo.

—Deberíamos llevarte adentro —dijo Aidan—. No luces bien.

—Estoy bien —dijo Martin, su voz brusca—. Ya ha pasado antes. Está bien una vez la píldora haga efecto. Ve a mirar aquello.

Él medio señaló a la videocámara colgada de la mano del padre de Clío. Aidan obtuvo la cámara.

—Sí, dale un vistazo —dijo su padre—. Creo que tal vez encontramos algo.

Decisiones impulsivas

*Traducido por Virtxu
Corregido por Dianita*

A la luz de la cámara, el agua era de un verde sucio, con manchas marrones y doradas volando en todas direcciones. Pequeñas gotas de cosas gelatinosas y de pescado salían dentro y fuera. Los restos cubrían las conchas de las criaturas del mar, cientos de estos pequeños círculos, distorsionaban su forma y le daban un aspecto hinchado. Pero estaba allí. Incrustado, pero era un barco.

—Hay una gran cantidad de daños en el frente—dijo Aidan, señalando hacia donde el barco parecía fundirse con el fondo del mar. El metal está retorcido. Ellos lo golpearon con algo.

Aidan se sentó en su ordenador, con Julia inclinada sobre su hombro. Clio se quedó a un lado, con sus ojos yendo de la imagen a la cara de Aidan. Nunca le había visto tan decidido antes. Sus ojos estaban perdidos, en el fondo de las imágenes.

—Aidan —dijo Julia—. ¿Es este nuestro barco?

Aidan todavía no respondió. Giró en torno a la mesa y comenzó a arrastrar los pies a través de la pila de papeles dispersos, sacando finalmente un dibujo técnico de un barco, el cual parecía muy viejo. Él lo miró, luego a la pantalla, a continuación, se frotó las cejas con una mano, pellizcándolas juntas.

—No tiene identificación. —Pausó Aidan—. O hay otra identificación. Una equivocada, creo. Hay algo acerca de este barco. Voy a conjeturar. Y voy a decir que lo es.

Este éxito es más de lo que Clio esperaba. Sus rodillas cedieron un poco y ella se echó hacia atrás. Aidan se echó a reír un poco, y Julia esbozó la primera sonrisa genuina que Clio había visto en ella.

—¿Cómo lo sabes? —Preguntó Clio.

—He estado mirando las fotos de este maldito barco durante meses. Y puedo leer las imágenes del radar. Esto es lo que hago.

—Vamos a ir a dárselo a ellos—dijo Julia. Mantuvo la voz tranquila, pero por poco.

Arriba, las cosas no se veían tan bien. Martin estaba fuera de su traje de neopreno, pero estaba desplomado en el sofá. Todavía estaba insistiendo en que no necesitaba un médico.

—¿Qué tienes? —le preguntó su padre mientras los tres se les acercaban.

—Un golpe —dijo Julia.

—Estás bromeando.

Él tuvo que sentarse al lado de Martin. Con su extrañamente rostro contorsionado, ya fuera al borde de la risa o del llanto. Nada se movió. Su rostro sólo se quedó así.

—Eso es lo primero que nos imaginamos —dijo—. Martin.

—Te lo estoy diciendo, Ben. Esto no es nuevo. Es sólo dolor.

—Pues no vas a bucear de nuevo —dijo su padre—. De ninguna forma.

—Probablemente no sería inteligente —admitió Martín—. No estoy sintiendo que pudiera.

—No puedes bucear solo —dijo Clio rápidamente—. Primera regla del buceo.

—Me sé las reglas —dijo su padre—. No estoy loco.

Clio podía ver el acalorado debate ante sus ojos. Allí estaban, tal vez sentados en la parte superior de la Bell Star, y no podían sumergirse. No es una

situación en la que a ella le gustara. Y, sin embargo... sin embargo, sabía que iba a hacerlo de todos modos.

—Bueno yo puedo ir contigo —dijo ella.

—No —dijo él rápidamente—. De ninguna manera.

—Soy la única con carnet aquí, aparte de vosotros —dijo.

—Probablemente esté caducado.

—Sabes lo que quiero decir. Y yo ni siquiera sé si tienen fecha de vencimiento. Y yo no lo hubiera hecho antes de que tú lo dijeras... pero vamos. Estamos sentados en la parte superior de él. Y confía en mí, tendré cuidado.

Esto atrajo las miradas de todos.

—¡Soy yo!—dijo ella—. Puedo hacerlo, papá. Y tú sabes eso. Ni siquiera es muy profundo.

—No tiene que ser profundo para ser peligroso.

—Tú me enseñaste por una razón—dijo—. He aprendido. Puedo hacer esto. Voy a ir contigo. No vas a impedírmelo.

A pesar de que las palabras salían de su boca, a pesar de que su instinto la secundaba, sus orejas no se lo podían creer. Ella estaba de acuerdo en no insistir, en ir a bucear con su padre.

—Creo que tiene razón, Ben —dijo Julia—. Ella puede manejar eso. Incluso me dijiste que su accidente no tuvo nada que ver con nada que ella hiciera.

Así que su padre le había contado a Julia sobre el accidente.

—¿Estás segura de esto? —preguntó él.

—Completamente.

Nadie dijo nada durante tres o cuatro minutos completos, lo cual fue mucho silencio. Aidan se sentó a la mesa del comedor y permaneció en la cocina, su mandíbula inferior estaba en un ángulo. Estaba sumido en sus pensamientos acerca de algo, y él no parecía como que pensara mucho.

Por último, su padre tomó un respiro profundo, luego se sentó.

—Está bien —dijo—. Haremos un plan -un plan detallado- y nos atenderemos a él. Haremos esto de forma conservadora. Aidan, te necesito para que nos sitúes en ese barco, darnos una forma de entrar y de salir, además de rutas alternativas.

—¿Vas a hacer esto? —preguntó Aidan.

—Ya veremos —dijo—. Tal vez. Vamos a hacer el plan conjunto. Mira esas bodegas de carga. Si esta es la Bell Star, cualquier cosa que Magwell llevara probablemente esté en esa zona, en cajas. Clio, ve con él, y observa. Obtén una imagen de ese barco en tu cabeza.

—¿Estás hablando en serio?—le preguntó Aidan a Clio mientras bajaban por las escaleras.

—Totalmente —dijo Clio.

—Piénsatelo —dijo Aidan, dándose la vuelta en las escaleras y bloqueándola el camino—. No pretendas ser más dura de lo que eres.

—¿Estás preocupado por mí?

—Yo solo...

—Mira —dijo ella—. Mi padre se gastó un montón de dinero en mi formación. Tuve un instructor privado. Hice horas de clase. Hice la formación de penetración con algunos locos que solían estar en la marina griega. Sé lo que estoy haciendo. Sólo que no... lo he hecho desde hace tiempo.

Aidan suspiró, luego se volvió y siguió caminando hacia abajo y hacia la sala de trabajo. En la mesa, empujó a un lado la mayor parte de los documentos, seleccionando unos pocos y organizándolos en el centro.

—Te presento a Bell Star —dijo, señalando a varias fotografías granuladas y algunos planos estructurales—. Estos dibujos son en realidad de un barco llamado Daybreaker, que era un buque gemelo. Completamente idénticos, excepto que este era de dos pies de largo. No es un barco enorme. Había tres cabinas para los pasajeros de primera clase. El siguiente nivel hacia abajo tenía

doce cabinas de segunda clase y otras salas para el capitán y la tripulación. Justo debajo, en la parte delantera y la parte posterior de la embarcación, estaban los espacios de carga. El que está en la parte delantera era mucho más grande. El de la parte posterior estaba al lado de los motores y de la bodega de carbón.

Se volvió hacia su monitor del ordenador, donde la imagen borrosa de los restos del naufragio estaba en la pantalla. Con una mano, él se acercó y agarró a Clio por el hombro, tirando de ella más hacia abajo. Ella trató de no pensar en el hecho de que sólo pulgadas separaban sus caras nuevamente.

—A mi me parece que fue un golpe el que lo hundió—dijo, señalando a una sombra en la pantalla. Le tomó unos segundos a los ojos de Clio enfocarse y encontrar lo que estaba hablando—. No es enorme, pero definitivamente es lo suficientemente grande.

—¿Qué podría hacer algo así?

—No hay manera de saberlo con exactitud, pero parece que fue algo duro. Una roca, un barco de pesca. No tengo idea.

—Dijiste que ellos conocían la ruta.

—El capitán debería tenerla, sí. Pero hubo una tormenta esa noche. Algo que, obviamente, salió mal.

—¿Crees que sabían que se estaban hundiendo? —le preguntó ella.

—¿En un barco de este tamaño?—Dijo—. ¿Con un golpe así? Probablemente. La gente en el Titanic no sabía que se estaban hundiendo porque el barco era enorme. Algunos de ellos sintieron el golpe cuando el barco chocó contra el iceberg, pero la mayoría de ellos no le prestó atención. Algunos incluso cogieron el hielo de la cubierta y lo pusieron en sus bebidas. Pero ese era el más grande del mundo, el mayor barco insumergible, y la noche era clara. La Bell Star no es el Titanic. Era un pequeño barco de pasajeros. Y fue golpeado con la claridad suficiente para abrir un agujero en el fondo de la embarcación. ¿No crees que lo sentirían?

—Sí —dijo Clio—. Lo siento.

—Está bien—dijo poniéndose de pie y volviendo a los dibujos sobre la mesa—. La Bell Star llevaba pasajeros y pocas cantidades de carga. El manifiesto dice que transportaba azulejos y correo. Los azulejos valen poco dinero. También pudieron haber enviado el barco hacia abajo. Probablemente vieras en la imagen que el arco está más abajo en el fondo del mar.

No. Clio no había visto eso en absoluto.

—Mi conjetura es que aquí es donde estaban las cajas —dijo—. El barco podría haber desequilibrado un poco las cosas de donde estaban depositadas. Sólo es una suposición. Otra conjetura: que las cajas fueran empacados con antelación, mucho antes que los pasajeros o el correo. Mi corazonada es que la carga de pasajeros, al igual que la piedra, se encontraba en la parte posterior del barco, aquí.

Él dibujó un círculo imaginario en torno a una sección del diagrama con su dedo.

—Ahí es donde voy a enviaros chicos—dijo—. Vais a tener que bajar unos cuantos niveles. ¿Y francamente? Sí. Ese pensamiento me asusta. Va a haber todo tipo de bordes y trozos de metal que pueden cortar los tubos y un montón de rincones extraños y cosas que pueden atraparos.

—Ibas a enviar a mi padre —dijo ella.

—No es lo mismo —dijo él—. Piensa en esto. Mira ese cuadro en la pantalla. Eso es un desastre oxidado, sesenta pies hacia abajo. ¿Es eso realmente lo que quieres ver en tu primera inversión de nuevo? Tú me dijiste que a veces tu padre no es demasiado cuidadoso. Y en este punto tú y el agua no tenéis una relación muy buena. No quiero sonar como una abuela aquí, pero esto no es una broma.

No. No era una broma en absoluto. Tenía razón acerca de los problemas. Ir por el fondo en un barco bajando los niveles hacia abajo por las escaleras, más allá de los pedacitos rotos de metal, totalmente en la oscuridad. Clio sentía una burbuja de miedo en su garganta. Pero aún más abrumador... una ligereza en la cabeza. A ella le gustaba esta idea. Ella había amado el buceo.

La única razón por la que no había vuelto a hacerlo era que su brazo se lastimó y su madre se asustó. Y luego su padre se había ido. Pero ella podía hacerlo. ¿O no?

Y si estaban en lo correcto y esta piedra era todo lo que se suponía que era, nada le iba a impedir hacer la inmersión. Una piedra tan importante...

—Espera un segundo —dijo ella—. ¿Por qué estás buscando en la bodega de carga?

—Estamos buscando un gran artículo histórico, que ha sido guardado en cajas. Es la definición de carga.

—¿Qué tan grande se supone que es la piedra Marguerite? —Preguntó.

—La carta dice que cerca de dos pies de largo.

—Así es. Así que si tú fueras el Dr. Magwell, y tuvieras una piedra que te puede ayudar a traducir un lenguaje que nadie ha sido capaz de leer antes. Estás en un barco navegando hacia Francia, y vas a estar en él durante días. Tú estás en un barco ahora. Es aburrido, ¿verdad?

—No siempre —dijo.

—Sabes lo que quiero decir. Por lo tanto, si se tratara de algo así y si estuvieras atrapado en un barco, ¿qué harías? ¿Lo pondrías en la bodega de carga? ¿O lo guardarías contigo y lo estudiarías?

Aidan tamborileó con los dedos sobre la mesa y pensó en esto.

—Está bien —dijo—. Especulando totalmente, vamos a decir que la piedra está en su camarote. No tenemos ni idea de cuál era el suyo.

—Él cogía este barco mucho, ¿verdad?

—Cada año.

—¿Y era rico?

—Lo era —dijo Aidan.

—Eso nos pone águ—dijo Clio, apuntando a los camarotes con las ventanas—. Primera clase. Eso es entrar dentro, pero sin ser tan malo. Y son sólo unos pocos camarotes. Ahí es donde empezaremos.

Ella podía ver a Aidan pensando en esto. Bajo la franja de su pelo, sus ojos verdes pasaban de un lado a otro de imagen a imagen, y tensó sus delgados y largos labios en una línea tensa.

—Puede que tengas razón —admitió—. Voy a maquetar estas y a encontrar formas de entrada y salida. ¿Sigues estando segura?

—¿Estás realmente preocupado? —Preguntó ella.

—Tengo que estarlo —dijo.

—¿Por qué?

—Porque si te mueres, Julia probablemente me hará hacerlo a mí, tanto si sé bucear como si no. Así que mi mejor interés es mantenerte viva. Además, creo que estás loca.

—Estoy loca —dijo ella, sintiendo a sus ojos abrirse—. Soy la hija de mi padre.

Parecía que Aidan estaba a punto de hacer algo—ella no estaba segura de qué. Acercarse a ella. Saltar hacia arriba y hacia abajo. Pero en lugar de eso se sentó ante su equipo con un esfuerzo muy definido.

—Sí —dijo Aidan—. Tal vez desees omitir todo lo que suene como las famosas últimas palabras en este momento, ¿de acuerdo? ¿Por favor?

31

*El buceador**Traducido por Selune**Corregido por Dianita*

En primer lugar, hubo un concurso.

Cada bit de artes de pesca, cada señal de la mano, el uso del ordenador de buceo, las preguntas sobre las paradas de descompresión, qué hacer si tuviera que cambiar el regulador de respiración secundario si el primero se agotaba. Clío había sido bien entrenada en su día y logró enfocar casi todo en una sola pregunta. Que hiciera una incorrecta, no era muy grave, porque aún tenía una conferencia.

Martin no era un hombre enorme, por lo que su traje no era una mala solución. Había olvidado lo desagradable que era esta parte, obtener polvo, arrastrar el látex por las piernas centímetro a centímetro. Su padre la empujó hacia abajo, poniendo el compensador de flotabilidad parecido a una mochila sobre sus hombros, el cinturón de peso alrededor de su cintura. Hicieron una inmersión de prueba para asegurarse que ella podía manejarse bajo la superficie.

Entrar no era un problema. Se trataba de dar un paso muy amplio en la plataforma trasera, una mano sosteniendo la máscara y el regulador en su sitio. Miró hacia el frente, no hacia abajo, justo como se suponía que debía hacerlo, y repentinamente observó descender el horizonte, sólo para ser reemplazado por el color verde, un mundo muy tranquilo. El peso que llevaba la derribó unos pocos metros. Se sacudió la orejas, a su alrededor miró medusas, y tomó unos treinta minutos de natación alrededor del barco con su padre, descendiendo unos seis metros.

Al segundo en que descendió, fue como si los años transcurridos sin su padre solamente se marcharan y estuvieran exactamente donde estaban antes. Había tanta libertad bajo el agua. Cuando se acercó a la superficie, pudo ver a Aídan

inclinado sobre el borde de la plataforma. Parecía muy alto desde abajo, muy serio. Todavía no le gustaba la idea. En cuanto a Clío, se sentía muy bien porque estuviera preocupado.

Descansaron un poco antes de la inmersión real, acercándose más a los planes sobre los que Aídan había trabajado.

—Hoy estamos utilizando botellas pony¹⁷ —dijo su padre, mientras se preparaban para irse—. Vamos a transportar más gas del que necesitamos. Y tú vas a llevar un segundo cuchillo.

Clío estaba cubierta de peso por el equipo. Tres botellas en la espalda, cuchillos en el muslo y el brazo. Un carrete de cuerda guía. Bolsas con artefactos, el peso, la cámara, la luz. Había algo colgando en todas las partes de su cuerpo que pudiera soportar el peso. Era casi imposible que se moviera.

—Una vez más —dijo su padre a Aídan.

Aídan sacó los planos y los extendió contra la brisa.

—Está bien. El punto de acceso está aquí, esta entrada bajo el intacto embudo. Parece ser un paso abierto, no tienen que trabajar para pasar. Esto conduce a las escaleras que descienden a las cabinas de pasajeros. Hay una curva en la escalera, después de la cuarta etapa. No es muy amplia, pero creo que deben ser capaces de hacerlo sin demasiados problemas. A partir de ahí, hay un pasillo con una serie de seis entradas. La cabina Magwell probablemente esté a lo largo de este pasillo. Si siguen este pasillo hasta el fondo, terminaran en el comedor.

—Bonito y sencillo —dijo su padre—. Pero incluso las cosas simples pueden parecer confusas bajo el agua.

—Ya lo sé —dijo.

—Al primer signo de problemas, me das la señal y volvemos.

—Ya lo sé.

¹⁷ Es una botella pequeña de acero o aluminio de aire comprimido en la cual se fija una válvula tipo J o K, un grifo que controla la apertura o cierre de la botella y una o varias salidas de acople al regulador.

—Muy bien —dijo—. Vamos a hacerlo.

Clío dio el gran paso. Siendo mucho más pesada, bajó más rápidamente. Le tomó un momento estabilizarse, a continuación, llegó su padre. Ahora ella era como la luz. Libre. La realidad física cambiada en un instante.

Descendieron lentamente a lo largo de la línea de anclaje. La visibilidad era buena, con el sol cortando a través del agua y haciendo brillar todo. Pero a unos tres metros, empezó a oscurecerse. A los nueve, encendieron las luces.

A unos doce metros, lo vio con claridad, una cosa maciza, inclinada bajo ella. Las cosas que han estado bajo el agua mucho tiempo dejan de parecer normales. No hay bordes rectos en el fondo del mar, sólo formas ondulantes, motas y hojas cayendo sobre ellas. Podrías hacerte una idea de la forma del barco, pero era oprimente y confuso.

Descendieron más, haciendo regulares paradas para comprobar el monitor que estaba conectado a sus tanques, lo que le indicó a ella que tenía que parar unos minutos y dejar que su cuerpo se acostumbrara a la presión.

A quince metros, miraba una oxidada chimenea. Siguieron su camino.

Clío flotaba, suspendida, unos metros por encima de la cubierta del barco y vio a su padre inflar una bolsa para levantar una especie de globo bajo el agua. Lo liberó y con suavidad flotó a la superficie, arrastrando una soga que ya había atado a la proa. Estaba marcando su posición para que La Mariposa de Mar pudiera protegerlos de cualquier barco en la zona. Luego ató el ancla a los restos del naufragio, asegurando cada uno por encima, y conectó una luz estroboscópica a la línea. Le guiñaba un ojo, como la luz de peligro en un coche. Parecía tener un mensaje repetitivo para ella: Advertencia, advertencia, temible, temible, barco de la muerte, barco de la muerte.

Un extraño, temor en los huesos le daba ganas de salir disparada de regreso a la superficie, de quitarse el equipo de su cuerpo, y encogerse en su cama, como si el edredón pudiera protegerla del peso de la eternidad. Su aliento estaba capturado en el pecho. Aún tenía que mantenerlo. No podía respirar por la nariz no tenía más que el respirador para aspirar, y eso aumentó la toma de aire de manera uniforme.

Cerró los ojos y se quedó allí, de pie sobre la nada. Sólo flotando. Se imaginó que el silbido de aire fresco era una bebida, una bebida lenta y refrescante. Ella estaba bebiendo la vida. Un sorbo de vida. Tragar. Relájese. Dos sorbos de vida...

Alguien estaba golpeando su brazo.

Su padre le dio la señal. ¿Estás bien?—bajo el agua. Había olvidado las señales de mano. Indicó que lo estaba.

Fueron más lejos. Ahora la parte superior de la nave estaba al nivel de sus ojos, mirando las ventanas sumidas en la total oscuridad. Allí era donde iba, a las habitaciones que habían sido propiedad del mar durante más de un centenar de años.

Su padre se movió a lo largo, por lo que había sido la cubierta, a una apertura negra como la boca de un lobo. Aseguró otra línea solamente por fuera y probó para la fuerza. Esa sería su guía si perdían el camino. Dentro de la apertura estaba la escalera.

En la vida real, las escaleras no era algo a lo que Clío le daba muchas vueltas. Esta escalera, además de estar llena de agua, era increíblemente estrecha. Y ella no era tan estrecha, con todos esos tanques en su cuerpo. No había vuelta atrás con esta escalera, sólo seguir adelante. Y no había lugar para un paso a paso, porque sus pies eran demasiado grandes con las aletas para los pasos. Tuvo que sostenerse con una mano a cada pared, trabajando cuidadosamente su camino hacia abajo, girando, y bajando más. Era demasiado trabajo para ella, incluso estando asustada.

Tuvieron que atar bien una vez más la cuerda y la señalización que estaban en el pasillo. Por lo menos asumió que era un pasillo. No parecía gran cosa, y se sentía pequeño. Por lo menos aquí, sin embargo, ella y su padre podían enfrentarse entre sí. Había, como se informó, seis puertas. Tres de ellas estaban cerradas. Comenzaron con las tres abiertas. Las habitaciones se sentían un poco diferentes. Estaban revueltas, pero podía ver que habían sido dormitorios. Había una lámpara, un trozo de una silla, un trozo de vidrio. Había una forma oscura que había sido probablemente una cama. Alguien se había quedado aquí, y aquí era donde habían muerto.

Tenía la enorme preocupación de que de pronto iba a ver la espeluznante cabeza de una muñeca. Había visto imágenes del Titanic, y había una espeluznante cabeza de muñeca en uno de ellos. Pero lo peor que vio allí fue un peine que había estado permanentemente pegado al suelo bajo algún tipo de formación de óxido.

Estas tres habitaciones no mostraron nada. De vuelta en el pasillo, su padre señaló que iba a trabajar en una de las puertas y le señaló otra a Clío.

Ella bajó la mirada a la impenetrable oscuridad al final del pasillo. En su luz, se parecía a la vista de una tormenta de nieve por los faros del coche, con misteriosas manchas. El agua estaba muy llena. Cada parte de ella sostenía formas más pequeñas de vida.

Se volvió de nuevo al primer cuarto, un lío roto, oxidado que la rodeaba. Registrando con su luz a lo largo de las paredes, solamente fue capaz de distinguir una pequeña lámpara en la pared. Que se había torcido hacia un lado, pero la pantalla de vidrio seguía intacta. Ese era el único objeto familiar. Pero, dónde había una luz, probablemente había una cama. Esa podría haber sido la grumosa masa a su lado. Continuó su camino alrededor, tratando de imaginar los objetos y dar sentido a este mundo.

Clío no supo cómo lo vio. Algo con un poco de brillo en sí mismo. Un pequeño círculo de color blanco. Un pequeño círculo de color blanco que no tenía cabida en la composición a su alrededor.

Oh, no, su cerebro, dijo. Es el ojo de una muñeca.

Tal vez fue su propia repugnancia temerosa la que hizo a su mirada, cerciorarse de que no estaba sola, mirando asomarse los ojos de una muñeca hacia ella desde la acuosa oscuridad. Fuera lo que fuese, estaba bajo una pila de madera medio podrida. Cogió los restos de un poste de metal cuya función original era un total misterio y lo metió profundamente en la pila, arrastrando la mancha blanca. Unos pocos pececillos se deslizaron hacia fuera, lo que la hizo sacudirse. Sin embargo, la anguila o el pez con dientes enormes, que había estado esperando, nunca llegó. Golpeó un poco la madera, empujando parte de ella. Era difícil maniobrar el pequeño objeto con el torpe poste.

Ahora estaba obsesionada. Independientemente del trocito de basura que fuera esta cosa, iba a conseguirlo. Sacó su cuchillo del muslo y lo clavó en él, acercándolo más. Se aproximó al suelo y alumbró con su luz hacia abajo.

Fue entonces cuando vio algo un poco más grande pero también blanco. Era de siete metros y medio de grueso pero de suave claridad. Podría haber sido muchas cosas. Podría haber sido el mármol que se derrumbó de la mesa lo cual parecía ser. Pero la madera estaba podrida. No podía ser de la mesa.

Cogió el palo otra vez y empujó más lejos, sin preocuparse de cualquier potencial criaturas que podría despertar. Removió la madera que estaba pudriéndose.

Fuera lo que fuese, medía medio milímetro de largo. Y era ovalado.

32

La piedra*Traducido por Sheilita Belikov**Traducido por Dianita*

La Mariposa del Mar apenas se meció mientras se hallaban en el Mediterráneo. La piedra de Marguerite se encontraba en la parte posterior de la cubierta en su tina de agua. Como un recién nacido, había emergido cubierto de pegote¹⁸. El pegote, en este caso, estaba parcialmente vivo y no podía sólo ser removido. Tendría que hacerse con cuidado, por un experto.

Había habido algunos gritos, algunos saltos, y un montón de abrazos entusiastas por parte del papá de Clio. Clio incluso logró aguantar un momento de Julia y su papá besándose. Ella se sentía generosa por no querer vomitar. Una botella de vino fue hallada y abierta, y todos en la cubierta tenían un vaso. Incluso Clio tomó un poco. Martin estaba durmiendo, así que la buena noticia tendría que esperar. Elsa no había salido. Ellos tendrían que unirse más tarde.

El camafeo estaba en la mesa, su fondo de alabastro color durazno crema destacaba en contra del barniz blanco. Clio lo estudió.

—Este —dijo ella—. Este rostro. Es de Marguerite.

Julia se acercó y le dio una mirada por sí misma.

—Creo que tienes razón —dijo—. Debe de haberlo tenido con cuando murió.

—Entonces sólo tiene sentido que la persona que encontró la piedra deba usar esto —dijo el padre de Clio, acercándose. La cadena estaba muy ennegrecida,

¹⁸ Es una porción de una sustancia espesa y pegajosa.

pero no importó cuando el padre de Clio la deslizó sobre su cabeza con cuidado. El camafeo se posó justo en el centro del pecho de Clio y se pegó a su piel.

—Tenemos que considerar que ~~án~~ podría estar allí ~~abajo~~añadió él—. Necesitamos por lo menos buscar para ver si Magwell traía algo que no mencionó. Sin embargo, tenemos que volver a tierra primero. Creo que Martin debe ser revisado por un doctor. Y necesitamos repuestos para los tanques.

—Estamos en camino a Civitavecchia —confirmó Julia—. Podríamos también ir allí.

Clio estaba empezando a sentir los efectos de una noche de insomnio, por encima de su inmersión. Se dejó caer en un sillón en la sala de estar, pero nunca se quedó completamente dormida. Ella simplemente se dejó adormecer por el movimiento del barco mientras se dirigía a la costa. Acababa de quedarse dormida cuando se detuvieron, habiendo llegado a la ciudad.

—Malas noticias —dijo su padre, dando un paso ~~hacia~~ ~~después~~ de consultar con el muelle—. Este lugar está repleto. No hay sitio disponible para nosotros. Vamos a tener que anclar más lejos. Algunos de nosotros pueden desembarcar aquí. Podemos buscar un doctor para que le haga una revisión rápida a Martin, y podemos comprar las cosas que necesitamos.

—Vamos, Ben —dijo Julia—. Todos tenemos que celebrar. Podemos ir todos en la balsa. Cena adecuada. Champagne.

Clio la miró con sorpresa. Había una extraña mirada en los ojos de Julia cuando sugirió esto. Julia quería que todos desembarcaran... para divertirse. Definitivamente había algo extraño en esto, pero Clio estaba demasiado cansada para pensar en ello.

—No —respondió su papá, negando con la cabeza—. No podemos dejar el barco sin vigilancia. Es una buena idea, pero alguien va a tener que quedarse. ¿Aidan? ¿Te importa? Nos puedes dejar y llevarte el barco.

—No hay problema —dijo él.

—Está bien. Todo los demás pueden salir de aquí. Necesitaremos a Elsa también, para ayudarnos a encontrar al doctor. Yo voy a preparar los tanques. Algunos chicos de aquí me ayudarán a llevarlos a una tienda de buceo.

Clio siguió a su padre a la cubierta.

—¿Me puedo quedar? —preguntó adormilada—. Estoy agotada.

—Aidan se va a quedar —dijo—. Tú vienes.

—Realmente no dormí anoche. Y el buceo hoy fue tan increíble... voy a caer dormida. Por favor.

—No soy idiota, Clio —dijo—. Y no me he olvidado de la noche anterior.

—¿Eso significa que todavía me enviaras de vuelta?

—¿No quieres volver? —preguntó.

—No —dijo ella—. Sobre todo ya que me vas a necesitar.

—Clio...

—Todo lo que he hecho en lo que realmente no ~~es~~ de acuerdo, fue sólo porque no me decías lo que estaba sucediendo. Sólo nadé porque me dejaste varada. Fui al cuarto de Julia para descubrir lo que estaba pasando.

Él recogió un tanque y lo llevó hacia el muelle. Clio se mantuvo pisándole los talones.

—Está bien —dijo—. Necesito decir esto. Tengo diecisiete años. Soy una chica. Lo que significa que sí, papá, posiblemente involucra salir con alguien. Tú lo haces. Y sabes que mamá lo hace. Yo puedo hacerlo también. Es la realidad. Crecí. ¿Pero esta noche? Estoy real y seriamente cansada. Por favor, ¿podrías confiar en mí lo suficiente como para estar a solas con un miembro de la especie masculina por unas horas? Y es Aidan. Tienes que confiar en él también.

Él no dijo nada, pero podía ver que había cierta confusión en su mente ahora.

—Papá —dijo—, buceamos juntos hoy. La encontramos.

Por lo general, los repetidos intentos para convencer a sus padres de algo fallaban. Pero esta vez, la lógica era inevitable, el día simplemente demasiado bueno. Él se detuvo a medio camino de alcanzar el siguiente tanque.

—Vamos —dijo.

Ella lo siguió hacia el interior, donde Julia dirigía a Elsa hacia abajo desde la Suite Champagne. Ella no miró a Aidan o a Clio. Su comportamiento no era malicioso. Era avergonzado y triste. Clio quería hablar tanto con ella, para explicarse, para hacerla sentir mejor.

Las llaves le fueron entregadas a Aidan.

—Aidan y Clio se van a quedar aquí —dijo él.

Elsa bajó la mirada hacia el suelo. Clio sintió una punzada en el pecho. Había tantas cosas que ser arregladas entre ellas.

—Aidan —dijo Julia mientras se preparaba para irse—, si vas a estar aquí, por favor escribe un informe de lo sucedido hoy. Vamos a querer un informe. Ten algo preparado para el momento en que vuelva. Y si puedes prepara algunas de las secuencias de video. —Es como si la fuera a matar darme una noche libre —dijo Aidan después de que el barco había desatracado incluso después de que encontramos la piedra.

—¿Cómo vas a conseguir manejar el barco? —preguntó ella.

—Porque ellos me enseñaron como hacerlo —dijo.

—Bueno, entonces puedes enseñarme —dijo ella.

Arriba en la timonera, el giro de una sola llave trajo a la vida todos los pequeños tableros. Clio no prestó la más mínima atención cuando Aidan explicó lo que hacían, y ella podía decir que su mente no estaba exactamente en la tarea. Él estaba cómodo alrededor de las máquinas y no tenía que pensar mucho cuando hablaba de ellas. No irían muy lejos, pero él la dejó tomar el timón durante algunos segundos. Se sentía como un volante.

Llegaron a un lugar no muy lejos, pero apartado de todo el tráfico que podría estar circulando a lo largo de la costa. Aidan presionó algunos interruptores

para soltar el ancla, luego apagó el motor y las luces en los tableros se apagaron. La timonera se quedó en silencio.

—Esto no está bien —dijo él, mirando hacia fuera por los cristales tintados.

—¿Qué no está bien?

—No sé —dijo—. Es sólo que hay algo realmente inquietante en encontrar lo que estabas buscando.

—¿Inquietante como malo? —preguntó.

—Simplemente, como que no lo esperabas —dijo.

Él tamborileó sus dedos en el tablero, examinó sus zapatos y luego miró a Clio.

—Pensé que estabas cansada —dijo.

—Me despabilé.

Ninguno de los dos se movió. Estaban de pie en medio de la timonera, mirando el tablero. Algo tenía que suceder. Clio podía sentir el espacio entre ellos. Estaba prácticamente vibrando. Uno de ellos tenía que hacer algo. Incluso un gran montón de dinamita necesita una pequeña chispa para hacerla estallar.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

—Estoy muerta de hambre.

Salieron de la timonera y fueron abajo y al interior, dejando abiertas las puertas de cristal para recibir la brisa del anochecer. En la cocina, reunieron todas las sobras que pudieron encontrar. El plato de Aidan terminó estando totalmente lleno de carne, mientras que el de Clio contenía una extraña combinación de pequeños elementos: pequeñas setas marinadas, cuadrados de queso, extremos de barras de pan y puñados de ensalada.

—Ya que estás aquí—dijo él—, me puedes ayudar a trabajar. Vamos. —Era casi como un juego que habían acordado silenciosamente jugar: una prueba para ver cuánto tiempo podían alargar esto. Unos minutos más tarde, se

habían asentado en el pequeño cuarto en la parte de abajo, cada uno en un lado de la mesa.

—Tú bajaste allí —dijo, empujando un bloc de papel en su dirección—. Danos un reporte. Yo voy a añadir algunos de estos datos.

Él abrió su computadora y se puso a trabajar.

—Así que—dijo Aidan, no quitando los ojos de la pantalla—¿Qué viene ahora para ti?

—Tal vez me quede unos días. Tal vez vuelva a casa. Tal vez todos volvamos a Inglaterra.

—Hay un montón de tal vez allí —dijo él.

—Creo que la vida está llena de tal vez.

Clio miró su comunicador. Lo apagó con mucho cuidado y en silencio lo empujó sobre la mesa.

—¿Por qué fue eso?—dijo Aidan, sus ojos verdes brillaron sobre la parte superior de la pantalla.

—Sólo quitándolo del camino.

Él miró su propio comunicador en la esquina de su ojo, y luego continuó escribiendo. Se movió hacia delante en su silla, y sus rodillas chocaron contra las de ella debajo de la mesa, rápidamente, una vez. Y luego otra vez. Clio clavó sus ojos en el bloc de papel, logrando por fuerza de voluntad que su mano se mantuviera estable. Ella se inclinó ligeramente y le volvió a dar un rodillazo.

Él ni siquiera parpadeó. Le oyó tecleando. Sin embargo, su pie se estiró y enganchó su tobillo, atrayéndolo un poco más cerca.

Uno de ellos tenía que levantar la mirada. Uno de ellos tenía que actuar. Poco a poco, muy, muy lentamente, ella desenrolló su pie.

—¿Quieres ver lo que escribí? —le preguntó ella.

—Sí —dijo—. Claro.

Ella giro el bloc al revés para que estuviera de frente a él, pero no lo acercó. Él bajó la pantalla de su computadora portátil.

—¿Qué le prometiste a tu papá? —preguntó, sonriendo lentamente.

—Que cerraría con seguro la puerta de mi habitación—dijo ella—. Y que no haría ninguna hazaña divertida.

—Define —hazaña divertida— —dijo.

Era insoportable ahora. Ella se inclinó en la mesa sólo un poco. Él hizo a un lado su laptop. Luego medio se paró, inclinándose. Se cernió sobre la mesa, apoyándose en los codos. Y luego hizo algo de lo que Clio no pudo recuperarse enteramente, extendió la mano y, sólo con la punta de sus dedos, la tocó justo debajo de la barbilla.

—Sabes —dijo—, es muy difícil decir las palabras—eres bonita— sin sonar como un enfermo mental. Pero eres bonita.

Él acercó más su rostro, apenas rozando sus labios contra los suyos, pero sin presionar. Simplemente tocando. Y luego...

Y luego sucedió algo que no era lo que Clio esperaba.

El barco dio una sacudida a la vida y comenzó a moverse hacia atrás a alta velocidad, lanzándolos a los dos hacia atrás. Clio agarró el borde de la mesa, pero Aidan no pudo conseguir agarrarse a nada lo suficientemente rápido. Fue lanzado hacia atrás en su silla y luego contra la pared, donde su cabeza dio contra ella sólidamente con un ruido sordo.

—Deben estar de vuelta —dijo él—. No los escuché. ¿Y tú?

—No.

Se oyeron pasos arriba. Evidentemente, todo el mundo había vuelto. El barco se orientó, luego cambió a un rápido movimiento hacia adelante.

—Nosotros los dejamos —dijo él—. ¿Cómo volvieron sin la lancha?

El truncamiento repentino del momento, junto con el movimiento, dejó a Clio zumbando. Se sentía un poco mareada.

—No sé —murmuró—. Mi papá...

—Esto no está bien —dijo Aidan—. No me gusta esto.

Clio estaba recordando que él había dicho lo mismo antes, en la timonera, cuando se abrió la puerta. Un hombre con una camiseta de Nirvana entró. Un extraño. Era un tipo bastante bajo, con el pelo castaño ligeramente abundante. Él parecía perdido. Se quedó mirando a Clio y Aidan. Miró a su alrededor a los mapas y computadoras portátiles. Les habló en italiano. Se miraron unos a otros.

—¿Quién demonios eres? —preguntó Aidan.

El desconocido ladeó su cabeza, luego en respuesta sacó una pistola de su bolsillo y apuntó directamente a Clio.

33

*Prisioneros*

*Traducido por Sera
Corregido por Lorena*

Clio estaba teniendo una epifanía. Estaba explotando en su mente, como hacen las epifanías.

Las películas no te ayudarán ahora, dijo en su eco todo-consumidor. ¿Ves lo equivocados que están sobre esto? Es una pistola y está apuntando hacia ti, ¿y parece como algo de una película? No.

Su cerebro tiró de la pistola hacia otros objetos. Él estaba sujetando una grapadora. Estaba amenazándoles con una batidora. Eso era una llave inglesa. Una manguera de jardín.

—Hey —dijo Aidan rápidamente—. Está bien. Tú no... No necesitas hacer eso.

Sus palabras sólo parecían confundir al hombre. El intruso pareció darse cuenta de la pistola en la mesa y la agarró. Luego miró alrededor y detrás de él, asomándose hacia el pasillo pero manteniendo la pistola apuntado hacia ellos en todo momento. Luego salió y cerró la puerta.

Clio no podía ni siquiera moverse.

—¿Qué mierda era eso? —dijo Aidan—,

Se las arregló para retroceder hacia Aidan un poco, y se pusieron en pie juntos en la esquina, mirando hacia la puerta.

—De acuerdo —dijo él—. Aparentemente el barco está siendo robado. ¿Qué se supone que tenemos que hacer? ¿Cuál es la regla?

—¿Crees que va a volver? —preguntó Clio, sus ojos precipitándose alrededor de la habitación.

—Ni idea. ¿Probablemente?

Había voces en el pasillo. La puerta se abrió de nuevo, y el hombre entró de vuelta. Otro hombre miró alrededor de la puerta. Los dos hombres confirieron. Luego señalaron a Clio y Aidan para afuera de la sala y arriba de las escaleras. Los sentaron en el suelo del salón contra el sofá.

Ambos hombres parecían nerviosos. Uno seguía sonriendo y riendo, caminando por la sala y recogiendo cosas. Estaba profundamente moreno, llevaba una camiseta de Italia campeones del mundo, y jugaba mucho con su mechero. El otro, el que los había encontrado, era el más pequeño de los dos. Se sentó en la mesa y los miró, golpeando sus dedos inexorablemente. Sujetaba su pistola holgadamente con la otra mano, casi con la informalidad que sujetarías un cigarrillo. Ninguno, eso estaba claro, hablaba nada de inglés. Clio tenía la impresión de que quien quiera que fueran esos hombres, no habían esperado encontrar a nadie a bordo.

De los muchos extraños lugares en los que había estado en su vida, Clio nunca había estado en el camino de una pistola. Y la verdad era, que daba completamente miedo que casi dejaba de dar miedo en absoluto. Su mente parecía tener un cortocircuito de miedo, dejándola incapaz de hacer cualquier cosa salvo mirar al sillón de cuero y reparar en cada detalle. Era más o menos como si hubieran invitado a unos invitados muy raros y torpes a bordo. Invitados que traían pistolas en lugar de aperitivos.

Durante al menos una hora, Aidan nunca movió sus ojos de las puertas de cristal. Entonces Clio lo escuchó hablando en una voz muy baja cuando ninguno de los hombres estaba mirando.

—Luce enfadada —susurró.

Ella articuló la palabra. —¿Qué?

—Luce como si estuvieras enfadada.

Clio lo intentó lo mejor que pudo para poner su cara en algo que pareciera una extrema infelicidad. Esto debería haber sido más fácil de lo que era. Su cara no

quería realmente moverse. Aidan deslizó sus brazos alrededor de ella y la empujó confortablemente cerca.

El tipo en la mesa miró hacia atrás, pero esto parecía tener algo de sentido para él. Estaba todavía inofensivamente en el suelo, y él tenía la pistola.

La cara de Aidan, estaba justo al lado de su cabeza ahora.

—No importa lo que diga —dijo—. Tan sólo sigue pareciendo enfadada, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—No creo que estos tipos sepan lo que están haciendo —murmuró en su pelo en una especie de arrullo—. Creo que hemos estado dirigiéndonos hacia el oeste. Quizás ligeramente suroeste. Y estamos yendo bastante rápido. Tengo la sensación de que nos estamos dirigiendo a Corsica o Sardinia. No hay ningún sitio al que ir a menos que nos estén llevando al medio del mar Mediterráneo.

Parecer enfadada se puso un poco más fácil.

—Si fueras un ladrón de barcos —dijo Aidan, con voz cantarina y sacudiéndola a ella un poco—, y acabas de robar un yate de un millón de dólares cargado con juguetes caros, ¿qué harías con dos personas que encontraste escondidos debajo de la cubierta?

—No lo sé —murmuró, manteniendo una cara triste en su cara.

—La gente te dispara por tu cartera en una calle oscura. Creo que puede que estén preparados para hacerlo por un yate de ochenta pies. Parecen nerviosos. Los nervios no son buenos para nosotros. Así que sugiero que tomemos una decisión antes de que llegue a eso.

—¿Qué decisión? —dijo Clio, arreglando unas pocas lágrimas.

—El tipo de decisión que nunca esperaría hacer —dijo—. Tenemos que salir de este barco. Y creo que eso significa saltar.

—Eso suena como un plan muy malo —dijo.

—Es horrible, pero es lo mejor que puedo hacer. No tenemos mucho tiempo para debatir esto. ¿Estás dentro?

Clio presionó su cabeza contra su pecho todavía más fuerte.

—Sí —dijo—. En realidad, creo que he oído cosas peores.

Las lágrimas no eran nada ahora. La meció un poco más. El segundo tipo volvió a la sala y los miró, luego empezó a reír.

—Si podemos distraerlos —dijo Aidan—, podemos ir por las puertas hacia la cubierta. ¿Sabes si hay algún dispositivo de flotación ahí afuera?

Clio volvió en su mente al día en que Martin le había mostrado los alrededores.

—Una balsa —masculló.

—La balsa es bueno —dijo—. Pero seriamente tenemos que hacer que aparten la mirada durante unos pocos minutos. Lloro más fuerte y pienso como podemos hacer eso.

Escondió su cara en su pecho y dejó a su mente correr. Caminó todo el camino hacia el piso principal. El lugar más lógico para ir era la galería. Eso sería un punto lógico. Cuando la gente era atacada, cogían cuchillos, ¿verdad?

Ella no se iba a meter en una pelea de cuchillos. No. Tenía que haber algo mejor que eso. Pero nada le venía. Corrió su mente por todas las cosas inútiles y estúpidas por ahí. El exprimidor de naranjas, la tostadora de lujo, la estúpida antorcha de crème brûlée.

La estúpida antorcha de crème brûlée.

Un fuego. Había una alarma de incendios en la galería. Eso definitivamente atraería la atención.

Ahora que tenía algo en lo que concentrarse, un plan empezó a asentarse en su cabeza. Mentalmente encontró la antorcha. Estaba en la cabina con las tazas. Tenía seguridad en ella, y la única forma en la que funcionaba era apretar la captura. Si pudiera envolver algo alrededor para mantenerlo abajo...

Como un coletero.

—Quítame el coletero de mi coleta —se las arregló para jadear en lo que se suponía que eran sollozos—. Juega con mi pelo. Dame el coletero.

Aidan levantó la mano y le quitó el coletero. Se retiró y se enganchó un poco en el camino, pero se las arregló. Agitó su pelo suelto y frotó su cabeza. Luego la empujó hacia delante y puso el coletero en su palma.

—Volveré —dijo—. Cuando la alarma suene, nos vamos.

Se puso en pie, con sus piernas temblando.

¿Cuál es el símbolo internacional para “vomitar”? pensó frenéticamente.

Se apretó el estómago y señaló en dirección al baño, sujetando una mano sobre la boca. El tipo riéndose la miró, y el tipo de la pistola se tensó. Pero ella debía haber parecido lo suficiente indefensa. El chico de la risa la siguió pero le permitió ir.

Mientras pasaba la galería, se paró e hizo señales para un vaso de agua. Fue directamente al lavabo, abriéndolo y poniendo su boca bajo el chorro. Esto hizo al tipo reírse un poco.

Ríete lejos, bastardo, pensó.

Se dejó caer contra el borde del lavabo, luego débilmente señaló a la cabina, como si pidiera una taza en derrota total. Él asintió pero la miró con cuidado. Dio la vuelta detrás de ella, pero había un poco excepto tazas y jarras de especias. Y una estúpida antorcha de crème brûlée.

Se las arregló para poner sus dedos alrededor de ella mientras sacaba la taza. Ahora necesitaba meterlo bajo la sudadera. Eso era bastante fácil. Apretó su brazo sobre su estómago para que se saliera por debajo.

Ahora tenía una taza y una estúpida antorcha de crème brûlée debajo de su camisa. Maravilloso. Llenó la taza y se quedó ahí, bebiendo. Necesitaba un momento para encender la cosa.

Pero el tipo había tenido suficiente. La agarró del brazo y la forzó a salir de la galería.

Parecía como si quisiera devolverla al salón, pero ella se tambaleó hacia delante, lanzándose hacia el baño y cerrando la puerta.

El pánico se estableció. Su cabeza empezó a girar. Retrocedió contra la puerta, golpeando su cabeza con el toallero. Se sentía bien. Era sólido, tranquilizador. Lo golpeó de nuevo.

Estaba intentando librarse de dos hombres, al menos uno de los cuales tenía una pistola, con una antorcha de crème brûlée.

Lo encendió. Una diminuta lengua azul de llamas parpadeó. Estaba caliente, pero patética y pequeña. Liberó el pestillo y cerró los ojos.

Iban a estar esperando ruidos de vómitos o algo. Intentó algunos sonidos de arcadas y miró alrededor. ¿Cómo prendía fuego al baño? No era exactamente el lugar más amigable al fuego. Había dos gruesas toallas de manos. Papel higiénico. Eso era todo. Tocó las toallas arriba y abajo. Estaban perfectamente secas.

Por su limitada experiencia haciendo fuegos, sabía que normalmente necesitaban algo que ardiera rápido y alto, lo que encendiera las cosas más lentas de arder. El papel higiénico estallaría muy rápido, pero probablemente no ardería lo suficiente para llegar a las toallas. Por lo que eso no era realmente suficiente.

Hizo unos pocos ruidos más de arcadas mientras miraba alrededor del pequeño compartimento desesperada. ¿Qué más ardería? No el suelo o las paredes, eran azulejos. No había nada más.

Su sudadera. Eso ardería. Se la quitó.

Ahora solo tenía que montar esto. Cogió el papel higiénico del huso en la pared y lo puso abajo. Luego agrupó las dos toallas y la sudadera holgadamente por alrededor.

Hubo un golpe en la puerta.

Ahí estaba. Ahora o nunca.

Deslizó esto cuidadosamente por todo el suelo en el medio de la pila, metiendo el borde de la toalla a su alrededor.

Sacó el coletero que sujetaba su coleta y lo envolvió alrededor del pestillo de la antorcha fuertemente, manteniendo la diminuta flama encendida.

Luego tiró de la cadena, se echó algo de agua en la cara, y abrió la puerta. El tipo la miró, miró adentro, pero no vio las toallas. El paquete no se había estallado... todavía.

La llevó de vuelta al salón y la empujó en dirección del sofá, donde Aidan puso sus brazos alrededor de ella. Esta vez, el abrazo se sentía muy real. Le devolvió el abrazo. Él estaba temblando un poco.

—¿Bien? —susurró.

—Está hecho —dijo.

Bueno, algo estaba hecho, de todos modos. Fuera o no a funcionar.

Pasaron cinco minutos. No había olor a humo. No había ruido.

Entonces el tipo de la risa decidió que era su turno de usar el baño. Ahí estaba.

Considerando que no había habido alarma por ahora, esto los delataría. Él encontraría el fuego, y les dispararían, y todo el verano sería recalcado por una bala. Un periodo. El fin. Peor de lo que se había imaginado al principio, pero, casi se rió, no tan mal.

Las balas parecían rápidas. Te explota como un globo. Intentó acostumbrarse al pensamiento en el momento que le quedaba.

El hombre estaba en la puerta. En un momento, se daría cuenta. Gritaría.

La puerta se abrió. Sin nubes de humo.

Clio podía olerlo. Él estaba ahí parado, mirando hacia abajo. Dijo algo en italiano, lo cual incitó al otro tipo, quien se levantó y se giró hacia él. Dio unos pocos pasos hacia el baño.

Entonces la alarma saltó. Estaba en el pasillo. Todo de repente, Aidan la estaba empujando hacia delante.

—¡Ahora! —dijo.

En el espacio de dos pesados latidos, estaban en las puertas de cristal. Toda la cosa parecía de ensueño. Estaban pasando a través de ellas antes de que los dos tipos ni siquiera descubrieran porque querrían salir a la cubierta o si les preocupaba lo que hacían.

Aidan cerró las puertas de golpe. Ya tenía la llave en su mano para encerrarlos desde fuera. Los hombres se lanzaron hacia las puertas ahora, pero Aidan estaba a medio cerrarlas.

El hombre golpeó el cristal. Mientras Aidan se apartaba, él disparó a ciegas al cristal, perforándolo pero no rompiendo uno de los gruesos vidrios.

No había tiempo de pensarlo. Clio sacó la caja naranja de debajo de la pared del fondo, con sus manos temblando mientras liberaba los cuatro cierres de metal que la sujetaban ahí. Cayó a sus pies. La recogió y la tiró.

La puerta a la sala del timón se abrió y un tercer hombre miró hacia afuera. El hombre adentro dio otro disparo hacia las puertas de cristal, rompiendo un gran agujero en ellas.

Aidan empujó a Clio hacia las escaleras. Ella se paró. Podía escuchar el motor del barco en alto en sus oídos. Sin pensarlo dos veces, se abalanzó hacia la bañera y levantó la piedra, envolviéndola en su camisa.

—¡Clio! —gritó Aidan sobre el agua que corría y el motor por debajo de ellos.

Se puso en pie, su camisa empapada, la piedra envuelta fuerte en sus brazos. Era pesada, como un niño pequeño.

Y entonces se tiró por el lado del barco, la piedra arrastrándola hacia abajo.

34

El más allá

*Traducido por Sera
Corregido por Marina012*

Allí, hoy, estaba otra ocasión en la que la vida en serio se desviaba de las películas.

No había nada gracioso en saltar de un barco en movimiento. Clio intentó controlar su caída pero lo perdió cuando cayó directamente en la estela del barco, la cual la tiró sobre su espalda y por debajo del agua. Ella golpeaba fuerte mientras golpeaba y abría su boca y cogía agua. La fuerza del golpe la lanzó varias veces a lo largo de la superficie del agua como una piedra rebotando. Mucho antes de que pudiera siquiera decir que camino era hacia arriba o abajo, se estaba hundiendo bajo la superficie, su nariz y garganta ardiendo con el agua salada.

Bajo el agua es un extraño lugar para estar. El mundo de repente se queda quieto... una pérdida aterradora. El agua, que parecía tan brillante y clara arriba, rápidamente se oscureció. No tenía nada ahora. Sin depósitos. Sin mascarillas. Nada para bloquear su nariz.

La piedra, que estaba en la parte superior de ella ahora, la empujaba hacia abajo. Se las arregló para salir de debajo de ella y extender sus piernas para hacer más lento su descenso. Le tomó un poco de esfuerzo, pero era capaz de empujarse hacia arriba, con su nariz ardiendo mientras se amordazaba en el agua.

Si tan solo dejara caer la piedra, llegaría ahí. Tan sólo dejarla caer arreglaría todo.

Pero se resistió, forzando a sus piernas a impulsarla como nunca lo habían hecho antes. Cuando finalmente salió a la superficie, sus pulmones le dolían, y Aidan no estaba en ningún lugar a la vista. La Mariposa del Mar era un pequeño punto en la distancia.

Gritó en busca de Aidan. Después de un momento, lo vio agitándose a distancia. Nadó hacia ella con movimientos entrecortados y descoordinados. Estaba sin aliento y tosiendo.

—No... hagamos... eso de nuevo —jadeó cuando había recuperado el control.

—¿Tienes alguna idea de dónde estamos? —gritó ella.

Él se acercó un poco más, sus piernas chocando con las de Clio mientras el agua batía viciosamente.

—Yo diría... ¿algún lugar fuera de Italia? Eso es sólo... —hizo una pausa para respirar— ...entre veinte y hasta cien kilómetros de costa a cubrir.

Clio dio una vuelta en el agua para tener una vista completa. Desafortunadamente, todo lo que vio era más agua. Excepto en la distancia, que había un diminuto bulto con lo que parecía ser una luz sobre él.

—Veo algo por allí —dijo ella—. Quizás una luz. Míralo. ¿Qué crees?

—Podría ser tierra—dijo, jadeando—. Y también podría ser un carguero a cientos de millas mar adentro. Y eso significa que nadamos hacia aguas más turbulentas y profundas. Y entonces morimos.

—No moriremos. Alguien nos encontrará. Además, si podemos encontrar esa caja naranja, tendremos la balsa.

Miraron alrededor, pero no había ninguna caja naranja.

—Debe haberse ido a la deriva —dijo—. Tendremos que nadar para buscarla.

—¿Nadar en qué dirección?

Ella entrecerró los ojos. La Mariposa del Mar estaba todavía a la vista; se giró a la otra dirección.

—Esta dirección —dijo—. ¿Puedes manejar el nadar?

—No estoy seguro —dijo él.

—Yo puedo hacerlo —dijo ella—. ¿Puedes golpear el agua con esto?

—Puedo intentarlo.

—Si te sientes débil, déjalo caer —dijo ella—. Déjalo caer antes de que pierdas todas tus energías, ¿vale?

—No voy a dejarlo caer —dijó él, aceptando la piedra. Lo hundió un poco, pero resistió.

—Volveré —dijo Clio—. Y quizás me retrase un poco. Sólo golpea tan fuerte como sea necesario para mantenerte, ¿de acuerdo?

Él redujo la velocidad un poco pero no mucho.

—Estaré aquí —jadeó—. Intenta no correr hacia ninguna medusa.

Aidan no dejó caer la piedra en la media hora que le llevó a Clio recuperar la caja. Hicieron turnos para recostarse contra ella durante un momento mientras recobraban algo de energía.

Al atardecer, su balsa naranja con forma de piscina para niños estaba flotando en algún lugar entre los veintiún y las cien millas de costa italiana. Tenía una estructura de metal que tenía que ser juntada, y una diminuta bomba para suministrar aire. Nada de esto era fácil de lograr mientras pataleaban en el agua.

El artefacto era en realidad bastante resistente cuando estuvo terminado. Los mantenía al menos a un pie y medio fuera del agua, y tenía un techo de tienda de campaña y muchos bolsillos incorporados, de los cuales ya habían vaciado su contenido... tres bengalas, dos palas muy pequeñas (algunas con montaje requerido), seis pastillas contra mareos, un silbato, un espejo señalizador, dos litros de agua y un kit de primeros auxilios en miniatura.

Habían lanzado dos de las bengalas, en vano. La tercera estaba en las manos de Aidan. Había una diminuta luz auto amplificadora dentro de la balsa que se

iluminó cuando el techo estuvo abierto. Le daba al espacio un débil pero intenso brillo naranja.

Se tendieron dentro silenciosamente, recuperándose de la odisea. Una fina capa de agua de mar descansaba en el fondo de la balsa, justo lo suficiente para mantenerlos mojados y fríos. A Aidan no parecía importarle estar tumbado en ella. La piedra Marguerite descansaba en ella cómodamente. Clio se asomó por la diminuta solapa con la luna blanca cerniéndose sobre el océano. Intentó concentrarse en eso y no en el completo terror de la oscuridad que se extendía en todas direcciones alrededor de ellos. Desde su ángulo, todo el mundo era agua oscura de profundidad desconocida, con montones de cosas viviendo en ella. Estaba justo abajo de ella ahora, como un pie. Ella podía sacar la mano fuera de su diminuta balsa naranja y tocar la eternidad.

—Es una vista realmente bonita —dijo Clio, intentando sonar alegre—. ¿Quieres ver? La luna esta increíblemente enorme y blanca sobre el agua. Si esto fuera una habitación de hotel, costaría una fortuna.

—No mucho —dijo—. Han pasado alrededor de dos horas.

—¿Puedes decir eso por el cielo? —preguntó.

—Puedo decir eso por mi reloj.

—Oh —dijo ella.

Aidan no estaba comprando su acto alegre. Cerró la solapa con la cremallera y se movió más al interior. Aidan alargó la mano a un bolsillo y sacó una botella de agua y las pastillas contra el mareo. Se metió dos de ellas con un cuidadoso trago de agua, la cual fuertemente liberó y colocó cuidadosamente de vuelta al bolsillo.

Algo golpeó contra el lado de la balsa.

—¿Sentiste algo? —preguntó Aidan.

—No hablemos de lo que sea que eso fue.

—De acuerdo.

—¿Cuánto tiempo crees que estaremos aquí afuera? —preguntó ella.

—Depende de cuándo se den cuenta de que el barco fue robado. Tan sólo estamos tocando la hora de que se suponía que nos pondríamos en contacto. Probablemente intentarán comunicarse en un rato.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Clio.

—No hacemos nada —contestó—. Esperamos.

Era tarde.

Cuán tarde, no estaba claro. Aidan se había quitado el reloj y lo había lanzado al agua porque se había obsesionado con mirarlo. Era mejor no ver las horas pasar.

La noche en el océano sólo se hace más grande y oscura, la luna mirando hacia abajo desde cada vez más alto.

En algún momento un pez acabó en la balsa. Los gritos que salieron de ambos cuando este evento imprevisto ocurrió podrían haber sido oído fácilmente en la costa de Italia, donde quiera que fuera.

Clio lo tiró de vuelta.

Ahora estaban ambos tumbados en la piscina de agua tibia, con los brazos holgadamente envueltos alrededor del otro.

O se había calentado por sus cuerpos o simplemente se habían acostumbrado a ella. Las olas se habían hecho un poco más grandes, moviendo la balsa naranja desagradablemente. Clio había tomado una de las pastillas contra el mareo también, pero no estaba segura de que realmente ayudara. Todo lo que importaba era quedarse ahí, y mantenerse tan caliente como fuera posible. Podía sentir la respiración de Aidan en la parte superior de su cabeza mientras ella mantenía su cara presionada contra la curva de su cuello.

—Veo, veo, una cosita que empieza por la letrita “M” —dijo Clio

—¿Es el mar? —contestó Aidan.

—Sí.

—De acuerdo. Veo, veo, una cosita que empieza con la letra.

—Deberíamos parar —dijo él.

—Sí —dijo ella—. Tienes razón. Mi error.

Algo agitó a Clio. No era un ruido o un movimiento, sólo una sensación, quizás la más sutil de las olas en el agua.

—Algo está viniendo —dijo, sentándose y manteniendo el equilibrio sobre una sola mano. La balsa se tambaleó con el movimiento repentino.

Aidan se incorporó al instante. Abrió la solapa de la balsa y miró a su alrededor.

—¿Donde?

—No lo sé —dijo ella—. Sólo sé que es algo.

Siguieron mirando hasta que una pequeña luz roja apareció en la distancia. Vieron como se hacía más grande y otras luces se agrupaban a su alrededor, y finalmente se convirtió en una sombra en la oscuridad. Una sombra extremadamente grande. Una sombra de tamaño de un barco de crucero, la cual se dirigía directamente en su dirección.

—Es como... un precipicio —dijo Aidan—. Una montaña que está a la deriva flotando hacia nosotros. ¿Cómo nos apartaremos de su camino?

Él tenía un punto. El enorme volumen del barco hacía que moverse en cualquier dirección fuera una mala idea. Allá a donde fueran, el barco estaría ahí también. Simplemente no había ninguna forma de que la balsa pudiera esquivar este barco. Llenaba todas las direcciones.

—No creo que podamos —dijo Clio—. Creo que o bien nos pierde o pasa por encima de nosotros.

Aidan se giró para mirarla.

—Oh, vamos —dijo, su voz quebrándose con desesperación.

Clio se encogió de hombros. Ahí venía un punto donde ciertas realidades eran ineludibles, simplemente demasiado grandes para separarlas. Un barco de cruceros dirigiéndose hacia ellos era una de esos tipos de realidades.

—¡Vamos! —gritó él—. ¡No! ¡Esto no es justo!

Alargó la mano para coger la pequeña pala.

—¿Qué piensas? —preguntó ella—. ¿Vamos a hacerlo?

—¿Cómo se supone que lo diga? —preguntó.

—Echando un vistazo.

—Bien —dijo él—. Bien. Le echaré un vistazo al barco de cruceros.

La blanca amenaza se acercaba. Podían ver ventanas de puerto individuales ahora, cientos de ellas, como los pequeños ojos que las moscas tienen.

—Dios, esa cosa es grande —dijo—. Es quinientas veces nuestro barco. De acuerdo. Si vamos un poco a la derecha, creo que lo podemos conseguir.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

—No tengo ni idea. Estás viendo la misma cosa que yo. ¿Qué crees tú?

Se dirigía hacia abajo firmemente ahora, haciéndose cada vez más grande. Su ancla enorme, fácilmente del tamaño de un Hummer o tres, estaba a la vista.

—Creo... quizás —dijo.

—¡Decide!

—¡Bien! ¡Bien!

Él remaba frenéticamente. La piscina de niños hecha tienda de campaña respondió haciendo círculos.

No importaba en realidad, porque conforme se acercaba el barco, se hacía más obvio que estaban al lado, unos treinta o cuarenta pasos. Era una vista impresionante, fácilmente trece o dieciséis historias de un barco blanco monstruoso con una gran proa pesada que descendía sobre el agua y alcanzó

su punto máximo sobre la marca. Los botes salvavidas que pendían de los lados parecían tan insignificantes que probablemente no eran tan pequeños como su barco.

—¡Atrás! —dijo Aidan—. ¡Grita!

Gritaron. Encendieron las luces. Agitaron sus brazos.

Un hombre con un sombrero de una forma larga y de cono se inclinaba sobre una de las cubiertas inferiores, agitando los brazos hacia ellos frenéticamente.

—¡Nos ve! —dijo Clio—. ¡Nos ve!

Excepto que no lo hacía. El enorme barco continuó su camino, escupiendo una ola monstruosa que los sacudía tanto que casi se sentía como si la balsa fuera a volcarse. Cuando todo terminó, terminaron en lados opuestos de la balsa, apretándose el estómago, haciendo un esfuerzo concertado para no vomitar.

—En caso de que muramos... —graznó Clio.

—¿Puedes no decir eso?—contestó él, igual de roneo. Esto es una balsa salvavidas. Salvavidas es la palabra clave.

—En caso de que muramos —continuó Clio—, hay algo que tengo que decirte.

—¿Qué?

Ella se arrastró hacia él cuidadosamente, sin querer que el mundo se ladeara o se moviera algo más de lo necesario.

—Mi secreto —dijo—. Mi verdadero secreto.

—Por favor que sea que tienes la habilidad de convertirte en helicóptero.

—No —dijo ella—. Esúchame. Sólo te estoy diciendo esto porque acabo de ver pasar mi vida. Y si te ríes, haré esta cosa de la piedra de nuevo. Nos hundiré a los dos.

Él levantó la cabeza de entre sus piernas para mirarla.

—No me voy a ~~ir~~ —dijo—. No creo que me vuelva a ~~ir~~ alguna vez de nuevo. Creo que sólo puedo vomitar desde ahora.

—Bien —dijo ella. Alargó la mano por una botella de agua, la cual rodó a su lado, y dio un sorbo cuidadoso. Él rechazó la botella.

—Adivinaste bien sobre mi novio —espeó—. No tengo ninguno. Pero nunca mentí. Nunca dije que fuera mi novio. Era sólo algo que Elsa pensó. Lo hubiera sido si me hubiera quedado. —Clio seópan momento. Podría haberlo sido. Ollie. Lo había querido todo el verano. ¿Cuándo había cambiado eso? Miró a Aidan a los ojos y tomó una respiración profunda. Pero ese no es mi secreto.

—De acuerdo —dijo él—. ¿Cuál es?

—Nunca me han besado —dijo Clio rápidamente.

Eso le hizo levantar la cabeza un poco más alto.

—¿Qué?

—No sé por qué—siguió ella, negando con la cabeza—. Creo que algo me pasó. Cuando era niña, todo era tan... increíble. En serio. Tenía esta vida perfecta. Mi papá y yo hicimos el juego. Todo nos salía bien. Todo era emocionante. Y explotó en más o menos un día. Todo acabó. Mi papá se fue. La vida se vino abajo. Simplemente no quería a nadie cerca de mí. No puedo explicarlo más que eso. Tenía amigos. Los amigos eran buenos. Pero si un tipo me miraba dos veces, empezaría a ser... bastante malvada.

—Ya sabes —dijo él—. Me di cuenta de eso.

—No sé por qué lo hago —dijo.

—Quizás es una prueba—dijo Aidan—. Para ver quién puede tomarte. —La estaba mirando de cerca.

Clio levantó la mirada.—Para ver quién puede tratar conmigo —dijo—.¿Me odio tanto?

—Quizás —dijo él—. O quizás eres exigente. Quizás no quieres salir herida, así que quieres ver por quien merece la pena arriesgarse.

—Quizás —dijo, mirándolo a los ojos. Sintió la sensación de nuevo, como la noche que fue herida, esa energía radiando de Aidan. Esa sensación que

apenas podía entender. Esa calidez que casi se sentía como el champán, excepto que el champán no estaba ni remotamente tan bien. El champán hacía que tu cabeza zumbara. Esto hacía que todo zumbara. Se puso más cerca, de vuelta a su lado.

—¿Hubieras dicho algo así si no estuviéramos en una balsa salvavidas?
—preguntó.

—Lo dudo —dijo él—. Habría dicho algo más malvado pero más divertido.

—Lo dudo. No eres tan gracioso como...

Realmente no se sentía como nada que hubiera oído describir. Lo sintió en su boca, por supuesto. Sintió sus labios en los suyos. Eran más suaves de lo que habría pensado. También sintió su mano llegando a su pelo, acunando su cabeza mientras ella se echaba. Aidan no sabía a madera o tenía matices a bayas ni nada de eso. Sólo sabía como Aidan, y era mejor que ningún sabor que alguna vez había experimentado. Una oleada masiva pasó por su cabeza. Era como si estuviera mareada y tan firme como nunca había estado. Sacudía su cuerpo también, sacudiendo todo. Todo estaba temblando. Todo estaba temblando un montón.

Y hubo una voz en algún lugar profundo en su cabeza diciend~~o~~o!
¿Estás ahí? ¿Aidan?

—¿Papá? —dijo en los labios de Aidan.

—De acuerdo —dijo él—. Después discutiremos por qué nunca deberías decir eso, como, cuando estamos haciendo esto.

Empezó a besarla de nuevo.

—¿Escuchaste eso?

Aidan parecía aturdido, su pelo quedándose hacia arriba en la formación más extraordinaria. La voz apareció de nuevo. No estaba en su cabeza en absoluto, y era su padre. Se estaba acercando.

La balsa estaba temblando un montón ahora, y una luz estaba penetrando por las paredes de tejido industrial de la balsa. Ambos saltaron hacia la tapa y la

abrieron, justo a tiempo de ser casi cegados por la luz que buscaba desde un barco blanco y naranja que paró delante de ellos.

Los oficiales de la Guardia Costera los transportaron rápidamente. En unos pocos y brillantes y ruidosos momentos, estaban en una cubierta siendo envueltos con mantas que parecían que estaban hechas de papel de aluminio pero que calentaban inmediatamente. Y tan sólo un momento después de eso, el padre de Clio estaba abrazándola como nunca la había abrazado antes, acercándola.

—¿Como nos encontraron? —preguntó Aidan.

—Un barco de crucero avisó por radio—dijo uno de los oficiales del barco—. Un pasajero vio algo en el agua. Dijeron que estaba borracho, pero lo que describió sonaba como una balsa.

—El barco. —Se las arregló para decir Clio en su pecho—. Lo siento. No había nada que pudiéramos hacer. No sé si lo aseguraste o no...

—¿El barco? —Su padre parecía sorprendido—. ¿Tú crees que me importa el barco?

—Además, está un poquito en llamas —siguió.

—Clio —dijo, poniendo su cara en sus manos—. No me importa lo que le pase al barco. No podría importarme menos si lo intentara. Te tengo. Nada más importa.

Su padre estaba abrazándola tan fuerte ahora, que ni siquiera se dio cuenta cuando uno de la tripulación del barco sacó el trozo de mármol de la balsa. Ella se inclinó sobre su hombro y sonrió.

35

*La Verdad*

*Traducido por Yosbe
Corregido por Pimienta*

El barco de la Guardia Costera se aceleró a lo largo de la sombría costa, un paseo de sólo diez minutos en coche. Continuaron hasta llegar a un puerto pequeño, de aspecto oficial con otras tres lanchas patrulleras atracadas allí.

Fueron recibidos en el muelle por un hombre que era casi tan alto como Ollie, llevaba gafas de sol en la oscuridad, y sonrió como si se presentara con su caballo en miniatura en lugar de unos estadounidenses desaliñados.

—Ahora vas a venir por aquí, —dijo, en su inglés densamente sazonado por el italiano, pero pronunciado con gran precisión y orgullo—. Vamos a tener una entrevista. Sí, ¿está bien?

Fueron escoltados a un edificio bajo, cubierto de pequeñas placas y señales. El interior era un tramo de pasillo que pisotearon con sus zapatos empapados. El edificio no tenía aire acondicionado, era agradablemente húmedo y caluroso, y olía confortablemente a equipos de goma de seguridad.

Había dos figuras en un banco más abajo en el pasillo. Una estaba recostada sobre la otra. Mientras se acercaba, Clio pudo ver claramente el cabello rubio.

—¿Elsa? —dijo ella.

Elsa claramente había estado llorando. Su cara estaba toda hinchada, incluso cerca de su boca. Ella también estaba, notó Clio, debajo del brazo de un apuesto oficial de la Guardia Costera que parecía muy contento con su asignación de la noche. Ella se puso de pie y los observó a ambos por un largo

momento y luego abrazó a cada uno de ellos, haciendo que sus mantas de Mylar crujieran audiblemente.

—Es una sorpresa que no me quisieras muerta —dijo Clio, tratando de sonar suave.

—No digas eso —dijo Elsa—. Nunca digas eso. No importa que. Y especialmente...

—Está bien, Elsa—dijo el papa de Clio rápidamente tomando un paso adelante.

—Por aquí —dijo el oficial—. La entrevistaran ahora. Sólo ustedes dos.

Aidan y Clio fueron conducidos a un pequeño cuarto sin ventanas, sólo con una mesa negra cuadrada. El oficial se sentó con la espalda muy recta, quitándose su sombrero y poniéndolo en la mesa en frente de él de una manera estudiada y exacta. Su cabello era bastante oscuro, y con un corte muy bajo pero con rizos crespos que apuntaban hacia el techo cuando fueron liberados. Él no se quitó las gafas.

—Primero —dijo él, sonriendo ampliamente—. Les traeremos café y pastas. Comida caliente.

Él agarró el teléfono y habló en un italiano súper rápido, luego colgó y recuperó la sonrisa y el ritmo lento y medido.

—Vamos a comenzar desde el principio, ¿ok? Y ustedes me dirán como les pasó esto. Me dirán todo. Nada es aburrido para mí. Y ahora, encenderé esta grabadora, en caso de que me pierda algo.

Entonces Clio y Aidan comenzaron a relatar la historia del robo, el fuego, su escape, y su tiempo en la balsa. Se les pidió repetir varios detalles otra vez. Muchas de las preguntas fueron sobre la piedra también. Fueron interrumpidas sólo por la llegada de dos bandejas de humeante pasta caliente, que devoraban a medida que hablaban.

—¿Podemos tener la piedra de vuelta?—preguntó Clio mientras alcanzaba el final de la historia—. Arriesgamos nuestras vidas por salir de ese bote. Nadamos con ella.

El funcionario extendió las manos e hizo uno de esas muecas “estas cosas son difíciles de decir”.

—Esto es una cosa muy inusual —dijo él—. Si vino de Pompeya, como ustedes dicen, tal vez pasará algo. Pero si pertenece al Museo Británico, incluso si hace tanto tiempo, tal vez suceda otra cosa. Tal vez vaya a ellos.

—Es mejor que nada —dijo Aidan—. Al menos la veremos. Ellos no la tomarán tan en serio como Julia lo haría, pero bueno.

—Ya veremos —dijo el oficial—. Estoy seguro de que algo vea de esto. Ahora, me debo ir por un momento. ¿Necesitan más comida?

Aidan asintió vigorosamente.

Clio, chupó el tenedor pensativa y negó con la cabeza. El oficial salió de la habitación, cerrando la puerta.

—¿Qué acabas de decir?—Clio pregunto mientras usaba su tenedor para reunir cualquier resto de salsa de su recipiente de comida.

—No dije nada.

—No. Hace un minuto. Acerca de como Julia se lo tomaía más en serio que el Museo Británico.

—Eso fue lo que dije, entonces —respondió Aidan, alcanzando el recipiente vacío de Clio con su tenedor.

—¿Por qué Julia no está en el pasillo?—preguntó ella—. ¿Por qué Elsa está llorando tanto?

—Me estás preguntando todas esas cosas que no se. ¿Por qué?

—Cuando llegamos a la ciudad, Julia casi insistió en que todos bajáramos del barco y fuéramos a cenar. Lo cual es una locura, ¿no?

—Ella estaba feliz —dijo él.

—Es Julia —dijo Clio—¿Crees que a ella le importa si vamos a una cena elegante si eso significa dejar el barco solo? Es raro, ¿no te parece?

—Ahora que lo dices, ¿ Pero ella quería esta piedra desde hace mucho. Tal vez se sentía feliz y generosa a cambio.

—Claro —dijo Clio. Las piezas se unían en su cabeza, haciendo una perfecta imagen—. Ella la quería hace mucho tiempo. Por eso, sólo hay dos de nosotros en el barco, y lo sacamos y anclamos, y algunos chicos nos encuentran y nos llevan. No podríamos haber sido tan fáciles de ver desde la orilla. O alguien nos seguía, o alguien sabía a dónde íbamos.

Aidan detuvo su raspado del recipiente.

—¿Que estás diciendo? —preguntó él.

—Estoy diciendo, ¿y si ella la robó? Tal vez cuando fue a la costa consiguió a algunos chicos para ir al barco y agarrar la piedra. Pero en cambio, cuando vieron cuan lujoso lucía el barco, decidieron tomarla.

—¿Por qué robaría algo que ella ya tiene? —pregunto él.

—Por qué la historia sería toda acerca de la familia ¡Dive! Haciendo una verdadera búsqueda de sumersión. No habría sido acerca de ella y su trabajo. Así que si ella lo tomaba del barco, ella podía alegar que lo había encontrado donde sea. Sería acerca de ella otra vez. Todo este viaje fue no oficial.

La única prueba que tenemos es el video, que ella pidió que lo recogieras. ¿No ves?

—Has tenido una larga noche —dijo Aidan—. Tal vez debas pedir más pasta.

—Aidan, estoy hablando en serio —dijo ella—¿Dónde está ahora? ¿Por qué no está en el pasillo con su hija llorando y su loco novio?

—No lo sé —admitió el—. ¿Tal vez con Martin en el hospital?

—¿Eso te parece probable?—preguntó el la. Con cada palabra, sintió que su temperatura interna iba en aumento, su cerebro trabajando rápido.

—¿No se habría quedado Elsa? Ella es la única que puede hablar italiano. Sé que no puedes creerlo porque es tu jefa. Estoy segura de esto, Aidan. Tengo que decírselo a este tipo. Al menos tengo que decirle lo que pienso.

—No creo que esa sea una buena idea —dijo él.

La puerta se abrió nuevamente, y Clio obtuvo otra visión de Elsa con el marinero. Estaban inmersos en una conversación en italiano, y él le secaba las lágrimas de su rostro. El oficial dio paso al padre de Clio, que corrió y se sentó junto a ella, poniendo su brazo protector a su alrededor. Él apretó a Aidan en el hombro.

—¿Dónde está Julia? —preguntó Clio inocentemente—. ¿Por qué no está aquí? ¿Está con Martin?

—No —dijo su padre—. Ella se fue.

Clio le dio una mirada de “te lo dije” a Aidan. En respuesta, las cejas de Aidan se elevaron y unieron, y ella lo penetró con una mirada silenciosa mientras comenzaba a abrir la boca.

—Me ofrecen noticias —dijo el oficial, que se remontó a su asiento—. Y debo hacerles algunas preguntas más a todos ustedes. ¿Conocen a un tal Fox Jeffrey?

—No —dijo su padre—, nunca he escuchado de él.

—¿No es el propietario de Foxy Lady? —dijo Clio.

La cara de su padre se iluminó en reconocimiento. Comenzó señalando a Clio en acuerdo, señalando con el dedo hacia ella.

—Seguro —dijo él—. Fox. Compré el bote a una Angela Fox.

Clio tenía razón. Se llamaba Foxy Lady.

—Las cosas se vuelven más claras—dijo el oficial, abriendo un archivo—. Hemos escrito aquí que Jeffrey Fox es un banquero de Londres quien trabaja en Roma. Nuestros registros indican que había un barco llamado Foxy Lady atracado aquí en Civitavecchia.

—¿Qué pasa con él? —preguntó su padre—. Compré el bote. Todo está legal.

—Sí —dijo el oficial—, eso lo sé. Hemos obtenido el nombre de Jeffrey Fox de tres hombres que encontramos justo ahora.

—¿Entonces encontraron el bote? —preguntó Clio rápidamente.

—No —dijo él, todavía sonriendo—, se hundió. ¿Lo he dicho correctamente? Golpeó una roca después de que se produjera un incendio a bordo. Ellos no veían a donde iban. Sacamos a estos hombres del agua. Es una noche ocupada para nosotros. Jeffrey Fox quería su bote de vuelta. Él les dijo a las personas en el muelle que vigilaran si retornaba alguna vez, y cuando lo hizo, lo llamaron. Él contrató a estos tres hombres para regresar el bote.

Clio se sintió caer. Hace tan sólo un segundo, la culpa de Julia había sido la cosa más clara en el mundo. Esa realidad había sido arrastrada. Ni siquiera se atrevía a mirar a Aidan.

—En este momento, la policía en Roma está buscando a Jeffrey Fox—dijo el oficial—, y sin duda, un barco como este, ~~es~~ está asegurado. Todo tiene un final feliz.

El padre de Clio se hundió en su silla.

—Bien —dijo él—. No espero tenerlo por mucho tiempo, y sólo podía tener una póliza por un año. Y era realmente costosa.

—¿Este bote no está asegurado?—preguntó el oficial, mirando horrorizado—. Ya veo. Debo ir y hacer unos arreglos por esos hombres. Los dejare aquí por algunos momentos.

—¿Donde está Julia? —preguntó Clio a su papá.

—Ella llamó a sus contactos en Roma—dijo él—. Hay gente allí que entiende la importancia de la piedra. Ellos le pidieron que fuera hasta allá de una vez y los ayudara a reunir todo lo necesario para el transporte. Se subió a un tren. Es un paseo rápido.

—Ella va a estar tan destruida...

Dijo, meneando su cabeza.

—Realmente no me importa —dijo el—. Acerca del bote. Acerca de la piedra. Los tengo a los dos. Pero es duro saber que la teníamos. Realmente la teníamos.

—Papá... —dijo Clio.

—Habría cambiado tanto—añadió—. Podríamos haber abierto una ventana a toda una parte del mundo antiguo del que no sabemos nada.

—Papá...

—Está bien, Clio —dijo él—. Como dije, no importa.

—Ben —dijo Aidan—, nosotros...

—¡Ustedes dos! —dijo su papá sonoramente—. Vamos a olvidarnos de eso y piensen acerca de que ustedes...

—¡La tenemos! —gritó Clio finalmente.

—¿Tener qué? —preguntó él.

—Eso. La piedra. La sacamos del bote.

Le tomó un minuto para captar lo que estaba diciendo ella.

—¿No se ha ido? —alcanzó a preguntar—. ¿Cómo?

—Fue un nado interesante —dijo Aidan.

—Ustedes dos... se fueron¿Y tomaron la piedra? Tuvieron que arriesgarse para hacer eso. No sé si debería abrazarlos o gritarles.

—Realmente no podía ser más arriesgado—dijo Clio, aceptando otro abrazo enorme. Ella sonrió mientras Aidan fue aplastado de forma similar.



Kos, Grecia, Marzo de 1905

Traducido por AndreaN

Corregido por kuami

Probablemente lo primero que atrajo la atención de Marguerite fue el hecho de que un hombre desnudo estaba de pie en el borde de un pequeño barco.

Sostenía una pequeña red en una mano.

—Hay un hombre desnudo —le mencionó a Jonathan—. Con una red.

Durante los últimos ocho años, Jonathan y Marguerite habían trabajado codo a codo en Pompeya. Siempre había mucho por acabar. Era una ciudad inmensa, un sitio en una escala diferente a cualquier otra cosa en el mundo. Y todos los días encontraban más.

Ella se había vuelto físicamente más fuerte en los últimos años, estaba acostumbrada al brillante sol y a los días largos. Limpiaba doscientos años de cenizas y tierra de mosaicos y pinturas. Encontraba joyas, dinero, y, ocasionalmente, restos humanos. Aprendió la técnica de poner yeso en las lagunas de cenizas, preservando la forma de los cuerpos sepultados dentro. Era un buen, duro trabajo. Y nada la hacía más feliz que trabajar con Jonathan. A pesar de todo, ella no podía evitar sentir que estaba decepcionando a su padre. En ocho años de trabajo, no había descubierto nada tan

importante como la piedra que llevaba su nombre. Algo la carcomía. Había algo más que necesitaba hacer

Ella no sabía que era, hasta que vio al hombre desnudo a un lado de su barco.

El hombre tomó una piedra plana, con forma de campana, y la lanzó de cabeza hacia un lado. Había una cuerda conectada a la piedra. Ella la observó deslizarse en el agua mientras el se hundía.

—Es un pescador de esponjas marinas —dijo Jonathan, sonrojándose un poco—. Uno pensaría que alguien podría haber mencionado que por aquí hay hombres desnudos saltando al mar.

La desnudez no molestaba a Marguerite en absoluto.

Ella entendió su función rápidamente. Era para hacer el descenso rápidamente. Para eso también era la piedra. ¿Cuánto más podrías obtener lo que querías del fondo del mar? Tienes que arrastrarte a ti mismo hacia él.

En ese momento, todo cayó en su lugar para Marguerite.

Todo lo que alguna vez se había preguntado estaba debajo del mar.

Tal vez incluso la propia piedra Marguerite.

Ella empezó en el momento en que llegaron a casa, en Italia.

Marguerite era una nadadora excepcionalmente fuerte para ser una mujer, pero el tradicional traje de baño la estaba reteniendo. Así que la primera cosa que tuvo que dejar de usar fue el holgado traje de baño, con su pesada falda que se suponía que tenía que usar. Ella hizo que su costurera diseñara un traje especial de una pieza que dejaba sus piernas descubiertas, lo cual significaba que tenía que practicar cuidadosamente, donde no pudiera ser vista.

La otra cosa que necesitaba provenía de un albañil que estuviera en la ciudad. Ella hizo que el hiciera lo que había visto en Grecia, una skandalopetra¹⁹, la piedra con forma de campana con el agujero por cuerda.

¹⁹ En la Grecia ancestral, era usada por los pescadores de esponjas marinas, y ha sido redescubierta en años recientes como una disciplina de buceo. La skandalopetra o piedra petra, es una piedra, de mármol o granito, que tiene esquinas redondeadas y forma hidrodinámica. El pescador, desnudo, era asegurado a la piedra a través de otra delgada piedra. La skandalopetra también estaba asegurada al bote con la misma cuerda.

La primera vez que aterrizó en suelo marino, Marguerite supo que estaba enamorada. No tenía máscara para proteger sus ojos, ni aletas para ayudarla a nadar. Sus pulmones ardían dolorosamente. Pero ella estaba extasiada, una mujer de pie en el fondo del océano, donde había un mundo entero esperando para ser explorado.

Era tan impresionante que casi había olvidado mantener su cuenta hasta que el pánico de quedarse sin aire atormentó su cuerpo. Le dio a la cuerda un firme empujón, agarró fuertemente la piedra de buceo, y se sintió a sí misma elevarse.

Ella se estaba elevando lentamente, pero se estaba elevando. Exhaló lentamente.

Marguerite se estaba sintiendo como si ya no pudiera seguir soportándolo cuando la luz del sol apareció a través de la superficie del agua, pateó hasta llegar a ella, y luego irrumpió en la superficie, jadeante y mareada. Un gran aplauso erupción desde el barco.

No había vuelta atrás.

36

El peor verano de mi vida

*Traducido por Virtxu
Corregido por kuami*

Tres días después, cuatro miembros del grupo se sentaban en el aeropuerto de Roma. Chequearlos había sido fácil. Ninguno de ellos tenía maletas, lo cual levantó una ceja o dos. Tenían sólo lo que habían escogido para ponerse en los últimos días.

Clio se vio a sí misma en una superficie reflectante. Ella había tenido que conformarse con las escasas ofertas en las turísticas tiendas locales, por lo que su atuendo era un par de pantalones de chándal con la palabra *Italia* escrita en grande a través de la pierna en letras rojas, verdes y blancas y una camiseta que decía: ¡*Ciao!*

Por lo menos la gente no me preguntará dónde he estado, pensé.

Aidan lo había hecho un poco mejor en el departamento de pantalones, con un par de pantalones cortos de surf. Su camiseta era peor, sin embargo. Tenía una foto del David de Miguel Ángel el cual sostenía una pequeña bandera italiana. La ropa de Elsa no se había empapado con el agua del mar ni se había estropeado con el intento de fuga, por lo que ella la había lavado.

Martin recibió un certificado de buena salud, además de una advertencia para tener más cuidado y evitar la actividad vigorosa. Él estaba descansando en el hotel. Julia se había quedado en Roma, una vez que escuchó que todo el mundo estaba seguro, y luchaba a través de las muchas capas de la burocracia para tener la piedra de vuelta a su custodia.

Sin un lugar donde quedarse, y con muchos cabos que atar, sólo tenía sentido que Aidan y Elsa se fueran. A la madre de Clio aún no le habían contado la historia completa, pero sabía que algo había sucedido. Así que Clio iba a marcharse también. El grupo se dividió tan rápidamente como se había reunido.

El vuelo de Elsa a Estocolmo fue el primero en salir. Después de todos los abrazos de despedida, enganchó su brazo con el Clio.

—¿Caminas conmigo hacia el control de seguridad? —Le preguntó.

—Claro —dijo Clio.

Caminaron en silencio por un momento, esquivando los carros de equipaje y a la gente corriendo hacia los aviones.

—Tenemos que hablar —dijo Elsa—. Quiero resolver las cosas entre nosotras.

—Yo también —dijo Clio.

—Yo estaba molesta —dijo Elsa—. No fue algo que ú hiciste. Pude ver lo que estaba pasando entre vosotros dos. Estáis bien juntos. Es sólo que no me dijiste la verdad. Si me la hubieras dicho, no hubiera ido detrás de él de esa manera.

—Sé que suena ridículo, pero no sabía que me gustaba entonces—dijo Clio—. Te lo juro.

—Lo é —dijo Elsa—. Realmente siento haber destrozado tápides de colores.

—Me compraste unos, también —dijo Clio.

—Es cierto, pero eso no es excusa.

—Por lo tanto —dijo Clio—, ¿no quieres quedarte aquí? ¿En Roma?

—No —respondió Elsa—. Mi mamá está vinculada ahora al trabajo. Bien podría ir a ver a mi papá y a su familia. Me gusta Estocolmo.

—No vas a tratar de ponerte en contacto con Alex, ¿verdad?

—Ah —dijo Elsa—. Ahora, hay buenas noticias en ese frente. No creo que te haya mostrado esto.

Ella levantó su teléfono y mostró a Clio una imagen en un mensaje de texto. Era de un marinero desde el banquillo con cara de dar un beso. Había algo escrito en italiano debajo de eso.

—De ninguna manera —dijo Clio.

—Es de la Guardia Costera —dijo con una risita—Él pasa algo de tiempo fuera, como en un trabajo normal. Va a ir a Suecia a verme dentro de dos semanas. Ya ha comprado el billete. Alex se va a morir cuando se entere de que mi nuevo novio es un marinero italiano. No puedo esperar a que camine alrededor del campo de fútbol algún día, mientras que Alex está jugando. ¡Esto le va a matar!

Elsa tomó el teléfono.

—No es que me importe —~~radió~~ radió rápidamente, cerrándolo—. Pero siempre hay un resquicio de esperanza.

—Puedes venir a visitarme —dijo Clio—. Mi casa es una especie de grave violación de la mayoría de los códigos de seguridad, pero es realmente grande. Es fácil llegar a Filadelfia. Y amarías a mi gato. Siempre tendrás un lugar para quedarte.

—Quizá lo haga —dijo Elsa.

Hubo un anuncio en italiano.

—Esa soy yo —dijo. Envolvió a Clio en otro abrazo más, apretándola fuertemente.

—Conserva al chico —dijo—. Él te necesita.

Y con eso, ella se fue. Se fue tal y como había aparecido, cabeza en alto, sonriente, sin importar lo que pasara. Sin embargo cada centímetro de la diosa, atraía miradas de la mitad de la gente a la que pasaba.

Cuando Clio regresó, Aidan y su padre tenían hambre. Ellos regresaron al restaurante donde había comenzado todo el viaje. Sin Elsa, estaban un poco desamparados. El padre de Clio ordenó una pizza y se demoró tres horas. El único tema fue la piedra. Clio pudo ver que su padre no estaba dispuesto a hablar de Julia todavía.

—¿Qué hora es?—dijo Aidan, buscando en el lugar en su muñeca donde había estado su reloj antes—. Bien. Necesito un nuevo reloj.

—Probablemente cerca de la hora —dijo el padre de Clio—. Vamos a pagar e irnos.

Ya era la hora. De hecho, se había pasado.

—Última llamada —dijo Aidan, mirando a la pantalla—. Creo que debería...

Señaló con el pulgar a la masa de personas en el control de seguridad. El padre de Clio asintió y le tendió la mano para un apretón.

—Asegúrate de mantenerte en contacto —dijo—. Tienes mi e-mail.

—Lo haré, Ben —dijo—. Necesito saber cómo termina todo esto.

Aidan se dirigió a Clio. Su estómago cayó.

—Papá, podemos...

Su padre parpadeó. Sin comprenderlo en absoluto. Ella iba a tener que hablar con él.

—Papá —dijo—. Mira esas preciosas corbatas de seda en esa tienda de allá. ¿No necesitabas una corbata?

—¿Una corbata? Yo...

Allí estaba. La mirada que Clio sabía que llegaría algún día. Él lo entendió.

—Voy a ir a ver las corbatas —dijo, forzando en su rostro una expresión excesivamente seria—. Aidan, ten un buen vuelo.

Con un movimiento más, se fue y desapareció profundamente en la tienda de corbatas.

—Probablemente va a comprar una —dijo Clio—. Él no puede hacer nada a medias.

Ella sintió que sus ojos empezaban a empañarse, por lo que rápidamente bajó la mirada hacia las baldosas de color gris brillante del suelo.

—¿Vas a echar de menos Cambridge? —Le preguntó ella.

—No —dijo—. Después de Inglaterra, New Haven realmente suena bien. Y la comida es buena. Realmente podría ir a pedir una hamburguesa con queso en Doodle. ¿Alguna vez te he hablado sobre Doodle?

—No —dijo ella.

—Tiene unas sabrosas hamburguesas con queso. Deberíamos ir.

Él la miró medio sonriendo. Los ojos aún la estaban analizando. Pero había seriedad en ellos ahora.

—¿Quieres decir una cita, corte de pelo?—Preguntó ella—. ¿Tan pronto como junte el dinero para el billete de tren?

—¿Qué pasa con “corte de pelo”, pequeña? —Preguntó él—. Pensé que habíamos pasado eso ya.

—Nunca pasaremos eso —dijo ella.

—¿Qué pasa con Ollie? —Preguntó él.

—Ollie es un buen tipo —admitió Clio—. Pero no es mi novio.

Aidan trató de no sonreír.

—Bueno —dijo, desperezándose, dejando al descubierto su estómago mientras se cruzaba de brazos en un gesto sumamente aburrido—. Supongo que ást bien, entonces. Tal vez incluso vaya a Filadelfia. He oído que tenéis unas buenas Cheesesteaks. Siempre he querido tener una relación basada en bocadillos locales.

Clio trató de no asombrarse abiertamente ante la palabra relación. Ella tragó saliva.

—Por lo tanto —dijo—. ¿Significa eso que ya no tengo un novio falso?

—¿Has dibujado mi foto? —Dijo él—. Ese parece ser el signo.

—En realidad...

Ella sacó su cuaderno y lo abrió hasta el nuevo dibujo en el que había trabajado en los últimos días. Esta vez, el no tenía ninguna respuesta en absoluto. Sólo lo miró.

—Nunca antes he separado nada fuera de mi cuaderno de bocetos —dijo—. Pero si lo quieres...

—Sí —dijo—. Lo quiero.

Ella se agachó y arrancó con cuidado la página, separándola de la espiral. Se la tendió.

El dio un paso atrás, luego salto sobre sus talones.

—Es la hora —dijo—. Será mejor...

Él se movió tan rápido, que Clio apenas lo vio venir. Se agachó y le tomó la cara entre las manos y la besó larga y duramente. Tuvo que agarrarse a su manga para evitar caerse.

—Te veo, niña rica —dijo él, metiendo un mechón de pelo detrás de la oreja de ella.

—Más tarde, snob.

Y luego ambos se fueron.

Cuando su padre salió de la tienda, un total de quince minutos más tarde, no llevaba ninguna corbata con él. Estaba cerrando su teléfono.

—Buenas noticias de Julia —dijo—. La piedra nos va a ser devuelta. Y ella ya ha contactado al respecto. La historia está saliendo. De repente todo el mundo, está interesado. Esta cosa se está haciendo grande ya, Clio. Los de las noticias por cable han recogido la historia. Todo el mundo quiere saber lo que hemos encontrado. Y todo eso es posible porque tú fuiste estúpidamente valiente.

—Y tú tienes ideas idiotas —agregó Clio.

—Por supuesto —dijo—¿Qué te parece, nena? ¿Estás lista para volver al juego? Siempre hemos hecho una buena historia.

—Tú nunca paras, ¿verdad? —Preguntó ella.

—No —admitió—. Creo que no. Supongo que lo hice otra vez. ¿Por qué siempre estoy poniéndole en peligro?

—No —dijo ella—. Jeffrey Fox lo hizo.

Él trató de sonreír, pero podía verse que le estaba resultando difícil.

—¿Sabes qué? —dijo ella después de un momento—. Cré que Julia envió a esos tipos. Realmente lo hice. Pensé que quería la piedra por sí misma. Estuve a punto de decirle todo a la policía. Aidan me detuvo.

—¿Pensaste que Julia hizo eso?—Se echó a reír—. ¿Te imaginas a Julia yendo al puerto y contratando a esos matones? ¿Con esa voz que tiene?

—Tenía sentido en ese momento —dijo Clio ~~é~~bilmente—. Siento no haber confiado en ella. Supongo que ella es agradable. Voy a tratar de que me guste más.

—Bueno, yo podría habértela presentado bajo circunstancias mejores —dijo—. ¿Por qué hemos tenido un mal momento? ¿Por mi?

—Somos gente interesante —dijo Clio—. Los dos somos muy difíciles.

—¿Eso es todo?

Levantó la vista hacia la pantalla multicolor con los nombres y los tiempos de vuelo. Uno de ellos significaba casa—no es que ella quisiera ir a ll tanto como lo había hecho antes.

—Tienes que irte, nena —dijo el—. Ya sabes cómo son los de seguridad.

—Bien —dijo con un suspiro.

Ella le dio un último abrazo, y luego comenzó su camino hacia la multitud de personas en la puerta del control, registro y detector de metales. A mitad de camino, se dio la vuelta y regresó a donde él estaba parado, con las manos enterradas en los bolsillos de sus nuevos pantalones blancos cortos, otra compra en la tienda para turistas.

Ellos eran peores que los primeros que ella le había visto la primera vez, pero el efecto fue diferente. Y por lo menos el pequeño sombrero de capitán se había ido.

Levantó la mano y tomó el camafeo de Marguerite que ella aún llevaba alrededor de su cuello y lo puso en su mano.

—Aquí —dijo—. Ella te haá compañía, mientras yo esté fuera. Quiero decir, ella estaba terminando el trabajo de su padre. Y luego nosotros terminamos el suyo. Estamos prácticamente en familia.

—Sí —dijo él, mirando hacia abajo al camafeo y luego a Clio—. Sí, lo estamos.



Acerca de la autora...

Maureen Johnson



Maureen Johnson nació durante una tormenta de nieve en Filadelfia, Pennsylvania. Es hija única. Siempre fue una de esas niñas que leen y escriben. Después de jugar un poco con la astronomía y la arqueología, declaró su intención de convertirse en escritora a la edad de ocho o nueve años.

Aunque no es Católica, fue a una escuela preparatoria Católica de solo-chicas, donde conoció a muchas de sus mejores amigas.

Se licenció en la Universidad de Delaware, hogar de las Luchadoras Gallinas Azules.

Pronto después de eso, se mudó a Nueva York para estudiar dramaturgia teátrica y escritura en la Universidad de Columbia. Como estudiante graduada, tuvo al menos una docena de trabajos diferentes para pagar su camino a través de la escuela. Algunos de ellos fueron: trabajar en un restaurante con tema de casa embrujada, ser una empleada falsa de una compañía para hacer que pareciera que más gente trabajaba ahí de lo que en realidad hacía, y trabajar en un show en Las Vegas que tenía tigres en vivo y máquinas de humo en mal estado en la misma área cerrada. También fue editora.

Su quinto libro, *Girl at Sea*, salió en Junio de 2007.

Traducido, corregido y diseñado

En el foro:

“Purple Rose”

www.purplerose1.activoforo.com

¡Te esperamos!